LA LUZ DEL NORTE

HIDEO YOKOYAMA

narrativa
salamandra

Hideo Yokoyama

LA LUZ DEL NORTE

Traducción del japonés de
Marina Bornas

narrativa
salamandra

Para Yuka Kimura

1

En Osaka llovía desde primera hora de la mañana.

Minoru Aose se vistió intentando no hacer ruido, aunque sabía que sus clientes estaban despiertos porque le llegaban rumores del dormitorio. La noche anterior habían cerrado el trato para empezar a construir su nueva casa y lo habían celebrado con una cena copiosa y sake de calidad a discreción. Cuando terminaron ya era tarde para que él regresara a Tokio en tren, así que se había quedado a dormir en un futón en mitad del salón del piso de alquiler donde vivían sus clientes. Por la mañana, sin embargo, no se atrevió ni siquiera a pedirles que lo dejaran usar el baño. Simplemente dirigió unas palabras a la habitación del fondo disculpándose porque no tenía tiempo para desayunar, se encaminó con la cabeza gacha hacia la puerta, abrió el paraguas plegable y salió a la calle.

No era mentira que tenía prisa. Estaba en New Town, en el distrito de Konohana, a diez minutos a pie de la estación de Yodogawa, desde donde tenía que tomar un tren hacia Umeda y luego hacer transbordo hasta la estación de Shin-Osaka para tomar el tren bala de las nueve y media si quería estar en Tokio al mediodía y llegar, aunque fuera un pelín tarde, a la cita con su hija Hinako.

Como todos los domingos, el andén del tren bala estaba abarrotado de familias y parejas jóvenes, pero notó que algunos llevaban vestidos y trajes formales: debía de ser un día auspicioso para una boda. Por lo demás, había gente con gruesos abrigos de invierno y otros con chaquetas ligeras de entretiempo, lo que producía una sensación extraña, como si fuera imposible decir en qué estación estaban, y lo mismo ocurría con la lluvia: en vez de un frío aguacero de invierno o un chaparrón de primavera, caía esa descorazonadora llovizna típica de principios de marzo.

Le habían encargado el diseño de una casa de cuarenta millones de

yenes, y sin embargo estaba lejos de sentirse eufórico, quizá porque la petición de los clientes había sido demasiado directa: «Queremos lo mismo que construyó en Shinano-Oiwake.» Era imposible diseñar una vivienda exactamente igual en un lugar distinto y para una familia diferente, y también tenía la sensación de que copiarse a sí mismo no era del todo honesto. Además, ni siquiera se había formado aún una opinión clara sobre la casa de Shinano-Oiwake. Algunas mañanas se despertaba pensando que había diseñado una obra maestra, pero también pasaba largas noches deseando que no existiera.

Levantó la vista al oír el anuncio por megafonía y vio un tren bala de la serie 700 deslizarse hasta el andén haciendo gala de la mejor aerodinámica.

Una vez dentro, se quedó entre dos vagones y sacó el teléfono. Su hija Hinako debía de estar en casa todavía, pero la llamó al móvil. Tras varios intentos, consiguió contactar con ella. Le dijo rápidamente que llegaría un poco tarde, esperó a que ella le respondiera, colgó y lanzó un breve suspiro. Tenía derecho a verla una vez al mes, y esos encuentros resultaban siempre difíciles porque tenía que luchar por abordar un gran número de temas sin apenas tiempo para el calentamiento: era como intentar cocinar a pleno gas cuando lo que realmente necesitaba la receta era una cocción a fuego lento.

El teléfono móvil empezó a sonar antes de que pudiera metérselo en el bolsillo. Echó un vistazo a la pantalla: era el número de la agencia de Tokorozawa donde trabajaba.

—¿Tienes un momento? —dijo la voz del director, Akihiko Okajima. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero le pareció que estaba exultante.

Se apoyó en la puerta del tren.

—No sabía que trabajaras los domingos.

—Lo mismo digo. ¿Sigues en Osaka?

—Estoy en el tren de vuelta. ¿Qué querías?

—¿Cómo te ha ido? ¿Pinta bien?

—Ya tenemos el visto bueno, nos han encargado el proyecto.

—¿De veras? ¡Pero sí aún no han visto ni un borrador!

—Nos hemos pasado la noche bebiendo y celebrándolo.

—Vaya sorpresa, pero me alegro de todos modos. Buen trabajo.

Aose sonrió amargamente, como siempre que su jefe lo felicitaba. Tenían la misma edad, cuarenta y cinco años, pero, pese a que ambos eran arquitectos de primer nivel y habían estudiado la carrera juntos, uno se había licenciado y el otro había abandonado los estudios para tomar otro camino. Ahora nadie cuestionaba que fueran jefe y empleado.

—¿Y cuáles son sus planes?

—Tienen un terreno propio y un presupuesto de cuarenta millones: han recibido una herencia.

—¡Vaya! Parece que son de buena familia. ¿Crees que serán muy caprichosos en cuanto al diseño?

Por lo general, los clientes que acudían a una empresa de diseño pequeña como la suya, especializada en casas originales y exclusivas, ya eran bastantes exigentes, pero cuando esa exigencia rebasaba ciertos límites podía convertirse en un quebradero de cabeza.

—No mucho. En realidad, sólo me han pedido una cosa.

—¿Qué?

—En pocas palabras, quieren una copia del proyecto de Shinano-Oiwake.

—¿La Residencia Y de las *Doscientas casas*?

—Sí —respondió Aose.

Okajima se refería a *Selección de doscientas casas de la era Heisei,* un magnífico libro a todo color publicado a principios de año por una editorial importante. Se trataba de una cuidadosa selección de casas únicas construidas en los últimos catorce años por todo Japón. La casa de Shinano-Oiwake aparecía hacia el final del libro con el nombre «Residencia Y».

—Ya veo. No debemos subestimar la influencia de ese libro —dijo su jefe en un tono a medio camino entre la ironía y la envidia—. La pareja de Urawa que vino la semana pasada también lo había visto. Por cierto, la mujer me envió un mensaje.

—¿Qué decía?

—Se ve que habían estado en Shinano-Oiwake.

Le habían dicho a Aose que querían ver la casa en persona y él les había dibujado un sencillo croquis para que la encontraran, pero se sorprendió de que efectivamente hubieran ido.

—Dijo que le dio la impresión de que allí no vivía nadie.

—¿Cómo que nadie?

—Yo creo que se equivocan, ¿no?

La voz de Okajima sonó tan seria que Aose no pudo evitar echarse a reír.

—A menos que la hayan puesto a la venta —dijo.

Okajima también soltó una carcajada.

—No lo sé, quizá habían salido. El caso es que a la mujer le gustó aún más cuando la vio de cerca. En una de ésas nos contratan.

—Bueno, no nos precipitemos. No llegaron a verla por dentro, ¿no?

—En cualquier caso, es bueno saber que tanto en Urawa como en Osaka se oye hablar de la famosa Residencia Y. Es una especie de efecto llamada.

«La famosa Residencia Y...»

Era como si le hubieran puesto una etiqueta a la sensación incómoda y molesta que tenía en el pecho desde aquella mañana.

—¿Estás seguro de que eso nos beneficia, Okajima? El terreno está en Osaka. Los gastos de desplazamiento serán desorbitados. Si supervisamos las obras como es debido, nos comeremos casi todo el margen.

—¡Claro que sí, hombre! Es la manera ideal de darnos a conocer allí. Ya sabes que no pienso acabar como un don nadie. —Después de escuchar la frase favorita de su jefe, Aose se disponía a colgar, pero Okajima añadió con voz apresurada—: Por cierto, necesito un buen especialista en renders lo antes posible. ¿Me puedes recomendar alguno?

Así que ése era el motivo principal de la llamada. Los especialista en renders utilizan sus conocimientos de perspectiva para plasmar en tres dimensiones lo que aparece en un plano arquitectónico, por lo que son indispensables para las presentaciones ante los clientes, cuya opinión puede cambiar ciento ochenta grados en función de lo buena o mala

que sea la imagen.

—¿Kato no está disponible?

—Por desgracia, no acepta proyectos fuera de Tokio.

—¿Y Kozuka, de Ōmiya?

—Ni hablar: no ganaríamos nunca.

¿Había dicho «ganaríamos»?

—¿Es para un concurso?

—Sí, y no falta mucho. No se trata de un proyecto aburrido como un puesto de policía de barrio o unos baños públicos, por eso quiero a un especialista en renders que nos asegure la victoria.

Aose empezó a atar cabos. Últimamente Okajima había hecho alguna que otra referencia vaga a «los de la prefectura» y «los conservadores». Esos contactos pudieron haberle filtrado algún tipo de información antes de que se hiciera pública. En todo caso, el tono de voz exultante y la disposición a trabajar un domingo hacían pensar que su jefe se traía algo entre manos.

—Nishikawa es un especialista en renders de confianza.

—¿Quién? No lo conozco.

—Takao Nishikawa. Trabajé mucho con él cuando estaba en la oficina de Akasaka.

—¡Ah, sí! Ya sé quién es. Sus imágenes son espectaculares. Pásame el teléfono, hablaré directamente con él.

—Creo que cambió de empresa hace un tiempo, pero me envió una nueva tarjeta con su número. La buscaré en cuanto llegue a casa.

—¿No tienes su contacto en el móvil?

—No, aún no había móviles cuando trabajaba con él.

A Okajima debió de parecerle que le estaba dando largas. Antes de colgar, recuperó su tono de empresario, frío y expeditivo, y lo instó a pasarle el teléfono en algún momento del día. Aose se sintió aliviado porque no compartía la ambición de Okajima por ganar un concurso de un proyecto cualquiera de obra pública.

Se oyó un estruendo y los cristales de las ventanas temblaron cuando el tren se cruzó con otro que iba en dirección contraria.

Fue a sentarse, pero sintió una punzada en el corazón y se quedó

mirando al vacío.

«No parecía que nadie viviera allí.»

Regresó al espacio entre dos vagones, volvió a sacar el teléfono y fue deslizando el dedo por la pantalla, buscando entre los contactos de sus clientes, hasta llegar a la letra «Y» y a Yoshino, Touta. Le dolían los ojos. La Residencia Y se había terminado en noviembre, así que habían pasado cuatro meses desde que los propietarios, la familia Yoshino, habían recibido las llaves. Deslizó un poco más el dedo y encontró el teléfono fijo de la casa. La vista se le nubló momentáneamente y, sin querer, pulsó el botón de llamada. Sorprendido por su metedura de pata, intentó colgar a toda prisa, pero se detuvo en seco. Tenía un motivo para llamar: les pediría que enseñaran la casa por dentro a la pareja de Urawa.

Saltó el contestador automático, lo que significaba que la línea de teléfono todavía estaba conectada. Seguro que la familia había salido. Dejó escapar un suspiro de alivio y reflexionó.

No había tenido noticias de la familia Yoshino desde que les había entregado las llaves (la entrevista y las fotografías para la *Selección de doscientas casas* habían sido antes): la empresa tenía por norma abstenerse de cualquier contacto una vez firmada la compraventa salvo que el comprador tomara la iniciativa. Algunos clientes se mostraban reacios a recibir visitas de los arquitectos en su nuevo hogar, ya fuera porque estaban decepcionados con el diseño o bien porque no les gustaba que se pasearan por la casa como si aún les perteneciera. Y, aunque estuvieran satisfechos con el resultado final, muchos solían encargar las obras de mantenimiento y reformas posteriores a contratistas más baratos. Otros, ciertamente, procuraban mantener una relación duradera con ellos, pero era su elección.

Los Yoshino no le habían dicho nada, no le habían hecho el menor comentario sobre la casa una vez instalados allí (de hecho, ni siquiera lo habían avisado de que ya se habían mudado). En realidad, tampoco habían llamado para quejarse, pero al principio las cosas habían sido completamente distintas. En verdad, Touta Yoshino había sido más que un amigo cuando le encargó el proyecto: «Confío plenamente en usted,

Aose. Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Entonces se dio cuenta.

La casa no era especial porque apareciera en un libro, sino por cómo se había sentido él al aceptar el trabajo. Sin embargo, la Residencia Y se había convertido en una obra que no existía: el largo silencio que siguió a la entrega de la casa le nubló el corazón, enfrió la llama que ardía en su interior y lo endureció.

Un repentino ruido lo arrancó de sus reflexiones. La lluvia repiqueteaba contra el cristal de la puerta y el viento desviaba los regueros de agua hacia los laterales. Bajo el cielo plomizo, interminables hileras de tejados relucían en la lluvia.

«No parecía que nadie viviera allí.»

Guardó el teléfono en el bolsillo e intentó imaginar otro motivo por el que no hubieran respondido a su llamada, pero aparte de la posibilidad de que hubieran salido no se le ocurrió nada más.

2

Aose soñó con un ave, una bulbul orejiparda, llamando a sus crías. Había visto unos cuantos copos de nieve en Sekigahara, pero a partir de allí no recordaba nada más del paisaje que discurría al otro lado de la ventanilla. Se despertó en los alrededores de Shin-Yokohama justo cuando el sol empezaba a brillar tímidamente entre las nubes y arrancaba destellos de las ventanas superiores de los rascacielos.

Desde la estación de Tokio, tomó la línea Chuo hasta Yotsuya. Recorrió la calle Shinjuku hacia el Palacio Imperial sorteando a los transeúntes distraídos. Levantó la muñeca fingiendo consultar su reloj de pulsera para verificar que el aliento o los puños del abrigo no le apestaban a alcohol. Últimamente cuando estaba solo solía limitarse a beber una lata de cerveza; se preguntó si Hinako habría notado que ya no bebía tanto.

Apretó el paso y se adentró en un callejón. En primer lugar, se interesaría por los resultados de los exámenes finales, después le preguntaría qué canción estaba aprendiendo a tocar en el Electone y, si surgía la ocasión, le preguntaría también por esas llamadas tan raras que había estado recibiendo un par de meses atrás. Ella le había asegurado que habían cesado por completo, pero él seguía empeñado en descubrir quién las había hecho. El local que buscaba se encontraba en un barrio atestado de bloques de pisos, junto a un cruce que tenía espejos convexos en las esquinas para ayudar a la visibilidad de los conductores. Jadeaba un poco cuando vio el cartel azul del Café Horn y empujó la puerta haciendo sonar un cencerro colgado del techo.

Le dio la bienvenida un fresco interior de estilo tirolés en tonos verde menta. No tuvo que buscar a Hinako; como de costumbre, se encontraba al fondo, sentada a una mesa para dos bajo la atenta vigilancia del dueño y su esposa, que estaban al corriente de la situación.

Aose los saludó levantando el mentón, y se dirigió a la mesa con expresión contrita.

—¿Llevas mucho rato esperando?

—Sí, estaba a punto de largarme —fueron las primeras palabras que le dirigió su hija. Tenía los labios fruncidos, pero sus ojos sonreían. Así debían de ser todas las chicas de trece años, aunque cada vez que se encontraban le sorprendía cuánto había cambiado—. ¿Sabes qué, papá? Hemos hecho un simulacro de los exámenes finales y no sé si pasaré a segundo —soltó la chica sin perder su mirada alegre.

—No son buenas noticias.

—Para nada.

—¿Las matemáticas otra vez?

—¡Es que son lo peor! Prefiero morir a decirte la nota que he sacado.

—Pero el inglés se te da bien, ¿no?

—No tan bien, por eso estoy tan apurada.

—Pues sí que estás apurada, sí.

—¿Qué voy a hacer?

—Aprobarás, estoy seguro de que puedes conseguirlo.

—No sé yo... Mi tutor dice que igual tengo que repetir.

La conversación parecía atascada: tal vez no debería haberse mostrado tan seguro de que al final conseguiría pasar de curso.

—¿Tienes hambre?

—Ya he comido. Pero pide algo tú si quieres.

—Yo también he comido en el tren.

—Vale.

Hinako miró a su padre con la cabeza ligeramente ladeada y la expresión de quien ha pillado a un adulto mintiendo y decide hacer la vista gorda. Él pensó que cada vez se parecía más a Yukari: hablaba más con sus expresiones que con palabras.

Pidió un café con leche. Hinako tenía delante una taza de chocolate y el móvil, con una funda rosa, que llevaba para las emergencias.

—¿Antes me has llamado desde el tren?

—Sí, iba de camino a casa. He estado en Osaka por negocios.

—Ah, en Osaka... —Ella intentó decir algo que demostrara su interés,

pero no se le ocurrió nada.

—En realidad, sólo he estado en las afueras, cerca de los Universal Studios. Ya sabes: *Tiburón, Parque Jurásico*...

—¿Has ido al parque?

Aose se desconcertó al ver que a su hija se le iluminaba el rostro.

—No, pero he estado cerca.

—Ah, claro. Por trabajo.

Le sirvieron el café y, mientras los pasos del dueño se alejaban, hizo acopio de valor y dijo:

—Algún día iremos.

—¿Adónde?

—A los Universal Studios.

La mirada de Hinako se ensombreció. Antes su padre solía llevarla a centros comerciales y piscinas. Incluso habían ido a Disneylandia y a Sanrio Puroland porque ella se lo había pedido. Pero hacía ya dos años que no quería hacer planes con él. ¿Era una señal de que se estaba haciendo mayor o quizá Yukari no lo veía con buenos ojos?

—Se lo pediré a tu madre.

—Pero eso está lejos, ¿no?

—En tren bala es un momento.

—¿Y nos quedaríamos a dormir allí?

—¿Qué problema hay? Dormir en un hotel forma parte de la aventura.

—Sí, bueno. Ya veremos.

—¿De veras? Pues avísame si te apetece. Podríamos ir para las vacaciones de primavera o de verano.

Hinako desvió la vista y asintió levemente, como si quisiera dar por zanjada la conversación.

De repente Aose evocó la imagen de una niña caminando con torpeza hacia el jardín de infancia con la bolsa en bandolera balanceándose adelante y atrás. Le costaba pronunciar la ese. De hecho, los periquitos que tenían en casa hablaban mejor que ella. Él y Yukari acababan de divorciarse, y el primer día que fue a visitarla, Hinako estaba sentada en la trona, balanceando las piernas distraídamente. Siempre había sido

tan pequeña y delgada que no podía evitar hablarle como a un bebé, pero la tenue luz de la lámpara de pared proyectaba sombras bajo sus incipientes pechos. Había crecido mucho, y su silueta empezaba a parecerse a la de Yukari. Pero no era sólo su aspecto físico: sus emociones también maduraban como pequeños brotes floreciendo uno tras otro. Después de ocho años de visitas mensuales, ella parecía haber descubierto cómo tratar a aquel padre que llevaba un apellido diferente al suyo. Si no le daba vergüenza seguir llamándolo «papá» no era porque aún se considerara su pequeña, sino simplemente para complacerlo, como si intuyera que eso era lo que él más deseaba en el mundo.

Parecía saber por qué Yukari y él se habían separado. No habría sido extraño que su madre le hubiera hablado del asunto aprovechando que ya estaba en primer ciclo de secundaria y que, por tanto, ya no era una niña. ¿Qué le habría contado? Él llevaba meses preguntándoselo.

—Por cierto, ¿qué hay de aquellas llamadas tan raras? —le preguntó como si acabara de acordarse. A fin de cuentas, no había muchas cuestiones que le permitieran hacer de padre.

—¿A qué llamadas te refieres?

—A lo que me contaste la penúltima vez que nos vimos; ¿os han vuelto a llamar a casa?

Hinako le había pedido consejo, cosa que no solía hacer. Se suponía que alguien había estado llamando a su casa y luego, de repente, había dejado de hacerlo. «Se acabó, ¿no?» Aquella expresión le erizó los pelos de la nuca. «¿Era algún chico?», le había preguntado, y ella había negado con la cabeza. «¿Una amiga?», había insistido, pero sin suerte. «¿Entonces...?» Hinako había vacilado por un momento, pero no había querido contarle nada más, a pesar de que era ella quien había sacado el tema. Se había limitado a responder: «No importa», y zanjó el asunto con una sonrisa.

—No han vuelto a llamar —respondió con voz neutra. Se notaba que no quería hablar de eso, pero tampoco parecía molestarle que él lo hubiera abordado de nuevo.

—¿Ni una sola vez?

—Ni una.

—¿Cuánto tiempo estuvieron llamando?

—Pues... durante un año, más o menos.

—¿Tanto?

—Sí, pero muy de vez en cuando.

¿De vez en cuando? Él creía que las llamadas se repetían con bastante frecuencia.

—¿Y no era publicidad?

—No, qué va.

—Bueno.

¿Quién demonios llamaba? Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero sabía que si la formulaba ella volvería a cerrarse en banda. Además, intuía la respuesta.

—Oye, ¿a qué club te había invitado a entrar aquella amiga tuya? ¿Al de *patchwork*?

—Sí, pero a mí me va más el club de quedarme en casa.

—¿Por qué?

—Porque por las tardes todo el mundo está dando clases de repaso.

En tercero de primaria Hinako pasó por una época en la que sus compañeros de clase la marginaban, y su madre y él nunca supieron por qué.

—¿Te llevas bien con tus compañeros?

—Sí, todo va bien.

Aose asintió y puso las manos una encima de la otra sobre la mesa.

—Sabes que me puedes contar lo que quieras.

—Ya te he dicho que estoy bien. Por cierto, papá... —empezó ella, pero justo entonces sonó el móvil que tenía sobre la mesa. Era la melodía de la serie de dibujos animados *Sazae-san*; probablemente era el tono de llamada que le había asignado a su madre. Siempre que sonaba parecía aliviada, aunque un poco molesta también.

—Sí, sí. Ya ha llegado, tranquila. —Mientras hablaba, lo miraba con una sonrisa traviesa—. Vale, nos vemos entonces. —Colgó, sonrió y luego se inclinó hacia delante como si le hiciera una confidencia—. Ha llamado para saber cómo estás.

Aose sonrió. En momentos como ése, Hinako le recordaba a su difunto padre: cuando se había tomado un par de copas y estaba de buen humor, el viejo se inventaba historias sin ton ni son simplemente porque le encantaba hacerlos reír. Ellos le decían: «¡Es mentira, no te creemos!», y entonces él también se echaba a reír, encantado.

—¿Qué decías?

—¿Cómo?

—Ibas a decirme algo, ¿no?

—Ah, sí. Iba a preguntarte una cosa. Tu trabajo consiste en construir casas, ¿verdad, papá?

Aose se sorprendió: era la primera vez que Hinako le preguntaba por su trabajo.

—Sí, pero no soy yo quien las construye. No soy albañil.

—Ya lo sé, tú las dibujas o algo así.

Debía de ser una tarea para la escuela, o quizá hubiera leído algún manual de oficios y profesiones que los institutos solían repartir a los alumnos de secundaria y sintiera curiosidad. O, lo que era más probable, tal vez sólo fuera un tema que había preparado de antemano para cuando la conversación empezara a languidecer. Cualquiera que fuese la razón, estaba intrigado: el interés por el trabajo de un padre puede entenderse como interés por el padre en cuestión.

—La oficina donde trabajo tiene cuatro profesionales cualificados de primer nivel. Nos llaman «arquitectos» o «diseñadores».

—¿Diseñadores?

—Eso es. En pocas palabras, somos personas que diseñamos casas. Pensamos en la forma y la distribución de las habitaciones y después dibujamos planos y construimos maquetas. Luego discutimos los detalles con los especialistas en obras e instalaciones.

—¿Obras y qué más?

—Instalaciones. Aparte de tener un buen diseño, una casa debe ser resistente y cómoda.

—Claro.

—Y después llega el turno de la construcción como tal: tu padre elige a un buen contratista y le encarga la obra para que, finalmente, los

dueños puedan disfrutar de la casa de sus sueños.

—¿Y qué era lo de hoy? ¿Vas a construir una casa en Osaka?

—Sí. Fui a ver a los clientes para saber qué querían. Es la parte más importante del proceso. Una vez que la casa está construida ya es tarde para decir que no te gusta.

De repente, la imagen de la Residencia Y le pasó por el cerebro como una flecha, pero no podía competir con la imagen de su querida hija asintiendo con la cabeza y mirándolo con interés.

—Tengo otra pregunta.

—Adelante.

—Tu empresa no tiene anuncios en la tele, ¿verdad?

—No, no. Es muy pequeña.

—Entonces, ¿cómo os conoce la gente que quiere construirse una casa en Osaka o en cualquier otro lugar? ¿A través de internet?

—Bueno, es cierto que hoy en día la gente recurre cada vez más a internet, pero supongo que lo mejor es el boca a boca.

—¿Qué es el boca a boca? ¿No tiene nada que ver con internet? —Hinako, que no había entendido la expresión, vaciló.

—Supongamos que alguien va a ver una de las casas que hemos diseñado nosotros...

—Ajá.

—Si le gusta y quiere construirse una casa igual, llegado el momento irá a vernos a nosotros.

—Ah, claro.

—Otras veces se ponen en contacto después de ver fotos de una casa que construimos en algún libro o revista, como los clientes de Osaka.

Hinako abrió los ojos como platos.

—¿Una de tus casas ha salido en un libro?

—Sí, hace un tiempo.

—¡Qué fuerte!

—No es para tanto: es sólo una de las muchas que salían en el libro.

—Quiero ver ese libro.

—Pues no sé dónde lo tendré...

—¡Enséñamelo, anda!

Aunque fingía estar tranquilo, por dentro se sentía profundamente emocionado por el interés de Hinako. Lo asaltó la extraña idea de que aquello podría ser otra consecuencia del «efecto llamada» de la Residencia Y al que se había referido Okajima. De todas formas, no tenía claro si quería enseñarle a su hija la Residencia Y, aunque sabía perfectamente dónde tenía su ejemplar de la *Selección de doscientas casas de la era Heisei*.

—Lo buscaré.

—Tráemelo el próximo día, ¿vale? ¡Que no se te olvide!

—No te preocupes, debo de tenerlo en casa.

—¿Se lo podré enseñar a mamá?

Por un momento Aose se quedó sin palabras.

—Sí, pero... ¿por qué se lo quieres enseñar?

—Porque dice que no le gusta el piso donde vivimos.

Aose sabía muy bien lo que Yukari opinaba sobre su piso.

—¿Quiere mudarse?

—Bueno, nunca lo ha dicho claramente. Siempre dice que el piso le va bien para ir al trabajo y que está cerca de mi colegio.

—Claro.

—Pero a veces dice, medio en broma: «¡Ay, cómo me gustaría vivir en una casa!»

La imitación había sido tan buena que Aose se olvidó de reír.

De repente, el papel verde menta de la cafetería le trajo el recuerdo de Yukari con un pie en una escalera de mano y dando instrucciones sobre el color con expresión pensativa. El marido, arquitecto; la mujer, interiorista, y aun así no habían logrado construir su propia casa.

—¿Me lo prometes, papá? —insistió Hinako con voz alegre mientras se levantaba. En su móvil sonaba de nuevo el tema principal de *Sazae-san*—. Me voy, que tengo clase de Electone.

—¿Qué canción estás aprendiendo a tocar? —se apresuró a preguntar Aose, y ella le dijo un título que él nunca había oído. La bolsa que llevaba al hombro se veía abultada, como si estuviera llena de partituras.

La acompañó hasta la puerta y ella salió a la calle a paso ligero, pero

fue bajando el ritmo a medida que se alejaba, como si le pesara el abrigo de invierno, que no le tapaba las piernas blancas. Debía de tener frío. Se puso los auriculares en los oídos, algo se le cayó al suelo y, cuando se agachó para recogerlo, el viento le apartó de la cara la larga melena negra y lacia y dejó al descubierto una de sus rosadas mejillas.

Él se dio cuenta de que deseaba que se hiciera mayor. Últimamente, cada vez que la veía se empeñaba en buscar nuevos indicios de madurez en sus rasgos. No sabía qué hacer con una hija a la que no podía regañar ni abrazar: si no podía ser una niña para siempre, quería que se hiciera mayor cuanto antes.

Hinako se dio la vuelta en el cruce y agitó la mano para despedirse. Aose le devolvió el saludo mientras se preguntaba qué tono de llamada habría escogido para él. A su madre le había correspondido una melodía simpática como la de *Sazae-san*, pero ¿qué canción le habría asignado a él?

3

Uno a uno, los gorriones iban posándose sobre el pavimento mojado.

Aose salió de la cafetería y caminó en dirección contraria a la de ida, hacia la estación de metro de Akasaka-Mitsuke. No quería seguir la misma ruta que Hinako para que ella no pensara que la estaba siguiendo, y se sentía demasiado abrumado para ir a la oficina, así que decidió volver a casa. Sabía que no estaba obligado a quedar más a menudo con su hija, pero se sentía culpable porque el tiempo que pasaba con ella no le parecía suficiente. Él era su padre, pero no eran familia: con ella era imposible tener una relación cocinada a fuego lento. Pese a que lo tenía asumido, le entristecía la falta de naturalidad de aquellos encuentros. ¿Había padres o hijas capaces de hablar durante dos o tres horas sin parar de sonreír?

Cuando Hinako era pequeña, él siempre conseguía darle la vuelta a la conversación asegurándole que él era y siempre sería su papá. Su objetivo era convertirse en una presencia fuerte y reconfortante que estuviera allí para ella, con la esperanza de compensarla de algún modo por la separación. Pero ahora el escenario había cambiado: su simple presencia paternal ya no bastaba para engañarla. Le aterrorizaba ver a su hija en el umbral de la pubertad. No era ningún pecado desear que creciera más rápido; el verdadero pecado era tratar de pasar aquella etapa de su vida manteniéndose neutral e intentando no provocar turbulencias.

Ante él Hinako interpretaba el papel de hija, pero ¿hasta qué punto lo hacía de forma consciente? Siempre que quedaban, ella le hablaba de Yukari, como si quisiera minimizar la realidad del divorcio. A veces él sondeaba sus ojos preguntándose si albergaba alguna esperanza de que volvieran a estar juntos, si creía que, siendo optimista y persistente y llevándose bien con su madre y con él, algún día se obraría el milagro. En otras ocasiones, sin embargo, aquellos mismos ojos lo miraban

fijamente y se ponían en guardia, como si le preguntaran por qué se habían divorciado.

Estaba seguro de que Yukari había ocultado el abismo que había entre ellos, que se había inventado algún cuento al caso para impedir que en el corazoncito de Hinako arraigara una historia llena de conflictos u hostilidades, y sustituirla por otra sobre un padre y una madre que habían decidido seguir caminos separados siempre desde el respeto y el cariño mutuos. Yukari debía de haber hecho todo lo posible para evitar que su hermosa hija se pinchara el dedo con el huso envenenado y no tendría intención de permitirlo en un futuro, y él sólo podía estarle agradecido. Sin embargo...

Él intuía que Hinako no se tragaba aquella versión. Algún día, a pesar de los deseos de sus padres, necesitaría saber la verdad. Se enamoraría de alguien y, en cuanto se imaginara a sí misma conviviendo con otra persona, tendría que aceptar la realidad de que sus propios padres habían renunciado a un futuro juntos.

Los gorriones daban saltitos a izquierda y derecha: parecían preparados para levantar el vuelo en cuanto se les acercara demasiado el pie de algún transeúnte.

Tenía que mentalizarse, dejar de navegar en un océano de remordimientos y necesidad de expiación y preparar una versión de la verdad pensando en el futuro de Hinako. Le parecía lo único que podía hacer como padre divorciado.

¿Qué le habría contado Yukari?

Revivió la sensación de rodar cuesta abajo por una pendiente empinada, aunque no había olvidado los días que habían pasado subiendo juntos una colina más suave. Su matrimonio había durado diez años, y él era capaz de enumerar todas las veces que él había fallado y los errores que habían cometido los dos, pero era necesario interpretarlos para llegar a la verdad, y a medida que pasaban los años le resultaba cada vez más difícil de comprender. Había renunciado a intentarlo.

Estaba seguro de que Yukari lo entendía: había compartido mucho tiempo y espacio con él, y tuvo que ser consciente de las bifurcaciones

y baches que hubo en el camino. Siempre quiso preguntarle cuándo había tirado la toalla: ¿qué había sido realmente lo que no había podido perdonarle?

Levantó la vista. Se hallaba frente al edificio del hotel New Otani.

«¡Ay, ojalá pudiera vivir en una casa!»

Esas palabras resonaron en sus oídos como si Yukari las hubiera pronunciado en algún momento, aunque no recordaba haberla oído decir algo así.

Eso significaba que ella no había cambiado: era típico de ella guardarse lo que pensaba. Tenía la costumbre de no decir nada hasta que un día lo sacaba de golpe, como si estallara. Si él le preguntaba qué le pasaba se quedaba pensativa y se negaba a responder, pero luego lo soltaba todo a la hora de acostarse. Lo cogía de las manos, lo atraía hacia sí con una mueca teatral y gritaba algo así como: «¡Ay, echo tanto de menos comer paparda asada!»

Entonces él se desternillaba y admitía que a él también le apetecía mucho. A menudo el día terminaba así, con ambos salivando y pensando en la cena con la que se deleitarían al día siguiente. Se daba cuenta de que había sido una época feliz para los dos, justo en vísperas de la crisis económica. Le hacía sonreír darse cuenta de lo sencillos que eran sus anhelos y lo inocente de sus ambiciones y su frustración.

Entonces él tenía un contrato en un despacho de arquitectura del lujoso distrito tokiota de Akasaka, donde cuarenta arquitectos trabajaban a destajo bajo las órdenes de su jefe, un pez gordo que había empezado de cero. La economía llevaba mucho tiempo en auge, pero cuando la burbuja económica llegó a su punto álgido la sobrecarga de trabajo era enorme. La oficina, con su enorme volumen de proyectos, parecía un campo de batalla que ponía a prueba sin cesar la energía, resistencia y talento de los jóvenes arquitectos. El edificio se convirtió en una fortaleza que nunca dormía.

Algunos no pudieron más y se fueron, y a otros los contrató la competencia. Para contrarrestarlo, se aumentaron los salarios y se empezaron a pagar primas desorbitadas a un ritmo sin precedentes. Él trabajaba como un poseído: no existía nada más en el mundo que

acero, cristal y hormigón. Diseñaba boutiques, peluquerías, restaurantes, salas de exposiciones, locales para bodas... Era como construir maquetas a escala real. Por entonces la apariencia lo era todo para él: intentaba ser alguien en un mundo superficial y aterrador en el que sólo las cosas bellas podían sobrevivir.

Yukari también había ido ascendiendo en el campo del diseño de interiores. Trabajaba en Harajuku, con un grupo de jóvenes interioristas que incorporaban a sus diseños banderas y escudos de países occidentales utilizando una antigua técnica japonesa de difuminado. Su trabajo fue muy bien recibido y el grupo pasó a formar parte de la nueva ola de diseño japonés. Sus creaciones aparecían con frecuencia en revistas y no dejaban de recibir pedidos.

En muy poco tiempo Yukari y él se convirtieron en un matrimonio con dos buenos sueldos y un piso de dos habitaciones al que sólo iban a dormir. Recordaba el momento en que algo pareció estallar en su mente: «¡Sí! ¡Vamos allá!» Se gastaron una fortuna en mudarse a un piso en Roppongi, él se compró un Citroën nuevo por catálogo y siempre que tenía un rato libre después del trabajo se colaba en algún restaurante de lujo justo antes de que cerraran la cocina. Iba a los bares y pubs de moda, y bebía más alcohol del que su agotado cuerpo podía tolerar. Una noche le había dicho a Yukari que quería tener un hijo y construir su propia casa. Recordaba que se había sentido eufórico, casi como cuando le pidió matrimonio. Llevaba mucho tiempo ardiendo en deseos de proponérselo. ¡Un arquitecto y una interiorista con visión de futuro, trabajando juntos para planificar su propio hogar! Sería una forma de garantizar que las pocas horas que consiguieran pasar juntos fueran las mejores posibles.

Pero eso nunca ocurrió. Yukari, como si hubiera estado esperando ese momento, le dijo que quería una casa tradicional de madera y él, por su parte, ya tenía una imagen demasiado clara en su mente: quería una de estilo occidental con una fachada de hormigón en bruto que cambiara de aspecto según incidieran en ella los rayos del sol. Yukari se opuso frontalmente a tener un hogar «que marcara el paso del tiempo»: le dijo que construyera aquella casa para algún cliente. Podría

soportarlo si se trataba de un alojamiento temporal, pero no se imaginaba viviendo el resto de su vida entre paredes de hormigón.

Fue como un bofetón que lo devolvió a la realidad. Cuando Yukari decía que quería una casa de madera, no hablaba como interiorista: eran los aspectos materiales y espirituales de su educación los que le habían dado la firme creencia de que una casa de verdad tenía que ser de madera.

Como arquitecto, lo entendía. Las decisiones que las personas tomaban acerca de sus hogares iban más allá de las meras aficiones y gustos. Revelaban valores individuales y deseos ocultos más anclados en el pasado que orientados hacia el futuro. La historia nos susurra al oído diciéndonos lo que es importante y lo que no, lo que está permitido y lo que no. Yukari tenía clara la respuesta: hasta que empezó el instituto había vivido siempre en Hamamatsu, en una de esas antiguas casa de labranza con el tejado a dos aguas típicamente japonesas. Le encantaba hablarle de su infancia. La recordaba con nostalgia y cariño, como parte importante de su vida. Siempre le contaba lo bonito que se veía el lucero vespertino desde el tendedero, le hablaba de la asombrosa colonia de hormigas que vivía bajo del porche y de cuando su padre la castigó por primera vez y la obligó a sentarse sobre el frío suelo de tierra del porche *genkan*.

Así pues, la planificación de su hogar quedó en el aire.

Él no volvió a sacar el tema: sentía que todas sus habilidades como arquitecto habían sido rechazadas. Sin embargo, podría haber vivido con ese resentimiento; era la confianza inocente de Yukari lo que hizo que se le cayera el alma a los pies. Sentía que ella le había faltado al respeto despreciando sus orígenes. Se la imaginaba cálida y cómoda en brazos de su ciudad natal, mirándolo con desprecio por no tener nada parecido.

Eso fue antes de que naciera Hinako. Si hubiera tenido que explicarle a alguien los motivos del divorcio, habría apelado a los problemas económicos tras el estallido de la burbuja, pero ¿fue ésa la verdadera razón? ¿Fue por el dinero que dejaron de ganar? ¿Podía afirmar que su situación actual, solo y separado de su mujer y de su hija, no tenía nada

que ver con la educación que había recibido?

Se paró en seco. Siempre se detenía en el mismo lugar, como si sus pies se negaran a continuar, y levantaba la vista hacia el edificio del New Otani. Le gustaba ese ángulo. Las paredes curvas le recordaban el arco de una enorme presa. Aún podía ver la figura orgullosa de su padre encaramado en lo alto de la presa, a cientos de metros del suelo, inclinado para instalar un panel de hormigón en el muro.

4

El tren de la línea Seibu Shinjuku estaba medio vacío.

Aose miraba distraídamente por la ventanilla. Nunca le había hablado a Hinako de su infancia nómada. A Yukari sí, antes de casarse, aunque, como sabía que las diferencias de educación entre los cónyuges podían jugar en contra del matrimonio, le había contado la versión más conveniente.

Kawamata, Takane Dai-ichi, Sameura, Hōheikyō, Tōri, Yagisawa, Shimokubo, Nagawado, Yahagi, Shintoyone, Zao, Kusaki, Miho, Kiryūgawa... Había vivido cerca de todas esas presas y de otras más cuyo nombre ya ni recordaba. Desde que era un bebé que viajaba atado a la espalda de su madre se había mudado veintiocho veces, y sólo entre primaria y secundaria había cambiado de colegio en siete ocasiones. Los campamentos para los obreros que trabajaban en las presas y sus familias consistían en una hilera de barracones prefabricados con diminutas habitaciones separadas por tabiques. Él había oído que, cuando era un bebé, dormía con sus padres y sus dos hermanas mayores en una habitación con tres tatamis.

No eran pobres: la construcción de nuevas presas era el proyecto estrella de la obra pública del gobierno, símbolo de un periodo de gran crecimiento económico. El encofrado para verter las enormes cantidades de hormigón se ensamblaba in situ, era un trabajo que requería mucha precisión y se desarrollaba en alturas peligrosas, así que su padre, un experto encofrador, estaba muy solicitado. Su madre también se ganaba un sueldo como cocinera. Tenían un televisor de dieciocho pulgadas (aunque no se veía muy bien) y sus padres solían comprarles todos los libros, juguetes o juegos de pintura caros que les pedían. Sin embargo, los cuencos, platos y tazas eran de plástico barato: su madre nunca compraba vajilla de cristal o porcelana por miedo a que se rompiera cuando la familia se desplazaba de un

campamento al siguiente.

Sin importar cerca de qué presa vivieran, para regresar desde la escuela siempre tenía que subir una cuesta interminable y el paisaje a lo largo del camino ofrecía un marcado contraste entre casitas nuevas y arregladas y casuchas destartaladas. Sus hermanas le explicaron que unas eran de las familias que habían aceptado la compensación por expropiación del gobierno y habían vuelto a construir sus casas en terrenos más elevados, mientras que las otras pertenecían a las familias que se negaban a ser desalojadas y seguían aferradas al borde del camino. Él se imaginaba a sí mismo entrando por la puerta principal de su flamante casa recién estrenada, corriendo directo a la cocina y preparándose un refresco en polvo con sabor a melón en un vaso de cristal.

Los niños locales no solían invitarlos a sus casas: en las escuelas se marginaba a los «niños de la presa». El tira y afloja por la expropiación de las tierras provocaba disparidades y animosidad en esos pueblos de montaña, y eso también afectaba a los niños, que marginaban, molestaban e incluso apedreaban a los que eran como él y sus hermanas. No recordaba que eso lo molestara realmente: a fin de cuentas, nunca tardaban mucho en trasladarse a la siguiente escuela y, como lo único que conocía era la vida nómada, nunca se le había ocurrido que pudieran establecerse en algún sitio. Sus sueños siempre terminaban en el momento en que se tomaba el refresco de melón en su nueva casa.

Cerró los ojos.

Cada presa estaba unida a ciertos recuerdos. A veces sentía nostalgia de pájaros, flores y árboles que pertenecían a un lugar determinado; sin embargo, nunca había pensado en volver a visitar los escenarios de su pasado. Eran recuerdos fragmentados, incompletos, que se interrumpían bruscamente a mitad de camino. Los distintos lugares no se cruzaban entre sí, sino que yacían separados e inconexos en los recovecos de su mente. No tenía una ciudad natal: ese lugar en el que piensas cuando te encuentras en una encrucijada vital o cuando has perdido el rumbo, lo único que tenía era la luz.

A veces anhelaba regresar a esa luz suave. Por extraño que parezca, todos los barracones donde había vivido tenían una gran ventana que daba al norte, y él disfrutaba leyendo y dibujando con la luz que entraba por esa ventana. Era una luz suave que inundaba tímidamente la vivienda. No irrumpía con descaro ni se desbordaba a raudales: la luz del norte era serena, se sentía como si se hubiera alcanzado un estado de iluminación. Era distinta a la nítida claridad de la ventana que daba al este o la alegre luminosidad de la del sur.

El tren aminoró la marcha.

«Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Aose abrió los ojos y se incorporó.

La Residencia Y era una casa de madera con vistas al monte Asama, y sus ventanas acogían toda la luz del norte que su corazón podía desear.

5

El sol ya empezaba a declinar.

Aose salió de la estación de Tokorozawa por la salida oeste y tomó la calle comercial, conocida con el nombre de Prope. Los fines de semana y festivos siempre estaba a rebosar. Esquivando a la muchedumbre con los hombros encogidos, atravesó la galería comercial que separaba las torres A y B del edificio Marui y salió a la calle Showa, donde, en el primer piso de un edificio, estaba la Agencia de Diseño Okajima.

El despacho estaba abierto. Aose esperaba encontrar a su jefe, pero no había ni rastro de él. En su lugar vio la cara barbuda de Yutaka Ishimaki sentado a la mesa frente al ordenador. Estaba retocando un plano de planta con un CAD, un programa de delineación.

—¿No deberías estar en casa con tu familia?

Ishimaki, que tenía treinta y ocho años y cuatro hijos, suspiró y se volvió en su silla giratoria.

—Sí, pero el propietario me está metiendo mucha prisa.

Propietario, dueño, cliente: los arquitectos se referían a quienes contrataban a la agencia para diseñar sus casas con distintos nombres según la empresa en que se hubieran formado.

—¿Y por qué le urge tanto?

—Su madre va a cumplir ochenta y ocho años y está en una residencia, así que quiere construir la casa mientras aún viva y mudarse allí con ella.

—Qué conmovedor. ¿La madre puede andar todavía?

—Hace años que va en silla de ruedas.

—Bueno, entonces podrás lucirte.

—Sí, supongo que sí.

Ishimaki era un arquitecto con una sólida trayectoria. Tenía experiencia en todos los ámbitos, pero su especialidad eran las viviendas sin barreras arquitectónicas. Cuando recibía un encargo para

diseñar una casa, siempre obtenía la máxima puntuación en accesibilidad para personas de movilidad reducida. Desde la crisis, el respeto al medio ambiente y el bienestar se habían vuelto primordiales en el mundo de la arquitectura y el diseño, por lo que profesionales como él eran indispensables en cualquier oficina. Había empezado trabajando como diseñador para una importante empresa, pero cuando comenzaron las reestructuraciones de plantilla creó su propio negocio. Por desgracia, antes de poder arrancar tuvo que abandonar la lucha por hacerse con una porción del pastel que empezaba a reducirse drásticamente y, tras unos años trabajando en la fábrica de fertilizantes de la familia de su mujer, llegó a la oficina de Okajima a través de un pariente.

Aose no estaba en posición de criticarlo porque él también era uno de los «fracasados» de la crisis: había perdido su empleo en la oficina de Akasaka y, tras el divorcio, tuvo que conformarse con aceptar trabajos temporales y fue pasando de un estudio de arquitectura a otro. Sus ingresos se redujeron a un tercio, aunque no le importaba mientras pudiera pagar la manutención de Hinako. No estaba en condiciones de elegir sus proyectos, así que se limitaba a diseñar lo que le mandaban. En una ocasión había trabajado para una inmobiliaria sin escrúpulos que vendía viviendas baratas utilizando siete fachadas distintas para otras tantas casas que tenían idénticos cimientos y estructura. Se pasaba el día atascado en trabajos mediocres y por la noche ahogaba sus frustraciones en alcohol. Sólo cuando estaba borracho se le quitaban las ganas de quejarse. Pero entonces, apenas hacía tres años, había recibido una llamada de Okajima, que probablemente había oído rumores sobre su lamentable situación laboral. «No te vendas tan barato», le dijo. «¿Por qué no trabajas para mí?»

—El problema no es la accesibilidad. —Ishimaki hizo el gesto del dinero frotando el índice y el pulgar—. El propietario tiene un presupuesto de ciento veinte mil yenes por metro cuadrado.

—¿Todo incluido?

—Sí, y no sólo la iluminación, sino también las tuberías externas, los desagües y la fosa séptica. Es ridículo, ¿verdad?

—Completamente.

Aose dio por terminada la conversación e Ishimaki volvió a centrar la vista en el ordenador y se restregó la barba, como siempre que reflexionaba.

—Quizá debería hablarlo con Takeuchi.

—Sí, le darías una alegría.

Kengo Takeuchi era el arquitecto más joven, sólo hacía cuatro años que se había licenciado. Aunque todavía se estaba formando, era el más entusiasta de la empresa en materia de investigación. En particular, le apasionaba el ámbito de las viviendas de bajo coste, y recientemente había ampliado sus intereses a las viviendas ecológicas.

—Por cierto, ¿qué ha sido del jefe?

—¿Habías quedado con él?

—Ha pasado por aquí, ¿no?

—Sí, pero se ha marchado hace media hora. Ha dicho que tenía que hacer un recado antes de volver a casa.

—Ya veo —respondió él para zanjar el asunto. Intuía que aquel «recado» tenía algo que ver con el concurso público que le había insinuado.

—Ah, por cierto. El jefe me ha dicho que te ha ido muy bien en Osaka.

—Sí... aunque de momento sólo es un acuerdo verbal. No firmaremos el contrato hasta finales de mes.

—Tengo entendido que quieren una réplica de la Residencia Y.

—Sí, eso me han dicho.

—Los clientes de Urawa también han mandado un correo electrónico interesándose por esa casa, ¿lo has leído?

En realidad, Aose se había acercado a la oficina expresamente para leerlo.

Se sentó junto a la ventana y encendió el ordenador n.º1. La empresa tenía cinco empleados, incluyendo a Mayumi Tsumura, la contable, pero por las características del trabajo había nueve ordenadores repartidos en seis escritorios.

El correo electrónico que Setsuko Yoda, la clienta de Urawa, le había

enviado a Aose se había confundido entre el resto de los mensajes de trabajo.

«Apreciado señor Aose...»

Se saltó los formalismos hasta llegar al cuerpo del mensaje.

> Con la ayuda de su croquis fuimos a visitar de inmediato la Residencia Y en Shinano-Oiwake. ¡El exterior nos pareció precioso! Parece una villa, pero el diseño tiene muchísimos detalles que no se aprecian en las fotografías del libro, uno de los cuales es que está edificada sobre una pequeña colina. A mi marido y a mí nos encantó, y estábamos tan emocionados que, pese al riesgo de quedar como unos cotillas, decidimos echar un vistazo al interior y llamamos al timbre. Por desgracia no había nadie y no pudimos verla por dentro. De hecho, me dio la impresión de que allí no vivía nadie. ¿Es posible que los dueños la utilicen sólo los fines de semana o como segunda residencia? ¿Sería usted tan amable de pedirles que nos dejen visitarla? Nos interesa mucho ver cómo entra la luz. Le estaríamos muy agradecidos.

Aose arrugó la frente. ¿Una segunda residencia? Yoshino jamás le había mencionado aquella posibilidad: él y su familia pensaban mudarse el mismo día en que dejaran la casa que tenían alquilada en Tabata, en el norte de Tokio, y empezar una nueva vida en Shinano-Oiwake.

Apagó el ordenador y se reclinó haciendo que el respaldo de la silla crujiera.

Los rostros del señor y la señora Yoshino le vinieron alternativamente a la cabeza. Haría casi un año que se habían presentado en la oficina alegando que se habían enamorado a primera vista de la casa de dos plantas que él había construido en Ageo. Ambos eran bajitos, rondaban los cuarenta y al principio parecían terriblemente nerviosos. Él no los recibió con demasiado entusiasmo: la casa de Ageo a la que se referían se había edificado con notables dificultades en un terreno deformado y estrecho en la esquina de una urbanización y, a pesar de que había

propuesto toda clase de soluciones ingeniosas, el cliente no había hecho más que quejarse. Los contratiempos desgastaron la relación, y la casa, una vez terminada, quedó un tanto deslucida.

Pero Touta Yoshino la alabó por su hermosa forma e imponente presencia a pesar del tamaño. A su mujer, Karie, la habían impresionado los tragaluces del techo, que compensaban la falta de luz natural, y la brevedad de las líneas en la cocina. Parecía que se hubieran enamorado del arquitecto más que de la casa en sí, pero al mismo tiempo no actuaban como quien tiene una admiración ciega. Al poco rato él empezó a sentirse a gusto con aquella pareja tranquila y bien compenetrada. Tenían dos hijas en secundaria y un hijo en primero de primaria, igual que su propia familia tiempo atrás, y esa casualidad lo hizo sentir una especie de vínculo con ellos. Entonces recibió una llamada y tuvo que ausentarse un momento, y cuando regresó la pareja había tomado una decisión. Le hicieron una profunda reverencia y Touta Yoshino le pidió que les construyera su nuevo hogar: «Tenemos un terreno de 265metros cuadrados en Shinano-Oiwake, en la prefectura de Nagano, y podemos invertir hasta treinta millones de yenes en la obra. Confiamos plenamente en usted, Aose. Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Las palabras de Yoshino tuvieron un efecto inmediato en él, como si hubieran encendido un interruptor en algún lugar de su cerebro.

«... la casa donde usted mismo querría vivir.»

Tuvo una visión fugaz de una casa de madera. No era una casa concreta: vio árboles, un bosque, una selva, la bruma matinal, oyó el canto de los pájaros y sintió el viento en las mejillas; los recuerdos más placenteros de sus cinco sentidos afloraron a su mente y se conjugaron para formar la imagen de una casa de madera. Él se quedó tremendamente sorprendido de que esa visión no correspondiera en absoluto con el edificio de estilo occidental con fachada de hormigón que había soñado construir años atrás, pero nada cambió en los días sucesivos. Por irónico que parezca, la casa que marcaba el paso del tiempo había sido derrotada por el tiempo mismo: yacía impotente, cubierta por una densa capa de polvo, y no daba señales de levantar

cabeza.

Acabó optando por la casa de madera. Quiso creer que había sido una simple corazonada, un impulso inocente que no significaba una rendición ni un ajuste de cuentas con el pasado, y decidió ignorar el vínculo que parecía existir entre Yukari y su nuevo proyecto. Tampoco se había planteado construir una casa tradicional japonesa como aquella en la que había crecido su ex mujer, así que podía pensar libremente en qué tipo de casa le gustaría vivir y ahondar en aquella cuestión sin sentirse incómodo. Además, nadie lo presionaría para que se ciñera a la estética tradicional o a las técnicas de construcción convencionales.

Visitaba a menudo Shinano-Oiwake y, de pie en el futuro emplazamiento de la Residencia Y, dejaba volar la imaginación mientras inspeccionaba el terreno. Cuando le venía la inspiración, trabajaba en los planos durante toda la noche. Hizo docenas de borradores sin apenas beber alcohol, pero estaba tan absorto que ni siquiera se dio cuenta. Se sentía un poco culpable con Okajima, quien lo había rescatado de la precariedad, pero lo cierto es que era la primera vez que se entregaba a un proyecto en cuerpo y alma desde que trabajaba en la agencia. El estallido de la burbuja económica había hecho mella en su confianza y orgullo. Fue mucho más que una simple secuela: alteró toda su filosofía de vida. Había dejado de esforzarse, no hacía más que procesar las peticiones que llegaban a la oficina sin asumir riesgos. A menudo daba su brazo a torcer para evitar cualquier tipo de conflicto o discordia, renunciando a sus propios puntos de vista y planteamientos. Sentía que se esforzaba por mantener la fachada de un arquitecto de primer nivel, pero su estado de ánimo era el mismo que cuando se vendía al mejor postor para dibujar planos al gusto del cliente.

En los ojos de Touta Yoshino había visto reflejada su propia imagen de muerto viviente. Aquel encargo había sido pura magia. La propuesta de construir la casa donde él mismo querría vivir había hecho rebrotar con virulencia su pasión por la arquitectura, que casi había desaparecido.

Construiría una casa orientada al norte. Cuando se le ocurrió, apretó los puños: había dado en el clavo, estaba convencido. El terreno de Shinano-Oiwake era una zona abierta a los cuatro vientos, en la cumbre de una colina con vistas al monte Asama, el lugar ideal para vivir. Allí podría abrir tantas ventanas al norte como quisiera, lo que no habría podido permitirse en una ciudad. La luz del norte sería la fuente principal de iluminación natural, mientras que las demás serían complementarias. El corazón le dio un vuelco: no conocía a ningún arquitecto que no hubiera tenido problemas con la falta de luz. En Japón, el sur y el este son las orientaciones más codiciadas para quienes se dedican a diseñar casas, pero había que abandonar aquella creencia, darle la vuelta al firmamento y construir una casa de madera que respirase con la luz del norte. No era una cuestión de necesidad, pues aquel terreno en ningún caso impedía recibir tanta luz del sur y del este como se quisiera, más bien era el plan de reversión definitivo. Diseñaría una casa digna de recibir ese nombre.

Dibujó los planos como si estuviera poseído: la planta, el alzado, el plano de detalle, la sección. Dibujaba y descartaba, repetía y retocaba una y otra vez. La forma de la casa se basaba por entero en el concepto de iluminación natural. La estructura se elevaba hasta alcanzar las dos plantas y los aleros más altos en el lado norte. La pared de ese lado era también la más larga, y las del este y el oeste se estrechaban progresivamente para hacer que el lado sur fuera el más corto. En otras palabras, vista desde arriba la casa tenía forma de trapecio. Construyó una gran maqueta a escala 1:25 para examinar la forma en que la luz incidiría en el interior, calculando el ángulo en que lo haría en cada estación de año y a cualquier hora del día para determinar la distribución interior y el tamaño y posición de las ventanas. Luego, para compensar cualquier posible falta de luz (o más bien para convertir la vivienda en una verdadera «Casa de la Luz del Norte»), dotó al tejado de unas «chimeneas de luz» minuciosamente ideadas.

Las obras duraron cuatro meses. Cada cinco días se desplazaba al terreno para supervisar personalmente la construcción y dar instrucciones al detalle. El edificio estaba diseñado para soportar

fuertes nevadas, y se construyó con madera de roble diente de sierra y roble de hoja ancha. Para el *genkan,* el vestíbulo, y los tabiques interiores escogió madera maciza de ciprés blando, cuya sutil fragancia combinaba a la perfección con la delicadeza de la luz del norte. Hizo todo cuanto estaba a su alcance y terminó plenamente satisfecho con la casa que había diseñado y convencido de que los Yoshino sentirían lo mismo.

El día en que la Residencia Y se convirtió en la Residencia Yoshino, el matrimonio contempló la casa con gran emoción. Cuando entraron en su hogar y se encontraron en aquel espacio inundado por la luz clara de finales de otoño, dejaron escapar sendas exclamaciones de sorpresa y asombro. Una sonrisa se dibujó en sus caras. A Touta Yoshino se le anegaron los ojos y se disculpó avergonzado. Al terminar la visita, no cabía duda de que la Residencia Y contaba con la bendición de sus nuevos dueños.

—Ya lo sé —oyó decir a Ishimaki, que mantenía una larga conversación telefónica con Takeuchi—: lo más fácil sería abaratar costes reduciendo la calidad de los materiales, pero para eso no necesito ayuda. Si te he llamado es porque no quiero hacerlo.

Aose miró hacia la ventana.

Habían pasado cuatro meses y él se había atenido a las normas de la empresa. Al principio, estaba convencido de que Yoshino lo llamaría a los pocos días de mudarse para saber cómo se sentían viviendo en la casa, pero después de quince días sin noticias ya estaba tremendamente ansioso: por muy bonita que fuera una casa, era imposible saber si cumplía su función hasta que alguien viviera allí. Empezó a temer el veredicto. Muchas veces estuvo a punto de coger el teléfono, pero se imaginaba a los Yoshino mirándolo con expresión seria y le flaqueaba el valor. Intentó distraerse ocupándose del trabajo que se había ido acumulando en los últimos meses. Estaba claro que no volvería a tener la oportunidad de diseñar una casa con total libertad, así que regresó a la rutina diaria de intentar satisfacer los caprichos y exigencias de los clientes.

Se repetía que la Residencia Y no era más que una casa de madera

normal y corriente, y que el resto era una ilusión creada por la nostalgia. No tenía nada especial que mereciera una llamada telefónica o una postal de agradecimiento de sus nuevos dueños, aunque por suerte parecía no tener defectos suficientes para justificar una visita a la agencia para quejarse. Repitiéndose aquellos argumentos, evitaba pensar que había obligado a la familia Yoshino a vivir en una extraña casa con la orientación invertida cuyo diseño obedecía a un capricho egoísta. En su lucha interna, imaginaba que los propietarios de la casa tenían muchas quejas, pero tras haberle dado carta blanca no se atrevían a protestar: ya habían tenido bastante con el narcisismo del arquitecto, aunque aquello no se pareciera en nada a lo que esperaban. Los pensamientos negativos eran infinitos, mientras que los positivos tropezaban al primer paso. Sea como fuere, era evidente que los Yoshino no querían tener ninguna relación con él, y no lo consideraban un amigo. Se sintió disgustado consigo mismo por haberse consagrado al proyecto, arrojó al fondo de un cajón del escritorio el ejemplar de la *Selección de doscientas casas de la era Heisei* que le habían enviado a la agencia sin molestarse en hojearlo y decidió que ya había tenido suficiente dosis de vanidad. Sin embargo...

«Me dio la impresión de que allí no vivía nadie.»

Si era el caso, ¿qué podría haber pasado?

—Ey, Aose.

Ishimaki había colgado el teléfono.

—Dime.

—¿Vamos a cenar?

Él consultó el reloj de pared.

—Todavía es temprano, ¿no? Apenas son las cinco y media.

—Es que tengo la sensación de que me voy a pasar la noche entera trabajando.

—Pues yo no tengo hambre, ve tú si quieres.

Ishimaki le lanzó una mirada recelosa, pero enseguida soltó una risita.

—Creo que pediré un plato de fideos *tonkotsu,* pero no se lo digas a mi mujer.

Aose se volvió mientras Ishimaki se restregaba la prominente barriga. Cuando estaba de mal humor, el comportamiento de Ishimaki lo sacaba de quicio. Su compañero también era un guerrero caído, pero se las había arreglado para mantener unida a su familia de seis.

—Que sepas que te envidio.

Aose se volvió sobresaltado. Creía que Ishimaki ya se había ido, pero estaba frente a la puerta entreabierta.

—¿Por qué?

—Por la Residencia Y. Llama la atención y recibe buenas críticas. Así es como nace una leyenda.

—No es para tanto.

—La verdad es que me sorprendiste, siempre te había tomado por un realista empedernido.

¿Un realista?

—Yo no tengo el romanticismo ni el coraje necesarios para proponer una casa tan singular. Sé diseñar edificios, pero no puedo crear una obra de arte como la tuya.

Él le respondió con un gruñido para quitárselo de encima. Esperó a que el ruido de sus pasos se hubiera extinguido en el pasillo y, acto seguido, se metió la mano en el bolsillo donde tenía el teléfono móvil y marcó el número fijo de la Residencia Y aunque, si respondía Yoshino, se moriría de vergüenza.

Saltó el contestador automático.

«¿Y qué?», pensó. Sólo llevaban ausentes un día; ¡no!, medio día. Llamó al móvil de Yoshino y oyó una voz familiar: «El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura, por favor...»

Marcó el número fijo de la casa que los Yoshino alquilaban en Tabata.

«El número de teléfono que ha marcado no corresponde a ningún usuario registrado.»

Se sintió decepcionado: era evidente que los Yoshino se habían ido de la casa que tenían alquilada en Tabata porque se habían mudado a Shinano-Oiwake. No había otra explicación, ¿y qué clase de idiota dejaría una casa recién estrenada para irse a vivir a otro sitio?

Suspiró y se levantó apoyando las manos en las rodillas. Guardó el teléfono en el bolsillo y alargó la mano hacia su bolsa sin dejar de pensar en que algo iba mal. Miró fijamente el ordenador n.º 1, chasqueó la lengua, sacó de nuevo el teléfono, volvió a marcar el número de Shinano-Oiwake y dejó un mensaje en el contestador automático:

—Soy Aose, de la Agencia de Diseño Okajima. Siento no haberle dicho nada en todo este tiempo. Necesito hablar con usted. Le agradecería que me llamara, aunque sea tarde.

6

Fuera estaba anocheciendo.

El aparcamiento alquilado por la empresa estaba a muy poca distancia a pie. La brisa de principios de primavera se arremolinaba silbando en torno a los rascacielos.

Levantó la vista: Tokorozawa, en la prefectura de Saitama, al noroeste de Tokio, era una ciudad desordenada y confusa, incluso caótica a ratos. Cada barrio parecía inseguro de su propia identidad, como si no pudiera decidir si era un distrito comercial o residencial. Gigantescos bloques de pisos perforaban el cielo aquí y allá, y a sus pies, como liliputienses rodeando a Gulliver, se apiñaban los tejados bajos de un montón de negocios tradicionales: estancos, zapaterías, ferreterías, librerías de ocasión, tiendas de muñecas, papelerías... Más allá, en el mismo ángulo de visión, había una crepería con terraza, una pancarta en contra de la construcción de un rascacielos, un elegante salón de belleza con escaparates de cristal, la rústica puerta *torii* de un santuario Inari y la ruinosa estatua de piedra de un dios guardián.

Lo fascinaba aquel paisaje incoherente, pero nunca se había sentido arraigado a la ciudad como un habitante más, quizá porque lo único que lo había llevado allí había sido la búsqueda de alojamiento. Cuando entró a trabajar para Okajima, decidió que tenía que vivir cerca de la empresa, pero tras mucho deambular no encontró nada que despertara su interés y al final escogió arbitrariamente el barrio de Hoshinomiya sólo porque le gustaba el nombre. Acudió a una agencia inmobiliaria cercana, pero acabó alquilando un piso en un viejo bloque del barrio vecino, Tokorozawa Oeste. La experiencia lo había obligado a admitir un hecho innegable: después de tantos años dedicados a la arquitectura, había perdido de vista dónde y cómo quería vivir.

Resopló.

La carga que le oprimía el pecho se había aligerado. Habiendo dejado

un mensaje en el contestador automático de la Residencia Y, sentía que había vencido una enfermedad que llevaba tiempo consumiéndolo. Ahora sólo tenía que esperar a que Yoshino se pusiera en contacto con él. Se sentía capaz de soportar cualquier veredicto, por desfavorable que fuera, con tal de que la incertidumbre de los últimos cuatro meses terminara aquella misma noche.

Dobló la esquina, se dirigió a su plaza de aparcamiento y subió a su Citroën. Se podía decir que era el único recuerdo material que conservaba de la época de Akasaka. Era viejo y demasiado grande para una sola persona. Sin embargo, cada vez que pensaba en cambiárselo, algo en su interior se rebelaba: tenía la abrumadora sensación de que, si se deshacía de él, se alejaría irremediablemente de aquellos días de esplendor.

Su piso se encontraba a pocos minutos en coche. Paró en una tienda y compró un paquete de rollos de sushi y una lata de cerveza. En el vestíbulo, mientras esperaba el ascensor, se encontró con una anciana que caminaba con andador. Intercambiaron un escueto saludo. Del manillar del aparato colgaba una bolsa de la misma tienda en la que compraba él. La anciana se bajó en el noveno piso y él siguió hasta el undécimo. La bolsa pesaba mucho porque antes de salir de la oficina había sacado del cajón de su escritorio el ejemplar de la *Selección de doscientas casas.*

Se quitó los zapatos en la puerta y entró en el piso. El suelo estaba frío y en la oscuridad sólo se veía la parpadeante luz roja del teléfono. Tenía un mensaje. Sabía que sería de Yukari, pero sus oídos estaban preparados para oír la voz de Touta Yoshino.

—Gracias por lo de hoy. Hinako ha llegado muy contenta, ya está ansiosa de que llegue el primer domingo del mes que viene.

Él dejó escapar un suspiro. Se sorprendió a sí mismo tratando de detectar alguna emoción oculta en cada una de aquellas breves palabras. A veces hablaba por teléfono con Yukari; si era necesario, hablaban prácticamente a diario, como cuando Hinako había sufrido acoso escolar, pero las reglas estaban claras: no se veían nunca y no hablaban de sus vidas personales por teléfono, sólo se comunicaban

cuando surgía la necesidad de discutir algún tema relacionado con el bienestar de su hija.

Algún día Hinako querría saber la verdad.

Tenía que hablar del asunto con Yukari para estar preparados cuando llegara el momento, la situación lo requería. Le diría a su ex mujer lo que pensaba y escucharía su opinión. Parecía bastante sencillo, pero no sabía si sería capaz de sacar el tema. Además, al estar relacionado con las circunstancias del divorcio, cualquier palabra poco acertada haría que el foco se desviara de Hinako y la conversación empezara a girar en torno a ellos dos.

Tiró de la anilla de la lata de cerveza y bebió un sorbo. Se acercó al sofá junto a la ventana y abrió el paquete de rollos de sushi. Tras la ventana de guillotina se extendían las vistas nocturnas de la ciudad.

En cuanto aparcaron el proyecto de construir su propio hogar, empezaron a hablar cada vez menos, como si hubieran desconectado el uno del otro, pero como ambos estaban demasiado enfrascados en sus respectivos trabajos y vivían en un estado de desconexión permanente, su vida de pareja aparentemente no cambió, hasta el punto de que él no tenía claro en qué momento Yukari había empezado a ser consciente de que su matrimonio estaba en crisis.

Un día anunció que iba a bajar el ritmo de trabajo porque le habían diagnosticado anemia, y así lo hizo. A partir de entonces estaba casi siempre en casa, mañana y noche. Se la veía insólitamente animada. Volvieron a reír como cuando eran una pareja de recién casados y, durante las comidas, en vez de limitarse a intercambiar información, Yukari se esforzaba por que mantuvieran una conversación animada. Decía que quería tener hijos: «¡Voy a taparme la nariz y a comer tanto hígado como pueda!»

Hinako llevó un raudal de luz a sus vidas, a lo que se sumaba la evidente alegría de Yukari. Cuando él llegaba a casa cansado después de todo el día trabajando, se encontraba siempre con la misma estampa: su hija como un bultito caliente en la cama junto a su madre, que dormitaba tras las agotadoras batallas que libraba día tras día. En esos momentos le parecía que su familia y el aquí y ahora eran lo único

que importaba.

Aun así, seguía esquivando el tema de construir su propia casa. Yukari sí lo mencionaba de vez en cuando, pero él le respondía que ya llegaría el momento, aunque ni él mismo sabía cuándo. Pasaron los meses, la burbuja económica terminó por estallar y los puestos de trabajo empezaron a desaparecer como árboles arrasados por un buldócer. Las casas en obras se deterioraban sin que nadie las acabara, los clientes se esfumaban o simplemente renunciaban a los proyectos, que se convertían en papel mojado.

La empresa donde trabajaba empezó a hacer recortes drásticos de personal. Bastaba que el jefe te mirara apenado a los ojos y asintiera con la cabeza para que te supieras en la calle. El sector privado ya no ofrecía garantías, y sólo los que se especializaban en obra pública, que llegaba con cuentagotas, podían tener esperanzas de seguir en el negocio.

Takumi Nose, cuyo talento era innegable, fue una de las víctimas. Había estado loco por Yukari y la había cortejado con insistencia. Por su culpa, él había tenido que adelantar dos meses su propuesta de matrimonio. Sólo pensar que acabarían despidiéndolo delante de Nose hacía que le hirviera la sangre, por eso presentó su dimisión antes de que su jefe le dedicara la temida mirada seguida del triste asentimiento. El jefe le dio la mano, se disculpó y prometió volver a contratarlo algún día. Él le devolvió el apretón creyendo que aún tenía un futuro brillante. La situación no le parecía tan grave: tenía cualificaciones y un buen currículo, ya se las arreglaría.

«¿Lo has dejado? ¿Has presentado tu dimisión?»

Yukari estaba atónita.

Al final, las cosas no salieron como pensaba: no encontró ninguna agencia que quisiera contratarlo. No importaba adónde buscara o a quién preguntara, nadie tenía trabajo. Fue el caso de muchos de sus colegas víctimas de las reestructuraciones de plantilla. Durante los siguientes seis meses, incluso un año, el teléfono sonaba a altas horas de la noche y él descubría que uno de sus ex compañeros se había vuelto vendedor a comisión; otro, camarero en una cadena de

restaurantes o personal de limpieza en algún edificio. Recurrían a cualquier cosa para llegar a fin de mes, pero sus llamadas estaban llenas de quejas y resentimiento. Justo antes de colgar, siempre preguntaban: «Y tú, ¿cómo estás? ¿Sigues buscando trabajo de arquitecto?»

Él se aferró a las páginas amarillas como un náufrago a un bote salvavidas. Bolígrafo rojo en mano, llamaba día tras día a las agencias de diseño del área metropolitana de Tokio, confiando en que necesitarían contratar a gente con talento para diseñar locales comerciales. ¿Acaso no era el momento ideal? Al poco tiempo, amplió el radio para incluir Osaka y Nagoya, y cuando le quedó claro que por teléfono no conseguiría nada decidió presentarse sin cita previa. Sus ahorros menguaban rápidamente, pero no quería darse por vencido: pensaba que, si les enseñaba dibujos y fotografías de sus diseños, no se negarían a recibirlo. Además, la economía se recuperaría con el tiempo. No obstante, muchos le cerraban la puerta en las narices. Entonces se enfurecía, temblaba de rabia y finalmente estallaba: «¡Que os den! ¡Tampoco quería trabajar en una agencia de mala muerte como la vuestra!»

Esas noches se escapaba para beber, y la cantidad de alcohol que ingería no dejaba de aumentar.

Yukari hacía todo lo que podía por sacarlo del pozo, pero era en vano. «Oye, ¿por qué no nos vendemos el coche y volvemos a nuestro antiguo piso? Era pequeño, pero nos divertíamos mucho», le propuso un día, pero él no tenía la menor intención de abandonar el piso ni vender el coche. Creyó que ella lo acusaba de estar obsesionado con el lujo y los bienes materiales, se enfadó mucho y le levantó la voz por primera vez: «¡¿Por quién me has tomado?! ¡¿Es que no lo entiendes?! Sólo quiero ganarme la vida con mi talento. Si ves que estoy buscando trabajo desesperadamente, ¿por qué no haces más que atacarme?» Golpeó la pared con el puño. Yukari se asustó, pero era consciente de la gravedad de la situación. Hizo varias llamadas para conseguir más trabajo para ella y él se lo tomó como una nueva forma de irritarlo, lo que provocó otra discusión. Pero, por supuesto, el mercado del diseño

de interiores también estaba en caída libre, y su economía doméstica no mejoró. Las peleas se volvieron constantes, aunque nunca levantaban la voz delante de Hinako: fue la última regla que acordaron como pareja. Hinako estaba muy unida a su madre y, cuando la veía triste, rompía a llorar amargamente.

Aose acudió una sola vez a la Oficina Pública de Empleo. La encontró repleta de hombres grises. Le recordó las colas de racionamiento de la época soviética que había visto en la tele. De todas formas, se puso a la cola, que siguió creciendo detrás de él. Le costaba respirar. Sintió un nudo en el estómago y empezó a jadear. La bilis le subía y le bajaba por la garganta. Maldijo su debilidad y salió de la cola sin llegar siquiera a la ventanilla. Las miradas de sorpresa de los demás hombres le produjeron un indescriptible sentimiento de superioridad que le aligeró el camino de vuelta a casa.

Yukari no volvió a sonreír. Lloraba y le gritaba casi todos los días. Aprendió lo que era sentirse angustiado por la falta de dinero, una lección que acabó grabándosele a fuego en el corazón. Por entonces ya bebía a plena luz del día.

«Léete esto.»

Aquella mañana Yukari sonaba tranquila. Los papeles del divorcio estaban sobre la mesa blanca del comedor. Todos los campos estaban por rellenar, incluida la firma: no iba en serio, no quería divorciarse, sólo era un intento desesperado por hacerlo reaccionar. Pese a que él lo sabía, se le heló la sangre en las venas. No conseguía sacarse de la cabeza las palabras «solicitud de divorcio». Una frase vengativa le subió hasta la garganta. No le costaba imaginar el mundo vacío e incierto que surgiría después de pronunciarla, por eso su cerebro intentó impedírselo una y otra vez, y sin embargo la pronunció. ¿Por qué tuvo que hacerlo?

«Menos mal que no nos hicimos la casa.»

Dejó a un lado los palillos, cerró el paquete de rollos de sushi y lo aseguró con una goma elástica. Odiaba aquel sonido. Alargó el brazo, cogió su bandolera y sacó el ejemplar de la *Selección de doscientas casas de la era Heisei*. En la portada aparecía una casa diseñada por un

arquitecto desconocido con un jardín de piedra semienterrado tremendamente innovador. Se bebió el resto de la cerveza de un trago sintiendo una ligera envidia.

«Tu trabajo es construir casas, ¿verdad, papá?»

Cuando tenía la edad de Hinako, e incluso antes, ya soñaba con ser arquitecto. En la biblioteca de su escuela de entonces encontró un libro de fotos hecho jirones que mostraba las obras arquitectónicas más representativas del mundo. No se cansaba de mirarlo, y a menudo se lo llevaba a escondidas al barracón. Inspirado por el libro, dibujaba edificios. En su mente, incluso el barracón donde vivía con su familia podía transformarse en un palacio con un salón tan grande que incluso podía albergar elefantes y jirafas. Sus hermanas se burlaban de él, pero su madre sonreía y le decía: «Me encantaría vivir en una casa como ésa.»

La fiebre por diseñar edificios aumentó cuando entró en secundaria. Nunca olvidaría la sorpresa que se llevó al ver en una librería de la ciudad una foto de la Residencia Kaufmann, la Casa de la Cascada, diseñada por Frank Lloyd Wright, uno de los arquitectos más importantes del siglo XX. Estaba construida sobre una cascada en medio de una exuberante ladera verde. «Armonía e integración con la naturaleza», rezaba el pie de foto, pero para él la casa parecía dominar la naturaleza. Ella y sus habitantes controlaban y manipulaban la naturaleza. Sintió una gran excitación.

Su reacción era fruto de la influencia del trabajo de su padre: construir presas era conquistar la naturaleza. Permitía controlar inundaciones, suministrar energía y garantizar los recursos hídricos. Su padre era un encofrador que luchaba en primera línea desafiando a la madre naturaleza en un momento en que el país necesitaba urgentemente el desarrollo de infraestructuras. Era un héroe para él, y cuando lo sentaba sobre sus hombros, firmes y duros como una roca, y veía la presa casi terminada, él también se sentía como un héroe. «¿Sabes qué, Minoru? Una presa es como la mano de Dios: recoge y almacena cada gota de lluvia y nieve que cae en las montañas y las reparte generosamente entre todos nosotros.»

Hizo el examen de acceso en el departamento de arquitectura de una escuela técnica. Su padre creía que era una escuela de carpintería, por eso el día en que lo admitieron lo celebró con una copa de sake y dijo: «¡Enhorabuena! Te compraré una buena sierra.» Él fue incapaz de reírse como su madre y sus hermanas mayores: por primera vez se avergonzó de su padre. Ignoraba todo lo que no tuviera que ver con su propio trabajo, y su vida siempre había transcurrido entre campamentos y presas. Él quería volar lejos. Ser arquitecto ya no era un sueño, sino un objetivo.

Disfrutaba aprendiendo. Se zambulló en sus estudios de dibujo y topografía. Poco después de empezar tercero, ganó un premio en un concurso nacional de jóvenes arquitectos. Su proyecto proponía un complejo de viviendas de poca altura integrado en un tranquilo paisaje suburbano. La idea se le ocurrió mientras reflexionaba sobre cómo hacer más habitables los barracones de los campamentos para obreros. Un profesor se fijó en él. Elogiaba sus dibujos y bocetos. «Para ser un buen arquitecto hace falta tener espíritu artístico», solía decirle, y él se sentía agradecido con sus padres por haberle comprado todo el material de dibujo que les pedía de pequeño, y también con los niños de los pueblos de montaña, que nunca lo dejaban jugar con ellos.

Hojeó la *Selección de doscientas casas de la era Heisei.* Era la primera vez que miraba el libro con calma. Las imágenes transmitían mucho más que el título o la descripción: confianza en uno mismo, amor por los retos, honor y orgullo; era como si cada obra reflejara el alma de su autor. Tomó aire y abrió la página de la Residencia Y. Lo primero que destacaba era el tejado inclinado de color azul cielo. Luego no necesitó mirar más: todos los detalles cobraron vida para él. Tres grandes tragaluces elipsoidales a los que había bautizado como «chimeneas de luz» sobresalían del tejado a intervalos regulares. Los había diseñado minuciosamente para combinar las funciones de claraboya y buhardilla. Eran de policarbonato altamente translúcido y llevaban un reflector en forma de tornillo, así consiguió que, mientras que la luz del norte entraba directamente a través de las ventanas, la luz procedente de otras fuentes se reflejaba en la superficie curvada del interior de las

chimeneas y se distribuía por el techo y las paredes.

Cerró los ojos y el libro.

«Algún día construiré mi propia casa.» Lo había decidido cuando era un adolescente apasionado y ambicioso, y había sabido mantener vivo aquel deseo hasta que pudo hacerlo realidad gracias a las palabras mágicas de Yoshino. Ahora se daba cuenta de que tanto la idea de una casa orientada al norte como la decisión de hacerla de madera habían sido inevitables: no había crecido viendo sólo el lado bueno y heroico de la construcción de presas, también recordaba la riqueza de los bosques antes de que fueran arrasados por las voladuras. Su padre, algo compungido, le enseñaba las casas, los campos y los puentes de piedra condenados a quedar sumergidos bajo el embalse. Todos los elementos de aquellos paisajes formaban parte de los escenarios indelebles de su infancia. La imagen de aquella ciudad natal que siempre había creído no tener había trascendido el tiempo en un delicado envoltorio de luz del norte. Tras perder a su familia, había llegado a perder de vista su propia alma y había vagado por las tinieblas durante años, hasta que el encargo de Yoshino lo arrastró de nuevo hacia la luz. Entonces, con mucho miedo, abrió el envoltorio que contenía su pasado y por fin se dio cuenta de que ya no había necesidad de envidiar o rechazar el mundo donde había crecido Yukari.

Consultó el reloj de pared. Eran casi las siete y media. El teléfono fijo estaba sumido en la oscuridad, en una mesita junto a la pared. El móvil estaba encima de la mesa frente a él.

—¿Qué te ha pasado? —dijo en voz alta, y en ese preciso instante le vino a la mente la cara del hijo menor de los Yoshino, que acababa de empezar primaria, y tuvo un mal presentimiento. Aunque sólo lo hubiera visto un par de veces, se sentía identificado con él porque también tenía dos hermanas mayores. El día de la ceremonia de colocación de la primera piedra, se le había acercado (el chiquillo estaba medio escondido detrás de su madre) y le había preguntado: «¿Tienes ganas de instalarte en tu nuevo hogar?» En lugar de responderle, el niño había levantado la vista y lo había mirado con unos ojos que ya habían aprendido a desconfiar de los adultos. No

recordaba haberlo visto cerca de Yoshino; quizá no se llevara bien con su padre.

Pasaron las ocho y las nueve y ambos teléfonos seguían en silencio. Aplastó la lata de cerveza vacía. Pensó en volver a la tienda, pero no se movió del sofá. Encendió el televisor, fue saltando de canales durante un rato y lo apagó.

Quizá Yoshino aún no hubiera vuelto a casa y Karie también hubiera salido. ¿Y sus tres hijos? Tendrían que estar en casa. Sí, pero no les correspondía a ellos devolverle la llamada. Supuso que Yoshino habría salido tarde del trabajo y no habría oído el mensaje que le había dejado en el contestador.

¿Y si hubieran abandonado la casa?

De repente se sintió desfallecer.

¿Tan mal estaba que habían tenido que mudarse? Y de ser así, ¿por qué no se lo habían dicho?

A las diez en punto miró fijamente la pantalla del teléfono móvil y marcó el número de la Residencia Y. No tenía intención de llamar, y si el contestador automático seguía activado su tercera llamada quedaría registrada. No tenía ningún asunto urgente que discutir con los Yoshino, se trataba tan sólo de una lucha que mantenía consigo mismo y que corría el peligro de convertirse en una absurda batalla contra molinos de viento.

Sonó un timbre. Era el teléfono fijo. El móvil, que tenía en la mano, seguía mostrando el número de la Residencia Y. Se levantó del sofá sobresaltado, como si lo hubieran sorprendido con las manos en la masa. El pulso se le aceleró y por su cabeza pasaron palabras de disculpa por un error que ni siquiera él mismo sabía cuál era.

—¿Diga?

—Ah, ya estás en casa.

Tardó unos instantes en reconocer la voz de Okajima.

—¿Por qué me llamas al fijo? —preguntó con voz aguda, molesto consigo mismo por haberse confundido.

—Porque has dicho que me pasarías ese contacto cuando llegaras a casa.

—Ah —dijo—. Perdona. Espera un momento.

Puso el teléfono en espera, corrió a la habitación contigua y cogió la bandolera colgada en la pared donde guardaba la correspondencia. Esparció un fajo de postales en el suelo y enseguida encontró la que buscaba, de Takao Nishikawa. Comprobó que figurasen su nueva dirección y números de teléfono, y pulsó el botón del aparato para desactivar el modo de espera.

Cuando obtuvo la información que quería, Okajima colgó sin molestarse en darle las gracias.

Aose suspiró y se levantó. Cuando hubo recogido la lata de cerveza y el paquete de rollos de sushi, no le quedó nada que hacer salvo mirar el reloj. Sus pensamientos giraban en círculos. ¿Era posible que Yoshino aún no hubiera llegado a casa o simplemente no quería devolverle la llamada? ¿Y si fuera cierto que la casa de Shinano-Oiwake estaba deshabitada?

Había un silencio fuera de lo común. El paisaje nocturno al otro lado de la ventana tenía un aspecto pobre, muy diferente al de Tokio: en torno a medianoche, el número de luces disminuía notablemente. De repente recordó a la anciana que había subido en el ascensor con él. La imaginó mirando por la ventana, incapaz de conciliar el sueño, contemplando aquel mismo paisaje nocturno.

A las doce en punto pulsó el botón de llamada del móvil y lo primero que le llegó al oído, antes de la voz de su interlocutor, fue la ensordecedora música de un karaoke.

—Dime, ¿qué pasa? —La voz de Okajima sonaba más animada que antes—. Por cierto, gracias por pasarme el contacto de Nishikawa. Lo he llamado enseguida y ya nos hemos puesto de acuerdo. Me ha dado las gracias varias veces.

—Oye, Okajima —lo interrumpió él—, ¿te importa que mañana no vaya a la oficina?

—¿Adónde vas?

—A Shinano-Oiwake. Quiero comprobar una cosa.

7

El día siguiente amaneció soleado.

Era un buen día para dar un paseo en coche, pero Aose no estaba de humor. Además, no iba solo: Okajima acababa de subir al Citroën. La noche anterior se había ofrecido a acompañarlo. Él intentó negarse alegando que no tenía por qué preocuparse por aquella nimiedad, pero su jefe insistió: «No estoy preocupado, es que tengo ganas de volver a ver la Residencia Y.»

El motor no era nuevo, pero funcionaba. Okajima le preguntó por dónde iría y él respondió que tomaría la autopista Ken-Ō desde el intercambiador de Iruma para empalmar luego con las autopistas Kan-Etsu y Jōshin-Etsu, así sólo viajarían por vías rápidas. Había llamado al ayuntamiento de Karuizawa a primera hora para asegurarse de que la nieve en las carreteras no les impediría circular.

—Si me quedo dormido no te lo tomes a mal, anoche me pasé con la bebida.

Okajima abatió el asiento del copiloto. No parecía dispuesto a hablar del concurso público y él tampoco tenía intención de preguntárselo. Desde los tiempos de Akasaka, donde había cuarenta arquitectos ambiciosos compitiendo en un reducido espacio, sondeándose unos a otros en busca de nuevas ideas y lanzándose miradas recelosas, había adquirido el hábito de no meterse en los asuntos de los demás, aunque compartieran mesa.

—Está bastante lejos, ¿de verdad quieres ir? —le preguntó a su jefe cuando paró en el primer semáforo.

—¿A qué viene esto ahora?

—Lo digo porque últimamente estás muy ocupado.

—Ya te lo dije: quiero volver a ver en persona la famosa Residencia Y.

Aose pensó que quizá quisiera inspirarse para el concurso. Eso

demostraba que, aunque no lo hubiera admitido nunca, la Residencia Y le había causado una profunda impresión. El mundo interior de hombres como Okajima, aún poco conocidos en su campo, era complejo. Muchos de ellos incluso dudaban en presentarse como arquitectos. Otros albergaban un orgullo distorsionado: tenían la presunción de ser diferentes de los demás, únicos, y defendían ferozmente la idea descabellada de que no había diseño posible si no era exclusivo y egoísta. Pero al mismo tiempo eran conscientes de que alguien incapaz de reconocer el valor y la belleza de las creaciones de otra persona no merecía llamarse arquitecto.

Okajima había cambiado, estaba convencido.

En la facultad era un tipo despreciable: perezoso, arrogante, ligón empedernido. Una vez licenciado, abrió su propio despacho con el dinero de sus padres y se casó. Tuvo la suerte de que su mujer ganara un buen sueldo como agente de seguros, así que él se pasaba la mayor parte del tiempo ante un escritorio, hojeando revistas de arquitectura con la pipa en la boca. A pesar de su falta de experiencia laboral, se convirtió en un personaje influyente. Otro compañero de clase le había dicho a Aose que Okajima aparecía a menudo en el boletín de la Cámara de Comercio e Industria local como «un arquitecto prometedor». A pesar de no tener experiencia ni logros reales, se presentaba a sí mismo como un pez gordo y hablaba descaradamente de su «gran proyecto de diseño para una ciudad vibrante».

Pero durante los años que pasaron sin verse había cambiado: ahora tenía los pies en el suelo. Su desmesurada ambición de los primeros tiempos se había desvanecido. Se había ganado la confianza de muchos gracias a su manera de trabajar y ahora tenía una impresionante red de contactos. Lo más sorprendente para Aose era que había perdido su actitud desdeñosa y, aunque seguía siendo bastante huraño, ya no miraba a los demás por encima del hombro. Él ignoraba los motivos de ese cambio. Quizá la crisis económica le hubiera afectado tanto como a los demás, o quizá tuvo algo que ver la pérdida de sus padres, que habían fallecido con muy poco tiempo de diferencia, o con el nacimiento de su único hijo. En cualquier caso, el viejo Okajima nunca

habría expresado abiertamente su deseo de ir a visitar algo que él hubiera creado. Fuera cual fuese su verdadera intención, se había vuelto más humilde, al menos en lo referente a la arquitectura.

—¿Cómo está Issō? —le preguntó él sin apartar los ojos de la carretera. Vio de reojo que a su jefe se le iluminaba la cara.

—Muy bien, no para ni un segundo. ¿Te enseñé las fotos de cuando fuimos a Nagatoro?

—Todavía no. ¿Qué edad tiene ahora?

—Once. Está en sexto.

—¿Ya? ¡Qué rápido pasa el tiempo en casa de los demás!

—Hinako ya está en secundaria, ¿no?

—Está a punto de empezar segundo... si aprueba los exámenes finales —respondió Aose, que no sabía cómo zanjar aquella conversación que él mismo había iniciado.

—Viven en Yotsuya, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Tú mismo me lo dijiste. En un pequeño bloque de pisos, ¿no?

—Ese piso deja mucho que desear, la verdad.

—¿No te hablas con Yukari?

De vez en cuando se lo preguntaba porque él también la conocía. Un antiguo compañero de ambos en la facultad de Arquitectura organizaba un encuentro informal de ex alumnos una vez al año, y aunque Aose había abandonado los estudios siguió invitándolo. Se permitía que fueran acompañados, así que llevó a Yukari varias veces para que hiciera contactos. Okajima la trataba con familiaridad, haciéndose pasar por el mejor amigo de Aose, y la hacía reír contándole una sarta de mentiras. Pero aquellos días habían quedado atrás: tras el estallido de la burbuja económica, los encuentros dejaron de celebrarse y el antiguo compañero se suicidó pocos años después.

—¿Este mes también has visto a tu hija? —le preguntó Okajima.

—Justo ayer.

—¿De veras? ¿Y cómo está?

—La vi muy bien, al menos eso me consuela.

—¡No digas eso! Lo más importante es que esté bien, ¿no es cierto?

—Es una niña y eso complica las cosas. —Lo dijo medio en broma, pero al expresarlo en voz alta tuvo la sensación de estar revelando un gran secreto.

—No lo dudo: los niños también son complicados. Pero forma parte de la diversión de ser padre.

—Me dijo que le gustaría ver la Residencia Y.

—¡Qué bien! Seguro que te hizo ilusión. ¿Se la vas a enseñar?

—En fotos.

—¿Y por qué no la llevas a verla? Es tu obra maestra, ¿no?

—¿Mi obra maestra?

—¿No lo crees?

—Sí, supongo que sí.

—Pues claro, ¡te empleaste a fondo!

—Tienes razón.

—Y quedaste satisfecho con el resultado, ¿no?

—Sí, es verdad.

—Entonces, ¿qué es lo que te inquieta?

—Es que no sé si los dueños están igual de contentos.

—Estarán fuera, no te preocupes.

—No estoy preocupado.

—Vale, lo que tú digas, pero... —añadió Okajima dejando la frase intencionadamente a medias.

—Pero ¿qué?

—¿A qué te refieres?

—Dime lo que ibas a decir, no me dejes con la intriga.

Okajima chasqueó la lengua.

—No quiero generalizar, pero dicen que vivir en una casa de diseño no es fácil... Por cuestiones prácticas, ya me entiendes.

Así que a eso se refería: Okajima también tenía reparos. Quizá tuviera cierto interés personal en ver la Residencia Y, pero en parte había querido acompañarlo como jefe.

—Despiértame cuando lleguemos.

Había escurrido el bulto hábilmente. Él lo miró de reojo y pisó el acelerador.

8

Era cerca de mediodía cuando salieron de la autopista Joshin-Etsu en el intercambiador de Usui-Karuizawa y enfilaron hacia el collado de Wami con el imponente monte Takaiwa dominando el paisaje.

El símbolo del collado eran dos picos gemelos, el Odake y el Medake, de formas curiosas y con escarpadas paredes de roca de un marrón rojizo que añadían una nota de hostilidad al suave paisaje.

Aose notaba que el motor del viejo Citroën se esforzaba de más en aquella sinuosa carretera de montaña. Era consciente de que había ido y venido muchas veces por ahí para supervisar las obras, pero aquel día no tenía la sensación de haber pasado por aquel camino. Antes, Tokorozawa no le parecía tan lejos de Shinano-Oiwake.

La radio del coche daba las noticias del mediodía. En alguna ciudad, un niño había muerto a manos de su padrastro. Okajima seguía durmiendo en el asiento del acompañante. Apenas abrió un ojo en el peaje. El aliento le apestaba a alcohol.

«Dicen que vivir en una casa de diseño no es fácil.»

«Me dio la impresión de que allí no vivía nadie.»

¿Qué clase de arquitecto se dedica a imaginar que nadie quiere vivir en la casa que diseñó? «Vaya ridiculez», pensó. Por otra parte, el paisaje que discurría al otro lado de las ventanillas del coche no presagiaba nada malo. A la altura del collado, la carretera estaba despejada, y en los arcenes había menos nieve de la que había esperado encontrar. Al detenerse en un semáforo, oyó el canto de un pajarillo.

No pudo verlo, pero dedujo que se trataba de un carbonero garrapinos: el carbonero chino tenía un canto similar, pero más rápido y con un timbre distinto.

Mientras arrancaba, bajó un poco la ventanilla y el aire frío del exterior le acarició las mejillas. Desde el bosque de abedules le llegó el hermoso canto de un jilguero lúgano, un ave de invierno. Esos jilgueros

permanecían en la campiña hasta bien entrada la primavera, pero la temporada de migración se acercaba ya, como demostraba el agudo canto de aquel ejemplar, que sonaba como una firme declaración de que pronto abandonaría la zona.

Inevitablemente Aose se perdió en recuerdos de aves cuyas migraciones se superponían con las de su propia familia. No es que sintiera nostalgia; todo lo contrario: en su camino de ida y vuelta a la escuela, el canto de los pájaros era a veces una niebla reconfortante y otras una terca llovizna que repetía una y otra vez: «¡Niños de la presa, niños de la presa!», pero a medida que se acercaba a los barracones el canto desaparecía por completo. Luego, al término de las obras, las gigantescas presas que se alzaban entre las montañas se habían tragado los bosques que habían sido el santuario de todo tipo de aves silvestres.

Una vez rescató un camachuelo colilargo con un ala herida. Era un pájaro precioso, de unos quince centímetros de largo, con la cabeza blanca y una larga cola. Lo encontró entre un montón de hojas caídas al salir de la escuela y no tuvo corazón para abandonarlo, así que lo envolvió delicadamente con las manos y regresó enseguida al campamento con el pulso acelerado y las mejillas ardiendo de emoción. Ya en casa, le desinfectó con mercromina el ala herida y lo metió en una caja de cartón con un poco de paja para que le sirviera de cama y un agujerito en la tapa para que pudiera respirar. Luego, anticipándose a la oposición de su familia, declaró en voz alta que se lo quedaría porque de otro modo el pajarillo no podría sobrevivir, pero su madre le respondió que ni hablar y enseguida, con el apoyo de sus dos hermanas mayores, blandió un argumento irrefutable para no tener pájaros silvestres en casa: por entonces, los cinco miembros de la familia vivían y dormían en una sola habitación donde no habría cabido un solo futón más, ni que decir de una mascota. Pese a todo, él siguió insistiendo, y entonces la madre acudió al padre, que había hecho como que no oía durante la discusión y había seguido tomando sake. Sólo consiguió que murmurara: «Mmm, supongo que tienes razón», pero dio la batalla por ganada; sin embargo, él redobló esfuerzos: le prometió a su padre que cuidaría del pájaro y que lo mantendría fuera del barracón durante el

día, y finalmente se colgó de su cuello y le suplicó que le comprara una jaula.

Unos días después, en su día libre, el padre bajó a la ciudad y regresó con la jaula, pero él se sorprendió al descubrir que no estaba vacía: dentro, posado en la percha, había un pájaro de plumas negras, un miná religioso. Recordaba que su padre le había dicho: «Éste es mucho más adecuado para ti, Minoru. Si le enseñas, aprenderá a hablar», y luego había añadido con voz misteriosa: «Al igual que nosotros, las aves migratorias tienen que migrar o morir.»

Estaba claro que su padre no quería que se quedara resentido: debía de darle pena que no pudiera hacer amigos porque cambiaba constantemente de colegio. El caso es que no podía permitirle quedarse con el pájaro silvestre si no quería contradecir a su mujer y a sus dos hijas mayores, así que se le había ocurrido hacer esa compra extravagante y se sentía muy orgulloso de su ingenio. La madre y las hermanas estaban furiosas, desde luego, pero el padre le apretó la jaula contra el pecho y le dijo: «Lo primero es ponerle nombre.»

Él se echó a llorar, aunque ya no recordaba si era por tener que despedirse del camachuelo, por la falta de tacto de su padre al tratar de endosarle un sustituto o quizá incluso por las palabras: «Al igual que nosotros, las aves migratorias tienen que migrar o morir», que habían desatado el pánico en el corazón de un niño que aún no estaba familiarizado con el concepto de duelo.

Pese a todo, pronto se encariñó con el miná, al que decidió llamar *Kyūtarō*. Ya no recordaba qué había sido del camachuelo al que había jurado proteger aunque tuviera que huir de casa. Tenía idea de que un joven encofrador llamado Toshio, que era ayudante de su padre y también vivía en los barracones, lo había curado y devuelto al bosque. Le daba vergüenza haber sido tan caprichoso y voluble de pequeño, pero lo cierto es que *Kyūtarō* lo cautivó hasta tal punto que casi lo hizo olvidarse de que no tenía amigos. El mismo día en que llegó a casa aprendió a decir «buenas noches», y al día siguiente ya decía «buenos días», «hola», «bienvenido» y «Minoru Aose».

Debía de ser más inteligente que cualquier otro pájaro de su especie.

Dominaba entre cien y doscientas palabras, e incluso canturreaba el estribillo de una canción de moda. Sorprendió no sólo a la familia, sino también a los vecinos, aprendiéndose sus nombres y relacionándolos con sus caras. Eso sí, entre todos su preferido era Aose. Cuando lo veía llegar del colegio se apresuraba a decir: «Bienvenido, Minoru Aose. ¿Qué tal te ha ido?»

Si le pedían que se presentara, *Kyūtarō* decía: «Soy Kyūtarō Aose y vivo en los barracones de la presa. Encantado de conocerlo.» Sus reacciones también parecían humanas: a veces estaba contento y juguetón mientras que otras se enfurruñaba y daba la espalda con aire ofendido.

Al final, incluso su madre y sus hermanas se olvidaron por completo de su rechazo inicial y se encariñaron con él, y todos excepto el padre se echaron a llorar cuando murió siete años más tarde.

Años después de esa amarga experiencia, cuando la herida ya se había cerrado, su padre se decidió a comprar otro miná religioso. Por entonces vivían en el campamento de la presa de Miho, en Kanagawa, y la hermana mayor acababa de casarse con un hombre de Yamanashi. El padre era una de esas personas a las que les encanta que toda la familia esté reunida, así que tal vez intentara llenar el vacío que había dejado su hija mayor al contraer matrimonio.

A él no le gustaba mucho aquel miná, al que su padre llamó *Kuro*: ni en broma era tan inteligente y carismático como *Kyūtarō*. Además, él ya estaba en el último curso del instituto y tenía la cabeza ocupada con los exámenes de acceso a la universidad. «¡Hola, Minoru Aose!», lo saludaba *Kuro* desde la ventana mientras intentaba concentrarse, por lo que no era de extrañar que no consiguiera ganarse su afecto.

Kuro sería la causa de la muerte de su padre.

Una vez terminada la presa de Miho, el padre y la madre se trasladaron a la presa del río Kiryu, en la prefectura de Gunma, pero él no los acompañó: su hermana soltera había encontrado trabajo en un restaurante de la ciudad de Kawasaki y decidió irse a vivir con ella simplemente porque estaba estudiando para los exámenes y quería tardar menos tiempo en ir y venir de la biblioteca. No podía cuidar a

Kuro, así que le pidió a su padre que se lo llevara a Gunma.

Consiguió que lo admitieran en la facultad de Arquitectura que había elegido como primera opción y se mudó a un apartamento barato en Tokio. Allí, dos años más tarde, recibió la llamada de su madre, que lo avisaba de que su padre había muerto. Al parecer, *Kuro* había conseguido abrir la puerta de su jaula y escapar, y su padre se había despeñado por un acantilado mientras lo buscaba por el bosque. Pese al llanto de su madre, le costó creerlo.

Le contaron que la búsqueda de *Kuro* había durado tres días, que su padre se levantaba antes del amanecer para ir a recorrer el bosque y continuaba después de la jornada laboral, armado con una antorcha; que se lamentaba diciendo: «¡Qué triste se pondrá Minoru!» y que ni siquiera su madre había logrado convencerlo de que a él no le importaría. A parecer, lo último que le dijo a su esposa fue: «¿Cómo voy a decírselo?», antes de volver a adentrarse en el bosque y despeñarse.

El funeral se organizó a toda prisa y los cuarenta y nueve días de luto que dicta la tradición pasaron en un periquete. Poco después él quiso ir al sendero de montaña que conduce a la presa del río Kiryu. El sol acababa de ponerse y el bosque estaba en penumbras. No le costó imaginar a su padre llamando a *Kuro* a través de aquella densa oscuridad que apenas le permitía ver por dónde iba. Se echó a llorar. Su padre siempre lo había cuidado y protegido con sus fuertes brazos, además de enseñarle los nombres de las flores, los árboles y los pájaros. ¿Dónde estaba él cuando murió? Debería haberse mudado a Gunma: en los barracones también se podía estudiar. Debería haber vivido con su padre y su madre un poco más, al menos hasta empezar la universidad. Era lo que su padre habría deseado: su sueño era tener una familia siempre unida, migrar siempre juntos.

El volante vibraba cada vez más. Miró a Okajima de reojo, pero enseguida volvió la vista al frente y parpadeó bajo la luz del sol. La carretera era recta.

Dejó la universidad al cabo de seis meses, y no por motivos económicos. Tras la muerte de su padre, había empezado a trabajar a

tiempo parcial en un despacho de arquitectos de Akasaka. Se suponía que era sólo el chico de los recados, pero la suerte quiso que un día su jefe lo sorprendiera leyendo una biografía de Le Corbusier durante un descanso. Era un hombre trabajador y autodidacta que hablaba por los codos... y le encantaba Le Corbusier. Después de eso, lo tomó bajo su protección y se puso a enseñarle los principios de la arquitectura en su tiempo libre. Él lo acribillaba a preguntas y el jefe terminó cogiéndole cariño. Lo invitaba a que lo acompañara en sus visitas a las obras de la empresa y aquel aprendizaje práctico y emocionante hizo que las clases de la universidad empezaran a parecerle una pérdida de tiempo.

Según recordaba, por entonces sentía auténtica fascinación por la técnica de los pilotis: las columnas o pilares que elevan un edificio por encima del suelo dejando la planta baja abierta. Aquélla era una técnica que había explorado Le Corbusier y era muy vanguardista para su época.

El caso es que dejó de ir al campus y muy pronto sus créditos empezaron a peligrar, pero para entonces ya no era capaz de reprimir sus ganas de entrar en el mundo laboral. En cuanto el estudio de arquitectura le ofreció contratarlo por un periodo de prueba, abandonó oficialmente la facultad. Le parecía que su padre se habría alegrado de su decisión: incluso en el escalafón más bajo de la empresa era libre de coger cualquier mesa de dibujo disponible y trabajar en sus diseños. Estaba ansioso por absorber todo lo que pudiera y aspiraba a convertirse en un maestro del acero, el cristal y el hormigón, a los que su jefe se refería como «los tres elementos sagrados».

Oyó el característico canto del colirrojo dáurico (un sonido como de metal raspando piedra) y enseguida levantó el pie del acelerador. No esperaba encontrar uno a tanta altitud en aquella época del año, cuando lo normal sería verlo en parques suburbanos y jardines privados hasta principios de primavera. Era un poco más pequeño que un gorrión, y fue el primer pájaro silvestre que había llamado la atención de Yukari: «Oye, ¿los colirrojos dáuricos no se parecen un poco a los bengalíes rojos?»

Cuando acababan de casarse, ella le dijo de repente que le encantaría

tener un bengalí rojo en casa y, cuando él puso reparos admitiendo que no soportaría verlo morir, Yukari se enfurruñó: «¿Quién crees tú que tiene la culpa de mi afición a los pájaros?»

Esa anécdota, una de sus favoritas en la época dorada de su matrimonio, solía venir acompañada de otra: la ocasión en que Aose distinguió el canto de cinco o seis pájaros distintos en el parque de Shinjuku-Gyoen poco después de que empezaran a salir. Yukari siempre decía que ésa había sido la estrategia de él para conquistarla, y que le había salido bien, porque ella había decidido que se casaría con él precisamente ese día.

El caso es que pronto empezó a estar demasiado ocupada con el trabajo como para imaginar siquiera la posibilidad de tener un pájaro en casa, pero luego nació Hinako y no mucho tiempo después, cuando la niña tenía un poco más de dos años, compró una pareja de periquitos sin consultarlo con él. Ciertamente, no habían conseguido ponerse de acuerdo para construir su propia casa, pero tampoco se peleaban; de hecho, se llevaban bastante bien, sobre todo desde que tenían esa hija que cada día era más adorable. Pero a lo mejor él era el único que veía las cosas así. Para entonces Yukari ya no hablaba de construir una casa: probablemente había desistido por su culpa. Años después él creía entender lo que debía de pensar ella en la época en que decidió comprar los periquitos: le parecía que las historias de *Kyūtarō* y *Kuro* habrían influido en ella de algún modo a la hora de preferir una especie de pájaros capaces de hablar frente a los bengalíes rojos. Quizá, a su manera, intentaba ponerse en la piel de su marido y comprender cómo funcionaba la mente de alguien que había pasado la infancia entera migrando de un lugar a otro.

La alegre *Pippi* y el nervioso *Piko* resultaron ser buenos compañeros de juego para la pequeña Hinako. *Pippi* podía recordar palabras sencillas y, cada vez que la llamaba «Hina-chan», ella saltaba de alegría y acariciaba con la mejilla las alas amarillas y verdes del pájaro. Por eso a él jamás se le habría ocurrido llevarse a los periquitos cuando abandonó el piso una vez formalizado el divorcio. Fue Yukari quien se lo pidió, alegando que *Pippi* se pasaría el día diciendo «papá» y que eso

aún sería más duro para su hija. Él quiso proponer que Hinako se quedara con *Piko*, que no hablaba, pero las palabras se le atascaron en la garganta cuando pensó en lo irónico que resultaría separar también a la pareja de periquitos.

Apenas un mes después de mudarse a su nuevo piso, soltó a *Pippi* y *Piko* en un parque cercano. Los temores de Yukari se habían hecho realidad, pero a la inversa: *Pippi* no paraba de repetir «mamá» y «Hina-chan». Él podía soportar lo primero, pero cada vez que lo oía mencionar a Hinako, todos los sentimientos que creía tener bajo control afloraban de nuevo, y como era imposible prever cuándo lo haría, rompiendo el silencio y la tranquilidad de su pequeño piso, decidió deshacerse de los pájaros. Pensó en la posibilidad de dárselos a alguien, pero los recuerdos y secretos que guardaban pertenecían por entero a su pequeña familia.

Una vez liberados, los periquitos aletearon y volaron casi sin fuerzas hasta posarse en la rama de un ginkgo cercano, donde se acurrucaron y se quedaron inmóviles. Él se sintió inmensamente culpable: no sólo los había separado de Hinako como quien arranca de cuajo una planta viva, sino que los abandonaba sabiendo que no sobrevivirían al invierno. Corrió hacia el ginkgo y empezó a gritar alternativamente sus nombres: «*¡Pippi! ¡Piko!*» Cuando se fue, al atardecer, seguían en la rama, pero por la mañana, cuando volvió, ya no estaban ahí; de hecho, habían desaparecido.

Hinako no volvió a mencionarle a los pájaros, quizá porque su madre le advirtió de que no lo hiciera, pero debía de haber llorado mucho al saber que su padre se los había llevado.

—¿Qué haces? —le preguntó Okajima desde el asiento del copiloto —. Es el viejo truco de los taxistas para despertar a los pasajeros borrachos, ¿no?

Se refería al aire frío que entraba por la ventanilla. Circulaban por la Nacional 18 y según el ordenador de a bordo la temperatura exterior era de dos grados.

—A lo mejor también funciona para la resaca —dijo Aose sonriendo mientras cerraba la ventanilla.

Okajima se desperezó.

—¿Hemos llegado ya?

—Casi.

—¿Y no piensas comer?

—Mejor después, ¿no?

—Claro, de camino a casa. Ya que estamos aquí, podríamos ir a comer unos fideos *soba* en el Kagimoto-ya.

—Buena idea —respondió él.

El Kagimoto-ya era un antiguo restaurante situado frente a la estación de Naka-Karuizawa. Durante las obras de la Residencia Y, los Yoshino lo habían invitado varias veces a comer allí.

—Veo que conoces bien la zona —dijo él, y Okajima asintió con orgullo.

—Cuando estudiaba solía venir por aquí para visitar casas de campo. Si no recuerdo mal, la Residencia Y está justo detrás del monumento de piedra.

—Hay que girar ligeramente a la derecha.

—Ahora lo recuerdo. Cerca de la estatua de Sherlock Holmes, ¿no?

—Un poco más adelante —respondió él con la vista fija al frente. Ya habían llegado a Shinano-Oiwake y, si se despistaba, podía pasar por alto el monumento de piedra que se alzaba en el cruce de las carreteras Hokkoku Kaidō y Nakasendō, dos de las antiguas rutas comerciales del periodo Edo.

—Mira, ahí está. ¡Holmes!

—¿Se supone que yo te tengo que llamar Watson? —preguntó Aose riéndose mientras reducía la velocidad y giraba el volante. La zona se transformó en un paisaje urbano que conservaba la atmósfera de un pueblo de postal. Dejaron la estatua de Sherlock Holmes a la derecha, tomaron una carretera que subía en dirección norte y pronto se encontraron en una zona atestada de complejos turísticos e instalaciones recreativas propiedad de diversas empresas y universidades. El motor rugió cuando empezaron a subir por una carretera que discurría entre matorrales, la cumbre del monte Asama asomaba al fondo. Aose estaba tenso: llevaba cuatro meses sin visitar la

Residencia Y. Vio a lo lejos el tejado azul trapezoidal abierto al cielo y las tres «chimeneas de luz».

—¡Vaya! —exclamó Okajima inclinándose hacia delante desde su asiento—. Esas tres chimeneas son realmente sorprendentes: parece más un transatlántico de lujo que una casa.

—¿Eso crees?

—Es lo que más elogian en el libro. Según creo recordar, dicen que conseguiste crear una estructura profundamente original que distribuye la luz en las cuatro direcciones al tiempo que evita que la nieve se acumule.

—Bueno, no me quedaba otra: en esta zona nieva bastante. La sección transversal de cada chimenea tiene forma de lágrima, y la parte más estrecha da al norte.

—Es un diseño que haría llorar a un techador.

—Doy fe de que lloró, y además costó mucho dinero.

—Pero esas «chimeneas» permiten capturar luz del norte, y los expertos dicen que son un invento comparable con el tejado en diente de sierra.

—Eso dicen.

—Cuántos ventanales.

—Eran necesarios.

—Bueno, la combinación de paredes en diagonal con los ventanales es ideal para matizar la luz directa.

—¿Eso también lo dice el libro?

—Sí. Lo has leído, ¿no?

—Sólo por encima.

—¿Y esa cubierta de madera? ¿Es una especie de porche al aire libre?

—Imita el tradicional porche *engawa*. Recorre casi todo el perímetro de la casa.

—¿La parte blanca es estuco?

—Sólo en las partes que no se mojan con la lluvia.

—Y utilizaste corteza de pino como embellecedor de las paredes exteriores, ¿verdad?

—¿Como embellecedor? No, ¡como aislante térmico!

—Mmm... La casa tiene un aire japonés, aunque no es tradicional en absoluto. Pero tampoco es occidental, ni una fusión entre ambos estilos. Tiene un aspecto muy extraño, es una especie de casa sin patria.

Aose advirtió que su jefe estaba impresionado. Hablaba en serio, sin sonreír ni guiñarle el ojo.

Se acercaban rápidamente y, como no había otros edificios en las inmediaciones, ni se había colocado un seto alrededor, la casa quedaba expuesta en todo su esplendor. ¿Estaría la familia Yoshino?, se preguntó Aose, y sintió cómo se le aceleraba el pulso. Okajima asomó la cabeza por la ventanilla.

—Qué curioso: es cierto que dan ganas de tener una igual, pero...

Aose pisó el freno bruscamente para hacerlo callar. Sus ojos y oídos buscaban señales de vida en la casa que tenían enfrente y también en los alrededores.

9

La grava crujía bajo sus pies.

De pie frente a la Residencia Y, Aose se notaba la frente empapada en sudor frío. No había coches en las plazas de aparcamiento y las roderas estaban completamente secas. Las cortinas del salón estaban corridas y, al parecer, lo mismo sucedía en todas las ventanas de la planta baja y en las que se alcanzaban a ver del primer piso.

—Creo que la mujer de Urawa tenía razón —soltó Okajima sin pensar.

Él lo fulminó con la mirada.

—¿Quieres decir que la casa está deshabitada?

—No, no, me refería a que quizá la utilicen como segunda residencia.

Ese intento de Okajima de matizar sus palabras lo irritó aún más.

—¡Entonces tendrían que habérmelo dicho cuando me encargaron el diseño!

La placa de cobre de la entrada estaba en blanco, pero, como arquitecto que era, no necesitaba fijarse en ese detalle para saber que la casa estaba desocupada.

—¿Qué demonios...? —se le escapó.

Okajima también parecía desconcertado. Tocó el timbre de la puerta principal y, al ver que no contestaban, empezó a caminar hacia el lado oeste de la casa.

Aose lo siguió. No podía quitarse de la cabeza los rostros del señor y la señora Yoshino el día que les entregó oficialmente la casa. Recibieron las llaves con toda solemnidad y le hicieron una profunda reverencia.

Regresaron a la puerta principal tras haber dado un rodeo que no bastó para aclarar sus dudas: las ventanas oeste, este y norte tenían las cortinas corridas o las persianas bajadas, por lo que era imposible atisbar el interior. No había tendederos ni bicicletas. La rueda del

contador de la luz se movía lentamente, pero era obvio que esa energía no habría bastado si hubiera gente en la casa; quizá ni siquiera había un frigorífico conectado.

—A lo mejor se han mudado... —murmuró Okajima.

Aose no compartía su opinión.

—Más bien parece que nunca hayan vivido aquí.

Le constaba que Touta Yoshino había hecho preparativos para la mudanza. El día de la entrega de la casa le había comentado que ya había dado de alta los suministros y había dejado unas bombonas de gas propano preparadas en la parte trasera. En circunstancias normales, Okajima tendría razón al suponer que la familia había estado viviendo en la casa para mudarse de nuevo a los pocos meses, pero a él no se lo parecía en absoluto: la casa tenía visos de estar aún por estrenar.

Sacó el teléfono móvil, pulsó el botón de llamada y escuchó atentamente. Instantes después un timbre empezó a sonar dentro e, igual que el día anterior, saltó el contestador automático. Volvió a llamar al móvil de Yoshino, pero en esta ocasión ni siquiera se activó el buzón de voz.

—¿Dónde vivían antes?

—En Tabata, pero ya dieron de baja la línea.

Se guardó el móvil en el bolsillo. Sus temores se habían confirmado.

—Aose, mira —susurró Okajima, bastante alterado, mientras señalaba la cerradura de la puerta principal.

Aose se acercó para inspeccionarla. Estaba completamente rayada, incluso había arañazos en la madera de la puerta, como si alguien hubiera intentado abrir con un destornillador o algo parecido. ¿Habrían entrado a robar? Okajima accionó el pomo de forma instintiva y la puerta se abrió con un clic.

Okajima tenía cara de susto.

—¿Llamamos a la policía?

Aose, que todavía se sentía en parte propietario de aquella casa, tomó una rápida decisión:

—Entremos.

—No creo que sea buena idea, a saber lo que habrá ahí dentro.

Okajima parecía imaginarse que dentro estaría la familia masacrada.

—Lo sabremos cuando entremos.

—Espera, espera un segundo. ¿A qué se dedica Yoshino?

—Tranquilo, tiene un trabajo perfectamente legal.

—Lo digo en serio.

—Es mayorista de productos de importación.

—¿Y si llamamos a su empresa?

—No tengo el teléfono.

—¿Cómo que no?

—¿Acaso tú les pides sus tarjetas de visita a tus clientes?

Construirse una casa era un asunto extremadamente privado; era impensable que un cliente invitara al arquitecto a su lugar de trabajo.

—¿Ni siquiera sabes cómo se llama la empresa? Puedo buscar el número.

—¡Déjalo ya! —repuso Aose irritado, apartó a Okajima y empujó la puerta.

El aroma de ciprés le hizo cosquillas en la nariz. Bastaba entreabrir para contemplar el vestíbulo *genkan* bañado por la tenue luz y el rellano de mosaico previsto para descalzarse. En el suelo había papeles esparcidos: eran recibos del agua y la luz que debían de haber echado a través de la rendija de la puerta, pero el buzón de la parte interior había sido arrancado y estaba tirado encima del zapatero.

—Esto no pinta bien.

Okajima se inclinó y miró hacia el pasillo. Estaba cubierto de una fina capa de polvo y había huellas de zapatos embarrados que se adentraban en la casa. El dibujo de las suelas hacía pensar que se trataba de zapatillas de deporte, y debían de corresponder a dos personas distintas, ¿o a tres?

—Insisto en que llamemos a la policía.

—Nada de esto demuestra que hayan entrado a robar.

—A estas alturas, un robo sería el mejor de los escenarios posibles para mí; ¿qué tal si los han secuestrado, o si ellos mismos están preparando un atentado?

—Antes de llamar a la policía deberíamos saber si hay algo que

denunciar.

Aose abrió la puerta del zapatero. Estaba vacío, no había un solo par de zapatos.

—Oye, Aose...

—A lo mejor esas huellas son de los Yoshino.

—Lo dudo mucho.

Ignorando la voz temblorosa de su jefe, Aose se descalzó.

—¿Estás loco? —protestó Okajima—. ¡Podrían estar escondidos dentro!

Aose subió el peldaño de madera que daba acceso a la vivienda desde el rellano. Él también tenía miedo, pero la rabia lo superaba con creces: la casa que había construido con tanto esfuerzo estaba vacía y, para colmo, había sido profanada por unos extraños con los zapatos embarrados...

Encendió la luz del pasillo y las lámparas empotradas proyectaron de inmediato un cálido resplandor. Las huellas de los zapatos se hicieron más visibles: se dirigían al salón.

Fuera se oyó el graznido de un arrendajo, Okajima soltó un chillido agudo y agachó la cabeza.

—¿Era... un pájaro?

—No te preocupes: los pájaros de mal agüero son los cuervos —repuso él, y reemprendió la marcha. Junto con el frescor del parquet, notaba a través de los calcetines la aspereza del polvo.

—¡No vayas a borrar las huellas! —susurró Okajima a sus espaldas—. Y ten cuidado: puede que los Yoshino sigan allí, a saber en qué estado.

Aose abrió la puerta sin miramientos, entró en el salón y se detuvo abruptamente. Okajima también se quedó petrificado a su lado.

El salón enmoquetado estaba vacío: no había sofá, mesa ni televisor. Aparte de los interruptores y las cortinas, que estaban incluidos en el proyecto, no había ningún otro elemento decorativo. De hecho, no había nada más que un teléfono fijo descansando directamente sobre la moqueta en mitad de la habitación. La luz roja del contestador parpadeaba.

—¿Crees que los ladrones se lo han llevado todo? —susurró Okajima.

—No.

Los zapatos embarrados se dirigían al comedor contiguo sin manchar la moqueta del salón: allí nunca había habido nada que robar. Aose encendió las luces y examinó más de cerca la moqueta. No había ni rastro de las típicas marcas que suelen dejar las patas del sofá, de la mesa y del bufet. Para él no había duda: la familia Yoshino nunca había vivido allí, y ni siquiera habían llevado un televisor, lo que alejaba la posibilidad de que hubieran decidido usar la casa como segunda residencia.

Levantó la vista hacia las tres grandes «chimeneas» que asomaban al cielo. Tal como había calculado, la luz del norte hacía parecer aún más blancas las paredes de diatomita, pero aquel amplio espacio que había creado con tanto esmero sólo ponía de relieve lo inexplicable y absurdo de la situación: se convertía en una especie de reproche. Sencillamente no entendía por qué razón unas personas que se habían hecho construir una casa, y que habían esperado con impaciencia la conclusión de la obra, habían decidido no mudarse; por qué habían dejado la casa desocupada durante cuatro meses. ¿Habría habido alguna causa de fuerza mayor, ajena a su voluntad?

Negó con la cabeza y se volvió hacia el comedor, también vacío, salvo por la gran mesa circular con cinco sillas que él mismo había encargado para los Yoshino, y cuyo soporte era un ancho tronco permanentemente fijado al suelo. Las instrucciones que le había dado al artesano, elegido con todo cuidado, iban encaminadas a recrear el *chabutai*, la mesa baja alrededor de la cual su propia familia, también de cinco miembros, solía cenar, y cuya magia consistía precisamente en su forma circular. En realidad, uno de los principales incentivos para el diseño de toda la casa había sido la imagen de los Yoshino cenando alrededor de aquella mesa redonda en un ambiente distendido y animado. «La casa donde usted mismo querría vivir» no era una casa para él solo, naturalmente: el hogar y la familia son inseparables; sin embargo, en aquella casa aún no habían resonado las voces de una familia feliz.

Sintió una gran pena.

—¿Sabes, Okajima?

—¿Qué?

—Tenías razón: no parece una casa donde sea fácil vivir.

—¡No digas tonterías! Acabemos de una vez y vayámonos de aquí.

Ya estaban en la cocina. Las puertas de los armarios estaban abiertas, pero no había vajilla y, para el caso, tampoco nevera, aunque la cocina de gas funcionaba y salía agua del grifo del fregadero, donde no había estropajo ni detergente para platos. Los cajones de la isla también estaban entreabiertos, como si alguien hubiera rebuscado en su interior, y los manuales de instrucciones del calentador y el lavavajillas estaban amontonados de cualquier manera. Aose se fijó en que encima había una llave etiquetada como «puerta trasera». Estaba claro que los intrusos habían conseguido entrar sin ella, pero a él no le pareció nada bien dejarla ahí, a la vista. La cogió y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

El cuarto de lavado estaba vacío, y en el aseo no había un solo producto para la higiene diaria. En el cuarto de baño tampoco había ni siquiera una pastilla de jabón. Eso sí: las puertas de los armarios estaban cerradas y no parecía que nadie hubiera rebuscado en su interior. Seguramente no había nada que rebuscar.

Continuaron por el pasillo, que describía un semicírculo y conducía de nuevo hacia la puerta principal. Para entonces Aose ya había aprendido a distinguir las huellas de los zapatos, y había llegado a la conclusión de que las personas que habían entrado eran dos, pero sólo una de ellas había subido las escaleras. Casi pudo oírlos hablando entre ellos: «Mira también arriba, por si acaso.» Le dijo algo parecido a Okajima y se dirigió al piso superior. En el diseño, había optado por una escalera de caracol, una forma ingeniosa de hacer llegar la luz del norte a todos los rincones de la planta, y había dispuesto alcobas e intrincados nichos en paredes y tabiques, todo con el propósito de dirigir la luz de manera efectiva. En ese sentido, la Residencia Y también era una casa que marcaba el paso del tiempo.

Se asomó a las habitaciones de los tres niños y no vio nada, ni siquiera un triste escritorio. Todas las habitaciones tenían altillo, pero

sólo uno se había podido construir de forma rectangular debido a la estructura trapezoidal de la casa. Recordó que le preocupaba que los niños se pelearan por ella; estaba claro que sus temores eran infundados.

Se quedó mirando la puerta del dormitorio principal y la abrió de un empujón. Las cortinas de la ventana estaban corridas, así que había poca luz, pero a esas alturas, tal como debía de haberles pasado a los intrusos, ya no esperaba encontrar nada. Quizá por eso, cuando descubrió una silla vieja y gastada en mitad de la habitación (cuya superficie equivalía a unos diez tatamis), no la identificó inmediatamente como un objeto extraño. Aparte del teléfono, era lo único que Yoshino parecía haber llevado a la casa. Se trataba de una sencilla silla de madera con reposabrazos, pero no parecía de mala factura, más bien lo contrario. Sin duda tenía muchos años, y el respaldo y el asiento, ambos de rejilla, estaban ligeramente deformados, pero era un mueble de calidad. La habían colocado orientada a la ventana.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —lo llamó Okajima desde abajo.

—Nada —respondió él, y entró en el vestidor. Las puertas del armario empotrado estaban abiertas y los cajones habían sido extraídos dejando al descubierto la madera sin acabado del interior. Allí también se veían las huellas de aquellos toscos zapatos en el suelo.

Exhaló un largo suspiro. Ya no le importaban los ladrones.

Volvió al dormitorio decidido a hacer lo que había querido hacer nada más entrar. Se acercó a la ventana, orientada al norte y de un tamaño mucho mayor a lo habitual en Japón (iba más o menos de la altura del pecho hasta la del alero), y tiró con fuerza de la cuerda para descorrer la cortina. La luz entró, pero no en forma de rayos o de haces, sino transformada en un finísimo velo que envolvió con delicadeza toda la estancia.

Durante las obras de la casa había pasado muchos momentos allí, admirando el magnífico panorama. Había pocas cosas tan impresionantes como el monte Asama visto de cerca: su cumbre, de un clarísimo color plata, asomando entre nubes suavemente onduladas era

casi divina. Pero incluso esa maravilla se veía superada por la verdadera protagonista de la habitación, que no era otra que la luz del norte. Volvió a ocurrirle. La ventana no cumplía la simple función de enmarcar el paisaje, sino que servía como «puerta» por la que entraba la luz.

Fue su padre quien le dijo que al sol había que tratarlo como a un invitado de lujo. Y cuando supo que Karie, la esposa de Yoshino, tenía talento para la pintura, tuvo una idea. Había visitado a los Yoshino en su casa alquilada de Tabata, y se fijó en un pequeño óleo colgado en la pared del salón: un bodegón pintado con delicados trazos que representaba unas hortensias en un jarrón. Karie se sonrojó inesperadamente cuando elogió la pintura, y Yoshino intervino para decir que su mujer había dirigido el club de arte del instituto. Luego, en tono socarrón, añadió que no se le daba muy bien, pero que le encantaba y que le gustaría volver a pintar cuando los niños ya fueran mayores.

Él sabía que el uso de claraboyas y ventanas altas para dejar entrar la luz del norte en los talleres de los artistas tenía una larga tradición porque proveía el mejor entorno de luz natural para la pintura y la escultura, por eso propuso introducir en el dormitorio principal elementos propios de un taller. Así Karie podría retomar su afición cuando sus hijos abandonaran el nido. Esa idea no sólo entusiasmó a Karie, sino también a Yoshino, aunque éste se encargó de recordarle que debía construirles una casa donde él mismo quisiera vivir. «No se preocupen por mí», había respondido él. «La verdad es que siempre he soñado con diseñar una casa abierta a la luz.»

¿Habría sido un mero sueño?

En cualquier caso, ahora había topado de bruces con la realidad: la familia Yoshino había desaparecido, se había esfumado sin dejar ni una sola pista.

Aunque...

Volvió la cabeza para mirar la silla que tenía detrás: una única silla orientada hacia la ventana. ¿Por qué la habrían puesto allí? Para sentarse, claro: no le costaba imaginarse a Touta Yoshino sentado en

aquella silla. La habría subido por las escaleras hasta el primer piso, la habría plantado en mitad de la habitación, se habría sentado y habría mirado por la ventana.

Se acercó a la silla y comprobó que era muy antigua. ¿Aguantaría su peso sin romperse? Se sentó con cuidado.

Entonces la montaña desapareció de su vista y las nubes se esfumaron. Desde el asiento sólo se veía el azul resplandeciente del cielo rodeado por el enorme marco de la ventana. La cabeza empezó a darle vueltas. Era una sensación peculiar: no había paisaje, ni siquiera espacio, sólo aquel azul. Perdió el sentido de la perspectiva y lo asaltó la sensación de ser absorbido, pero no era una sensación desagradable, sino profundamente liberadora, y también estaba llena de nostalgia, como si ya la hubiera vivido en otro momento, en otro lugar; como si contemplara la Tierra desde el espacio exterior.

También le sorprendió la comodidad de la silla, que se ajustaba perfectamente a las caderas y la espalda. No tenía la dureza característica de las sillas de madera, que presionan la columna vertebral y la rabadilla. Se reclinó y, al cabo de unos instantes, se dio cuenta de que lo que había tomado por una deformación del asiento y el respaldo, era una especie de elasticidad deliberada: la silla había sido concebida para que se combara bajo el peso de una persona. Descubrió el truco palpando con la punta de los dedos: el asiento no estaba clavado ni atornillado al cuerpo principal de la silla, sino atado con alambre de cobre. Los reposabrazos también eran ingeniosos, pues estaban un poco inclinados, lo que permitía apoyar los codos y dejar que los brazos colgaran libremente hacia abajo.

Era una silla cómoda y al mismo tiempo discreta. Permitía olvidar la propia existencia y flotar en aquel cautivador cielo azul.

Cerró los ojos, pero el cielo seguía ahí. Vio las serpentinas con forma de carpa que ondeaban en el Día del Niño cuando vivían en el campamento de la presa de Shimokubo. Sus padres se las hacían con sacos de arroz, y en el Día de la Niña su madre les cosía muñecas a sus hermanas. Ninguno de los tres pedía que les compraran casi nada: vivían rodeados de cosas sencillas, pero llenas de alma y calidez, como

el aroma de las flores de ciruelo, por ejemplo. El camino hacia el colegio pasaba por una ladera bordeada de ciruelos, y sus hermanas se turnaban para darle la mano. Luego, cuando vivían en la presa de Nagawato, caminaban siguiendo el ritmo de una especie de teleférico que se usaba para transportar madera montaña arriba, de modo que los grandes troncos parecían reptar como serpientes. La escuela local era un centro mixto de primaria y secundaria con unos diez alumnos por curso, y una vez un desprendimiento bloqueó el camino hacia allí, por lo que todos tuvieron que estudiar en casa durante casi seis meses. Se trasladaron al campamento de la presa Zao y allí probó las peras por primera vez. Le gustaron tanto que escribió una redacción para la escuela. De camino a casa recogía prímulas y lirios de montaña que plantaba bajo la ventana de su barracón. Los inviernos eran duros: todos los días tenía que caminar cerca de dos kilómetros por la nieve, que a veces le llegaba hasta la cintura. Las tuberías que llevaban el agua a los barracones se congelaban y él y su padre tenían que bajar al arroyo, romper el hielo y llenar baldes de agua con las manos entumecidas. En el camino de vuelta los cubos pesaban tanto que sentía que se le iban a caer los brazos, pero su padre le daba palmaditas en la cabeza y le decía: «¡Buen trabajo, Minoru! Eres tan fuerte que creo que te vas a convertir en Ultraman.» Almacenaban el agua en unos barriles, y cada vez que bebía esa agua con sabor a madera deseaba que la primavera llegara por fin. Al pobre Kyūtarō tampoco le gustaba. Se ponía a gritar: «¡Qué peste, qué peste! ¡Quiero un zumo!», y ellos se partían de risa.

Okajima lo llamó de nuevo desde abajo.

En la presa de Yahagi, la luz era una invitada bastante renuente, así que la esperaban con ansia. Los barracones se hallaban al fondo de un valle con forma de uve, y el sol salía a las diez de la mañana y se ponía a las tres de la tarde. Las laderas de las montañas se teñían de rojo con el sol matutino, pero después del mediodía las oscuras sombras azuladas ya empezaban a avanzar, y las bandadas de cuervos convertían el cielo en una ventisca negra. Él y sus hermanas no tenían otra opción que pasar las largas tardes sin luz jugando a las cartas, por

eso las cinco horas diarias de luz del norte eran muy valiosas para ellos.

—Ey, ¡al menos contéstame! —Los cautos movimientos de Okajima contrastaban con su airado tono de reproche—. ¡Pero bueno! ¿Qué haces ahí descansando?

—¿Descansando? No digas tonterías —replicó él, y se levantó.

Okajima examinó atentamente el vestidor.

—¿Has encontrado algo?

—Nada, sólo esto.

Okajima miró la silla.

—¿No eres tú quien la ha puesto ahí?

—No, no he sido yo.

—¿Quieres decir que la dejó el dueño?

—A menos que fueran los ladrones.

—¡No estoy para bromas!

Aun así, las arrugas que le surcaban la frente desaparecieron y un destello de curiosidad brilló en sus ojos.

—Oye, ¿esta silla no es...? —dijo agachándose para ver la silla más de cerca. Luego acarició el respaldo y dijo con las mejillas arreboladas —: ¡Es una silla de Taut!

—¿Taut? ¿Te refieres a Bruno Taut?

—¿A quién si no? —repuso Okajima irritado.

Había habido un tiempo en que Okajima estaba fascinado por Bruno Taut, un arquitecto alemán que llegó a Japón huyendo de la persecución del régimen nazi. Aose sabía que era famoso por haber «redescubierto» la belleza arquitectónica de la Villa Imperial de Katsura, y que desempeñó un papel decisivo en la promoción de la artesanía tradicional japonesa, pero hasta ahí llegaban sus conocimientos. No en balde, en su época de estudiante se había dedicado casi exclusivamente al estudio de Le Corbusier y Josiah Conder. De todas formas, aunque Taut sin duda merecía un lugar en la historia de la arquitectura moderna, lo cierto era que había tenido pocas oportunidades de demostrar sus habilidades arquitectónicas en Japón, al contrario que Conder, por ejemplo, que durante su estancia en el país había diseñado obras tan renombradas como el Rokumeikan,

la Sala Nicolai y la Residencia Iwasaki.

Sea como fuere, las palabras «silla de Taut» encendieron una lucecita en su cerebro: tenía la impresión de haber oído hablar de esa silla en algún momento.

—¿Se pueden encontrar en un anticuario? —preguntó Aose.

—Por supuesto que no —negó Okajima con aire ofendido—: todas las sillas de Taut que aún existen están catalogadas y custodiadas como es debido.

—¿Insinúas que es falsa?

—Lo más lógico sería pensar que sí, pero la verdad es que está muy bien hecha.

Okajima hundió el trasero en la silla con expresión solemne.

—¿Has visto alguna vez una silla de Taut auténtica?

—Y me he sentado en ella —reveló el otro con un deje de orgullo—. Fue en la famosa Villa Hyūga, en Atami, que ahora es propiedad de una empresa que al menos hasta hace unos años la utilizaba como centro de recreo. Originalmente era de un rico empresario que le encargó a Taut, quien entonces vivía en Japón, que ampliara su villa, y él mismo se ocupó de diseñar también el mobiliario. Yo la visité poco después de licenciarme. Creo recordar que las sillas estaban en el vestíbulo y que eran igual de cómodas que ésta.

De repente Aose se acordó de que no había oído hablar de la silla, sino que había leído en el periódico que una silla diseñada por Taut había aparecido en algún lugar por primera vez en décadas. Por desgracia, no había prestado mucha atención.

Empujó el respaldo de la silla con la punta del dedo.

—Si es auténtica, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Quién sabe... —repuso Okajima pensativo—. Si fue Yoshino quien la trajo, puede que esté vinculado con Taut de alguna forma.

Él asintió vagamente. No parecía que la presencia de la silla obedeciera a razones lógicas, como tampoco lo hacía la inexplicable ausencia de la familia Yoshino.

—¿Qué hacemos? —preguntó Okajima levantándose. Volvía a mostrarse atemorizado e inseguro.

—Lo que teníamos planeado: vamos a comer —respondió él, y su jefe lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿No piensas llamar a la policía?

—No parece que se hayan llevado nada.

—¡No digas bobadas! ¡No hay duda de que esto ha sido un allanamiento de morada!

—Estrictamente hablando, nosotros también hemos cometido un delito.

—¡Y un cuerno! La cerradura estaba forzada.

—Llamaré a un cerrajero para que la arregle.

—Pero...

—No quiero meterme en líos —repuso él con firmeza. A esas alturas sólo sentía lástima por aquella casa sin dueño: no soportaría que la policía empezara a husmear y la gente le cogiera grima.

Okajima no respondió, pero poco después lanzó un suspiro deliberadamente largo y dijo:

—Ladrones aparte, la policía también debería saber que los dueños de la casa han desaparecido, ¿no?

—Ya has visto las huellas: fueron unos ladronzuelos de poca monta. No hay indicios de violencia. Es evidente que aquí nunca ha vivido nadie. Si hay que investigar, prefiero encargarme yo mismo.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?

—Hablémoslo en el restaurante.

—No hace falta que te pongas así.

—Eres tú quien se comporta de forma extraña. ¿A qué viene esa actitud burguesa de ciudadano responsable?

La boca de Okajima se crispó.

—Hablo desde el sentido común.

—¿Insinúas que un licenciado tiene más sentido común que alguien que dejó la carrera?

—Oye, deja de inventarte cosas.

—Entonces hazle caso a tu empleado y vamos a comer.

—Pero ¿piensas dejar la silla aquí? La puerta se quedará abierta hasta que vengan a arreglarla.

—Si te la llevas, los ladrones seremos nosotros.

—¡Podría ser una silla de Taut!

—Aunque sea auténtica, para un ladrón no tiene ningún valor.

Al final decidieron esconderla en el armario. Okajima la manipuló con suma delicadeza.

—Ten cuidado no le vayas a dar un golpe.

Aose salió del dormitorio y, al ver que su jefe no lo seguía, volvió sobre sus pasos y lo encontró de espaldas frente a la ventana norte. Estuvo así durante un buen rato.

—En fin, menos mal que no le prendieron fuego —murmuró mientras bajaban la escalera. Por su forma de hablar, parecía referirse sólo a la silla de Taut.

10

Como ya era bastante tarde, encontraron poca gente en el Kagimoto-ya. Pidieron los famosos fideos *soba*, hechos a mano, con tempura de verduras de temporada y sorbieron ruidosamente, lo que se considera un gesto de buenos modales.

Antes de ir a comer, Aose había llamado a un cerrajero para que fuera esa misma tarde a la Residencia Y. Aunque no tenía la intención de engañarlo, el cerrajero pareció creer que era el dueño de la casa.

Habían revisado todos los papeles esparcidos sobre las baldosas del *genkan*: los recibos de los suministros se habían pagado con regularidad. La luz, el gas y el agua se cargaban directamente en una cuenta por domiciliación bancaria.

—Eso significa que piensan instalarse en la casa en algún momento —apuntó Okajima mientras comía—. Ni siquiera han dado de baja la línea telefónica.

Aose asintió en silencio: con el estómago lleno no tenía tantas ganas de discutir.

—Aun así, sigo preocupado. ¿No tienes otra forma de contactar con Yoshino?

—No.

—Primero que nada, creo que deberías pedir una copia de su volante de empadronamiento en el ayuntamiento, así sabremos si siguen viviendo en Tabata o no.

—Buena idea.

—El problema es que en el Departamento de Población no te darán información así como así; ¿tienes algún contacto en Urbanismo?

—Conozco a alguien allí.

—Pues habla con tu contacto y pídele que pregunte en el Departamento de Población. Si la familia no ha cambiado de domicilio, seguirán empadronados en el distrito norte de Tokio. ¿Allí también

tienes algún contacto?

—Ya lo veré.

—Se me acaba de ocurrir que podría pedírselo yo mismo a Matsui, si es que todavía es el jefe.

—Perfecto: lo dejo en tus manos.

—Si las autoridades se resisten a darnos la información, tendremos que ir a los colegios de los niños para intentar averiguar dónde viven.

Siguieron dándole vueltas al asunto y concluyeron que lo mejor era ir a la casa que los Yoshino alquilaban en Tabata: que hubieran dado de baja la línea telefónica no demostraba que ya no vivieran allí.

—Por si acaso, también pediré una copia del certificado de registro de la Residencia Y. Dudo que la propiedad haya cambiado, pero merece la pena comprobarlo.

—Tienes razón.

—Oye, ¿de verdad no sabes dónde trabaja Yoshino?

—Ya te he dicho que no.

—Vale —dijo Okajima, y luego continuó—: Los empleados de las grandes empresas suelen decir dónde trabajan aunque nadie se lo pregunte, así que no creo que sea una empresa importante. Has dicho que era mayorista de productos importados, ¿no? Sólo en Tokio debe de haber un montón de empresas que...

—Espera —lo interrumpió Aose—, ¡es posible que haya dejado el trabajo!

—¿Cómo?

—Me comentó que quería establecerse por su cuenta.

—¿Por su cuenta? ¿Cuándo?

—Un día de éstos. Si no recuerdo mal, estaba estudiando para dedicarse al comercio online.

—¡Haberlo dicho antes!

—Pero aún no había dado el paso: era un proyecto a largo plazo, más bien.

Okajima ignoró el matiz.

—Por tanto, existe la posibilidad de que lo haya dejado ya y haya montado un negocio online de productos de importación, ¿no?

—Es una posibilidad, sí.

—Una tienda online... Puede que localizarla sea todavía más difícil que encontrar una empresa física.

—Es verdad.

—«Productos importados» es un concepto demasiado genérico. ¿Con qué tipo de mercancía comerciaba?

—No se lo pregunté. Me dijo que trabajaba para una empresa que vendía un poco de todo.

Okajima parecía a punto de tirar la toalla.

—Lo que está claro es que es económicamente solvente. A fin de cuentas, pagó la Residencia Y a tocateja, sin hipoteca. ¿Dirías que es un hombre rico?

Aose vaciló antes de responder.

—Yo no diría tanto... La casa que alquilaba en Tabata era bastante vieja, y no me dio la impresión de que viviera a cuerpo de rey.

—Quizá por eso pudo ahorrar tanto. ¿Cuántos años tiene?

—Cinco menos que nosotros.

—¿Sólo cuarenta? ¡Qué joven! A lo mejor heredó el dinero de sus padres, como los clientes de Osaka.

—Nunca hablábamos de dinero.

—O quizá lo perdiera todo: montó su propio negocio y no le funcionó.

—¿Quieres decir que puede haber contraído deudas y haberse visto obligado a esconderse?

—Es posible. Menos mal que ya hemos cobrado nuestros honorarios por el diseño de la casa y la supervisión de las obras. En ese sentido, estamos a salvo.

—¿A salvo? ¡La casa está en la *Selección de doscientas casas*! Se acerca el concurso y no nos interesa que empiecen a circular rumores inquietantes.

Al parecer, había dado en el blanco. Okajima volvió la cabeza a un lado, resopló y al cabo de un momento le miró de nuevo a la cara.

—Por cierto, ¿por qué escogieron Shinano-Oiwake?

—¿Cómo dices?

—Es un lugar muy aislado: cambiaron Tokio por una aldea rural. No es un sitio práctico para trabajar ni para darles a tus hijos una buena educación.

Él le había hecho la misma pregunta a Yoshino, aunque de forma indirecta. «Ya nos apañaremos», le había contestado. «Mi empresa es flexible y si acabo montando mi propio negocio podré trabajar desde casa. Quiero que mis hijos crezcan en contacto con la naturaleza. La escuela de primaria está cerca, y cuando vayan a secundaria podrán ir en bici. No hay de qué preocuparse...»

Sin embargo, no parecía ilusionado mientras le contaba los planes de futuro de su familia, sino más bien apesadumbrado. Quizá uno de sus hijos tuviera problemas en el colegio: él mismo se había planteado que cambiaran de centro a Hinako cuando sufrió acoso escolar, pero el asunto no era nada fácil y se preocupó muchísimo.

—Creo que quería un cambio de aires para sus hijos.

—¿Para sus hijos? ¿Por algún tema relacionado con el acoso?

—No lo dijo abiertamente, pero sospecho que sí.

—Ya veo. La ciudad es dura para los chavales sensibles. Quizá los Yoshino siempre hubieran querido vivir en el campo y les pareció que había llegado el momento.

—Mucha gente se muda al campo hoy en día.

—Está de moda —confirmó Okajima, pero de repente se quedó mirando el vacío—. No me cuadra que un vendedor de productos importados tenga una silla de Taut...

—Pues no, la verdad.

—Tengo curiosidad por saber qué tiene que ver Taut con este asunto. Por cierto, te puedo prestar libros sobre él: tengo una caja llena.

—Me encantaría.

—Y avísame si decides ir a Atami, te puedo hacer de guía y enseñarte la mansión.

—Claro.

—Y si vamos a seguir el hilo de Taut también habría que ir a Takasaki y a Sendai. ¿Has oído hablar del Senshin-tei? —dijo rápidamente Okajima, antes de meterse la mano en el bolsillo para

sacar el teléfono móvil, que había empezado a vibrar—. Sí, hola. Gracias por llamar. Iba a llamarte yo esta noche.

Aose arrugó la frente y le indicó con la barbilla que mejor saliera a la calle para hablar, pero Okajima ya estaba medio incorporado.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Hakamada *sensei* también está? Vaya, ¡qué honor!

Aose siguió con la mirada la corpulenta silueta de Okajima mientras salía del restaurante. Aquel nombre, Hakamada, le resultaba familiar, y Okajima lo había llamado «*sensei*», así que no cabía duda de que era un influyente miembro conservador de la Asamblea de la Prefectura.

Sorbió los fideos. Al quedarse solo, la leve irritación que sentía hacia su jefe se convirtió en un torrente de ira que brotó de su pecho.

«¡Dichoso Yoshino!»

Apretó los puños sin darse cuenta. Las virulentas emociones que debería haber sentido tras su ruptura con Yukari, pero que había sido incapaz de expresar (ni siquiera estaba seguro de que realmente existieran), brotaron de pronto a raudales. No podía permitir que aquello terminara así: se aseguraría de resolver el asunto. Encontraría a Touta Yoshino y le preguntaría por qué había pisoteado la dignidad de la casa, y después, en función de la respuesta que obtuviera...

—Muy buenas tardes, bienvenido.

Él levantó la vista sobresaltado y descubrió que un hombre mayor, a todas luces el dueño del restaurante, le sonreía amablemente desde el otro lado de la mesa. Lo recordaba de sus anteriores visitas, por eso se atrevió a hacerle una pregunta:

—Disculpe. ¿Sabe si ha vuelto el hombre bajito con quien vine las últimas veces?

El anciano asintió.

—Sí, estuvo aquí otro día.

¡O sea que había vuelto!

—¿Recuerda cuándo fue?

—Pues... debió de ser en diciembre. No, a finales de noviembre.

Él le había entregado la Residencia Y el 3 de noviembre.

—¿Venía solo o con su mujer y sus hijos?

—Venía con su esposa, una mujer alta.

Le dio las gracias con cara de póker: aunque les preguntara a cien personas, no encontraría a nadie que describiera a Karie Yoshino como una mujer alta.

11

La tarde dio paso al crepúsculo.

Cuando ya se veían los primeros edificios de Tokorozawa, Aose encendió los faros del Citroën. Había parado a medio camino para dejar a Okajima en la ciudad de S, donde tenía un asunto que resolver. Aose sabía que esa ciudad pertenecía a la circunscripción del asambleísta Hakamada, pero no podía dejar de pensar en Shinano-Oiwake.

Al salir del restaurante, Okajima y él habían ido al ayuntamiento. El director de Urbanismo se acordaba de Aose, y lo puso en contacto con el Departamento de Población. Como resultado, averiguaron que no había pruebas de que la familia se hubiera mudado nunca a Shinano-Oiwake. Acudieron al Registro de la Propiedad para asegurarse y descubrieron que no constaba ningún cambio en la titularidad de la finca, ni se mencionaba que estuviera hipotecada. Que Yoshino no hubiera vendido la casa parecía desmentir la hipótesis de que su supuesta empresa de comercio online hubiera fracasado y él se hubiera visto obligado a huir de sus acreedores. Ya habían pasado cuatro meses.

Aose agarró el volante con más fuerza.

Buscar al cliente desaparecido. En su pecho bullía el desconcierto por aquella insólita investigación que había decidido emprender. Aquello que la víspera sólo era una sospecha en el fondo de su mente, ahora era un hecho: tras haber visitado la Residencia Y, huérfana de dueño, y haber consultado los documentos oficiales, su rompecabezas imaginario se había convertido en un misterio auténtico. Estaba claro que los Yoshino nunca habían vivido allí, pero ¿por qué? ¿Se habían perdido algo Okajima y él?

«Venía con su esposa, una mujer alta.»

¿Cómo se podían interpretar las palabras del dueño del restaurante? Karie Yoshino no medía más de metro y medio de estatura; por tanto, la mujer que había ido al restaurante con Touta Yoshino a finales de

noviembre del año anterior era probablemente otra persona. Sin embargo, y a pesar de que él había ido a ese mismo establecimiento varias veces con ellos, el dueño había confundido a la otra mujer con la esposa de Yoshino. Quizá las veces anteriores hubiera estado en la cocina y no hubiera visto a Karie, o quizá hubiera llegado a la conclusión de que era su esposa, y no la de Yoshino.

Sonó un claxon detrás de él. El semáforo se había puesto en verde. Ya estaba en la calle Showa, cerca del aparcamiento donde la empresa tenía varias plazas alquiladas.

Esto era lo que sabía con certeza: una vez terminada su esperada casa nueva, Yoshino no se instaló en ella ni hizo los trámites para cambiar su dirección oficial. Además, fue visto en un restaurante de fideos de Karuizawa, cerca de la casa, con una mujer que no era la suya.

¿Y si la mujer alta fuera la amante de Yoshino?

No, un momento; no tenía por qué ser así. El dueño del restaurante le había dicho que Yoshino había estado allí, lo que lo había llevado a preguntarle si había ido solo, en pareja o con su familia. Por eso el dueño había dicho que estaba con su esposa. En el sector de la restauración se consideraba respetuoso (o más bien políticamente correcto) tratar a una pareja de mediana edad como marido y mujer.

Pero la sospecha ya había aflorado y no sería fácil enterrarla de nuevo. Quizá hubiera entre ambos una intimidad que les hacía parecer un matrimonio a los ojos de los demás. Puede que Yoshino escondiera un turbio secreto, razón por la que había mantenido a su familia alejada de la Residencia Y.

Aose salió del coche y empezó a andar hacia la oficina. Se arrepentía de no haberle pedido más información al dueño del restaurante, y también lamentaba no haber escuchado los mensajes grabados en el contestador del teléfono de la Residencia Y: podrían haberle proporcionado alguna pista.

—Bienvenido de vuelta. —Mayumi Tsumura, la contable, todavía estaba en el despacho medio iluminado—. Llegas muy tarde. Creía que estabas con el jefe...

—Lo he dejado a medio camino. ¿Y tú qué haces aquí? ¿Hoy no

tenías que recoger a Yūma?

Mayumi era una divorciada de treinta y dos años con un hijo de tres. Por eso se levantaba de su silla todos los días a las seis en punto: tenía que ir a recogerlo a la guardería sin licencia donde lo dejaba.

—Le he pedido a mi madre que vaya. Le encanta ir.

Aose sonrió. La propia Mayumi le había contado que había sido una adolescente rebelde, hasta el punto de pertenecer a la tribu urbana de los *yankii*; sin embargo, no conservaba ningún rasgo de aquella época, salvo, quizá, el ángulo ligeramente cerrado de sus cejas depiladas. Él sabía que se había graduado en un instituto comercial online, pero no tenía ni idea de cómo había llegado a la agencia. En todo caso, llevaba trabajando para Okajima desde el momento en que éste había tomado las riendas y había empezado a dirigirla en serio.

—¿Dónde están los demás?

—Takeuchi se quedará a dormir en Higashi-Murayama, e Ishimaki iba a supervisar una obra y luego volvía directamente a su casa. Ha dicho que era el cumpleaños de su mujer.

—Ah.

Una noche fideos *tonkotsu* y la siguiente tarta de cumpleaños: así era imposible mantener la línea.

Ishimaki debía de haberle pedido a Mayumi que preparara un tablero de presentación para un cliente, porque estaba ocupada recortando y pegando fotos de accesorios de iluminación en el plano de una casa. El plano era más o menos del tamaño de un periódico y las habitaciones estaban dibujadas con lápices de colores; a partir de ahí, Mayumi recortaba imágenes de catálogos y hacía una propuesta de iluminación y mobiliario para cada espacio. Estaba muy orgullosa de que aquellas presentaciones fueran mucho más populares entre los clientes que las versiones informatizadas. Lo cierto era que desde que estaba en la oficina había ido desarrollando una asombrosa habilidad en el campo de la decoración de interiores, y también sabía interpretar los planos con bastante precisión. De hecho, solía corregir a Takeuchi, que era bastante inexperto, cada vez que éste trazaba una línea incorrecta.

—¿Es muy urgente? —le preguntó él refiriéndose a la presentación.

Mayumi dejó lo que estaba haciendo y se volvió resueltamente, como si hubiera decidido abordar un tema espinoso.

—No es urgente... La verdad es que tenía curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo te ha ido. ¿Has podido hablar con Yoshino?

Él se sintió como si alguien le estuviera hurgando en los bolsillos.

Había acordado con Okajima que el motivo oficial de su viaje a Shinano-Oiwake sería una visita de inspección, pero éste, al parecer, le había dado una versión diferente a Mayumi. En la agencia todo el mundo era consciente de que algo fallaba en el seguimiento posventa de la Residencia Y, pero nadie hablaba de ello para no herir sus sentimientos. Okajima debió de decirle a Mayumi que irían a echar un vistazo a la casa porque estaban preocupados, pero a él le resultaba incómodo que metiera las narices en el asunto. En momentos como ése, recordaba que Ishimaki solía bromear al respecto: «El jefe está liado con Mayu, créeme: es intuición masculina.»

—No, no he podido hablar con él —respondió Aose—. No sé por qué, pero parece que han aplazado la mudanza.

—¡No me digas! ¿Aún no se han mudado? —preguntó ella en un tono desagradablemente agudo.

—Mañana iré a Tabata, a ver si consigo hablar con Yoshino.

—¿Siguen viviendo en la casa de alquiler?

—Si no están en la Residencia Y, deben de estar allí.

—¿Has intentado llamarlo?

—No contesta, por eso iré personalmente.

—¿No contesta? Qué raro...

—Mucha gente se apresura a cambiar el número de teléfono antes de mudarse. —Era lo que Okajima había sugerido durante el trayecto de vuelta en coche para intentar reconfortarlo, pero Mayumi, igual que él, no parecía muy convencida—. ¿Me imprimes esto, por favor?

Sacó una cámara digital de la bandolera y la dejó en el escritorio. Ella se había quedado pensativa, como si todavía buscara algo que decir.

Después de que el cerrajero cambiara la cerradura, cuando ya se

disponían a salir de la casa, Okajima lo había cogido de un brazo y había exclamado: «¡Espera! ¡Necesitamos fotos de la silla!», de modo que él la había fotografiado.

—No es necesario que te distraigas ahora mismo, no hay prisa —le dijo a Mayumi.

Tenía pensado imprimir las fotografías él mismo, pero le pareció que la chica iba a creer que le ocultaba algo.

El teléfono que tenía delante empezó a sonar.

—Ya respondo yo —se anticipó a decir, y levantó el auricular. Era el joven director de Construcciones Kaneko, para el que había diseñado un bloque de pisos en Yorii.

—¿Ha vuelto ya el señor Aose?

—¿Qué ocurre?

—Ah, ¡es usted! Lo he llamado hace una hora.

Miró a Mayumi, quien pareció acordarse de repente. Avergonzada, juntó las manos pidiéndole perdón.

—¿Hay algún problema?

—Sí, verá: parece que los paneles de hormigón celular para las paredes exteriores no llegarán a tiempo. ¿Podríamos cambiarlos por paneles equivalentes de otro fabricante?

—¿Cuánto tiempo se retrasará el pedido?

—Entre diez y quince días, por lo que me han dicho.

Eso excedería el plazo acordado para la finalización de las obras.

—De acuerdo, puede cambiarlo.

—¡Estupendo! Sabía que era usted un hombre razonable.

El joven director enumeró otras empresas que fabricaban paneles similares de hormigón celular y él eligió un par de precio parecido. Luego le pidió a Kaneko que lo llamara al móvil si necesitaba algo más y colgó.

Mayumi seguía con cara de arrepentimiento.

—No te preocupes, no es grave —dijo él malhumorado.

«Sabía que era usted un hombre razonable.»

Más bien un arquitecto sin arte ni parte: había percibido el desprecio detrás de las palabras del joven Kaneko.

Se despidió de Mayumi y se dirigió a la puerta, pero oyó los pasos de la contable tras él y se volvió de nuevo.

—¿Sabes? Yo creo que esa casa es una obra maestra —dijo ella—. No soy ninguna experta y sólo la he visto en fotos, pero me parece brillante.

Él iba a darle las gracias, pero pensó en los Yoshino y se tragó sus palabras.

Mayumi parecía nerviosa.

—Lo digo de veras: es muy original, inimitable. Hasta el jefe está celoso. Un día me dijo: «¡Ojalá pudiera diseñar una casa como ésa aunque fuera una sola vez!»

Aose salió de la oficina con una sonrisa burlona: si era cierto que Okajima le había dicho eso a Mayumi, quizá la intuición masculina de Ishimaki no estuviera tan desencaminada.

12

Cuando regresó a su apartamento después de cenar, la luz del contestador parpadeaba. Se descalzó a toda prisa, entró corriendo y reprodujo el mensaje creyendo que sería de Yoshino, pero se llevó una decepción: era Takao Nishikawa, el especialista en renders. Una vez recobrada la compostura, pulsó el botón de rellamada y se tumbó en el sofá. Nishikawa respondió después de varios tonos.

—¡Aose, colega! ¿Cómo te va la vida? La última vez que te vi fue cuando estuvimos bebiendo en el Candy, creo. ¿Cuántos años hace? ¿Diez? ¿Sabías que aquella camarera que se llamaba Kana se casó con el viejo pretencioso que siempre llevaba trajes de Armani?

Aquellos nombres y escenarios le trajeron recuerdos de los viejos tiempos de glamour.

—¿Y tú, cómo estás? —se interesó Aose.

—Bueno, como siempre; en el bucle infinito de dibujar y comer, comer y dibujar.

Después de graduarse en una escuela de diseño, Nishikawa se había especializado en la perspectiva arquitectónica y había terminado dedicándose a hacer renders: interpretaciones tridimensionales de los planos.

—Tengo entendido que Okajima te llamó.

—Sí, por eso te he llamado antes: para darte las gracias por haberme recomendado.

Él se quedó sin palabras: aquello no era propio de Nishikawa.

—Espero no haberte metido en un compromiso, no sabía si tenías poco o mucho trabajo.

—No te preocupes, últimamente siempre puedo hacer algún hueco. Además, lo que tengo entre manos no es nada comparado con lo que me ha pasado tu jefe. Me has hecho un gran favor. Mi mujer también está encantada.

—¿En serio? Pues me alegro.

—¿Te acuerdas de un especialista en renders que se llamaba Yamane?

—Ah, sí. Trabajaba contigo, ¿no?

—Sí, pero tuvimos algunas discrepancias y nos acabamos separando. ¿Sabes qué está haciendo ahora?

—¿Lo ha dejado?

—Trabaja de taxista en Shinjuku. Una vez, sin tener ni idea, me subí en su taxi y él me contó la historia de siempre: con la crisis, su situación fue empeorando hasta que tuvo que buscarse la vida. Dice que al menos ahora gana algo de dinero. El caso es que no conoce Tokio en absoluto, por lo que depende completamente del navegador del coche. No me pareció muy profesional, la verdad.

En ese instante, a Aose le vino a la memoria el recuerdo de unos labios temblorosos.

«¿Lo has dejado? ¿Has presentado tu dimisión?»

Muchos despachos de arquitectura habían quebrado, y no sólo los pequeños, sino incluso empresas medianas, bastante sólidas, que dependían de los contratos gubernamentales para diseñar edificios públicos. Era inevitable que los especialistas en renders también sufrieran las consecuencias; aun así, resultaba inimaginable que profesionales como Nishikawa y Yamane, que tenían una reputación intachable en el sector, se vieran abocados al despido.

—Pero tu jefe tiene olfato para los negocios, ¿no?

—¿En qué sentido?

—Sabe cómo llamar la atención: lo del museo memorial de Haruko Fujimiya es una idea buenísima. Si le sale bien la jugada, será un gran altavoz para vuestra empresa.

—¡Al, claro! —exclamó Aose sin querer. El nombre de Haruko Fujimiya le resultaba familiar—. Es esa pintora de la ciudad de S, ¿verdad?

—Exacto —repuso Nishikawa—. Pero... ¿cómo? ¡No me digas que no sabías que tu jefe iba tras el museo memorial!

—Bueno, es que ambos hemos andado un poco liados. Así que

finalmente han dado luz verde al museo memorial, ¿no?

—Eso parece. Las bases del concurso se publicarán en breve. Eso sí lo sabías, ¿no?

Aose lanzó un suspiro.

«No se trata de un proyecto aburrido como un puesto de policía de barrio o unos baños públicos...»

Desde luego que no. Por su mente desfiló una rápida sucesión de datos acerca de Haruko Fujimiya: había nacido en la ciudad de S y había fallecido tres años atrás, soltera y con setenta años, en un accidente de autobús en los suburbios de París. Rara vez expuso sus obras y se ganaba la vida vendiendo postales en la calle, pero tras su muerte se encontraron más de ochocientos óleos y bosquejos en su piso parisino, la mayoría retratos de niños de la calle y obreros humildes. Como algunas personalidades del mundo del arte en Francia los elogiaron, los medios de comunicación japoneses trataron la muerte de Fujimiya como una noticia importante y se formaron largas colas en la exposición conmemorativa que la familia organizó en Tokio. Poco después, en la primavera anterior, Shinozuka, el alcalde de la ciudad de S, quiso aprovechar la popularidad de la pintora y anunció la construcción de un museo memorial dedicado a ella. En la rueda de prensa hizo hincapié en la importancia de conservar la memoria y la obra de Fujimiya, pero lo que realmente quería era convertir ese memorial en el eje de su proyecto para atraer visitantes a la zona, que carecía de puntos de interés turístico.

Durante un tiempo, el museo fue un tema candente en la agencia, pero entonces recibieron la noticia de que las negociaciones entre la familia y el ayuntamiento se habían estancado. Además, Okajima dijo que, aunque el proyecto se acabara materializando, estaría dotado de un presupuesto de cientos de millones de yenes, por lo que sólo aceptarían candidaturas de las agencias tokiotas más conocidas.

—Seguimos en contacto, colega. Me emplearé a fondo en este proyecto. Saluda a tu jefe de mi parte.

—Espera, Nishikawa —lo detuvo él—. ¿Puedo pedirte un favor? Hagamos como si esta conversación no hubiera existido, ¿vale?

—¿Cómo?

—Quiero poder hacerme el sorprendido cuando me cuente lo del museo.

Intentó quitar hierro al asunto, pero Nishikawa estaba demasiado familiarizado con la mentalidad de los arquitectos como para dejarse engañar. Tras una pequeña pausa, durante la cual pareció estar analizando la relación entre Aose y Okajima, respondió con jovialidad:

—Claro, ¡no hay problema!

Aose cogió una lata de cerveza y salió al balcón: le apetecía tomar el aire. Se puso a contemplar el paisaje nocturno. Las luces de la ciudad parpadeaban con tal intensidad que parecía que la atmósfera centelleara.

De modo que el proyecto de construcción del museo memorial volvía a estar sobre la mesa. Las autoridades municipales debían de haber llegado a un acuerdo con la familia de la pintora y Okajima, que sin duda habría sido de los primeros en enterarse, debió de haberse puesto enseguida a mover hilos para que le permitieran concursar, lo que requería la aprobación del ayuntamiento. Eso explicaba sus frecuentes reuniones con funcionarios de los gobiernos prefectural y municipal: intentaba posicionar la Agencia de Diseño Okajima. Por eso también debía de haberle pedido que lo dejara en la ciudad de S, que estaba incluida en la circunscripción del asambleísta Hakamada: probablemente iba a pedirle de forma extraoficial que hablara con el alcalde y el comité de candidaturas en su nombre.

Se acordó de que, cuando trabajaba como becario en Akasaka, a veces le pedían que hiciera una ronda por las oficinas del distrito de Tokio para «sembrar la semilla» en nombre de la empresa. Recordaba la fría acogida que le dispensaban los funcionarios de Urbanismo, y cómo le preguntaban si tenía una carta de recomendación de algún político.

Bebió un trago de cerveza.

Le molestaba haberse enterado de los planes de Okajima a través de un tercero, y estaba convencido de que cualquier otro en su lugar estaría igual de dolido. Los concursos con un presupuesto multimillonario eran demasiado grandes para un solo arquitecto. Para

poder estar a la altura, toda la oficina debía trabajar en equipo para aportar ideas y dibujar planos; sin embargo, Okajima sólo le había pedido que le pasara el contacto de un especialista en renders, sin siquiera insinuarle nada sobre el museo memorial. Sabía que él nunca le pedía detalles sobre lo que se traía entre manos y se aprovechó de ello, y eso a pesar de que habían pasado todo el día juntos.

A su jefe le gustaban las sorpresas, ¿pensaría esperar a que su candidatura recibiera la aprobación para presentarse al concurso para entonces anunciarlo con champán? ¿O quizá...?

Quizá quisiera prescindir de él.

«Incluso el jefe está celoso.»

Okajima trabajaba muy duro al frente de la agencia, y la posibilidad de diseñar el museo era una oportunidad única para él: si conseguía presentar algo realmente innovador y ganaba el concurso imponiéndose a algunas de las agencias más conocidas de Tokio, llamaría la atención de otros municipios que designarían a la Agencia de Diseño Okajima como uno de sus contratistas autorizados en el futuro. Un buen historial en concursos públicos significaría más contratos para la empresa, incluso si no eran tan lucrativos. Tal vez aquella postura agresiva fuera indispensable cuando la crisis ya había llegado a su punto álgido y sólo cabía esperar que las cosas mejoraran, pero ¿era eso lo único que Okajima tenía en mente?

Aose contempló el cielo sin estrellas y su imaginación avanzó en otra dirección.

Quizá el concurso hubiera prendido la llama de la inspiración en el corazón de Okajima no como gerente de una empresa, sino como arquitecto. ¿Y si, en lugar de intentar promocionar la agencia, simplemente quisiera diseñar su obra maestra?

«Ya sabes que no pienso acabar como un don nadie.»

Cuando había oído esas palabras había pensado que Okajima se refería a sus ambiciones empresariales, pero quizá lo hubiera subestimado. A sus cuarenta y cinco años, era imposible que quisiera «probar suerte» en el mundo de la arquitectura: tras empezar diseñando edificios comerciales para una importante empresa, convertirse en

arquitecto independiente y ganar concursos de diseño públicos, querría acabar recibiendo una invitación para participar en un concurso internacional donde obtendría el primer premio por un edificio que quedaría para la posteridad y le traería fama y riqueza. Resultaba vergonzoso pensar cuánto tiempo había pasado desde que ellos dos, igual que tantos arquitectos anónimos, soñaban con triunfar.

¿Y si fuera...?

A lo mejor, al igual que él mismo cuando diseñó la Residencia Y, Okajima había quedado hechizado; en su caso, ante una pintora solitaria que había muerto en un accidente y el pabellón que le concedería la vida eterna: el museo memorial de Haruko Fujimiya. ¿Qué podía atrapar más, inspirar más, que el hermoso concepto de la vida más allá de la muerte?

Volvió a entrar en su piso. La brisa le había refrescado la piel, pero aún se sentía algo febril. Fue directamente a la habitación contigua y sacó de la estantería unas cuantas revistas que presentaban las obras destacadas de distintas agencias de diseño anónimas y de constructoras locales prodigándoles elogios a cambio de una módica tarifa publicitaria. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y abrió uno de los números, donde aparecían casas edificadas en parcelas deformes y estrechas. En una página marcada con un post-it salía la casa de Ageo que había enamorado a los Yoshino. Él había dado por sentado que la habían visto en esa revista, aunque nunca llegó a preguntárselo.

«Tenemos un terreno de 265metros cuadrados en Shinano-Oiwake, en la prefectura de Nagano, y podemos invertir hasta treinta millones de yenes en la obra. Confiamos plenamente en usted, Aose. Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Llevaba todo el día buscando el truco que había detrás del hechizo.

Los rostros de los Yoshino le venían a la mente sin parar. Mucha gente decía que los matrimonios que llevaban mucho tiempo juntos acababan pareciéndose, y eso es exactamente lo que ocurría con Touta y Karie Yoshino. Y el parecido se extendía a las dos hijas mayores, que ya iban a secundaria, y al menor, que cursaba primero de primaria. Parecían una familia feliz, contentos e ilusionados por llegar a tener su

propia casa... excepto por aquellos ojos infantiles que lo habían mirado con recelo...

¿Y si todo hubiera sido un engaño? Quizá no estuvieran tan unidos como parecían, y sólo representaban una farsa en la que todos interpretaban su papel a la perfección. El niño era el único que gritaba la verdad con la mirada: «¡No quiero seguir fingiendo!», decían sus ojos.

Un escalofrío le recorrió el espinazo con sólo imaginarlo.

Al principio había sospechado que el niño sufría acoso escolar, pero luego lo reconsideró: quizá el chiquillo tan sólo estaba de mal humor o era un mocoso malcriado. No estaba seguro: tal vez la mujer alta había destrozado a la familia. En vez de pensar en el concurso, del que de todas formas sabía bien poco, se puso a darle vueltas a ese asunto.

Tomó un sorbo de cerveza, colocó la lata encima de la revista abierta y unas gotas surgidas de la condensación humedecieron la estrecha casita de Ageo, cuya imagen empezó a difuminarse. Así había empezado todo: un encuentro fortuito entre aquella pequeña casa y los Yoshino había obrado la magia.

Se miró las manos.

¿Había cambiado en algo?

¿Era un hombre distinto después de haber construido la Residencia Y?

Probablemente sí: diseñando la casa en la que querría vivir había conseguido salir a rastras del antro de perdedores donde se encontraba, había dejado de flagelarse y sabotearse a sí mismo y se había encaminado hacia una nueva vida. Se sentía ligero como una pluma, capaz de dejar atrás el pasado y adentrarse en el futuro. Había volcado en el proyecto toda su experiencia, sus conocimientos, su sensibilidad y su alma y, de pie frente a la casa ya terminada, había respirado hondo y dado rienda suelta a todas sus emociones, contemplando sin miedo el cielo infinito. Quería enseñarle la casa a su padre y que Yukari supiera que la madera y la luz se habían fusionado a la perfección en la gran obra de Minoru Aose. Aquel día, en aquel momento, era por fin un arquitecto. Con ambos pies firmemente apoyados en el suelo, había

sacado pecho con orgullo y anunciado al mundo: «¡Aquí estoy!»

Pero el hechizo se había roto. Conforme pasaba el tiempo sin tener noticias de Yoshino, su confianza había ido menguando como si le arrancaran varias capas de piel una tras otra. No era una casa especial. Entonces cayó en las garras de sus propios demonios, que terminaron devorándole el corazón y devolviéndolo a su guarida. Volvió a ser un simple arquitecto a sueldo, callado, conteniendo la respiración; un arquitecto indiferente que se doblegaba ante los caprichos de los clientes y se dejaba tomar el pelo por las constructoras. Y sin embargo...

La casa estaba ahí.

Sus ideales habían adquirido forma tangible.

Era imposible que no hubiera cambiado nada: en algún lugar de su cuerpo, de su sangre, de su espíritu, tenía que existir una prueba del cambio.

Se golpeó los muslos con los puños una, dos, tres veces.

No pasó nada: no obtuvo respuesta alguna. Cuando paró, el silencio se adueñó de aquel piso ridículamente grande.

13

Durante varios días estuvo ocupado reuniéndose con clientes y tramitando papeles, y cuando llegó el fin de semana fue a Tabata. Bueno, en realidad a la estación de Komagome, que estaba más cerca de la casa que alquilaban los Yoshino. Salió por la salida este, que se encontraba bajo un paso elevado; recorrió un breve tramo de la calle Azalea y cruzó la calle comercial Tabata Ginza. Era un barrio bullicioso con reminiscencias del Japón de posguerra. Durante muchos años, todo tipo de pequeñas tiendas especializadas se habían agolpado a lo largo de las estrechas y sinuosas calles. Los vendedores anunciaban sus mercancías con enérgicas voces y el tentador aroma a broquetas asadas y otros alimentos preparados le hacía cosquillas en la nariz. El lugar estaba tan animado y concurrido que le dio la impresión de que se encontraba en mitad de un festival o una feria callejera.

Aquel ambiente (la proximidad de otras personas, la mezcla de conversaciones) siempre le traía recuerdos de los campamentos para los obreros de las presas, la única diferencia era que en aquel barrio el flujo del tiempo nunca se detenía, mientras que en los campamentos ocurría todo lo contrario: en cuanto las obras de la presa terminaban, el tiempo y las relaciones humanas se interrumpían bruscamente y la comunidad desaparecía; era como si su ciudad natal fuera continuamente engullida por el agua junto con el resto del paisaje.

Se detuvo en un puesto de comida y pidió unas bolas dulces de harina de arroz para llevar. Mientras se las envolvían, miraba distraído los rostros de los ancianos que pasaban por la calle. ¿Qué clase de vida llevaría si hubiera nacido y crecido en aquel barrio? Sin duda una vida en la que habría podido conservar todo aquello de lo que no quería desprenderse, pero sin poder huir de las cosas que quería dejar atrás...

Le dieron el cambio y reemprendió la marcha. Incluso aquel barrio estaba experimentando una transformación gradual: al final de la calle

comercial, las antiguas zonas residenciales estaban deterioradas, y aquí y allá resaltaban las fachadas encaladas de los nuevos bloques de pisos. Durante la crisis, muchas personas se habían visto obligadas a renunciar a casas y terrenos porque no podían pagar el impuesto de sucesiones. En una de aquellas zonas fronterizas entre lo antiguo y lo nuevo se alzaban, una al lado de la otra, dos viejas casas unifamiliares de alquiler. Al norte había pisos elegantes, mientras que al sur había un descampado que se utilizaba como aparcamiento.

La placa con el apellido Yoshino ya no estaba en la puerta.

Aose exhaló un largo suspiro. En parte, seguía confiando en que su preocupación era infundada y en que acabaría riéndose de sus propios temores. Al fin y al cabo, cuando Okajima había hecho la consulta en la oficina del distrito le habían dicho que no había ninguna notificación de mudanza. Pero la placa no estaba y, si no vivían en Shinano-Oiwake ni en Tabata, podía darse por hecho que la familia había desaparecido.

Llamó al timbre, pero no obtuvo respuesta. La puerta corredera de la entrada estaba cerrada e, igual que en la Residencia Y, todas las cortinas corridas.

No tuvo más remedio que ir a la casa alquilada de al lado. La balconera de la habitación que daba a la calle estaba abierta y un anciano barbudo, tumbado sobre un futón delgado y apelmazado, abroncaba a una mujer de mediana edad que parecía ser su asistenta doméstica. Alargó el cuello para llamar la atención del anciano, esperó a que se volviera hacia él y gritó:

—¡Disculpe! ¿Sabe si su vecino está en casa?

—¡Y yo qué sé! —le espetó el hombre de mala gana—. No lo conozco de nada. Esta vieja bruja dice que apesto y que me tengo que bañar. ¿Que yo apesto? ¡Eso que se lo diga a su marido!

Lo único que pudo sonsacarle fue la dirección del casero, un tal Noguchi, que vivía en una casa cercana con tejado rojo y jardín. La encontró nada más girar a la derecha en la siguiente esquina. Delante, un hombre de unos cincuenta años, gordo y desaseado, limpiaba un BMV rojo con una manguera.

Le entregó su tarjeta de visita y le enseñó el paquete de bolitas *dango*

diciéndole que las había comprado para tomar el té con los Yoshino en su casa de alquiler, pero que no los encontraba y estaba preocupado porque aún no se habían mudado a su nueva casa.

Noguchi no pareció sorprenderse.

—Ah, es verdad: el señor Yoshino me dijo que se mudaba a Nagano.

—¿Eso dijo? —exclamó él sin querer—. ¿Mencionó algún lugar concreto, como Shinano-Oiwake o Karuizawa?

—No, sólo dijo Nagano.

—Ya veo... ¿y eso cuándo fue?

—Poco antes de largarse.

—Ah, ¿y cuándo se largó?

—Pues... a mediados de noviembre del año pasado. Estaba solo, así que no creo que tuviera muchas cosas que trasladar.

¿Solo? Aose no podía creer lo que acababa de oír.

—Pero... tengo entendido que vivía con su familia.

—Me parece que están divorciados desde hace bastante tiempo.

¿Divorciados? ¿Desde hacía tiempo? La cabeza empezó a darle vueltas.

—Disculpe, ¿sabe cuándo se divorciaron?

—No sabría decírselo. Es mi madre quien se ocupa de la casa de alquiler, y hace poco la ingresaron en el hospital. Sólo me dijo que la mujer se había ido a casa de sus padres con los niños.

—Así que a casa de sus padres... Entonces quizá no fuera un divorcio, sino una separación.

—Tal vez, no tengo ni idea.

Aquel hombre de mediana edad y ya bastante calvo parecía terriblemente inmaduro; ¿había vivido toda la vida con sus padres?

—¿Cómo ocurrió?

—¿El qué?

—¿Usted sabe por qué la esposa de Yoshino decidió abandonarlo?

No podía quitarse de la cabeza a la mujer alta del restaurante.

—No lo sé, y mi madre me aseguró que ella tampoco.

—¿Sabe dónde vive la familia de la señora Yoshino?

—No, no lo sé.

No parecía que el tipo pudiera proporcionarle información útil.

—Dice que la señora Yoshino se fue hace tiempo llevándose a los niños, ¿eso significa que el señor Yoshino vivía solo desde entonces?

—Supongo que sí.

¿«Supongo»?

—¿Cuánto tiempo hace que se separaron?

—Pues no lo sé: yo nunca tuve contacto con ellos.

—¿Podría preguntárselo a su madre?

—Verá, es que mi madre está ingresada porque empezó a sufrir demencia. Llevaba un tiempo enfadándose sin razón y arrojándole cosas a mi mujer, pero hace poco tropezó en el umbral de la puerta y sufrió una caída muy aparatosa.

—Ya veo...

—Además, el divorcio de los Yoshino no es asunto nuestro: no acostumbramos a husmear en la vida de nuestros inquilinos, nos limitamos a estar pendientes de que paguen a tiempo el alquiler. Ya no es como antes: todo el mundo se ha vuelto muy celoso de su intimidad.

Aose asintió tratando de ocultar su contrariedad.

Lo había impactado descubrir que los Yoshino no estaban juntos, sin importar si se habían divorciado o sólo separado. «Bastante tiempo» podían ser seis meses, un año o incluso más, y en ese caso la historia acababa de dar un giro sorprendente. Quizá cuando habían acudido para pedirle que diseñara su nueva casa ya estaban...

El teléfono móvil vibró en su bolsillo y él dio un respingo. Se despidió rápidamente de Noguchi y le dio la espalda.

—Hola, soy Kaneko, de Construcciones Kaneko. Me han dicho que no estaba en la oficina, por eso lo he llamado al móvil. —El joven director dejó de lado la cortesía y pasó al meollo del asunto—: Verá, ha surgido otro problema: los marcos de las ventanas han llegado en negro y no en gris. El fabricante dice que es un error suyo y que se encargará de solucionarlo, pero ya sabe que la fecha de entrega se acerca y apenas tenemos margen de maniobra. He pensado en decirle que podemos quedarnos los marcos en negro a cambio de un descuento en otro pedido para compensar la diferencia de precio, ¿qué le parece?

Aose lo escuchaba con los ojos cerrados.

—Señor Aose, ¿me oye?

—Tienen que ser grises, como se especifica.

—¿Qué...?

—Quiero que cumpla con las especificaciones de la memoria de calidades.

No estaba enfadado: simplemente quería proteger su diseño, sus decisiones, aquello en lo que creía, tal como pensaba proteger la Residencia Y, en su precario estado, allá arriba, en la meseta de Shinano-Oiwake.

14

Más allá de los tejados de las casas podía verse un edificio que tenía toda la pinta de ser una escuela primaria.

Aose caminaba a paso rápido, pero sus pensamientos estaban estancados. La sorpresa había dejado lugar al estupor. ¿Sería cierto que los Yoshino se habían separado?

No recordó que era sábado hasta que vio el candado colgado en la verja lateral. En realidad, la decisión de ir a la escuela del hijo pequeño a preguntar a qué centro se había trasladado era un claro síntoma de su aturdimiento: si acababa de empezar primaria, quería decir que la separación de sus padres lo había pillado en el parvulario. Al fin y al cabo, el tal Noguchi había dicho que estaban separados desde hacía «bastante tiempo».

Aose dio media vuelta y echó a andar en sentido contrario, pero al cabo de unos pasos se detuvo bruscamente y chasqueó la lengua: acababa de caer en la cuenta de que los Yoshino también tenían dos hijas en secundaria, y al menos una de ellas, la menor, podría haber asistido a esa escuela primaria antes de la separación de sus padres. Si pudiera averiguar a qué instituto se había trasladado, daría con el paradero de Karie.

Echó un vistazo a través de la verja de hierro que daba acceso al centro, pero no vio ni un alma. Recorrió con la mirada la fachada del edificio, de cuatro plantas, y en la planta baja distinguió una amplia estancia que bien podría ser la sala de profesores; sin embargo, estaba a oscuras. Observó el candado de la verja, viejo y oxidado, aunque sin duda sólido todavía. En cuanto alargó la mano para tocarlo, oyó una voz firme de mujer a sus espaldas.

—¿Puedo ayudarle?

Sobresaltado, se dio la vuelta y vio a una mujer de mediana edad y con gafas bajarse de una bicicleta. Lo miraba con recelo. Incluso antes

de oírla hablar, habría apostado a que era profesora de la escuela.

—No... —repuso titubeante.

Sin duda, la suspicacia de la profesora tenía que ver con que en los últimos años se habían producido varios incidentes provocados por asaltantes violentos que habían irrumpido en recintos escolares. La vacilación de Aose pareció hacerla sospechar aún más y se encaró con él frunciendo el ceño:

—Si necesita algo, dígalo de una vez.

Él se apresuró a buscar el tarjetero en el bolsillo. Normalmente, una tarjeta que lo presentaba como arquitecto bastaba para ganarse la confianza de cualquiera, pero en aquella ocasión lo habían sorprendido inspeccionando las instalaciones de un colegio con actitud sospechosa...

La profesora miró la tarjeta y luego lo observó de arriba abajo con severidad.

—Usted no es el padre de ningún alumno del colegio.

A él lo sorprendió su convicción.

—No, no. La verdad es que...

Con el fin de demostrar que no era un delincuente, explicó la situación de la forma más sincera y educada posible: la familia Yoshino le había encargado una casa en Nagano, pero al ver que no se habían mudado había acudido a la casa que tenían alquilada en Tabata. Sin embargo, le habían dicho que ya no vivían allí.

—Por eso se me ha ocurrido venir a preguntar a qué centro se han trasladado los niños, para ver si así podía encontrar sus padres.

La profesora no se inmutó.

—¿Recuerda a una alumna de apellido Yoshino? —insistió Aose—. Puede que incluso coincidiera aquí con su hermana durante un tiempo y...

—Hay algo que no me cuadra —lo cortó la mujer—. Si es cierto que usted les construyó la casa, ¿cómo puede haberles perdido la pista?

—Pues porque...

—¿Le deben dinero?

—¿Cómo dice?

—¿No le pagaron?

Era lógico relacionar la desaparición de la familia con las deudas.

—No, no es eso. No hubo ningún problema en ese sentido.

—Entonces, ¿por qué quiere encontrarlos?

—Porque estoy preocupado por ellos —admitió con naturalidad.

La profesora pareció vacilar por un momento.

—Me preocupa que estén metidos en algún lío —continuó—, por eso necesito pistas que me ayuden a encontrarlos. ¿Podría ayudarme a averiguar su nueva dirección?

No debería haberla presionado: su mirada volvió a agudizarse, como si se arrepintiera de haberse mostrado vulnerable por un momento y quisiera recobrar la autoridad.

—Si tan bien conocía a la familia, seguro que tiene otras formas de averiguar dónde están.

—No éramos amigos: era una relación entre un arquitecto y sus clientes.

—Entonces, ¿por qué no habla con la policía?

—Ya lo había pensado, pero no quería que el señor Yoshino tuviera problemas por mi culpa.

—Pero eso no significa que... —La profesora se quedó sin palabras; sin embargo, se recompuso enseguida—: Me pone en un compromiso. No puede pedirme que confíe en usted así como así: si lo hiciera pondría en riesgo a mis alumnos. Hace poco, un hombre estuvo haciéndoles preguntas a los padres para conseguir un listado de los alumnos del colegio. Se inventó una excusa bastante plausible, algo como que había habido un error de imprenta y necesitaba corregir las listas. Y en otra ocasión, un hombre paró el coche y le pidió el número de teléfono a una niña de tercero, y otro estuvo a punto de llevarse a una alumna arrastrándola hasta su automóvil. Hoy en día les pasan cosas terribles a los niños.

Él dejó escapar un suspiro de decepción.

—¿Lleva mucho tiempo en esta escuela?

—Sí, mucho. ¿Por qué?

—¿No recuerda a una alumna que se apellidaba Yoshino?

—Ya le he dicho que...

—¿Podría hablar con el director o el subdirector?

—Sólo las familias pueden hablar con el equipo directivo —respondió ella con rotundidad, y le devolvió la tarjeta de visita que había estado sujetando con las puntas de los dedos.

Él se enfadó.

—Mire, señorita, como usted misma ha dicho puede que las autoridades acaben interviniendo. ¿Prefiere responderle estas preguntas a un agente de policía?

Pero todo fue inútil: la profesora sólo quería que se fuera.

—Primero tendría que probarme que es un policía de verdad: hay gente mala que se hace pasar por policías.

15

En lugar de regresar por donde había llegado, Aose atravesó un estrecho callejón que desembocaba en la calle Shinobazu. Acababa de recordar una cafetería, en el cruce de Dōzaka-Shita, a la que había ido una vez con Touta Yoshino.

Tal como recordaba, la cafetería se encontraba en una esquina. Se llamaba Kado, y dentro había bastantes clientes. El dueño le ofreció una mesa para cuatro y él le pidió un café. Se le había ocurrido que Yoshino podría ser un asiduo de ese lugar y tenía la intención de averiguarlo, pero prefirió esperar un poco antes de preguntar: si abordaba al dueño con actitud de detective sólo conseguiría levantar sospechas. La profesora de antes era un buen ejemplo.

«Usted no es el padre de ningún alumno del colegio.»

Eso significaba que no tenía pinta de padre o que no encajaba en un entorno escolar. ¿Sería por el abrigo de cuero negro o quizá por su aspecto en general, más que por el atuendo? En su profesión había muchos que intentaban adoptar un aire distinto para diferenciarse del trabajador corriente; personajes que intentaban cultivar la imagen de un lobo solitario. Decididos a toda costa a ser únicos, estaban siempre pendientes de lo que los demás opinaban de ellos. Aunque tal vez no tuviera nada que ver con eso y la profesora simplemente hubiera intuido su verdadera naturaleza: un hombre libre y sin ataduras que se disfrazaba de padre afectuoso y responsable una vez al mes. A lo mejor era eso lo que había visto en él.

Le sirvieron el café, pero no lo tocó. Él no era Sherlock Holmes, ni siquiera el doctor Watson. ¿Qué haría un detective auténtico en su situación? Probablemente seguiría espiando la casa alquilada, llamaría a todas las casas vecinas para encontrar a los compañeros de clase de los hijos de Yoshino, preguntaría en las empresas de mudanzas para intentar averiguar adónde se habían llevado los muebles...

Para empezar, necesitaba calmarse, mantener la cabeza fría y hacer balance de la situación. ¿Qué conclusiones podía sacar tras haber escuchado al dueño del restaurante de fideos y al casero de Tabata?

Tomó un sorbo del café, volvió a dejar la taza en el plato y se cruzó de brazos.

Tiempo atrás, Karie Yoshino había vuelto con sus hijos a casa de sus padres, y desde entonces Touta Yoshino había vivido solo en la casa alquilada. La entrega de la Residencia Y había tenido lugar el 3 de noviembre del año anterior, y a mediados de ese mismo mes Yoshino había dejado la casa alquilada después de comunicarle a su casero que se trasladaba a Nagano, pero no se había instalado en su nuevo hogar. Unas semanas más tarde, había ido con una mujer alta al restaurante de fideos frente a la estación de Karuizawa.

Su cerebro se resistía a aceptar los hechos: no podía evitar pensar que todo formaba parte de un engaño malintencionado. Recordaba la entrega de la casa como si hubiera ocurrido el día anterior, y los Yoshino parecían sinceramente satisfechos de que estuviera acabada. ¿Ya no eran pareja en ese momento? ¿Cómo creer semejante historia?

Sin embargo, era un hecho irrefutable que la familia no se había instalado en la casa, sino que parecía haberse volatilizado en el aire.

Cerró los ojos, un párpado le temblaba.

Se suponía que los Yoshino llevaban bastante tiempo separados, aunque fingiendo que seguían casados. ¿En qué situación se encontraban cuando le pidieron que les diseñara su nuevo hogar? Lo habían visitado por primera vez en marzo del año anterior, ¿había sido antes o después del divorcio?

Tenía que haber sido antes. Touta y Karie seguían juntos y empezaron a hablar de construirse una casa. Las desavenencias tenían que haber comenzado después de haberle encargado el diseño. Transcurrieron ocho meses entre los primeros planos y la entrega de la casa; ¿en qué momento de esos ocho meses se habrían separado?

No tenía ni idea. No había advertido ningún cambio en ellos entre la primera toma de contacto y la finalización de las obras. Aunque nunca habría dicho que estaban hechos el uno para el otro, parecían una

pareja bastante bien avenida que se centraba en lo que compartían y dejaba de lado lo que los distanciaba. Él incluso se había preguntado más de una vez por qué su relación con Yukari no había podido ser así. ¿Acaso había pasado algo por alto en la actitud de aquella pareja? No lo creía. Puede que hubiera dejado de advertir alguna desavenencia, pero habría detectado si estaban separados o divorciados. No había habido indicios de ruptura; en realidad, ni siquiera un atisbo de discordia. Seguía convencido de que esperaban con impaciencia la finalización de la casa.

Entonces, tenía que haber sido después. Su matrimonio había atravesado una crisis tiempo atrás, pero se habían reconciliado. Quizá su relación hubiera salido fortalecida del bache y hubieran decidido construirse un nuevo hogar.

Tenía sentido, pero esa teoría no encajaba con la versión del casero, quien afirmaba que Yoshino vivía solo poco antes de abandonar la casa alquilada. Además, si fuera cierto que la pareja había hecho las paces, ¿por qué cuatro meses después de la entrega aún no se habían instalado en su nuevo hogar? Quizá se reconciliaron y, cuando las obras terminaron, la mujer alta entró en escena y reaparecieron las tensiones entre marido y mujer.

Nada tenía lógica; tanto si había sido antes como después, ninguna de las dos explicaciones era lo bastante satisfactoria.

En ese caso, era necesario cuestionar la versión del casero. Efectivamente, se habían separado, pero quizá el motivo no hubiera sido una discordia conyugal, sino alguna circunstancia imprevista que les impedía vivir juntos. Puede que, por ejemplo, Yoshino hubiera contraído una gran deuda y se hubiera visto obligado a enviar a su mujer e hijos a casa de sus suegros para protegerlos de las amenazas de los acreedores, o tal vez se hubieran divorciado sólo sobre el papel para que los acreedores no persiguieran a Karie. Eso sería coherente con la historia del casero, aunque...

¿Tanto se había agravado la situación en tan sólo ocho meses? Cuando Yoshino le había encargado el diseño del proyecto, nada parecía indicar que tuviera problemas económicos. Tenía treinta

millones de yenes para invertir en la casa, sin contar el terreno de Shinano-Oiwake, que también era de su propiedad.

Para ser un simple asalariado de cuarenta años, Yoshino disponía de un gran patrimonio. Él había dado por sentado que había recibido una herencia o algo así, pero quizá simplemente hubiera sido demasiado ingenuo. Mayorista de productos de importación, una empresa que vendía «de todo»... ¿No tendría más bien, alguna clase de negocio turbio?

De repente una voz airada irrumpió en sus pensamientos: «¡Y yo qué sé! No lo conozco de nada.» Era el anciano barbudo que vivía en la casa alquilada de al lado. Él lo había tomado por un viejo terco y obstinado que se había enfadado con su asistenta, pero, pensándolo bien, la cólera y los improperios del hombre le habían parecido francamente teatrales. «No lo conozco de nada» quizá significaba «no quiero tener problemas». ¿Y si no fuera la primera vez que ese viejo levantaba la voz para evitar verse mezclado en algún asunto?

A lo mejor Yoshino había tenido problemas con su negocio y después había recibido la visita de un par de tipos sospechosos en la casa alquilada. Quizá, de hecho, los que habían forzado la cerradura de la Residencia Y, y habían dejado sus huellas embarradas por toda la casa, no habían sido unos ladrones furtivos. De ser el caso, ¿cuál habría sido su verdadero propósito?

Sintió un pinchazo de dolor entre las cejas y abrió los ojos.

Oía las risas de los demás clientes. El café se le había enfriado. Sintió el impulso de fumarse un cigarrillo, aunque hacía tiempo que lo había dejado. Estaba exhausto. Aquella investigación estaba fuera del alcance de un simple aficionado. ¿Y si contratara a un detective de verdad?

¡Qué idea tan ridícula! Los Yoshino eran clientes respetables, ¿cómo se le ocurría siquiera pensar en contratar a alguien para que indagara en su vida privada?

Aunque, teniendo en cuenta la situación, ¿podía seguir considerándolos siquiera sus clientes? Había tenido toda clase de gestos amistosos con ellos, y lo habían engañado. Por alguna razón que no lograba entender, lo habían hechizado y habían conseguido que les

construyera una casa.

Estaba completamente desconcertado. Había visitado al matrimonio muchas veces en su casa alquilada, y cada vez que extendía los planos sobre la mesa del salón, marido y mujer se inclinaban hacia delante y se abrazaban por la cintura. Parecían realmente ilusionados. Intercambiaban sonrisas con los ojos brillantes. No había nada sospechoso en ellos. El salón estaba siempre limpio y ordenado, y en la casa no había muebles pomposos ni objetos de mal gusto.

De pronto se sobresaltó.

Los Yoshino tenían tres hijos, el menor de los cuales acababa de empezar primaria, y sin embargo el salón estaba siempre meticulosamente ordenado. No recordaba haber visto ropa, juguetes, libros, material escolar ni otros trastos que no se pueden ocultar cuando hay niños en casa: por eso precisamente se había llevado la impresión de que Karie era una amante de la limpieza y el orden.

¡Eso es! Bien mirado, nunca había visto a los niños en la casa alquilada. Había dado por sentado que estarían en sus habitaciones en la planta superior, pero no los había visto ni oído. ¿Estaban sus zapatos en el recibidor? ¿Había paraguas, bicicletas o ropa en el tendedero? No se acordaba, pero de lo que estaba seguro era de que jamás había visto a los niños por ahí.

Un escalofrío le recorrió el espinazo.

¡No los había visto porque no vivían allí! Desde el primer día en que fue a la casa alquilada, Touta y Karie Yoshino ya estaban separados, pese a lo cual se presentaron juntos en su despacho. ¡Por fin se había dado cuenta! El relato del casero, que al principio le había resultado difícil de creer, aparecía ahora en su mente subrayado y en negrita. Recordó que cada vez que llamaba a la casa de Tabata le respondía Yoshino: Karie nunca cogía el teléfono. Su ex marido debía de avisarla para que estuviera allí el día de la reunión con él, y entonces ella servía alegremente el té y los dulces mientras Yoshino, tranquilo y sereno, disfrutaba exhalando el humo violáceo de su pipa artesana. ¡Qué cosa tan rara! Se estremeció al recordar la armonía que se respiraba en aquella sala de estar.

Con un bufido, puso sus pensamientos en orden.

En resumen, era muy posible que, aunque hubieran seguido manteniendo una buena relación, en la época en que lo visitaron por primera vez ya vivieran separados. Alguna circunstancia impedía que la familia conviviera en la casa de alquiler, y ése era el quid de la cuestión, porque era difícil imaginar que su desaparición no estuviera relacionada con algún asunto turbio.

Volvió a pensar en el anciano barbudo y se incorporó.

Le preguntó al dueño del local por Touta Yoshino, se lo describió y le contó que una vez había ido allí con él.

—Sí, venía de vez en cuando a leer el *Nikkei*.

Ésa fue toda la información que pudo obtener, pero asintió con su instinto de detective afilado y listo para utilizarse.

16

Diez minutos después estaba de nuevo en las casas de alquiler.

La balconera que daba a la calle seguía abierta. Para su sorpresa, vio al anciano hablando cordialmente con la misma asistenta de antes. Se había afeitado, y se lo veía pulcro y aseado. Estaba claro que había acabado bañándose a pesar de sus protestas.

—Lamento lo de antes —dijo, y el anciano se sobresaltó.

—¡Por el amor de Dios! Ya le he dicho que no sé nada.

El anciano volvió a intentar deshacerse de él, pero no se dejó intimidar.

—No le robaré mucho tiempo. Tan sólo necesito hacerle unas preguntas.

—Ya le dicho que...

—¿Alguna vez vio a los hijos de su vecino?

—¿Qué hijos?

—¿Vio a los niños durante el último año?

—No lo sé, no me acuerdo.

Era evidente que intentaba disimular. La asistenta, que no tenía ni idea de lo que ocurría, se levantó para irse y el anciano le lanzó una mirada de súplica. Quizá no fuera tan huraño como parecía. Si era el caso, eso le permitía a Aose jugar con cierta ventaja.

—¿Le puedo hacer otra pregunta?

—No sé cómo quiere que le diga que...

—Alguien vino a preguntarle por el señor Yoshino antes que yo, ¿verdad?

Al ver que la expresión del anciano cambiaba por completo, supo que había dado en el blanco.

—U-usted... ¿conoce a aquel hombre?

—No, no soy quien cree que soy —le aseguró él con vehemencia, y le ofreció su tarjeta de visita. Esperó un momento para darle tiempo a

calmarse y añadió—: Soy amigo del señor Yoshino. No conozco al hombre que estuvo aquí, pero sospecho que podría indicarme su nueva dirección.

—No lo creo: él también estaba buscándolo.

Aquello confirmaba su funesta premonición; después de todo, alguien perseguía a Touta Yoshino.

—¿Cuándo vino? ¿A finales del año pasado?

—No, a principios de este año.

—¿Venía solo?

—Sí.

—¿Y qué quería?

—Buscaba al vecino, ya se lo he dicho. Me preguntó si estaba en casa y cuando le dije que se había mudado, quiso saber adónde. Estaba muy enfadado, pero ¿cómo iba a decirle algo que no sé? La verdad es que apenas conocía al tal Yoshino.

—¿Cómo era el hombre que vino?

—No parecía muy honrado.

—¿Qué insinúa? ¿Era un *yakuza*?

—No, no diría tanto, pero tenía la cara roja y echaba chispas por los ojos, y era corpulento como un jugador de rugby. Ah, sí, y llevaba tres dedos de una mano vendados.

«Tres dedos vendados...»

—¿Qué edad tenía?

—Diría que más de cincuenta, y así, a simple vista, no parecía que tuviera un trabajo muy legal.

—¿Le pareció un cobrador de deudas?

—No lo sé. Usted tampoco tiene pinta de serlo, no sé si me explico.

Aose sonrió. Se preguntaba si no debería presentar una denuncia ante la policía.

—No sé nada más. Márchese, por favor.

—Una última cosa: ¿sabe a qué se dedicaba el señor Yoshino? —se apresuró a preguntar.

—Vendía muebles importados.

Aquello no se lo esperaba; ¿muebles?

—¿Se lo contó él mismo?

—No, me enteré a través de la madre del casero: me contó que una vez le hizo descuento en un conjunto de comedor.

Así que los «productos de importación» eran muebles.

No era la primera vez que sentía que había demasiados secretos en la vida de Touta Yoshino. Le había dicho que trabajaba para una empresa de importación que vendía «de todo», pero nunca le había mencionado los muebles. Es más, nunca había visto ningún mueble que pareciera importado en casa de los Yoshino, y cuando le había preguntado cómo le gustaría amueblar la Residencia Y, le había respondido que lo dejaba a su criterio.

La rápida sucesión de recuerdos se interrumpió en seco en cuanto evocó la única excepción: la silla de Taut que había encontrado en el dormitorio de la Residencia Y. Si eso no era un mueble, ¿qué era entonces?

17

El motor del Citroën empezó a resollar como un enfermo crónico.

Aose conducía hacia el norte por la Nacional 17 pisando el acelerador con cautela. Ya estaba en la ciudad de Takasaki, en la prefectura de Gunma. El lugar que quería visitar era el Senshin-tei, un pabellón situado en un rincón del recinto del templo Shorinzan Daruma-ji, conocido por sus famosos muñecos Daruma.

En ese pabellón había vivido Bruno Taut durante más de dos años con su compañera, Erica Wittich, después de exiliarse a Japón. Él lo había averiguado la víspera, leyendo libros y consultando en internet. En las dependencias del templo había una exposición sobre Taut que, al parecer, incluía una silla diseñada por él.

A pesar de que Aose no lo había invitado, Okajima lamentó no poder acompañarlo. Le preguntó cómo le había ido en Tabata, y lo que pretendía ser una breve charla se convirtió en una larga conversación. Okajima se había sorprendido mucho al enterarse de los acontecimientos, pero su cerebro funcionaba a pleno rendimiento para intentar obtener la candidatura para el concurso, y eso le permitió hilvanar rápidamente una teoría que explicaba por qué la pareja se había separado pese a no estar peleados.

—Habrá sido por el colegio de los niños: a lo mejor les interesaba que fueran a un centro cercano a la familia de la mujer.

—¿Y por qué?

—¿No dijiste que el pequeño sufría acoso escolar? Lo habrán trasladado por eso.

—¿Y las hermanas?

—Ellas seguro que vivían en la casa alquilada con sus padres; si no las viste sería porque llegaban tarde de las actividades extraescolares. También podría ser que los Yoshino hubieran tenido una crisis de pareja, se separaran y cambiaran a los tres niños de colegio, y que,

cuando se reconciliaron, los niños ya no quisieran volver al colegio anterior, por lo que el padre se instaló solo en Tabata. ¿Qué te parece?

Le pidió a Okajima su opinión sobre la identidad del hombre de la cara roja, y el otro respondió de inmediato que debía de tratarse del marido de la mujer alta. A Aose le pareció que la teoría de su jefe no era tan descabellada, pero le molestaba su tendencia a decir lo primero que se le pasaba por la cabeza como si fuera la única verdad posible, así que dio por zanjada la conversación y salió de la oficina diciendo: «Y ahora, cada uno a lo suyo.»

El navegador del coche llevaba un rato en silencio y Aose seguía pensando obsesivamente en los supuestos problemas laborales de Yoshino y en el hombre de la cara roja. El día anterior, después de hablar con el anciano de la casa de alquiler vecina, volvió a visitar al casero. No lo encontró (no había rastro del BMV rojo), pero pudo charlar un rato con su mujer, que estaba barriendo el porche. Así averiguó que el hombre de la cara roja también se había presentado en su casa a principios de año. Había sido precisamente la esposa la que había abierto la puerta, y recordaba el incidente con cierto temor porque aquel hombre parecía muy enfadado. Según ella, hablaba con un ligero acento, aunque no podía precisar de dónde, y no accedió a decirle el nombre del tipo. Él le preguntó por el juego de comedor, pero ella no sabía si su suegra se lo había comprado a Yoshino. Eran una mesa y unas sillas nuevas de estilo escandinavo que no parecían guardar ninguna relación con Taut. La conversación derivó hacia la suegra: «Esa mujer jamás me contaba nada, y cuando enfermó empezó de pronto a acusarme de ir detrás de sus ahorros y el dinero de los alquileres.»

«Habrá sido por el colegio de los niños.»

Aose deseaba que todo fuera tan sencillo como Okajima creía. Ojalá, pero no compartía su optimismo. Yoshino seguía sin dar señales de vida: alguna circunstancia le impedía ponerse en contacto con él. Quizá llevaran tiempo metidos en algún lío que tuvieron que mantener en secreto y finalmente se encontraron en una situación que los había obligado a separarse. ¿Fue en ese momento cuando acudieron a él para pedirle que les construyera una casa?

Ése, por supuesto, era el mayor interrogante de todos.

¿Era la casa una especie de escondrijo? Quizá pretendieran escapar de algo o de alguien trasladándose a Shinano-Oiwake, lejos de Tokio. O tal vez la encargaron con la esperanza de que su situación mejorara, pensando que, cuando la casa estuviera terminada, sus problemas se habrían resuelto y la familia al completo podría empezar una nueva vida. Sin embargo...

El asunto resultaba cada vez más confuso.

«Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Aquellas palabras no parecían encajar con ningún escenario imaginable. Quizá no fueran un hechizo, sino una oración. ¿Por qué apostar el futuro de toda una familia a la visión de un arquitecto anónimo?

El navegador le indicó que girase ligeramente a la izquierda.

—Recibido —murmuró, y giró el volante. A partir de ahí, el navegador estuvo tres minutos callado, pero nada más cruzar el puente sobre el río Usui, apareció ante él la puerta principal del templo Shorinzan Daruma-ji.

Al salir del coche, lo envolvió el silencio. Levantó la vista hacia la sombreada escalinata de piedra bordeada de cedros y vio un número considerable de escalones que se estrechaban hacia el cielo, extremadamente pequeño desde ese ángulo. Era un buen ejemplo de perspectiva. Al final de la escalera de piedra se divisaba una estructura hueca, probablemente un campanario, construida a horcajadas sobre el camino de acceso al templo.

Según el mapa del recinto, antes de alcanzar la mitad de la gran escalinata de piedra había un sendero que giraba a la izquierda y a poca distancia se encontraba el Senshin-tei. Además de un mapa informativo, había también un panel con el rótulo SENDERO DE CONTEMPLACIÓN DE TAUT: debía de tratarse de la ruta favorita del arquitecto para pasear por los alrededores de su casa.

Había ido hasta allí con el propósito de hablar con alguien del templo que lo ayudara a explorar el posible vínculo entre Yoshino y la silla de Taut, pero al llegar se sintió un poco confundido por la curiosa

conexión entre un gran arquitecto y un templo histórico.

Mientras subía la escalinata de piedra, le vino a la mente la palabra «serenidad». Tras un centenar de peldaños, cuando las piernas empezaban a flaquearle, divisó por fin la bifurcación del sendero. Poco después de girar a la izquierda, la densa arboleda se abrió de repente y ante él surgieron las suaves cordilleras de los montes Akagi y Haruna. Se detuvo en seco, sorprendido de que una diferencia de altura de tan sólo cien escalones de piedra pudiera brindar semejantes vistas. El camino subía ligeramente. Aose levantó la mirada y vio el tejado negro de una casa. Se extrañó un poco. ¿Ése era el Senshin-tei? Parecía más bien una choza: era demasiado pequeño y destartalado para considerarse una casa.

Pero a medida que se acercaba cambió de opinión: lo tosco se convirtió en pulcritud; lo pequeño, en modestia. Era una residencia antigua pero señorial, al estilo de una casa tradicional japonesa. La verja y el *shoji*, la puerta corrediza enrejada con papel, estaban abiertos, como si alguien hubiera entrado a limpiar. Tenía dos habitaciones y un porche *engawa* con forma de ele a lo largo de los dos frentes de una de las habitaciones, de seis tatamis. También había un *tokonoma,* el espacio sagrado en la sala de cualquier casa japonesa, y, en el centro de la habitación interior, una abertura en el suelo que debía de ser un *irori,* un hogar para calentar el té.

Notó que la nostalgia le humedecía los ojos como cuando pasó aquel rato sentado en la silla de Taut de la Residencia Y. El tacto de la silla despertó algo en su interior y lo llevó nuevamente a la época en que estaba diseñando la casa. Esta vez, el Senshin-tei lo hacía revivir el momento en que se le ocurrió el concepto de una cubierta de madera con bordes redondeados, y volvió a experimentar una profunda serenidad.

Caminó lentamente alrededor del pabellón.

En aquel lugar había vivido un importante arquitecto del siglo xx. Era natural que el trasfondo histórico impresionara a cualquier visitante, pero su majestuosa apariencia ya era impactante de por sí, incluso sin conocer los antecedentes. Además, había perdido a su ocupante, y

siempre se respira cierta tristeza en las casas que se han quedado sin dueño y ya no albergan vida humana. Se acordó de las casuchas abandonadas a lo largo de las carreteras de acceso a las obras de las presas: la Residencia Y podría acabar sufriendo el mismo destino. Si observaba el Senshin-tei apagando todas las luces en su mente, aquel espacio penumbroso de sólo dos habitaciones, rodeado por anticuadas paredes exteriores, parecía una misteriosa caja mágica que guardara todos los secretos de la familia Yoshino.

Sin embargo, no podía permitir que sus sentimientos personales interfirieran: aquél era el santuario de Taut. Cerca había un monumento de piedra con unas palabras suyas grabadas; estaban en alemán, pero él las había leído en un libro, así que sabía lo que significaban: «Amo la cultura japonesa.»

Fue un extraño cúmulo de circunstancias lo que llevó al arquitecto de origen alemán a aquel lugar y lo inspiró para dejar esas palabras. Era en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, es decir, setenta años atrás, durante el ascenso del partido nazi liderado por Hitler. Entonces se reprimía el pensamiento, y Taut, una de las figuras más destacadas de la arquitectura alemana y crítico habitual de la militarización, perdió su reputación y prestigio cuando su nombre se incluyó en una lista negra. Se dice que, si hubiera tardado tan sólo unos días más en abandonar el país, habría sido detenido. Al verse acorralado, huyó al exilio con su compañera Erica Wittich, aprovechando una invitación de la Asociación Internacional de Arquitectura de Japón.

—Disculpe, señor...

Se volvió y vio a un hombre alto y delgado de unos treinta y cinco años de pie a poca distancia. Llevaba una americana y una pesada bolsa negra al hombro. Debió de sentirse animado por su mirada inquisitiva porque sonrió amablemente y se acercó.

—¿De dónde viene usted?

No parecía un empleado del templo, pero hablaba como si lo fuera.

—De Tokorozawa.

—Ya veo. Da gusto saber que los admiradores de Taut también acuden desde otras provincias.

Sacó un tarjetero de un bolsillo lateral de la bolsa y le entregó su tarjeta con una sonrisa.

Se llamaba Takahiro Ikezono y era periodista de la Sección de Cultura del periódico *J*, una publicación local que llevaba mucho tiempo interesándose por Bruno Taut.

—Pronto escribiré un reportaje especial sobre Taut y estoy recopilando comentarios de sus admiradores. —Ikezono abrió una gran libreta y la sujetó a la altura del pecho—. ¿Me podría decir su nombre y su edad, por favor?

Aose no supo qué responder. Lo habían entrevistado varias veces para la prensa especializada, pero aquello era diferente.

—Lo siento, pero no soy exactamente un admirador de Taut —aclaró en voz baja.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —preguntó el periodista.

—He venido a investigar un poco.

A Ikezono se le iluminaron los ojos y él se dio cuenta de que, sin querer, le había picado la curiosidad.

—¿Investigar? ¿Se trata de algo relacionado con Taut?

—Se podría decir que sí.

—Yo podría ayudarle si quiere.

Él decidió aprovechar la oportunidad: aquel periodista local parecía estar bastante bien informado; si le preguntaba por la procedencia y autenticidad de la silla de la Residencia Y quizá obtuviera la respuesta que buscaba sin más rodeos ni dilación. El problema era que no podía mencionar la desaparición de la familia Yoshino porque si aquel reportero cometía una indiscreción podría perjudicarlos.

—Puedo presentarle al sacerdote del templo, que conoce a Taut mucho mejor que yo. Estoy esperando a mi fotógrafo, pero en cuanto llegue podemos ir los tres juntos a verlo.

No había motivo para rehusar; a fin de cuentas, había ido hasta allí para hablar con alguien del templo.

—¿Me puede decir su nombre? —insistió el periodista.

—Me llamo Aose.

—¿A qué se dedica?

Al ver que no tenía escapatoria, le ofreció su tarjeta de visita.

—Vaya, ¡es arquitecto!

—Bueno, no soy de los famosos.

—¡Ya veo que he pescado a un pez gordo! —exclamó Ikezono olvidando momentáneamente los modales a causa de la alegría—. Ahora dígame la verdad: ¿qué aspectos de Bruno Taut pueden motivar a un arquitecto en activo a investigar su obra?

—Estoy aquí por una de sus sillas —admitió él. Cualquier vacilación habría levantado sospechas. Además, ya había trazado una línea en su cabeza entre lo que podía y no podía contarle al periodista.

—¿Una de sus sillas? —repitió Ikezono sorprendido al ver que la investigación de Aose no tenía nada que ver con la arquitectura—. ¿Está estudiando las sillas de Taut?

—Bueno, no exactamente. Resulta que un amigo mío tiene una silla que se parece a una silla de Taut que yo había visto en un libro o una revista hace mucho tiempo.

—Y ha venido a comprobar si es auténtica.

—Bueno, algo así. Simplemente me gustaría saber de dónde viene.

Ikezono dejó escapar un gruñido.

—No será fácil. Después de todo, durante su estancia en Japón Taut diseñó un gran número de muebles y objetos de artesanía, incluidas muchas sillas, por supuesto. ¿De qué tipo es? ¿Tiene alguna foto?

Él respondió que sí e Ikezono le propuso que se sentaran a hablar en el porche del Senshin-tei. Una vez allí, él sacó de la bolsa las fotografías que Mayumi le había impreso. En una la silla aparecía de frente y en la otra, de perfil.

El periodista las examinó y dijo:

—La verdad es que tiene usted razón: parece una silla de Taut.

—¿Verdad que sí?

—Pero es difícil asegurarlo con una simple foto... Además, como no son piezas únicas, al contrario que un cuadro, no sería del todo apropiado clasificarlas como «auténticas» o «falsas». Taut las diseñó y luego se fabricaron varios prototipos en el Instituto de las Artes Aplicadas, pero después la producción pasó a distintos artesanos de las

ciudades y pueblos de los alrededores de Takasaki. Años después, se encontraron dibujos y esquemas para la manufactura de esas sillas en casa del entonces director del instituto; en otras palabras, los diseños de Taut no estaban estrictamente controlados, y en cualquier caso su objetivo siempre fue venderlos como artículos comerciales. Para decirlo sin rodeos, no sería ninguna sorpresa descubrir que alguien hizo una copia de una silla de Taut, ¿me explico? —Mientras esperaba su reacción, Ikezono respiró hondo; luego, con voz más tranquila, dijo—: Pero hay una forma de comprobar si es original.

—¿Cuál?

—¿Se ha fijado en el respaldo? Si tiene el sello Taut-Inoue, es auténtica. Significa que se fabricó aquí, en Takasaki, bajo la supervisión del propio arquitecto.

—¿Taut-Inoue?

—Había un hombre llamado Fusaichirō Inoue que velaba por los intereses de Taut. Tenía una tienda en Ginza, llamada Miratiss, donde vendía muebles y artesanía diseñados por el arquitecto, y los artículos llevaban un sello que contenía los nombres de Taut e Inoue.

—Vaya, no lo sabía. Echaré un vistazo más tarde —respondió Aose disimulando su decepción. La cuestión del sello era interesante, pero incluso si la silla de la Residencia Y se descubría auténtica, es decir, fabricada en la época de Taut, si se había vendido en una tienda abierta al público general resultaría muy difícil rastrear al comprador—. Dígame, Ikezono: independientemente de su autenticidad, ¿alguna vez ha visto una silla semejante a ésta? Es un poco peculiar, ¿no? Llama la atención que el asiento esté ligeramente combado y, además, no está atornillado a la estructura.

El periodista volvió a examinar las fotografías.

—Sí, en efecto... Creo que vi una muy parecida, pero no sabría decirle si era exactamente el mismo diseño.

—Mi amigo dice que se parece a una silla que vio en un centro de recreo de Atami.

—Ah, sí, la Villa Hyūga.

Era el único edificio diseñado por Taut que se conservaba en Japón.

Para ser precisos, habría que decir que sólo diseñó la ampliación de la mansión, pero, como decía Okajima, la Villa Hyūga no habría pasado a la posteridad sin su contribución. Más recientemente se la conocía como «antigua Villa Hyūga», dado que los propietarios habían cambiado. Él sabía todo eso porque lo había encontrado en un libro de historia de la arquitectura que había releído con estupefacción, comprobando a cada paso que aquellos conocimientos extraordinariamente básicos se le habían borrado por completo de la memoria. No recordaba haber oído hablar de la Villa Hyūga ni en el instituto ni en la universidad. Era cierto que no todos los profesores tenían la misma predilección por el famoso arquitecto, y también que él tenía sesgos y deficiencias en sus conocimientos porque había dejado la carrera a medias, pero, a pesar de todo, no podía evitar preguntarse cómo había podido pasar por alto a un arquitecto como Taut en sus años de formación, que no habían sido precisamente pocos.

—¿Ha visitado alguna vez la Villa Hyūga?

—No, nunca. Debo confesar que hasta ahora Taut me interesaba más bien poco.

—¿En serio? Me sorprende, la verdad. Pero volvamos a la silla. ¿Su colega dice que hay una igual en la Villa Hyūga?

—Sí, incluso afirma que se sentó en ella.

Ikezono se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—Yo sólo he estado una vez, pero... no recuerdo haber visto este diseño en concreto.

—¿De veras?

—En la ampliación que diseñó Taut hay varios muebles y objetos. El caso es que, si de verdad estaba en la Villa Hyūga, esa silla podría ser única: Taut no sólo diseñó el anexo, sino también el mobiliario y otros elementos de decoración.

Los muebles se habían diseñado en exclusiva para aquella mansión. Si no recordaba mal, Okajima le había dicho lo mismo.

—Yo diría que es una pieza exclusiva, pero de un juego de comedor —dijo Ikezono—. Lo digo por la forma.

Él asintió. No le parecía del todo imposible que aquella silla, que

pertenecía a un conjunto de mesa con varias sillas, se hubiera separado del resto y hubiera ido a parar a la Residencia Y.

—Hay un alumno de Taut de aquella época que aún vive: quizá él podría aclararle la procedencia de la silla. O tal vez debería ir a la Villa Hyūga a comprobarlo por usted mismo.

Aose pensó que le gustaría ir: si allí había una silla exactamente igual a la de la Residencia Y, podría determinar la procedencia de esta última y tal vez incluso averiguar cómo se la habían llevado. Por otra parte, y aunque su época de formación hubiera quedado ya muy atrás, lo atraía ver la obra de Taut con sus propios ojos.

—Si quiere, podemos ir juntos —dijo el periodista—. La Villa Hyūga se utilizó durante muchos años como centro de recreo de una empresa, pero está cerrada desde hace algún tiempo. Se ha hablado de venderla, y en Atami hay un debate abierto sobre su conservación. La Universidad de Tokio está llevando a cabo un estudio para determinar su valor histórico y artístico, y yo tengo que ir a hacer algunas entrevistas, así que, si quiere, le aviso de cuándo será.

Tras pensárselo un momento, Aose accedió. Si iba solo, aunque afirmara ser arquitecto no le permitirían entrar en un edificio con problemas de conservación.

—Tengo entendido que aquí también hay una silla de Taut, en la sala de exposiciones del templo.

—Así es. El diseño es completamente diferente, pero se la puedo enseñar. —Ikezono consultó el reloj, se levantó y estiró el cuello hacia el camino—. ¿Dónde estará el fotógrafo? He pedido que me abrieran el Senshin-tei porque él quería hacer fotos detalladas del interior. ¿Seguro que no le importa esperar? Enseguida le presento al sacerdote.

Él hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

Si la silla de la sala de exposiciones era completamente distinta, implicaría que no había vínculo alguno entre el templo y Touta Yoshino. Aun así, no creía que su visita hubiera sido en vano: mientras la brisa le acariciaba las mejillas, había sentido como si su mente se abriera a otras cosas. El cielo se extendía sobre él; a lo lejos una garceta se alejaba volando de los arrozales y dibujaba una línea blanca sobre

las montañas azules de Jōshū. Su propia existencia le parecía insignificante. La gran escalera de piedra que había subido para llegar hasta allí era como una barrera que mantenía a raya los males terrenales. Incluso el fluir del tiempo pasado allí, en aquel espacio dedicado a la memoria de Bruno Taut, parecía de algún modo más puro.

«Pureza de corazón» era el significado literal de los caracteres japoneses de «Senshin-tei».

—¿Este pabellón se construyó para Taut? —se le escapó.

Ikezono negó con la cabeza y volvió a sentarse en el porche. La casa se había construido para un profesor de la Universidad de Tokio que estaba en la zona por cuestiones de docencia e investigación de carácter agrícola, pero Fusaichirō Inoue se enteró de que estaba vacía y le pidió al sacerdote de entonces que se la cediera a Taut.

—Pensaba quedarse alrededor de cien días, pero acabó viviendo aquí dos años y dos meses. Teniendo en cuenta que permaneció en Japón tres años y medio en total, ésta fue su principal residencia. Después, cuando el gobierno turco le ofreció el cargo de asesor principal de Arquitectura y abandonó Japón, dio aquí su fiesta de despedida.

—Parece que se sentía a gusto en el país.

—Supongo que el exilio nunca es agradable, y seguro que tenía sentimientos encontrados, pero por lo que escribió en sus diarios parece que sí, que le gustaba vivir aquí.

Él se preguntó si sería verdad: estaba bien tener una idea romántica de Taut y recordarlo con nostalgia, pero ¿en qué pensaría mientras subía la gran escalinata de piedra?

—¿Como arquitecto, usted qué opina? —le preguntó Ikezono.

—¿Sobre qué?

—Sobre el Senshin-tei. Me interesa su opinión.

—Veamos... su simplicidad es agradable. En un espacio muy limitado, contiene todos los elementos imprescindibles de una casa tradicional japonesa, como el porche *engawa*, el espacio sagrado *tokonoma* y el *irori,* el hogar en el suelo. Sin embargo...

—¿Sin embargo...?

—Considero que sus dimensiones son algo reducidas para una pareja extranjera. Debían de sentirse bastante agobiados.

Taut debía de lamentar su destino: un arquitecto de ese nivel obligado a huir de su patria en su madurez y confinado en aquella remota casa de la campiña japonesa.

—Ya veo... De todos modos, a Taut no parecía importarle. No digo que no tuviera quejas, pero en general elogiaba el Senshin-tei. A Erica sí parecía que le molestaban algunas cosas, como los insectos.

—Erica no era su esposa oficial, ¿verdad?

—No, no estaban casados, aunque la mayoría de la gente, salvo algunas excepciones, creía que era la señora de Taut. Se conocieron en Brandeburgo cuando él trabajaba como capataz en una fábrica de pólvora para evitar el servicio militar, y estuvieron juntos desde entonces hasta que Taut murió en Turquía.

A Aose le dio un vuelco el corazón.

Taut había sido bendecido con el amor, ¿era eso lo que quería decir Ikezono?

—Ikezono.

—¿Sí?

—Aparte de la ampliación de la Villa Hyūga, Taut diseñó muy pocos edificios durante su estancia en Japón.

—Sí, él mismo decía que se había tomado unas «vacaciones» como arquitecto.

—¿Es posible que la relación entre Alemania y Japón en ese momento tuviera un impacto en su obra? Al final incluso formamos una alianza militar.

El periodista arrugó la frente y asintió.

—El gobierno de la época debió de pensar que, si Taut exhibía públicamente sus habilidades arquitectónicas en el exilio, Hitler podría tomarlo como un insulto, por eso no le ofrecieron ningún cargo público. Le permitieron quedarse en Japón, pero creo que intentaban que pasara desapercibido.

—Como dejarlo en el limbo.

—Más o menos. Sin embargo... —Ikezono se volvió hacia él— para

Japón, esa medida acabó siendo una bendición.

—¿A qué se refiere?

—Pues que, al estar atado de pies y manos como arquitecto, Taut pudo volcarse en la enseñanza de la artesanía. —Según Ikezono, Taut se concentró en elevar las tradiciones regionales de arte y artesanía a un nivel internacional, promover la artesanía y convertirla en algo propio de artesanos especializados, y no de gente corriente en su tiempo libre—. Por eso, no sólo diseñó muebles de gran tamaño, sino que creó todo tipo de objetos tradicionales más pequeños, como cestas de bambú, mangos de paraguas, botones y hebillas. La influencia y la contribución de Taut al desarrollo de la artesanía moderna en Japón son incalculables. Al mismo tiempo, visitó y redescubrió la belleza de muchos monumentos, como la Villa Imperial de Katsura, el santuario de Ise Jingu y la aldea histórica de Shirakawa-go, que dio a conocer a los países occidentales. Además de sus diarios, llenos de detalles, también escribió libros como *Mi visión de la cultura japonesa* y *Casas y vidas japonesas*. Y no podría haber hecho todas esas cosas si se hubiera dedicado en serio a la arquitectura: por eso me alegro tanto de que se tomara unas «vacaciones» cuando estuvo en nuestro país.

Ikezono se atragantó y carraspeó un poco.

—Perdón. Es imposible devolverle el favor, pero creo que ahora nos toca a los japoneses redescubrir a Taut. Aquí hay mucha gente que estudia su vida, y en ciudades como Takasaki, Atami o Sendai se han iniciado campañas para celebrar su obra, pero no es muy conocido en el resto del país. Su influencia personal y la importancia de sus logros son en gran parte desconocidas, o se han olvidado, probablemente porque no dejó en Japón ningún edificio que llamara la atención del público. Y, además de arquitecto, Taut también fue un pensador único, un pintor brillante y, al menos yo lo considero así, un periodista excepcional: todo lo que escribió, tanto sus diarios como sus libros, son reportajes de gran nivel. Siempre me sorprende el profundo conocimiento que tenía de la cultura japonesa, que incluso superaba al de los locales. Redescubrir a Bruno Taut es también una forma de mirar nuestra propia cultura bajo una nueva luz —concluyó.

—Seguro que se sentiría muy feliz si supiera que tiene tantos admiradores —consiguió decir Aose a duras penas, pero el periodista lo interrumpió.

—De hecho, me gustaría preguntarle por qué ha estado evitando a Taut.

—¡Perdón! —exclamó una voz detrás de ellos, y vieron a un joven que llegaba corriendo con una cámara a cuestas.

—Llegas tarde —le reprochó Ikezono levantándose.

Ambos hombres empezaron a hablar acerca del reportaje.

«... por qué ha estado evitando a Taut»

Aose se quedó solo en el porche. No tenía claro el significado de aquellas últimas palabras, pero tenía la sensación de que Ikezono había dado en el blanco.

18

No había mucho tráfico en la autopista de Kan-Etsu mientras Aose conducía distraído de vuelta a casa.

Habiendo bajado la montaña, el Senshin-tei le parecía tan lejano como la India y al mismo tiempo tan cercano como el volante del Citroën, que vibraba bajo sus manos. Desde que había visto la máscara mortuoria de Bruno Taut en el templo, había perdido la noción del tiempo y del espacio. No era un simple recuerdo que flotaba en el fondo de su mente: sentía como si aquella máscara se le hubiera grabado a fuego en el cerebro.

Después de conversar, Ikezono lo llevó al pabellón Zuiun-kaku, el edificio principal del templo. El sacerdote estaba a punto de irse y pudieron hablar con él en el exterior. Era un hombre de aspecto sabio e inteligente que sonreía con afabilidad. Ikezono los presentó, y él le enseñó las fotografías de la silla. El sacerdote admitió que era una pieza magnífica, pero añadió que, por desgracia, no le resultaba familiar.

Él le reveló que su propietario era un hombre llamado Touta Yoshino, que no sabía adónde se había mudado y que la silla era su única pista para tratar de dar con él, pero no pareció una historia muy convincente. El hombre arrugó la frente, dijo que nunca había oído aquel nombre y finalmente se marchó. Entonces Ikezono quiso saber qué relación tenía con Yoshino, y él esquivó sus preguntas diciéndole que, en realidad, no quería encontrar al dueño sino descubrir si la silla de Taut era auténtica o no. Estaba seguro de que, mientras mantuviera en secreto la desaparición de la familia, el periodista no insistiría.

La exposición sobre Taut se encontraba en una pequeña sala del pabellón Zuiun-kaku, y consistía en fotos, tiras de papel manuscritas, cartas y objetos de la época de Taut en el Senshin-tei que se exhibían en distintas vitrinas. La silla también estaba, pero Ikezono tenía razón: aunque se parecía en cuanto a la sencillez, el diseño en sí era

completamente distinto.

La máscara mortuoria se había dispuesto de forma discreta en su propia vitrina. Durante la mayor parte del tiempo que pasaron en la sala de exposiciones, él estuvo observándola, incapaz de quitarle la vista de encima. La nariz de Taut era notablemente larga y su rostro, un tanto ladeado, tenía la expresión de alguien que está sumido en sus pensamientos. Antes de morir, había manifestado su deseo de que sus huesos fueran llevados allí, al monte Shorin. Su deseo nunca se cumplió, pero tras su muerte en Turquía Erica había viajado a Japón para entregar la máscara mortuoria al templo.

Mientras escuchaba la explicación de Ikezono, Aose se sintió profundamente conmovido.

¿Era cierta aquella historia?

El exilio en Japón no podía durar para siempre, y Taut debió de considerar el Senshin-tei un refugio temporal. Seguramente sabía que acabaría dejándolo, aunque no supiera cuándo. En todo caso, era una parada en una travesía. «Alojarse» no es lo mismo que «vivir»... aunque tal vez sí que había «vivido» allí.

Debía de haberse sentido en deuda con la gente de la región, conmovido y agradecido por la cálida acogida que le habían prodigado durante la etapa más difícil de su vida. Sin embargo, querer que lo enterraran en una tierra extranjera eran palabras mayores: no podía achacarse a un arrebato pasajero, y el hecho de que Erica hubiera llevado al templo su máscara mortuoria demostraba que ésa era su verdadera voluntad.

Quizá se había sentido como en casa gracias a la compañía de su pareja. Vivían en un país extranjero, en una casa aislada sin taller, terraza ni estudio, pero ambos se sentían a salvo allí. Tal vez por eso el Senshin-tei se había convertido en el «hogar definitivo» de Taut.

«No hay un lugar así en mi propio corazón», pensó Aose. Aquel lujoso piso de dos habitaciones en Roppongi flotaba en su mente junto con las palabras de Yukari:

«Oye, ¿por qué no nos vendemos el coche y volvemos a nuestro antiguo piso? Era pequeño, pero nos divertíamos mucho.»

Cuando Ikezono y el fotógrafo salieron de la sala de exposiciones, él los siguió, y al salir del templo descubrió que unos comerciantes vendían llaveros con muñecos Daruma en miniatura cuyos iris aparecían y desaparecían gracias a un mecanismo. Eran una especie de amuleto de la suerte. Compró dos, pero sabía que cuando viera a Hinako sólo sería capaz de darle uno.

Salió de la autopista de Kan-Etsu, el tráfico aumentó y su soledad se disipó entre las luces de la ciudad. Anochecía.

19

—No, no había una única silla. Ya te lo he dicho: había un juego de comedor con una mesa y tres o cuatro sillas iguales.

—¿Tres o cuatro?

—No lo recuerdo bien, pero en los juegos de comedor nunca suele haber sólo tres sillas.

—Sí, normalmente llevan cuatro.

—Eso creo. De todas formas, es interesante la teoría de que la silla de la Residencia Y proceda de la Villa Hyūga: quizá la sacaron de allí aprovechando que la villa había dejado de utilizarse como centro de recreo.

—Si sólo viste tres sillas cuando fuiste, tal vez la cuarta ya hubiera desaparecido.

—Y dio vueltas por ahí hasta que fue a parar a Shinano-Oiwake, ¿no? Eso también es interesante, aunque no tiene importancia si no guarda relación con el paradero de nuestro cliente...

Okajima lo había llamado poco después de llegar a casa, cuando él mismo se disponía a telefonearlo. El tono tajante y desconsiderado que había empleado aquella misma mañana había desaparecido, y su voz era inusualmente cálida y amistosa. Tal vez su jefe se arrepintiera de cómo le había hablado antes.

Cerró la puerta de la nevera y abrió la lata de cerveza sosteniendo el auricular inalámbrico entre el hombro y el oído.

—¿Estás bebiendo?

—Sólo una.

Okajima se echó a reír.

—Por mí puedes tomarte las que quieras.

—¿Lo has olvidado? Fuiste tú quien me dio un toque de alerta.

—¡Cualquiera lo habría hecho! Cuando te contraté, bebías como una esponja.

Él resopló y se dejó caer en el sofá.

—Entonces, ¿irás a la Villa Hyūga con tu nuevo amigo el periodista?

—Si es que me avisa. Pero antes habrá que comprobar si la silla de la Residencia Y tiene el sello «Taut-Inoue».

—¿El sello «Taut... Inoue»?

—¿No te suena? Se ve que es la clave para determinar su autenticidad. Ese periodista me ha dicho que si tiene el sello es auténtica, es decir, que se fabricó para venderla en Miratiss. Aunque eso no significa que formara parte del mobiliario exclusivo de la Villa Hyūga.

—Ah, de acuerdo. Sabía que había una tienda especializada en Ginza, pero nunca había oído hablar de ese sello.

—Ya veo que incluso tú tienes lagunas.

—Siempre hay alguien que sabe más. Has tenido la suerte de encontrar a un periodista fanático en el momento oportuno.

—Ha sido él quien me ha encontrado.

—Lo que tú digas. En realidad, no importa —respondió Okajima con un tono levemente mordaz—. ¿Cuándo vas a ir, entonces?

—Cuando me avise, ya te lo he dicho.

—Ten mucho cuidado; está bien que consigas información, pero cualquier paso en falso podría traerte problemas. Con los periodistas nunca se sabe...

—Por cierto, me sorprende que tengas tanto tiempo para hablar por teléfono.

—¿Cómo dices?

—Creía que estarías ocupado tratando de conseguir la nominación.

Hubo una breve pausa.

—¿Te lo ha contado Nishikawa?

—Está entusiasmado.

—Es bueno saberlo.

—El museo será un gran proyecto.

—No vendamos la piel del oso antes de cazarlo: primero tienen que aceptar nuestra candidatura.

—Tienes razón.

—Pues claro.

Aunque él había abierto las compuertas, Okajima se resistía a dejar fluir lo que encerraba en su interior. Al parecer, sólo contemplaba dos opciones: contarlo todo o no contar nada, y había optado por la segunda.

—Okajima, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Ya te he dicho que prefiero no adelantar acontecimientos.

—¿Dónde te gustaría morir?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Si te estuvieras muriendo, ¿adónde te gustaría regresar?

—¿Estás borracho?

—Sólo llevo media cerveza.

—Me gustaría regresar a casa, como a todo el mundo.

—Pero yo te lo pregunto a ti.

—A mí también: quisiera morir de muerte natural y que me enterrasen para luego volver a mi hogar convertido en espíritu en el *obon,* el día de los difuntos. ¿Estás satisfecho?

—¿Cuál es tu hogar?

—¿Estás seguro de que sólo llevas media cerveza? El hogar es el hogar: la casa que construyó mi padre, donde crecí. La he reformado mucho y ahora es mía. Me siento muy apegado a ella. Además, Issō vive allí.

—Y tu mujer.

—Sí, claro, ella también. El hogar es donde está tu familia. ¿Qué insinúas?

—Me preguntaba... —Aose quería parar de hablar, pero no podía—. Pensaba que quizá querrías morir en casa de Mayumi.

Hubo una larga pausa.

—Era broma.

Okajima no respondió.

—Lo siento, olvídalo. La máscara mortuoria que he visto en el templo me ha vuelto medio majara.

—Ya —dijo Okajima al fin—. Te refieres a la de Taut, ¿verdad? Debe de ser una imagen impactante. ¿Te han contado que su esposa volvió a

Japón expresamente para entregarla?

—Sí, pero Erica no era su esposa —puntualizó él.

—Es verdad: cuando Taut se exilió dejó a su esposa e hijos en Alemania. ¿Es eso lo que te molesta? No los abandonó, ¿sabes? Creo que decidió en el último momento que estarían mejor en el país.

—Entonces, ¿qué era Erica? ¿Su chófer? ¿Su secretaria y amante?

—Su compañera de viaje.

—¡Ya! En el país de los unicornios, ¿no? —ironizó él.

—No, en el país de los nazis. Eran camaradas y compañeros de armas.

—¿Y por eso se enamoraron?

—Yo también lo creía al principio. Erica era un misterio para mí. Incluso busqué información sobre ella en la biblioteca.

—¿Y qué conclusión sacaste?

—No encontré nada, pero acabé llegando a la conclusión de que eran dos ciruelos chinos.

—¿Qué demonios es eso?

—Una de las siete especies de ciruelos que se dice que existían en el jardín Shanglin durante la dinastía Han: de un solo capullo brotan dos flores.

—Ya. Dos corazones latiendo al unísono.

—Dicho así suena muy cursi. Yo diría más bien dos cuerpos con una misma mente. A veces ocurre: hay gente en el mundo cuyas mentes se sincronizan como por telepatía, sin necesidad de comunicarse con palabras.

—¿Eso crees?

—Como veo que no lo has entendido, déjame que te lo aclare. Mayumi y yo somos así. La conozco desde que era muy joven, cuando la constructora de su padre quebró y ella se metió en esa banda de jóvenes delincuentes. Sé lo que piensa en cada momento y a ella le pasa lo mismo conmigo. Con ella he descubierto la auténtica afinidad, por eso también pude reconocer la afinidad entre Taut y Erica. Es una dimensión que no tiene nada que ver con el amor físico.

Lo suyo no era amor físico: era eso lo que Okajima quería resaltar.

—Lo entiendo.

—¿Estás seguro? —preguntó Okajima con sarcasmo. Entonces suspiró y añadió—: ¿Y tú quieres morir en ese piso de alquiler donde vives? ¿Adónde te gustaría ir a morir? Si me lo has preguntado es porque ya has pensado en ello.

Ya había previsto que la pregunta se volvería en su contra.

—Sí, lo he pensado.

—¿Y adónde querrías volver? ¿Al lugar donde vivías con tu familia antes de divorciarte? ¿A alguno de los barracones donde viviste de pequeño?

—No se me ocurre ningún lugar específico.

—Déjame adivinar.

—¿Adivinar?

—A la Residencia Y.

Él se sintió como si le hubieran pagado con su misma moneda.

—Ésa no es mi casa —objetó.

—Sí que es tuya.

—¡No fastidies!

—Nos pasa a todos: es normal que quieras volver a la casa que creaste, donde volcaste toda tu alma. Ésa es la casa a la que te gustaría ir justo antes de que te pongan la máscara mortuoria. Tú tienes una casa como ésa y yo no, a eso me refiero.

La llamada se cortó y el silenció engulló aquella conversación que parecía no tener fin.

Él se quedó mirando fijamente el teléfono que tenía en la mano.

Sólo se oía el tictac del reloj de pared. Sintió que la impaciencia lo devoraba por dentro y tuvo la imperiosa necesidad de hacer algo. No sabía por qué las palabras de Okajima le habían afectado tanto. De repente, obedeciendo a un impulso, tecleó con ansia un número de diez dígitos en el teléfono inalámbrico. El corazón se le aceleró cuando empezó a sonar el tono de llamada.

—¿Diga?

La voz de Yukari transmitía cierta cautela.

—Hola, soy yo —dijo él.

—Ah, hola —respondió ella vagamente. Después hubo una pausa. De fondo se oía el murmullo del televisor, que se fue alejando y desapareció del todo tras el chasquido de una puerta al cerrarse—. ¿Qué ocurre?

Normalmente se lo preguntaba con más brusquedad y sin tapujos: «¿Ocurre algo con Hinako?» Esta vez, sin embargo, sonaba desconcertada: o bien no contaba con recibir una llamada de su ex marido, o bien había intuido que algo le pasaba. Él suspiró ante la ventana oscura y consultó el reloj. Eran alrededor de las ocho.

—Siento llamarte tan tarde. ¿Qué hace Hinako?

—Viendo la tele.

—¿Ha cenado ya?

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella de nuevo, apremiándolo para que confesara el motivo de su llamada. Sin embargo, él seguía teniendo la sensación de que Yukari ya había adivinado su estado de ánimo.

—Se trata de Hinako: te he llamado para que hablemos de ella. No es que tengamos que actuar inmediatamente, pero no podemos seguir ignorándolo —improvisó—. Tiene trece años, ¿verdad? Ya no es pequeña. Sigue siendo una niña, pero pronto será mayor y, antes de que empiece a hacer preguntas sobre el divorcio, creo que es mejor que acordemos qué es lo que vamos a contarle. Por eso te llamaba.

Yukari se quedó callada, ¿acaso no había entendido lo que quería decirle?

—Las últimas veces que la he visto he tenido la sensación de que pronto querrá saber por qué nos divorciamos —siguió diciendo.

—¿Ella te ha comentado algo de eso?

—No, pero estoy seguro de que siente curiosidad. Por eso creo que tenemos que estar preparados. También he pensado que, aunque ella no pregunte, quizá deberíamos contárselo cuando consideremos que es el momento oportuno. No quiero que siga creciendo en la ignorancia. Pronto se va a enamorar y, si se sostiene sobre una base inestable, le va a resultar difícil construir una relación adulta.

Yukari lanzó un leve suspiro.

—Te entiendo, pero... ¿has dicho que tenemos que «prepararnos»?

—Sí, eso he dicho.

—O sea, preparar entre los dos lo que vamos a decirle a Hinako.

—Exacto.

—No tenemos por qué decirle exactamente lo mismo.

—No sé si te sigo.

—Me refiero a que los motivos por los que tú crees que nos divorciamos no tienen por qué coincidir con los míos, por eso no creo que tengamos que acordar una versión de los hechos.

Por un momento sus pensamientos volaron a otro lugar.

—Perdona —continuó Yukari—. Entiendo perfectamente lo que quieres decir, y comparto tu preocupación por Hinako, pero ya me he ocupado de este asunto: hemos hablado de ello.

—¿Del divorcio?

—Sí, se lo he contado a mi manera.

Él se moría por saber qué le había contado, pero se atragantó con sus propias palabras.

—Estamos juntas todos los días, nosotras dos solas. Ya me lo ha preguntado muchas veces y le he respondido otras tantas. Es la realidad.

—¿Y qué le has...?

—No te preocupes —lo interrumpió ella—, no le he dicho nada malo. Hay cosas que es mejor no contarle, pero no podemos inventarnos una historia que coincida. No quiero hacerlo.

—De acuerdo. —Él miraba fijamente al vacío—. Lo comprendo, pero no me malinterpretes: no te he llamado para proponerte un pacto ni nada parecido. Simplemente no estaba seguro de si debía o no decirle la verdad a Hinako y me sentía perdido, así que quería conocer tu opinión.

Yukari guardó silencio durante un rato y luego dijo con la voz ligeramente entrecortada:

—Dice que hoy en día tampoco es tan raro que los padres estén divorciados.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí. Se ve que no es la única en su clase. Dice que discuten sobre

cuál de ellos lo tiene peor y luego se ríen y deciden que ninguno lo tiene tan difícil. Así es como intenta que yo baje la guardia.

—¿Que bajes la guardia? A lo mejor sólo quiere que no te preocupes.

—Intenta por todos los medios crear una atmósfera en la que me sea fácil hablar del divorcio, como si quisiera quitarle importancia. Pero en esos momentos me resulta demasiado doloroso mirarla a los ojos. Tienes razón, Hinako quiere saber la verdad, aunque se muere de miedo por saberla. Es como si quisiera hurgar en sus heridas para hacerlas más profundas. Por eso nunca le digo la verdad: no quiero decirle nada que la haga sentir peor. Y tú deberías hacer lo mismo.

Él asintió. Tenía un nudo en la garganta que le impedía pensar con claridad.

—Verás... Nunca le he pedido perdón, ni a ella ni a ti.

—Olvídalo —repuso Yukari riendo—. No te disculpes: ambos somos responsables. Yo le he pedido perdón infinidad de veces, pero sólo para mis adentros. Si se lo dijera con palabras, estoy segura de que rompería a llorar.

—Sí, claro, es verdad.

—Siempre le repito eso de *«you are you»*.

—¿*«You are...»*?

—«... *you*»: «Tú eres tú.» Papá y mamá te queremos mucho y siempre serás nuestra hija, pero tú eres tú. Nosotros siempre velaremos por ti, pero debes recorrer tu propio camino hacia aquello que desees de corazón.

Él dejó escapar un profundo suspiro. Vale, así que eso era de lo que habían hablado.

—La verdad es que me he apuntado a clases de conversación en inglés y compito con Hinako para ver quién aprende más rápido. Decimos en broma que algún día seremos neoyorquinas.

—Vaya, ¡eso es increíble! ¿Has encontrado trabajo en Nueva York?

—Es sólo un sueño. ¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo?

—Bueno, me las apaño.

—Qué bien. ¿Has diseñado alguna casa especial últimamente?

—Es posible.

—Lo estás haciendo muy bien, ánimo.

Yukari siempre intentaba animar a los que estaban decaídos, quienesquiera que fueran.

Él carraspeó.

—Hay una cosa más de la que quería hablarte. También tiene que ver con Hinako.

—Dime.

—A principios de año me contó que las llamadas misteriosas que recibíais habían cesado de repente. «Se acabó, ¿no?», dijo literalmente, pero no parecía muy convencida y me dejó preocupado. ¿Tienes alguna idea de qué fue lo que sucedió y si ha quedado atrás definitivamente?

Yukari guardó silencio.

—¿Sigues ahí?

—Sí —repuso ella con la voz tensa.

—No creo que esas llamadas fueran de un chico —continuó él—. ¿Sabes si tenía problemas con alguna amiga?

—Se lo preguntaré más tarde, ¿te parece bien?

Tuvo la sensación de que Yukari sabía algo más. ¿Por qué no podía contárselo? Arrugó la frente, desconcertado, y en ese preciso instante cayó en la cuenta y soltó una exclamación casi inaudible al otro lado de la línea. ¡Quizá las llamadas fueran para ella, y no para Hinako! Sí, tenía que ser eso: era una señal que Hinako le había enviado; había advertido la presencia de un hombre en la vida de su madre, se había inquietado y…

La llamada se cortó. Ni siquiera había oído las palabras de despedida de Yukari. ¿Había dicho «adiós» o «hasta pronto»?

Se recostó en el sofá.

Llevaban ocho años divorciados: lo raro sería que ella no hubiera tenido ninguna relación con nadie. Era imposible que los hombres de su entorno no hubieran empezado a acecharla como buitres. Él mismo había tenido alguna aventura. Durante la época en la que bebía mucho, poco después de que Okajima lo contratara, tenía una compañera habitual con quien pasaba la noche.

«Menos mal que no nos hicimos la casa.»

Cerró los ojos, agachó la cabeza y vio una máscara mortuoria.

Podría ser tanto el rostro de Taut como el de su padre. Era una escena estática en el lecho de muerte, como un viejo cuadro de un pintor occidental. Se estremeció al comprender de dónde procedía la impaciencia que lo había asaltado justo antes de llamar a Yukari: había tomado conciencia de que la muerte acabaría llegándole y todo terminaría sin haberse resuelto, como las llamadas de Okajima y de Yukari, que se habían cortado abruptamente y lo habían dejado sumido en la penumbra y el silencio. ¿Cuándo volvería a hablar con su ex mujer? Sentía como si estuviera hundiéndose en la oscuridad sin saber siquiera si habría o no una próxima vez. ¿Cuántos encuentros más tendría con Hinako? ¿Qué cosas podría decirle y cuáles no antes de desaparecer para siempre?

Habían esparcido las cenizas de su padre en una zona autorizada de las montañas de Gunma, tal como él había pedido. El viento las dispersó enseguida y emprendieron su viaje por el cielo. Sólo quedó un rastro blanquecino en el suelo. «Mira qué terco es tu padre que no quiere irse del todo», dijo la madre riendo. Ella también falleció dos años después, y sus cenizas estuvieron dos horas en el suelo, esperando a que el viento se levantara y se las llevara en pos de las de su marido.

Imaginó muchas caras y muchas voces, pero la voz y la cara más cercanas eran las de Yukari.

Se dio cuenta de que esa noche dormiría bien, y sabía por qué: porque Hinako le había dicho que las llamadas de aquel hombre habían cesado.

«Se acabó, ¿no?»

20

La familia Yoshino seguía desaparecida y no pasaba nada, salvo el tiempo.

A principios de abril, cuando las flores de los cerezos empezaban a caer, Aose regresó a Shinano-Oiwake. En marzo, debido al cierre del año fiscal, había estado muy ocupado supervisando obras. Ahora, tanto Ishimaki como Takeuchi estaban de baja por enfermedad, por lo que durante el día no tenía ni un momento libre, así que tuvo que ir de noche.

Quería comprobar si la silla tenía el sello «Taut-Inoue».

De noche, la Residencia Y habría sido completamente inaccesible si no la conociera como la palma de su mano. No había avisado a Okajima. Ya fuera porque el asunto de la candidatura había entrado en la recta final o porque su relación con él se había enfriado tras su última conversación telefónica, Okajima sólo sacaba el tema de los Yoshino en contadas ocasiones: «¿Sabes algo de eso?»

Entró en la casa utilizando la llave de la puerta de la cocina que se había llevado la última vez. Dentro hacía frío. Encendió sólo las luces imprescindibles y subió la escalera. Quizá la silla hubiera desaparecido. Imaginó toda clase de desenlaces, pero la silla seguía escondida en el armario, donde la había guardado con Okajima. La sacó, la puso de lado, la volvió del revés y la examinó minuciosamente con una linterna, pero no encontró ni rastro del sello. Resultaba, pues, que la silla no se había fabricado para vender en la tienda Miratiss de Ginza, lo que aumentaba las probabilidades de que la hubieran hecho expresamente para la antigua Villa Hyūga, en Atami. Tampoco se podía descartar que fuera una imitación hecha por un artesano cualquiera; sin embargo, al observarla de nuevo tuvo la misma impresión que la primera vez: por su estilo y cuidada fabricación, no parecía una burda copia.

Bajó la escalera y se dirigió hacia a la puerta principal. Desde allí

siguió las huellas de los intrusos casa adentro. A diferencia de la última vez, ahora conocía la existencia del hombre de la cara roja. Con aquella información quizá encontrara alguna pista que hubiera pasado por alto en su primera visita. ¿Eran simples ladrones o se habían colado con otro propósito? Era imposible distinguir si eran profesionales o meros aficionados, y tampoco si habían entrado buscando oro, joyas o cualquier otra cosa.

Sus pasos lo llevaron al salón. Vio la luz roja parpadeante del teléfono colocado directamente sobre la moqueta y decidió escuchar los mensajes del contestador. Se sentía un poco culpable, pero se dijo que era por el bien de la familia Yoshino y pulsó el botón. Había cinco mensajes grabados, cuatro de ellos de él mismo, pidiéndoles que se pusieran en contacto con él. El otro no era un mensaje propiamente: sólo se oía, durante unos segundos, el leve murmullo de una respiración, o quizá del viento. La llamada era del 8 de abril, cinco días antes, a las 22.55h. Provenía de un número oculto. Comprobó el registro de llamadas del teléfono preguntándose si sería el hombre de la cara roja. Cada cinco o seis días había una llamada perdida, la última era la del 8 de abril, y era la única vez que el interlocutor había dejado un mensaje silencioso en lugar de colgar de inmediato.

Reprodujo de nuevo la grabación aguzando el oído. ¿Era una respiración o el sonido del viento? Se estremeció de pies a cabeza: sentía la presencia de Yoshino. Pudo verlo en un lugar solitario de alguna tierra lejana con el móvil pegado a la oreja, llamando a su casa para saber si alguien había ido a averiguar qué estaba pasando...

Si su teoría era correcta, ¿a quién esperaba encontrar en su casa? ¿A él? ¿Al hombre de la cara roja? ¿A la policía? ¿A la mujer alta? No...

Casi se había olvidado de la mujer alta. En fin, si era Yoshino quien seguía llamando a la Residencia Y, significaba que al menos estaba vivo. Era un detalle importante que podía indicar que se había escondido por voluntad propia. Él quería creer que la familia estaba sana y salva, y que habían tenido que huir para escapar de sus acreedores, pero a veces el hombre de la cara roja lo obligaba a cuestionar aquella hipótesis. No cabía duda de que aquel hombre y los

Yoshino eran piezas en un mismo tablero tanto si sus caminos se habían cruzado ya como si no.

Había otra forma de encontrar a Yoshino: por las noticias, sabía que era posible localizar cualquier llamada de un teléfono móvil basándose en las débiles señales que emite el dispositivo. Pero era un recurso que sólo estaba al alcance de la policía. La idea de denunciar el caso le venía a la cabeza a menudo, al menos una vez al día, pero no conseguía reunir el valor necesario. Además, Okajima no quería escándalos, por lo que siempre terminaba descartando el plan, y al día siguiente vuelta a empezar. Sin embargo...

Bajó la vista hacia el teléfono.

La última llamada perdida era del día 8, y ese día era 13: si la persona que llamaba seguía el mismo patrón que hasta entonces, llamaría de nuevo, probablemente aquella noche, y quizá podría oír la voz de Yoshino. Consultó el reloj. Eran las 21.47h. Bien.

Decidió esperar, aunque se sentía incómodo por haber entrado sin permiso en casa de otra persona. Fue apagando todas las luces que había encendido hasta que sólo quedó la luz roja del contestador. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y alargó las manos hacia el teléfono para acercárselo. Desactivó el contestador automático, pero después de pensarlo mejor lo activó de nuevo. Decidió que descolgaría el auricular cuando empezara a reproducirse el mensaje grabado. Ése era el plan.

El resto fue una batalla silenciosa contra el tiempo. Suspiró largamente varias veces. Estaba en la Residencia Y, donde no debería estar. Había entrado a escondidas, había merodeado por la casa y ahora estaba esperando una llamada que tal vez nunca llegaría. ¡Sería una coincidencia tan extraña! La oscuridad y el silencio le embotaron los sentidos y la mente. La luz roja del contestador, del tamaño de una cuenta, empezó a parecerse al ojo de un pájaro: era el ojo de un zampullín cuellinegro, un ave similar a un pato, pero algo más pequeña. Sus ojos eran de un rojo brillante que recordaba la sangre. Lo había visto en un pantano mucho tiempo atrás, aunque no recordaba dónde. Lo más probable es que estuviera con su padre, que fue quien le

enseñó los nombres de las aves cuando era pequeño. Debía de ser muy pequeño...

La habitación se iluminó tenuemente: era la luna, que empezaba a salir por el este. Imaginó lo hermosa que sería la Residencia Y bajo aquella luz cenicienta.

«¿Has diseñado alguna casa especial últimamente?»

Sonó el teléfono.

Él se sobresaltó, retrocedió de forma instintiva y abrió los ojos como platos. El corazón le latía a toda velocidad.

El timbre sonó una, dos, tres veces. A la quinta, saltó el contestador automático: «Ahora mismo no estamos en casa. Por favor, deje su mensaje después de la señal.» La pantalla iluminada indicaba que la llamada procedía de un número oculto. Él recobró la compostura y alargó la mano hacia el teléfono. Envolvió el auricular con los dedos. Todavía no...

¡Pip!

Nadie dijo nada durante dos segundos, tres segundos. Su paciencia llegó al límite. Descolgó el auricular, se lo acercó a la oreja y dijo:

—Es Yoshino, ¿verdad?

No obtuvo respuesta, pero se oía un ligero murmullo de fondo. ¿Era el viento? Sí, sin duda. Quienquiera que estuviera al otro lado de la línea hacía las llamadas al aire libre.

—Soy Aose. ¿Están todos bien? ¿Dónde se encuentran? Dígamelo, por favor. ¿Dónde...?

La llamada se cortó bruscamente.

Permaneció inmóvil durante un rato, incapaz de reaccionar. Se sentía como si le hubiesen vaciado el alma. Seguramente era Yoshino, tenía que ser él, y ahora sabía que su arquitecto estaba en la Residencia Y, y que lo estaba buscando. Pero no le había dicho nada, no le había pedido ayuda. Un hilo muy fino se acababa de romper, y era Yoshino quien lo había roto. Puede que en ese mismo instante estuviera lamentando no haber sido capaz de pedirle ayuda.

Levantó la vista al techo. La madera crujía: la casa nueva estaba haciendo pequeños ajustes para terminar de acomodarse. Pero entonces

le pareció que los crujidos procedían de la silla de Taut, no de la casa. Como si dijera: «Soy tu única pista para encontrar a la familia Yoshino.»

21

Aose esperaba impaciente noticias de Ikezono, el periodista.

Éste había prometido que lo avisaría la próxima vez que fuera a la antigua Villa Hyūga, y si resultaba que la silla de la Residencia Y había formado parte del mobiliario fabricado exclusivamente para la villa, entonces él podría confirmar que existía un vínculo entre la mansión y Yoshino, o entre Taut y Yoshino. Intuía vagamente que aquel vínculo lo ayudaría a averiguar el paradero de la familia, aunque no era capaz de imaginar cómo.

Le costaba horrores dibujar los planos para los clientes de Osaka: el encargo de diseñar una casa idéntica a la Residencia Y le resultaba aún más complicado de lo previsto. Era imposible construir la misma casa en un lugar diferente. Para empeorar las cosas, había descubierto que no quería dibujar una copia de la Residencia Y, y su resistencia interna aumentaba con el paso de los días. Se pasaba las noches de brazos cruzados frente a la mesa de dibujo.

La tercera semana de abril también empezó sin noticias de Ikezono. ¿Habría olvidado su promesa o era que nunca había tenido la intención de avisarlo? Buscó su tarjeta de visita pensando que quizá debería llamarlo, pero era consciente de que un exceso de interés por su parte podría levantar sospechas. Recordó que Ikezono ya había expresado sus dudas sobre su investigación durante la conversación en la puerta del Senshin-tei:

«Me gustaría preguntarle por qué ha estado evitando a Taut.»

Esa pregunta seguía acosándolo. Para un admirador de Taut debía de ser desconcertante que alguien formado como arquitecto no se hubiera interesado nunca por la obra de Taut. No la había entendido como una pregunta irónica, sino como un reproche: se había sentido desnudado. Pero, pensándolo bien, se daba cuenta de que era imposible que Ikezono hubiera adivinado sus pensamientos más íntimos. No había

razón para tomárselo como un comentario personal.

Pese a todo, no podía dejar de pensar en aquella pregunta. Presentía que el hecho de haber ignorado a un arquitecto tan hondamente vinculado con Japón no podía ser una mera coincidencia, sino que obedecía a algún motivo. A veces, cuando conducía o se metía en la cama a dormir, la máscara mortuoria que había visto en el templo Daruma-ji regresaba a su mente. Una noche, por fin, se dio por vencido y abrió la caja de cartón que Okajima le había enviado. Contenía diez libros sobre Taut, además de los textos y diarios que el propio arquitecto había escrito durante su estancia en Japón.

Lo primero que le quedó claro es que no era fácil seguirle la pista. Había sido uno de los principales arquitectos del movimiento expresionista alemán posterior a la Primera Guerra Mundial, un utópico de la arquitectura alpina, uno de los diseñadores de la famosa urbanización Weissenhof, un mago del color, un pintor y escritor sin parangón, y su teoría de la arquitectura era tan brillante como abstracta: un complejo entramado de ideas y principios. Se dio cuenta de que tardaría mucho tiempo en comprenderla. Y, para colmo, tenía la sensación de que estudiarla a esas alturas solamente serviría para subrayar aún más la diferencia entre sus propias habilidades y las de aquel maestro: sería como comparar a un mero constructor con un arquitecto de verdad.

Los recuerdos sobre los angustiosos años que había pasado intentando complacer a los clientes y los años de infancia en los que emigraba de un campamento a otro habían ido palideciendo poco a poco. Lo que anhelaba era una casa nueva construida en un terreno elevado. Aunque entonces no se daba cuenta, de niño se había enamorado del concepto de casa como símbolo de permanencia. Los seres vivos buscan refugio instintivamente y sólo cuando tienen algo firme e inamovible sienten la libertad de ir a otros lugares.

Su vida nómada era su punto de partida como arquitecto, pero sabía que se estaba engañando a sí mismo: no abrazaba ninguna filosofía o ideal arquitectónico, simplemente quería construirse una casa. Y la misteriosa presencia de Taut lo obligaba a enfrentar esa realidad. La

experiencia sólo se imponía al talento hasta cierto punto: ante un talento como el de Taut, capaz de abrazar ideales y postular principios, no había experiencia que valiera, y él, para colmo, ni siquiera tenía mucha.

Por eso había estado esquivándolo: no había encendido el fuego porque le daba miedo quemarse, y eso había sido así desde que se propuso entrar en el mundo de la arquitectura. Ya entonces comprendía ese gran secreto.

Pero no era del todo cierto que hubiera esquivado completamente a Taut. Hojeando los libros que le había enviado Okajima encontró varias fotografías que lo hicieron experimentar una sensación de *déjà vu*: durante secundaria le había llamado la atención un libro de la biblioteca donde aparecía un monumento vanguardista que Taut había diseñado para la exposición de la asociación de artistas Deutscher Werkbund celebrada en Colonia en 1914. Se trataba de una cúpula de hormigón, acero y cristal en forma de poliedro rómbico que hacía pensar en una inmensa lámpara de vidrio emplomado. Incluso cien años después, seguía siendo un edificio original e innovador, pero estaba claro que en un primer momento no le había parecido tan impresionante, porque lo había olvidado casi por completo. Ni siquiera cuando trabajaba en Akasaka y utilizaba a menudo en sus diseños aquellos tres «elementos sagrados», el hormigón, el acero y el cristal, había pensado en la cúpula de Taut como un referente.

Más aún le sorprendió descubrir que había olvidado por completo la ciudad-jardín Falkenberg (que algunos llaman «urbanización de la caja de pinturas»), un complejo de viviendas sociales que se integraba a la perfección con el paisaje natural de los alrededores. Debía de haber visto fotografías de aquellos proyectos en el instituto técnico. Se acordaba de que, cuando ganó un concurso con su proyecto «Atractivo complejo de viviendas de poca altura», que tenía la misma intención que el diseño de Taut, se había documentado a fondo, pero nada: simplemente no tenía memoria alguna de haberlo visto. Sólo recordaba su ardiente deseo de romper en pedacitos la larga y estrecha imagen, parecida a una lata de sardinas, de los campamentos para obreros que

tenía en la cabeza.

Taut debía de estarse revolviendo en la tumba ante la ignorancia de un arquitecto hecho y derecho que ignoraba casi por completo su obra. ¿Qué habría pensado de enterarse de que nunca puso una fotografía de alguno de sus edificios en los cincuenta centímetros cuadrados de pared que sus padres le permitían decorar al lado de la ventana del barracón, sobre la jaula de Kyūtarō? Y todo porque había amado Japón y había apreciado la belleza tradicional japonesa de lugares como la Villa Imperial de Katsura y la aldea histórica de Shirakawa-go. Pero entonces había colocado una de sus sillas en la Residencia Y, y lo había llevado ante su máscara mortuoria, invitándolo a acercarse. Probablemente eran puras fantasías, pero lo cierto es que a partir de ese momento él había sentido una especie de familiaridad con su obra y se entregaba noche tras noche, en el sofá o en la cama, a la lectura de libros sobre el famoso arquitecto.

Tal como había afirmado Ikezono, lo más interesante eran sus diarios, editados en tres volúmenes, donde detalló los lugares que visitaba, la gente que conocía, sus emociones y los pormenores de su vida cotidiana en Japón. Era imposible no sentir admiración ante la agudeza y profundidad de su visión de la cultura japonesa. Su perspectiva fluctuaba libremente entre lo micro y lo macro, y su entusiasmo se desbordaba cuando hablaba de teoría arquitectónica y cultural. Pero él tenía otros intereses: procuraba leer entre líneas para tratar de descifrar los sentimientos de un hombre que se había visto obligado a abandonar su país natal. Cada vez que volvía una página, buscaba el nombre de Erica, y se preguntaba cómo habría vivido Taut su condición de arquitecto de renombre mundial en el exilio, cómo sería su vida cotidiana, en qué tipo de espacios prefería estar y si su obra había girado hasta el final en torno a su propio mundo interior o si Erica lo había cambiado para siempre.

Las referencias a ella en los diarios eran más bien prácticas: pese a que vivían como marido y mujer, y que cada uno le había encomendado su vida al otro al huir de Alemania, Taut no mostraba ni un atisbo de emoción al hablar de ella. «Erica me hace de enfermera y

de policía», escribió. Era una frase muy curiosa, aunque sin duda dejaba ver que confiaba en ella y la respetaba. En un momento dado se dio cuenta de que el pronombre «nosotros» aparecía con frecuencia en el texto, pero hasta entonces había sido incapaz de encontrar pruebas que confirmaran la teoría de los ciruelos chinos de la que Okajima se había mostrado tan convencido. ¿Era ésa la respuesta de Taut?: «Estoy con Erica, compartimos el mismo tiempo y espacio, ¿qué más hay que decir?»

Suspiró.

¿Acaso no hubo momentos de crisis en el pequeño Senshin-tei?

Él mismo no había acabado tirando la toalla por culpa de Yukari, ni tampoco por su propia culpa. Había sido por el espacio: al ver que el espacio que él y Yukari habían construido se había desmoronado, no tuvo más remedio que darse por vencido. Un piso amplio y elegante situado en un vecindario de clase alta se había metamorfoseado en un contenedor de acero en el Ártico. Todo se había vuelto glacial. El espacio era más reducido que una habitación de tres tatamis, más frío que el agua del río en invierno, y el aire estaba más viciado que el de un aula donde ningún niño le dirigía la palabra.

¡Ojalá hubiera accedido a regresar a su pequeño piso de dos habitaciones!

¡Ojalá le hubiera propuesto a Yukari construir un nuevo hogar como la Residencia Y!

Cerró el diario de Taut.

Si las casas tienen el poder de hacer felices o infelices a las personas, los arquitectos pueden ser tanto dioses como demonios. Tal vez aquel humilde Senshin-tei fuera la prueba de que son las personas, y no las casas, las que tienen el poder de hacer a la gente feliz o infeliz.

Taut no pudo regresar a Alemania: desde Japón viajó a Turquía con Erica, y falleció en la casa que se había construido en Estambul siete años antes de que terminara la guerra. No vivió la Alemania de la posguerra, ni volvió a ver a la familia que había dejado en su país natal.

22

Lo primero que vio al entrar en la oficina el lunes fue la cara de entusiasmo de Takeuchi y, a su lado, el rostro barbudo de Ishimaki, también sonriente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

En vez de responder, Takeuchi se volvió misteriosamente y gritó:

—¡Jefe! ¡Aose ya ha llegado!

Okajima y Mayumi salieron de detrás de la mampara divisoria con sendas tazas de café en las manos. También sonreían de oreja a oreja.

—¿Puedo decírselo? ¡Por favor! —Takeuchi miró a todos los que lo rodeaban y, sin esperar respuesta, dijo con voz aguda—: ¡Nos han seleccionado!

Aose se volvió hacia Okajima.

—¿En serio?

—¡Sí! Nos acaban de dar la noticia: la Agencia de Diseño Okajima ha sido seleccionada para participar en el concurso de diseño del museo memorial de Haruko Fujimiya.

Aose le estrechó la mano.

—¡Enhorabuena!

—Es un día triste para todas las agencias descartadas: ahora mismo estarán derramando lágrimas de amargura... —dijo Okajima con sorna, pero su tono de voz expresaba emoción y determinación.

—¡Nos han seleccionado! ¡Vamos a ganar!

Takeuchi, que nunca había participado en un concurso público, no cabía en sí de la alegría.

—Cuento con todos vosotros, chicos —dijo Okajima alzando la voz—. Es nuestra oportunidad de dar el salto a primera división. Hay que proponer un diseño que deje al mundo boquiabierto y a las agencias de Tokio con un palmo de narices.

Después de esa arenga, Mayumi levantó la mano como una alumna

disciplinada y exclamó:

—¡Cuenta conmigo!

—Sí, ¡nos dejaremos la piel! No importa que no durmamos en casa durante una temporada —dijo Ishimaki chasqueándose los nudillos, y luego simuló darle un golpe en la barriga a Takeuchi.

Sonaban gritos de júbilo y risas por toda la oficina.

Aose también sentía un agradable calorcillo recorriéndole el cuerpo: nunca había participado en un concurso para diseñar instalaciones culturales, ni siquiera cuando trabajaba en Akasaka, y la historia de Haruko Fujimiya le resultaba inspiradora: una pintora solitaria que se ganaba la vida vendiendo postales en la calle en París y cuya extraordinaria obra había permanecido inédita hasta que murió a los setenta años. ¿Qué tipo de edificio sería el más adecuado para albergar una exposición conmemorativa que abarcara ambos aspectos? Aunque...

Algo le impedía dejarse llevar por la euforia como los demás. Creía haber adivinado los sentimientos de Okajima, y sospechaba que quería excluirlo del proyecto. Además, no se habían sentado a hablar desde aquella tensa conversación telefónica acerca de Taut.

—Aose, ¿puedes venir un segundo?

Okajima lo llamó como si le hubiera leído el pensamiento. Ambos salieron juntos de la oficina y se dirigieron a una cafetería de la misma calle. A medio camino, Okajima le pidió que se adelantara y se desvió hacia un aparcamiento vacío con el móvil en la mano. Él supuso que querría llamar al asambleísta de la prefectura o a algún funcionario de la ciudad de S para darles las gracias. Al parecer, no quería que Ishimaki y Takeuchi escucharan la conversación.

Él entró en la cafetería y se sentó a la mesa del fondo. Poco después Okajima apareció con una sonrisa radiante.

—Parece que todo ha ido bien —dijo él, y su jefe asintió con el ceño fruncido.

—Ha sido una auténtica batalla. Estoy agotado, y eso que el concurso todavía no ha empezado.

—Venga, ¡hay que ir a por todas! Llegados a este punto, no hay otra

opción que ganar.

—¡Claro que iré a por todas! Aunque muera en el intento.

Su respuesta parecía sugerir que, efectivamente, iba a prescindir de él.

—¿Tienes ya alguna idea?

—Todavía no. Me gustaría conocer a la familia primero.

—¿A la familia?

—Quiero que me muestren los cuadros de Haruko Fujimiya para luego poder ponerme manos a la obra. Al fin y al cabo, los cuadros son la estrella del espectáculo y, si no los ves directamente, no puedes hacerte una idea de cómo son en realidad, ¿verdad?

—Claro.

—Quiero ir antes que las demás agencias. También he pedido a las autoridades de la ciudad de S que me ayuden a conseguir el respaldo de la familia.

—Te veo muy motivado.

—Lo estoy: pienso hacer todo cuanto esté en mi mano para ganar.

Iba a desearle mucha suerte, pero se tragó las palabras justo antes de que se le escaparan. No era lo que se suele decir a alguien que supuestamente está en tu mismo equipo.

—Verás, Aose...

Cuando parecía que su jefe iba a abordar por fin la cuestión más delicada, el teléfono vibró en su bolsillo. Por un momento pensó, como tantas veces, que sería una llamada de Touta Yoshino, pero no tenía grabado el número que salía en la pantalla.

—¿El señor Aose? Soy Ikezono, del periódico *J*. Nos conocimos el otro día en el templo.

—¡Ah, hola! Estaba esperando su llamada —confesó, aunque enseguida se arrepintió de haberse mostrado tan sincero.

Hizo ademán de levantarse, pero al ver que las otras mesas estaban vacías y no podía molestar a nadie, decidió seguir hablando dentro del local. Ikezono sonaba muy animado. Le dijo que el 10 de mayo lo habían invitado a visitar la antigua Villa Hyūga con un periodista de Shizuoka y le preguntó si querría acompañarlos.

—Me apunto: iré con ustedes.

—De acuerdo. ¿Dónde quedamos, en Tokio o en Atami?

—Mejor quedemos directamente en Atami —respondió él tras pensárselo un momento, pues le pareció que sería incómodo viajar en tren con alguien a quien tenía tantas cosas que ocultarle.

—Entendido. Creo que la visita será por la mañana, pero se lo concretaré en cuanto haya hablado con el periodista local. Tengo muchas ganas de ver la silla de Taut. Yo también estoy intrigado, para serle sincero.

En cuanto colgó, Okajima se apresuró a preguntar:

—¿Era tu amigo el periodista?

—Ya lo has oído: voy a ir a la Villa Hyūga.

—Deduzco que los Yoshino siguen sin dar señales de vida —dijo Okajima bajando la voz. Ya que había sido nominado, probablemente deseaba más que nunca que el caso de la Residencia Y no se hiciera público hasta que terminara el concurso.

—No te preocupes, no dejaré que sospeche nada.

—Te lo pido por favor. No me gustaría que esto estallara justo ahora —repuso Okajima como si tuviera una bomba entre las manos, e inmediatamente, para suavizar sus palabras, añadió—: ¿Dónde se habrá metido Yoshino?

—Sospecho que ha huido.

—¿Del hombre de la cara roja?

—Probablemente.

—¿Y qué hay de la mujer alta? ¿Crees que tiene algo que ver con el hombre de la cara roja? A lo mejor son una pareja de chantajistas que engañaron a Yoshino.

Por su forma de hablar parecía haber olvidado que la última vez había deducido que Yoshino y la mujer alta eran pareja.

—Podría ser. No sabemos quiénes son ni de dónde salieron, así que no podemos descartar que sean pareja ni que sean chantajistas.

—¿Que sean pareja? A mí, una desaparición tan repentina me huele más a chantaje.

Aose sintió que un abismo lo separaba de Okajima: era evidente que

no estaba ni mucho menos tan interesado en el caso como él.

—Tienes razón, pero piensa que a la mujer alta sólo la vio el dueño del restaurante de fideos, y ni siquiera podemos estar del todo seguros de que el hombre que estaba con ella fuera Yoshino.

—¿Y qué hay del casero? ¿No te contó nada interesante?

—Le pedí que hablara con su madre, pero ésta sufre una demencia bastante avanzada y no consiguió sacarle nada. También hablé con varias empresas de mudanzas y ninguna quiso darme la nueva dirección de Yoshino. Ni siquiera accedieron a decirme si los había contratado o no.

—Ya lo suponía.

—Por eso la silla de Taut es la única pista que tenemos por el momento.

—Suponiendo que sea auténtica.

—Lo averiguaré en la Villa Hyūga: buscaré la silla en la que te sentaste y, si veo que falta alguna del juego de comedor, quedará claro que al menos existe la posibilidad de que sea auténtica.

—Así es.

A pesar de que Taut era su especialidad, Okajima no parecía interesado en presumir de sus vastos conocimientos sobre el arquitecto alemán: había otros asuntos que reclamaban su atención.

Aose decidió ir directo al grano: si eran malas noticias, quería escucharlas cuanto antes.

—Dime, ¿de qué querías hablarme?

Okajima asintió, agachó la cabeza y luego miró a su colega y empleado.

—Se trata del museo memorial. Necesito tu ayuda.

No era en absoluto lo que Aose esperaba oír. Okajima debió de notar la perplejidad en su mirada.

—Escúchame. —En su voz se percibía un matiz de rabia contenida—. Por muy frustrante que me resulte, soy consciente de mis limitaciones. No estoy seguro de estar a la altura de las agencias de Tokio, pero quizá tú sí podrías imponerte a ellas.

—Me estás sobreestimando —dijo, y cuando desvió la mirada con

modestia, Okajima se inclinó sobre la mesa para estar aún más cerca de él.

—Quiero hacer crecer la agencia.

—Lo sé.

—Por eso necesitamos el proyecto del museo. Es una oportunidad única. Me he tomado muchas molestias para conseguir la candidatura: quiero ganar.

—Eso también lo sé.

—Será una batalla muy breve, cada diseño contra los demás.

—Colaboraré en lo que haga falta.

—No quiero que colabores.

—¿No?

Una mueca deformó el rostro de Okajima.

—Quiero que diseñes tu propio proyecto y, cuando hayas terminado, lo confrontaremos con el mío.

De repente la verdad salió a la luz y se estrelló contra las narices de Aose.

—¿No quieres que trabajemos juntos?

—Acabaremos trabajando juntos, claro.

—Pero primero quieres que tu proyecto compita contra el mío.

—Exacto.

—Y, si tu propuesta es mejor, rechazarás la mía.

—Es una posibilidad.

Había adivinado que su jefe se traía algo entre manos, pero jamás habría imaginado que le saldría con aquella idea. El diseño de Okajima sería la propuesta principal, pero si resultaba que no era lo bastante bueno para ganar, incorporaría los elementos que más le gustaran de su diseño.

—Al final tú te llevarás todo el mérito —dijo con amargura, pero Okajima no se dejó intimidar. En sus ojos centelleaba un sorprendente brillo azulado.

—Quiero dejar algo para la posteridad, aunque sólo sea un edificio.

—¿Te refieres a un legado? Somos demasiado jóvenes para hablar de eso, ¿no?

—A ti te da igual porque ya lo has conseguido, por eso estás tranquilo.

Él miró al techo, irritado.

—No creo que la Residencia Y sea un ejemplo de nada, si a eso te refieres. No es más que una triste casa vacía abandonada por su dueño.

—Admítelo: será el último lugar en el que pienses antes de morir. Yo, en cambio, no tengo nada.

—¡No sigas con eso, por favor! Aquélla fue una conversación absurda.

—Fuiste tú quien sacó el tema —le recordó su jefe.

—Ya te pedí disculpas, haz el favor de olvidarlo.

—No me has entendido: no quiero hacerlo sólo por mí. —Okajima miró al vacío—. Quiero que Issō tenga un legado, quiero poder decirle que su padre creó un edificio magnífico.

Por un instante Aose vio un cielo azul despejado, una presa gigantesca y majestuosa y, en lo más alto, a su padre.

—Aose, por favor; te pido que seas mi negro.

Hubo un breve silencio.

—Aose...

Él lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Lo haré. A fin de cuentas soy empleado de la Agencia de Diseño Okajima.

23

El último sábado del mes amaneció soleado.

Aose estaba en el Café Horn de Yotsuya. Habían quedado a las dos, pero ya pasaban cinco minutos y Hinako aún no había llegado. Habían planeado ir juntos de excursión durante las vacaciones de primavera, pero tuvieron que posponerlo porque no pudieron ponerse de acuerdo en las fechas. Hablaron por teléfono varias veces, pero Hinako había conseguido pasar a segundo de secundaria y, en cuanto empezara el mes de mayo, sería muy complicado recuperar la visita que les habría quedado pendiente, por eso él decidió aplazar el plan de llevarla al parque de los Universal Studios o ir de excursión en coche y se apresuró a fijar un día para poder verla antes de que terminara el mes.

Llevaba toda la mañana preguntándose si la conversación por teléfono con Yukari habría afectado a Hinako de alguna manera. Desde el divorcio sólo habían hablado más o menos largamente por el asunto del acoso escolar, que quedaba ya muy lejos, y en ningún momento se habían permitido sacar a la luz sus sentimientos como en aquella última conversación. No creía que Yukari se lo hubiera comentado a Hinako, pero era posible que ella hubiera intuido algo.

Consultó el reloj de pared: eran las dos y diecisiete minutos. El dueño del local y su mujer parecían nerviosos. Con el pulso acelerado, sacó el móvil y llamó a su hija. El temor de que le hubiera ocurrido algo empezaba a superar la irritación de que no apareciera.

Las terribles agresiones que sufrían últimamente las chicas jóvenes ya no tenían la apariencia de ser cosas que sólo les ocurrían a otros.

El tono de llamada resonó en sus oídos dos o tres veces, y entonces la puerta de la cafetería se abrió de golpe y Hinako entró con la mano metida en el bolso que llevaba en bandolera. Encontró el móvil, que reproducía la melodía de *Sazae-san*, lo apagó y miró a su padre con las mejillas encendidas.

—Siento llegar tarde.

—Te estaba llamando tu madre, ¿no? Deberías responder —dijo él, y ella arrugó la frente, extrañada. Desbloqueó el teléfono y se lo enseñó.

—Es tu número.

—Pero sonaba la música de *Sazae-san*.

—¡Ah, claro! —exclamó Hinako divertida—. Es el tono que tengo asignado al grupo. Mira —dijo, y deslizó el dedo por la pantalla. «Grupo registrado: Familia.» Dentro figuraban los números de «Papá» y «Mamá».

—Por eso cuando me llamas tú suena la misma música.

—Claro —respondió él sin poder apartar la vista de la palabra «familia».

—Cuando contesta al teléfono, mamá todavía dice: «Soy Aose, qué desea.» ¿Lo sabías?

—¿Cómo?

—Pues eso...

Hinako solía aprovechar la menor ocasión para hablar de su madre. En todo caso, a él no le había sorprendido aquella información: cuando se divorciaron, Yukari le anunció que tenía la intención de seguir usando su apellido de casada en el trabajo para no confundir a sus clientes.

—¡Oye!

Hinako hizo una mueca de contrariedad al ver que él no le respondía, pero al instante volvió a sonreír, como un locutor que tiene una noticia alegre por contar.

—No has olvidado tu promesa, ¿verdad?

—¿Cuál?

—¡Dijiste que me enseñarías la casa que diseñaste!

—Sí, te he traído varias fotos —repuso él, y se agachó para alcanzar la gran bolsa de papel que tenía a los pies.

—¡Qué guay! ¡Estoy impaciente por verla!

Sacó algunas revistas, las colocó sobre la mesa y Hinako extendió su mano blanca hacia ellas. La mayoría eran revistas llenas de publicidad. Había escogido sobre todo las de su etapa en la agencia de Akasaka,

pensando que a Hinako le interesarían más los locales comerciales, como pastelerías y salones de belleza.

—¡Qué fuerte! —exclamaba la chica cada vez que abría una de las páginas marcadas con un post-it—. Mira, ¡una pastelería! ¿También la diseñaste tú?

—Sí.

—Pero ¿a ti te gustan los pasteles?

—No me entusiasman; sin embargo, antes de ponerme a trabajar en el diseño del local fui a probar los que vendían en ese sitio, para inspirarme.

—Ya veo. Es toda blanca: parece la casita de un cuento de hadas.

—Será porque los pasteles me supieron a fantasía.

—Me encantaría probarlos.

Peluquerías, salones para bodas, restaurantes, boutiques... Hinako soltaba una exclamación ante cada fotografía y decía todo lo que se le ocurría. Parecía inocentemente feliz, pero detrás de sus palabras se percibía una actitud madura y considerada.

Cuando sólo quedaba una revista, él sacó de la bolsa de papel su ejemplar de la *Selección de doscientas casas de la era Heisei* y lo colocó con cuidado en el borde de la mesa.

—Esto parece una enciclopedia —opinó Hinako. Cogió la revista y empezó a pasar las páginas.

Él contenía la respiración.

«El tejado azul celeste hacia el norte...», «tres “chimeneas de luz” de aspecto distintivo...», «un salón blanco envuelto en la delicada luz del norte...», «ventanas atípicamente grandes con vistas al monte Asama...».

Hinako guardaba silencio mientras miraba fijamente las fotografías, como si hubiera agotado todos los cumplidos.

Por último dejó escapar un suspiro.

—Me gusta.

—¿De veras?

—Es la mejor, es la que más me gusta.

—A mí también: es mi obra favorita.

—¿En serio?

—Sí, me gusta tanto que siento que estudié Arquitectura sólo para construirla. La diseñé por encargo, pero acabé creando la casa donde yo mismo querría vivir.

Por fin se sentía capaz de contárselo, y en cuanto decidió hacerlo se sintió extrañamente aliviado.

—Nunca te lo he dicho, pero de pequeño no paraba de ir y venir por todo el país. Vivíamos un tiempo en un sitio, luego nos mudábamos, nos quedábamos una temporada en otro sitio y nos volvíamos a mudar. Por eso siempre he querido una casa en la que pudiera instalarme de forma definitiva.

Fue una confesión repentina que Hinako aceptó con naturalidad, sin sorprenderse ni endurecer su expresión. A él le extrañó que no le preguntara nada, pero se puso a hablarle de las presas y de sus padres, le contó anécdotas curiosas sobre la vida en los barracones, describió las montañas, los bosques y los pájaros... Iba saltando de un tema a otro sin ningún orden concreto. No tenía claro por qué le hablaba de aquello justo en ese momento; tal vez simplemente era el prólogo de la larga historia que lo había llevado a divorciarse de su madre.

—Lo siento, papá. —Hinako juntó las manos a la altura de la nariz para pedirle perdón—. Me tengo que ir.

—¿Ya te vas?

—Te lo dije por teléfono: tengo que ir a comprarme un uniforme nuevo.

El uniforme que llevaba al empezar secundaria se le había quedado pequeño. Se lo habían comprado un poco más grande a propósito, pero había crecido diez centímetros en sólo un año.

—Ahora soy la segunda más alta de la clase, y no lo soporto. ¿Qué tal si acabo adelantando incluso a Hana? —murmuró Hinako mientras se levantaba. Se dio la vuelta para irse, pero enseguida se volvió de nuevo, como si se hubiera acordado de algo—. Lo siento, esta vez me lo compraré más grande.

—No, mejor que sea de tu talla. Si te viene grande no estarás cómoda.

—¿Seguimos otro día? Me gustaría saber más cosas sobre mis

abuelos.

—Sí, claro. Hablamos otro día con más tiempo.

Él se dispuso a incorporarse, pero ella se lo impidió moviendo la mano con un gesto exagerado.

—Quédate, papá. Ni siquiera te has terminado el café. Tómatelo con calma.

—Da igual.

—En serio. Además, me da un poco de vergüenza que me acompañes hasta la puerta: ya no soy una niña.

Él sonrió con amargura y accedió.

—Si insistes, me quedaré.

Levantó la taza de café con una sonrisa cómplice y Hinako sonrió y salió contenta de la cafetería. Él lanzó un largo suspiro. Aquel encuentro había sido distinto: la marcha de su hija no lo dejó melancólico ni desanimado como de costumbre. Algo se estaba moviendo. El panorama que había permanecido inalterado durante ocho años empezaba a cambiar porque le había hablado de los viejos tiempos. Y era ella quien lo había hecho posible. «Es la que más me gusta.» Aquellas palabras eran la gota que había colmado un vaso lleno a rebosar.

—¡Ah, esto me suena! —exclamó alguien detrás de él. Se volvió y vio al dueño de la cafetería con una bandeja bajo el brazo. Estaba mirando fijamente la *Selección de doscientas casas de la era Heisei*, que seguía abierta por la página de la Residencia Y.

—¿Se refiere al libro? —preguntó Aose.

El dueño asintió.

—Es el mismo que Hina-chan estaba hojeando el otro día.

¿Hinako tenía el libro?

—¿Está seguro de que era este libro?

—El mismo.

—¿Cuándo fue?

—Pues... debió de ser el mes pasado, el día en que usted llegó tarde.

Así pues, Hinako tenía un ejemplar de las *Doscientas casas*: Yukari debía de haberlo comprado. Su hija lo había llevado consigo la última

vez y había estado hojeándolo en la cafetería hasta que él apareció, pero no se lo dijo. En cambio, le pidió que le enseñara sus diseños.

Él miró al vacío sintiéndose engañado, pero el disgusto sólo le duró hasta que el dueño hubo recogido la taza de chocolate de su hija. Entonces se quedó mirando la silla vacía de Hinako e intentó ponerse en el lugar de una chica de trece años. Necesitaba hablar con él de su trabajo porque había visto la *Selección de doscientas casas* y quería decirle que la que más le gustaba era la Residencia Y. Tenía que preparar el escenario en el que mejor pudiera transmitirle sus sentimientos, por eso le había pedido que llevara libros y revistas. Sorbió el café frío. No había necesidad de sopesar o analizar lo que acababa de suceder, podía sentarse y disfrutar de la sensación.

Al cabo de un rato se levantó y oyó un tintineo en el bolsillo de la camisa: era el llavero que había comprado como recuerdo en el templo Daruma-ji. Sonrió amargamente al darse cuenta de que había olvidado dárselo a Hinako. Ella, por su parte, también se había olvidado de algo: le había preguntado si podía enseñarle las fotos de la Residencia Y a su madre, pero no se había llevado el libro, que seguía sobre la mesa... porque ya lo tenían en casa.

Fuera, el sol brillaba con suavidad.

«¿Has diseñado alguna casa especial últimamente?»

Puede que Yukari se refiriera a la Residencia Y, y puede que esperara una respuesta afirmativa.

Echó a andar a paso ligero.

La respuesta se la había dado inesperadamente a Hinako. Sintió que el tiempo avanzaba por primera vez desde la fatídica noche en que Yukari y él se habían enfrentado por su hogar ideal.

24

La oficina estaba inmersa en una actividad frenética.

Habían modificado la disposición de los escritorios y colocado dos largos bancos en el espacio libre, además de una mesa específica para el concurso donde desplegaron los documentos del Departamento de Urbanismo de la ciudad de S.

Okajima e Ishimaki habían empezado a tomar notas y a hacer las comprobaciones básicas.

—Hay muchos requisitos —opinó el primero.

—Veamos, las especificaciones son para un edificio de hormigón armado de dos plantas. Hay que planear tres salas de exposiciones, cada una de entre cien y ciento cincuenta metros cuadrados. El vestíbulo tiene que ser amplio y el almacén debe tener capacidad para más de doscientos cuadros. También se necesita una oficina, una cafetería y una galería para exponer la obra de los artistas locales.

—Significa que tendremos menos libertad de la que esperábamos —resumió Okajima—. No sólo en el exterior, también en el interior.

—Tienes razón. ¿Y cuál es el presupuesto estimado?

—Lo anunciarán más adelante, pero el responsable del proyecto insinuó que estaría en torno a los seiscientos milyenes por metro cuadrado como máximo.

—Pues, si es así, tendremos que buscar un buen equilibrio: gastar donde sea indispensable y recortar donde sea posible.

Ishimaki se estaba convirtiendo rápidamente en una presencia inestimable en el equipo del proyecto: era la ventaja de haber trabajado para una gran empresa. Aquella situación resultaba ideal para Aose: aunque él fuera el número dos de la oficina, la experiencia de Ishimaki le permitía dar un paso atrás sin que se notara su falta de iniciativa.

Habían cubierto una de las paredes con carteles de la exposición conmemorativa celebrada en Tokio el año anterior y artículos de

periódico que Mayumi había recortado con entusiasmo. También había una fotografía de Haruko Fujimiya tomada cuando tenía unos sesenta años de edad. Parecía una mujer tranquila y modesta, pero su expresión permitía adivinar su gran perspicacia y su férrea determinación. Finalmente, habían ampliado tres fotografías de otros tantos de sus cuadros, sacadas del folleto de la exposición. En la primera se veía a un anciano sentado en la acera fumando una colilla, la segunda mostraba a un chiquillo limpiabotas con una gorra de caza ladeada, en la tercera aparecía una mujer de mediana edad asomada a la ventana para tender la colada. A pesar de que eran escenas cotidianas, Fujimiya las había convertido en momentos decisivos gracias a su gran experiencia de la vida: daba la impresión de entender exactamente por qué esas personas hacían lo que hacían en cada momento.

Takeuchi y Mayumi estaban sentados codo con codo a sus escritorios, ahora arrinconados contra una de las paredes, y buscaban con los ordenadores n.º 1 y n.º 2 imágenes de museos, galerías y edificios conmemorativos que se ajustaran a las palabras clave («innovador», «sencillo» y «tranquilo») que los organizadores del concurso le habían dado a Okajima. Takeuchi se encargaba de los ejemplos nacionales y Mayumi de los internacionales y, cuando encontraban algo interesante, imprimían las fotos.

—¿Qué te parece esto, Takeuchi?

—¿A ver? Está bien: es sencillo e innovador. Tienes muy buen gusto, Mayumi.

—¡Ya estamos otra vez! No conseguirás nada halagándome.

Takeuchi no podía ocultar sus sentimientos por Mayumi, aunque Ishimaki, que supuestamente tenía buen olfato para esos temas, no se hubiera dado cuenta. Si era cierto que Mayumi y Okajima no mantenían una relación romántica, sino que eran simples ciruelos chinos, según el propio Okajima había asegurado, entonces quizá Takeuchi tuviera alguna posibilidad con ella.

—¿Tú qué opinas, Aose?

Él se inclinó para mirar la pantalla del ordenador, donde aparecía un museo privado, situado en una aldea de Suiza, que tenía un tejado a

dos aguas tan pronunciado que los aleros se prolongaban hasta llegar casi al suelo. Era un diseño bastante corriente.

—No está mal —dijo de todos modos para no disgustar a sus compañeros—. Imprimidlo.

Le preocupaban otras cosas.

¿Llegarían a tiempo?

El plazo del concurso terminaba a finales de julio, a sólo tres meses vista. El diseño preliminar tenía que estar acabado para entonces, y éste incluía el plano de planta, los alzados y las secciones, además de las notas explicativas que acompañarían a los planos. No hacía falta echar cuentas para saber que tenían muy poco tiempo para trabajar en los aspectos clave del diseño propiamente dicho como para entretenerse estudiando otros museos. Si se distraían en cosas como ésa les resultaría imposible competir con las agencias más preparadas del sector.

—¡Qué lugar tan bonito! Me encantaría ir. —Mayumi suspiró embelesada.

—¡Ostras! ¡Es un lago precioso! —convino Takeuchi.

—Puede que vaya en cuanto termine el concurso: mi pasaporte todavía está vigente.

—¿Tienes pasaporte?

—Sí, lo tramité para mi luna de miel... y no tengo nada más que decir sobre ese tema.

Aose quería revisar el correo en el ordenador n.º 1, pero sus compañeros no parecían dispuestos a levantarse en breve.

—¿Podemos hablar un segundo, Aose? —lo llamó Okajima—. El director de esta agencia es un antiguo colega tuyo, ¿verdad?

Antes de ver el nombre, él ya sabía a quién se refería: a Takumi Nose, con quien había trabajado en Akasaka. Habían sido rivales en el trabajo y también habían competido abiertamente por Yukari. Ahora dirigía su propia empresa: Nose Arquitectos. Él ignoraba cuáles serían sus especialidades, pero sabía que era un hombre tenaz que se las había arreglado para abrirse camino en el periodo posterior a la crisis. Le parecía irónico que su agencia también hubiera sido nominada para

participar en el concurso.

—¿Qué clase de hombre es?

—Tiene nuestra edad. En la época en que lo traté tenía talento y se le daban especialmente bien los proyectos de obra pública, pero ahora no sé en qué anda.

—Yo sí lo sé —intervino Ishimaki—: su empresa tiene más de treinta empleados y está arrasando. Diseñan tiendas de ropa de grandes marcas; la más reciente para La Alonso, en Kichijōji.

—Ah, ya sé cuál es —intervino Okajima—. Es un local decididamente vanguardista, pero no entiendo por qué una agencia dedicada a la moda quiere participar en un concurso para diseñar un museo.

—Ya hace un tiempo que han empezado a abrirse paso a codazos en el sector de los museos locales. Entiendo que han pescado a un tipo muy bueno en ese ámbito.

—¿No será Hatoyama, el del bigotito?

—El mismo.

—Entonces ya podemos tachar de la lista a la agencia Sasamura de Okachimachi: Hatoyama estuvo mucho tiempo allí, pero ahora parece que se lo han birlado.

—Exacto, hemos tenido suerte... o tal vez no: puede que Sasamura se haya debilitado, pero no olvidemos que Hatoyama es ahora un activo importante para Nose.

—¿A quién más tenemos...? Ah, sí, a Yoshihisa Tokuda, el jefe de Alpha Studio.

—Un rival formidable —dijo Ishimaki.

—Tokuda es bastante conocido, pero no sabría nombrar ninguna obra relevante suya. ¿Tiene alguna?

—Yo tampoco conozco ninguna, pero su agencia es grande: cuenta con cincuenta o sesenta arquitectos. Seguro que tienen personal especializado en museos... y dinero. He oído decir que siguen igual de forrados que antes de la crisis...

Nadie interrumpió la conversación: Aose había salido de la oficina después de avisar a Mayumi de que iba a echar un vistazo rápido a las obras de Yorii. En parte era una excusa para escapar, pero no era

mentira que quería supervisar la construcción de aquel bloque de pisos donde ya había habido varios problemas. En todo caso, el mundo cambió cuando cerró la puerta de la oficina a sus espaldas: si el concurso le pertenecía a Okajima, el viento que le acariciaba las mejillas le pertenecía a él.

De repente, cuando iba camino del aparcamiento volvió a asaltarlo una pregunta que ya se había hecho el día anterior: si había pájaros en Tokorozawa. Tras abrir la ventana, se había quedado escuchando durante un rato, pero sólo oyó los ruidos artificiales de los coches y los aparatos de aire acondicionado. Levantó la vista al cielo: ese día tampoco había pájaros. Pero ¿cuándo había sido la última vez que había escudriñado el cielo en busca de alguno?

Salió del aparcamiento en el Citroën.

«Hoy en Tokorozawa hace un día cálido y bochornoso, pero las temperaturas empezarán a bajar a partir de mañana.»

Se preguntó si Hinako se habría olvidado de *Pippi* y *Piko*. En el Café Horn, entre otras muchas cosas había compartido con su hija sus recuerdos de *Kyūtarō* y *Kuro*. Incluso había imitado la voz del primero cuando decía: «Hola, Minoru Aose.» Luego, ya en casa, le había parecido una imperdonable metedura de pata que podría haber hecho sufrir a su hija, pero al reproducir la escena en su memoria se dio cuenta de que ésta había estado escuchándolo embelesada, con la cara de la hija perfecta. Si antes le preocupaba no detectar ese interés, ahora sentía que su relación había cambiado. Confiaba en poder aventurarse cada vez más lejos de su zona de confort. En algún momento le contaría a Hinako cómo había liberado a *Pippi* y *Piko* en el parque, y hablarían sobre cómo los periquitos probablemente no habrían sobrevivido, aunque a veces se preguntaba si seguirían vivos. Quizá los recuerdos de cuando uno de aquellos pajarillos la llamaba «Hina-chan» y ella restregaba la mejilla contra sus suaves plumas se hubieran convertido en tabú debido al divorcio, y estuvieran enterrados en algún lugar de su mente. Debían desenterrarlos juntos.

«No sé qué se puede hacer al respecto», decía un locutor de radio. «Creo que los vecinos que separan la basura como es debido deben de

estar realmente enfadados. ¿No crees, Mitchan?»

¿Qué le habría pasado a la familia Yoshino?

La gente no muere tan fácilmente.

La gente muere muy fácilmente.

Si ambas afirmaciones son ciertas, cada cual puede elegir la que prefiera. El murmullo del viento que había oído al descolgar el teléfono de la Residencia Y, ¿era la brisa que acariciaba el cuello o el hombro de Yoshino? La escena se le había grabado como si la hubiera presenciado en directo. Deseaba que estuvieran bien, que no estuvieran preocupados por su casa ni por él. Hinako había convertido la casa en algo realmente especial al decir que era su favorita. Ya no tenía la menor duda al respecto. Había salido del oscuro túnel de la conmoción, la rabia y el autodesprecio en el que había estado vagando al encontrar la casa vacía. Ahora sólo deseaba que se pusieran en contacto con él. Le bastaba con una llamada. No le preguntaría nada a Yoshino, solamente necesitaba saber si estaban todos bien.

«Gracias por todas sus cartas y correos electrónicos. El conflicto de ese barrio ha suscitado mucho interés, por lo que retomaremos el tema la semana que viene.»

¿Cómo habría reaccionado Yukari? Estaba seguro de que Hinako le había contado con detalle todo lo que él le había dicho sobre la Residencia Y. Puede que Yukari se hubiera quedado algo confundida. Probablemente era ella quien había comprado el libro de las *Doscientas casas*, pero ¿por qué? Cuando el dueño de la cafetería le había dicho que su hija tenía el libro, había pensado que quizá Yukari lo hubiera comprado porque salía una casa diseñada por él, pero más tarde se sonrojó al darse cuenta de lo presuntuosa que era aquella idea: doscientas casas tienen doscientos interiores diferentes. Muchos interioristas como ella habrían visto el libro en una librería y lo habrían comprado. Incluso era posible que saliera algún diseño de ella, y aunque lo hubiera comprado por las casas como tales, había otras ciento noventa y nueve que podrían haberle llamado la atención. Incluso aparecía la obra de un joven arquitecto de Arquitectos Nose, la agencia que acababa de convertirse en su rival en el concurso.

«¡No sólo es bueno para tu cuerpo, sino que además está delicioso, por eso tanta gente lo sigue bebiendo!»

A Nose le sorprendería saber que era un enemigo imaginario en la mente de un antiguo colega al que no veía desde hacía más de diez años.

Cuando al fin había atado cabos y relacionado la inquietud de su hija ante aquellas misteriosas llamadas con la sombra de un hombre en la vida de su madre, el primer rostro que había acudido a su mente había sido el de Takumi Nose. Aparte de él, no se le ocurría ningún otro posible amante. Por supuesto, no tenía forma de conocer las relaciones de Yukari después del divorcio, así que Nose había seguido siendo su enemigo imaginario, siempre vinculado a ella en su mente. Cada vez que oía hablar de uno de sus éxitos o veía su fotografía en una revista pensaba en su propio presente y en el futuro de su ex mujer. Se preguntaba si existía alguien lo bastante bueno para ella... cualquiera menos Nose. Le daba igual que no lo conociera de nada: le daría su bendición a cualquier hombre, salvo él, capaz de ofrecerle una vida estimulante y espiritualmente rica, alguien con quien ella pudiera ser feliz en la casa de madera que siempre había soñado tener.

La estación de Yorii apareció ante sus ojos. Además de la línea Hachikō de la JR, la terminal también tenía correspondencia con dos líneas de ferrocarril privado, pero la zona a la que él se dirigía, cerca del ayuntamiento, era un lugar alejado del bullicio, soleado y agradable. Paró en una tienda y compró refrescos para los obreros. Las obras estaban a la vuelta de la esquina.

Cuando aparcó el Citroën delante de la obra, el joven director de Construcciones Kaneko se le acercó corriendo sin quitarse el casco. Parecía muy compungido.

—Lo lamento de veras, señor Aose. Debería haberlo comprobado: a mí también me extrañó que la moqueta fuera roja.

Él ya estaba prevenido: había recibido una llamada para informarle del error. Al parecer, alguien no había entendido su anotación en la memoria de calidades y la moqueta azul había acabado siendo roja.

—Fue culpa mía, procuraré no cometer más errores.

—¡Qué va! Asumo mi responsabilidad: la moqueta azul llegará en breve. Le pido disculpas.

Lo había dicho en tono afable, pero el joven director seguía nervioso. Seguramente la negativa de la última vez, cuando él le había impedido modificar el color de los marcos de la ventana, había surtido efecto y su actitud había cambiado notablemente.

Aose miró el edificio, que estaba casi terminado, y sintió un leve pinchazo en los ojos. El cliente había pedido un «bloque de pisos con estilo, atractivo para parejas jóvenes» y él había hecho todo lo posible para ajustarse al máximo a esos requisitos con un presupuesto bastante reducido. Por desgracia, al final, condicionado por la elección de materiales estándar, sólo había logrado diseñar un edificio bastante anodino de dos plantas.

—¿De qué rojo es? —le preguntó al joven director.

El otro parpadeó sorprendido.

—¿Cómo...?

—La moqueta, ¿es de un rojo anaranjado o más oscuro?

—Ah, no, es un rojo bastante oscuro: burdeos o borgoña, diría yo.

—¿Me lo puede enseñar?

—Sí, está dentro.

Siguió al joven, pero justo antes de entrar le echó un último vistazo al edificio. Si la alfombra roja fuera un condicionante, ¿qué modificaciones habría hecho Taut en el resto del diseño? Ese pensamiento un tanto disparatado desencadenó una sucesión de ideas excéntricas que convirtieron su tarde en una auténtica delicia.

25

—¿Cuánto falta, cuarenta o cincuenta minutos?

—Según el GPS, treinta y dos.

—¿No se oye un ruido un poco raro?

—Si no te fías de mi coche deberíamos haber ido en tu Land Cruiser.

Aose llevaba a Okajima a la ciudad de S para inspeccionar el terreno donde se iba a construir el museo memorial de Haruko Fujimiya. En el retrovisor aparecía el Nissan Prairie de Ishimaki justo detrás de ellos, y Takeuchi, en el asiento del copiloto, charlaba animadamente. Habían ido en dos coches porque Ishimaki y Takeuchi tenían que documentarse en el ayuntamiento y la biblioteca municipal antes de reunirse con ellos en el futuro emplazamiento del museo. Ni que decir tiene que Mayumi estaba muy disgustada por haberse visto obligada a quedarse en la oficina atendiendo el teléfono.

Okajima hojeaba unos papeles que tenía en el regazo. El día anterior había visitado a la familia de Haruko Fujimiya y había visto algunas de sus obras originales, que, según les contó, le habían parecido «inteligentes y oscuras, incluso aterradoras».

—Puedo entender que te parecieran inteligentes y oscuras, pero ¿qué tienen de aterrador? —le preguntó Aose mirando al frente.

Su jefe dejó los papeles y se volvió hacia él.

—Para decirlo en términos sencillos, es como si los personajes de sus cuadros estuvieran vivos. Sus ojos dicen muchísimo, y eso me aterra.

Él asintió. Sólo había visto las tres fotocopias ampliadas y poco nítidas del folleto, pero estaba de acuerdo con las conclusiones de Okajima: los ojos del anciano de la colilla en la boca contenían la historia de toda su vida, al tiempo que parecían celebrar la vida de la pintora; los del limpiabotas, semiocultos tras la gorra de caza, revelaban su carácter cínico y el orgullo por un talento que podría presumir tan pronto como terminara de lustrar; la mirada de la mujer

de mediana edad que tendía la colada, por su parte, era aún más compleja: sus manos parecían moverse independientemente de su cerebro, y en sus ojos se reflejaba el disgusto que le provocaba la flacidez de sus brazos. El retrato podía ser incluso el escenario de un pequeño drama en el que ella ignoraba a su marido, o quizá a su padre, que la llamaba desde dentro de la vivienda.

—¿Son todo retratos?

—La familia dice que pintaba sobre todo retratos. Los originales que me enseñaron eran de obreros, niños y, en definitiva, gente corriente con vidas nada fáciles: un albañil, un barrendero, un anciano bebiendo en la calle...

—No es la imagen que tenemos de París.

—París es una ciudad muy grande y ella vivía en un bloque de pisos del distrito XVIII, en el extremo norte. Según la familia, era un barrio pobre e inseguro, lleno de fábricas abandonadas, pese a que estaba cerca del famoso Moulin Rouge y de otros lugares turísticos, como la colina de Montmartre y el Sagrado Corazón, que se alza en la cima. En todo caso, quedaba lejos de la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo y los Campos Elíseos. Supongo que podía pintar como pintaba porque podía abstraerse de la Ciudad de la Luz como tal.

Okajima hablaba con una tranquilidad pasmosa: no parecía nervioso ante la perspectiva de competir contra su propuesta. Tal vez le daba seguridad que él hubiera accedido enseguida a ser su negro, o quizá hubiera ideado un plan secreto para ganar el concurso.

¿Era posible que Okajima siguiera siendo el mismo de antes? Sería decepcionante descubrir que su aparente cambio de vida no había sido más que una estratagema de cara a la galería. Quizá sus raíces no hubieran cambiado en absoluto y siguiera mirando a los demás por encima del hombro, usando cualquier medio a su alcance para justificar sus fines y haciéndose pasar por un pez gordo; quizá siguiera siendo igual de imprudente con el dinero y las mujeres. ¿Y si la historia de los ciruelos chinos hubiera sido una cortina de humo para embaucarlo? Fuera cual fuese la relación entre Taut y Erica, él se inclinaba a pensar que Ishimaki tenía razón acerca de la verdadera naturaleza de la

relación entre Okajima y Mayumi.

Sin embargo, había una cosa que era cierta: el amor de Okajima hacia Issō, su único hijo. Cuando le había confesado que quería dejar un legado para que su hijo se sintiera orgulloso, él no había dudado ni por un instante de que decía la verdad. Si Okajima realmente había cambiado de mentalidad, sin duda se lo debía por entero a Issō, que había pasado a sexto de primaria.

—Fíjate. —Cuando se detuvieron en un semáforo, Okajima le puso ante los ojos una instantánea que él no supo identificar al principio—. Es el piso de Haruko Fujimiya, ¿no te parece increíble?

Él abrió los ojos como platos.

Era un piso de una habitación, pero se podría confundir fácilmente con un pasillo o galería muy estrecho y pobremente iluminado flanqueado por pilas y pilas de lienzos, al fondo del cual podía verse una ventana que empezaba a la altura de la cintura y, junto a ésta, la silueta de un caballete.

—No sabía que los óleos se pudieran almacenar en horizontal —dijo él resaltando ese detalle porque estaba tan sorprendido que no se le ocurrió nada más.

—Supongo que no tenía más remedio. Después de todo, pintó más de ochocientos.

Él pisó el acelerador cuando la luz verde del semáforo empezó a parpadear. Ochocientos cuadros: en toda su vida no debía de haber visto tantos.

—¿Y cuántos años le llevó pintar todos esos cuadros?

—Llegó a Francia antes de cumplir los treinta, así que estuvo unos cuarenta años pintando.

Él silbó sorprendido.

—¿Y nunca se los enseñó a nadie?

—Era una artista de verdad: pintaba sin aspirar a obtener reconocimiento ni dinero a cambio de sus obras.

La frase de Okajima sonó tan ensayada que él no pudo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes?

—Según esa teoría, no hay ningún arquitecto que sea un verdadero

artista.

Okajima también rió.

—Nuestro trabajo no puede esconderse en una habitación. Además, si el cliente no paga no podemos construir nada.

—Se podría argumentar que un artista que no desea reconocimiento quizá no merezca ser considerado un artista.

—¿Te refieres a Haruko Fujimiya? —musitó Okajima.

—Hablaba en general.

—No —negó Okajima con rotundidad—, no es el caso de ella. Lo entenderás cuando veas los originales: Haruko Fujimiya era una verdadera artista.

—Hablas como si te hubieras enamorado de ella.

—¿Enamorado? —Okajima rió de nuevo, pero al cabo de un rato, como si hablara para sí, añadió—: No puedes dejar que una auténtica obra de arte viva en una caja; tendría que estar rodeada de la belleza que merece.

A través del retrovisor vio cómo el intermitente derecho del Prairie empezaba a parpadear y a Takeuchi despidiéndose con la mano como un niño pequeño.

Fingió no darse cuenta: estaba muy avergonzado por haber puesto en duda la transformación de Okajima.

26

El emplazamiento previsto para la construcción del museo memorial en la ciudad de S estaba en el barrio de Okahira, una zona poblada de matorrales con suaves colinas onduladas al fondo. Les habían dicho que todo el terreno estaba cubierto de matas de nandina, pero de lejos parecía un gran descampado como cualquier otro. No era una mala ubicación. Al sur había un gran parque, con su carril bici, construido en torno a un lago natural. No había restaurantes, ni comercios aparte de una solitaria tienda de recuerdos. Al oeste, algunas casas dispersas salpicaban el paisaje y, más allá, varias excavadoras removían la tierra bajo una nube de humo negro en lo que parecían las obras de una urbanización. La zona se consideraba un suburbio de la ciudad de S, pero estaba a quince minutos en coche o veinte en autobús del centro de la ciudad.

—No pares, Aose.

—¿Qué pasa?

—Se nos han adelantado.

Él había empezado a aminorar la marcha al acercarse al lugar previsto para construir el memorial, pero aceleró de nuevo y pasó de largo porque un Porsche con matrícula de Tokio estaba aparcado en el arcén. Cerca había dos hombres; uno era alto y llevaba un bigotito, el otro tenía la cara redonda y gafas de montura amarilla. Hablaban entre ellos y señalaban el descampado cubierto de matorrales comparándolo con los papeles que tenían en las manos.

Aose aparcó un poco más adelante. Okajima se volvió para mirar a través de la luna trasera y dijo:

—El del bigote es Hatoyama.

Se trataba del experto en diseño museístico que Nose le había arrebatado a la agencia de Sasamura y había fichado como número tres de su oficina.

Aose también se volvió. Los dos tipos parecían estar terminando la visita. Observaron el amplio espacio con aire tranquilo y seguros de sí mismos, luego sacaron sendos pañuelos y empezaron a limpiarse los zapatos. Su actitud urbanita resultaba clamorosa.

—No importa —dijo Okajima volviéndose de nuevo hacia delante—. He oído decir que se afeitó el bigotito cuando viajó a Alemania para hacer un viaje de inspección, para que te hagas una idea de qué clase de hombre es.

Aose no respondió: atacar personalmente a Hatoyama no serviría de nada. Aquel encuentro inesperado con sus rivales había espoleado a Okajima, y la verdad es que a él le había ocurrido lo mismo. Ajustó el retrovisor y descubrió que los dos hombres aún no se habían ido.

—¿Tienes algún concepto en mente? —le preguntó a Okajima, que dejó escapar un bufido.

—Aún no. Me pondré a ello cuando haya visto algunos edificios que me sirvan de inspiración.

—¿Crees que eso te bastará para ganar?

—¿Insinúas que no puedo ganar?

—No te lo tomes a mal, pero si el plan es ponernos a comparar museos los expertos tendrán ventaja.

—No es un simple museo, es un memorial.

—A nivel técnico es lo mismo.

—¿Y qué me propones? —gruñó Okajima con mirada grave.

Aose meditó antes de hablar: sabía que no podía decir nada precipitado.

—Quieres decir que deberíamos quitarnos de la cabeza el concepto de «museo» tradicional, ¿verdad? —dijo Okajima respondiéndose a sí mismo.

Él respiró aliviado.

—Exacto: no deberíamos limitarnos a ideas preconcebidas o estereotipadas.

—¿Tienes alguna idea? —le preguntó Okajima, muy serio, inmediatamente después.

—Todavía no: no he estado nada inspirado —admitió él mirando al

frente.

Okajima chasqueó la lengua y él se volvió y descubrió que tenía los ojos clavados en el retrovisor. Aprovechó para echar un vistazo. Los de Arquitectos Nose los estaban mirando. Intercambiaron algunas palabras y luego empezaron a caminar despacio hacia el Citroën.

—Ya vienen, jefe.

—¡Qué remedio! Habrá que bajar a saludar.

Resignado, Okajima empujó la portezuela del pasajero.

Hatoyama se acercaba con una sonrisilla en los labios. Su compañero, el hombre de las gafas de montura amarilla, observaba el coche a través de sus cristales tintados. ¿Estaba calculando el precio del viejo Citroën o pretendía burlarse de la matrícula de Tokorozawa?

—Lo sabía. —Tras haber pronunciado aquella extraña salutación, Hatoyama sacó un tarjetero de aluminio como los que solía llevar la gente del sector.

Okajima, que no quería ser menos, abrió su tarjetero Lanvin. A pesar de lo mucho que le gustaba rumorear sobre Hatoyama, jamás se habían visto.

—Vaya, ¡el director en persona! —dijo Hatoyama—. Se ve que juegan en casa: si no damos lo mejor de nosotros, no tendremos la menor oportunidad. —Haciendo gala de una actitud tan serena como sarcástica, se volvió hacia Aose mientras los cuatro intercambiaban apretones de manos y tarjetas de visita—. ¡Caramba, el señor Aose! Creo que mi jefe y usted son viejos conocidos.

Aose ya había previsto algún comentario por el estilo. Fingiendo ignorancia, leyó la tarjeta de visita de Hatoyama.

—¡Ah, claro! Su jefe debe de ser el señor Nose.

—Se conocen, ¿verdad?

—Sí: trabajamos juntos en Akasaka.

—Creo haber visto algo suyo publicado hace poco. ¿Recuerdas dónde, Miyamoto?

—En la *Selección de doscientas casas de la era Heisei* —respondió Okajima antes de que el hombre de las gafas amarillas pudiera abrir la boca.

Aose reprimió una maldición.

—Eso es, en la *Selección*. El jefe le enseñó la casa del señor Aose a todo el mundo y dijo: «¡Debéis intentar diseñar una casa tan innovadora como ésta!» Nos comentó que usted era un viejo amigo suyo, y que la calidad del diseño no tenía nada que ver con el tamaño de la agencia. Sin ánimo de ofender, claro. La verdad es que mi jefe estaba entusiasmado.

La sonrisa de Okajima se endureció.

—Por cierto —prosiguió Hatoyama—, ¿cuánta gente tiene en su empresa?

Fue un golpe bajo: estaba claro que sabía la respuesta.

—Por ahora somos cinco —repuso Okajima.

—¿Cinco? ¿Y cuánta gente formará el equipo de este proyecto?

—Tenemos cinco empleados, así que todos estamos en el equipo.

—¿Los cinco? Vaya, eso es... como un pequeño grupo de élite.

—Espero que Nose se encuentre bien —intervino Aose incapaz de seguir callado.

—Sí, está perfectamente, y nuestros jóvenes arquitectos también están en plena forma. El jefe estaba un poco deprimido tras separarse de su novia de toda la vida, pero hace poco salió con nosotros por Ginza durante tres noches seguidas. De hecho, ayer por la noche... —El tipo siguió parloteando y los demás no tuvieron más remedio que escuchar el resto de la historia. Una vez logrado su objetivo, que no era otro que provocar a Okajima, ya ni siquiera se molestaba en dirigirse a él—. En fin, nosotros ya nos vamos. Le diré a mi jefe que nos hemos encontrado, señor Aose. Seguro que se alegrará, aunque sin duda pensará que, estando usted en el concurso, la batalla será más dura de lo esperado. En fin, ha sido una experiencia muy provechosa: siempre se aprende algo en las visitas de inspección.

Así terminó aquella reunión inopinada entre colegas de profesión en la que prácticamente sólo había hablado Hatoyama.

Okajima permaneció en silencio hasta que el Porsche se hubo alejado. Incluso más tarde, cuando el rugido de los tubos de escape ya se había extinguido, mantuvo la boca cerrada y se limitó a mirar

fijamente el descampado cubierto de vegetación donde se iba a edificar el museo memorial. Había sufrido una dura derrota en la escaramuza previa al combate: Hatoyama lo había pillado desprevenido y el dolor del anonimato lo había aplastado como una losa.

Aose se metió las manos en los bolsillos y esperó a que su jefe dijera algo.

—Tenemos opciones de ganar —musitó Okajima—: la familia de la artista nos respalda.

Abrió rápidamente la bolsa y sacó la fotografía que le había enseñado a Aose en el coche. Debajo había otra.

—Es la fachada del piso de Haruko Fujimiya visto desde la calle.

Él hizo una mueca involuntaria. La pared exterior era de ladrillos con una capa de mortero encima. Parecía un edificio en ruinas, devastado por la guerra y las inclemencias del tiempo. La mayor parte de la sucia argamasa gris se había desprendido y los ladrillos expuestos, de color marrón rojizo, estaban tan deteriorados que parecían a punto de desmoronarse. Había una única ventana en la pared, una ventana larga y vertical que parecía un agujero enorme y negro como el carbón. No se veía ni un solo cuadro de los más de ochocientos que había al otro lado. El óxido había carcomido por completo el marco metálico y había dibujado innumerables regueros rojinegros desde la ventana hasta el suelo.

Era allí donde Fujimiya había vivido y pintado. Con una sola fotografía era difícil hacerse a la idea, pero al superponer el interior y el exterior empezaba a revelarse el nivel de su determinación, de su compromiso: uno se convertía en testigo de la rigurosidad de su vida como pintora.

—La familia expresó su deseo de que fuera yo quien diseñara el memorial —aseguró Okajima mirando a lo lejos—. Tal vez fueran sólo palabras vacías. Fui el primero en visitarlos y, además, la ciudad de S es mi ciudad natal, pero la hermana de Haruko Fujimiya dijo claramente que ojalá fuera yo quien se encargara del diseño, que eso les complacería mucho.

Las dos fotografías eran la prueba de que Okajima no mentía: la

familia le había prometido que no existía ninguna copia y que no las enseñarían a las demás agencias, y él necesitaba creerlo.

La mirada de Aose se perdió en el cielo.

Sus sentimientos oscilaban de nuevo: si no se hubieran encontrado con Hatoyama, ¿Okajima le habría enseñado la segunda fotografía?

27

Aquella noche Aose tuvo una pesadilla.

Eran las tres de la madrugada cuando apartó el edredón respirando con dificultad y empapado en sudor.

Había soñado con Taut.

Estaba furioso. Tenía la cara roja... no, más bien marrón rojizo. Los cristales de sus gafas se habían empañado y echaba humo por la frente. Estaba de pie, con los diez dedos de sus nervudos pies clavados en el tatami del Senshin-tei y la cabeza inclinada hacia delante para no golpearse con el techo. Agitaba enérgicamente el dedo índice y abroncaba a alguien rugiendo como un animal. No se sabía quién era la otra persona, de quien sólo se veía la silueta tras las puertas correderas de papel. Seguro que no era Erica, porque ella estaba en el exterior del pabellón, mirando a su pareja con una expresión indescifrable, como en las fotografías que Aose había visto de ella.

¿Hablaba Taut en alemán, ruso, inglés o japonés? Ni idea. Las palabras se mezclaban con los bramidos, de modo que lo que decía resultaba incomprensible. Lo único claro es que estaba muy enfadado. Rugía como un volcán en erupción escupiendo lava sin parar mientras abroncaba a la sombra agazapada tras la puerta de forma despiadada, continua e interminable.

Fue una pesadilla horrible. Al despertar, el miedo seguía reverberando en su interior, resistiéndose a abandonar sus cinco sentidos pese a que sabía que sólo había sido un sueño. Era como si la ira de Taut continuara en un mundo contiguo, renaciendo una y otra vez en una especie de infierno eterno.

Estuvo un rato aturdido, sin poder moverse de la cama. Era difícil relacionar el sueño con la realidad porque su contenido era demasiado extraño para interpretarlo. Lo cierto es que la víspera había abandonado su ritual de los últimos días y apagado las luces sin haber

leído los libros de Taut: quería centrarse en Haruko Fujimiya y despejar la mente para que la imagen de su memorial surgiera en la oscuridad. Pero Okajima se había inmiscuido en sus pensamientos (desde que la empresa había sido seleccionada para el concurso, le preocupaba más que nunca lo que decía o hacía su jefe). En cualquier caso, no estaba de humor para sumergirse en elevados principios arquitectónicos. Sólo faltaban tres días para que visitara la Villa Hyūga. Si hubiera tenido que explicar por qué había soñado con el arquitecto alemán, no tendría más remedio que mencionar su próximo viaje.

Se sentía como un colegial antes de una excursión.

Salió del dormitorio y se dirigió al baño quitándose la camiseta, que tenía pegada al cuerpo. Tendría más sentido haber soñado con Yukari, pues se había quedado dormido pensando en Nose, su enemigo imaginario, y en que, cuanta menos información tuviera sobre él, mejor. Si no tenía idea de qué era de su vida, no podía considerarlo un verdadero enemigo. Pero Hatoyama le había contado que había elogiado la Residencia Y, que se había separado de su novia y que había salido de juerga por Ginza. Nada de eso tenía sentido para él, pero si lo combinaba con la información que tenía sobre Yukari adquiría un significado completamente distinto.

Mientras se duchaba, cerró los ojos más tiempo de lo habitual.

Fue en una fiesta para celebrar el setenta cumpleaños de una destacada figura del mundo de la arquitectura. Nose estaba de pie junto a él y Yukari, vestida de noche, pasó por delante. Ése fue el principio de todo. Ambos se enamoraron en el acto. Como reaccionaron simultáneamente, no hubo tiempo para trucos ni sutilezas que le permitieran a uno de ellos postularse como favorito y parecer más atractivo que el otro. A Yukari debió de divertirla que dos hombres le tiraran los tejos de forma tan evidente y persistente. Al parecer, Nose la llamaba por teléfono todas las noches. Al principio ella no quería quedar a solas con ninguno de los dos, así que los tres solían coincidir en fiestas del mundillo de la arquitectura y el diseño. Como resultado, acabaron formando parte de un grupo de jóvenes que salían juntos con regularidad. A pesar de su pacto de caballeros, Nose siempre hablaba

con Yukari el doble que él. A veces, cuando conversaban, ella mencionaba su nombre y a él le hervía la sangre. Se sentía en desventaja; no desde el punto de vista físico (el jefe de la oficina solía burlarse de ellos diciendo que parecían gemelos), ni desde luego profesional (aunque trabajaban en campos distintos, consideraba que tenían un nivel similar); el problema era que, a diferencia de él, Nose tenía una personalidad extraordinariamente alegre y positiva. A pesar de su corta edad, era un gran conversador: podía hablar tanto de arquitectura como de diseño industrial, teatro, cine, música clásica y subculturas como el manga y el ocultismo, siempre de la forma más amena. Además, su fascinación por Yukari lo llevaba a estar siempre pendiente de ella: cuando descubrió que le gustaba el ganchillo, se compró un montón de libros y los leyó todos; averiguó que su comida favorita eran los pastelitos de arroz con pasta de judías y llegó a viajar kilómetros para comprárselos... El caso es que él lo tenía todo en contra. De hecho, hubo un momento en el que notó que los sentimientos de Yukari se inclinaban irremediablemente hacia Nose.

Fue entonces cuando decidió hablarle a Yukari de su pasado nómada: era su último recurso. Convirtió su crianza, de la que a menudo se sentía avergonzado, en un arma para derrotar a Nose y en una historia de fantasía que la deslumbró. ¿Para qué servía el pasado si no? Intercambió por una mujer todos los años que había pasado sin poder ir al cine, al teatro o a conciertos y aquel largo viaje que lo había llevado a vivir entre montañas, bosques, pájaros y flores.

A decir verdad, aquel momento de inflexión flotaba en su memoria envuelto en una nebulosa: no recordaba que Yukari le hubiera preguntado por sus orígenes, lo que hacía suponer que fue él quien sacó el tema de forma espontánea, igual que había hecho hacía poco con Hinako. Lo que sí recordaba era que, al igual que Hinako, Yukari había escuchado su larga historia sin interrumpirlo ni una sola vez.

Aquello cambió las tornas. Poco después, tras su primera cita a solas, ella redescubrió el término «ornitología» y empezó a referirse a él como si fuera un pájaro, diciendo cosas como: «Está claro que tú no lo entenderías, Aose, porque eres un espécimen ornitológico», o: «¿Así es

como funciona la mente de un ave?» Era su forma de comunicar lo que le daba vergüenza expresar abiertamente: que quería que él fuera alguien especial para ella. Por entonces debía de haber empezado a germinar en su corazón la semilla de su sueño: construir una casa de madera para ambos. Si la distancia entre ellos se había acortado tan rápidamente entonces, había sido porque ella confiaba en que su mundo era compatible con el de él.

Pero Nose no se dio por vencido: al ver que ella no le cogía el teléfono, empezó a escribirle cartas. Reservaba dos entradas para los conciertos y musicales, e insistía en sentarse junto a ella cuando quedaban a tomar algo con el grupo aunque tuviera que obligar a los demás a hacerle un hueco. Hacía dos horas de cola para comprarle su pastel favorito y se lo entregaba con la sonrisa del hombre que cree en su capacidad para conseguir una victoria en el último minuto.

En realidad, toda la vida de Nose, tanto la pública como la privada, se regía por ese mismo principio: «No dejes escapar nunca una oportunidad.» Por eso, él tuvo que cortar de raíz todas las oportunidades y proponerle matrimonio a Yukari. Muchas noches ya dormían juntos en su piso o en el de ella, pero no estaba seguro de que Yukari pensara en el matrimonio, pues parecía muy centrada en su carrera. «¿Qué tal si nos casamos?», le soltó un día mientras fregaban los platos uno al lado del otro, sin siquiera mirarla a la cara. Ella dejó de lavar, se volvió con gesto de incredulidad y le preguntó: «¿Qué has dicho?» «He dicho que podríamos casarnos.» «¿Es una propuesta de matrimonio?» «Sí.» «Pero yo soy humana, no un pájaro, ¿estás seguro de que quieres casarte conmigo?» Él nunca se había reído tanto. Yukari, por su parte, se deslizó hasta el suelo y se sentó a llorar de alegría.

Se dirigió al balcón con una lata de cerveza en la mano. No se sentía culpable porque no sería la segunda del día anterior, sino la primera del siguiente, pero al salir comprobó que, pese a que las luces de la ciudad habían desaparecido ya, en el cielo, que parecía una pizarra mal borrada, no había la menor indicación de que el amanecer se acercara.

«¡Enhorabuena!», le dijo Nose sonriente, y le tendió la mano para estrechársela. Él le correspondió sonriendo también, pero el apretón fue

tan fuerte que le borró la sonrisa. No recordaba haber visto qué cara ponía Nose. Tal vez no lo miró por compasión, o quizá había bloqueado el recuerdo, del mismo modo que no recordaba la historia exacta que le había contado a Yukari sobre su pasado nómada. Debía de tener la expresión de quien no consigue comprender cómo es que ha perdido: seguro que, al contrario que Yukari, era incapaz de imaginárselo transformado en un pájaro que batía alegremente las alas.

«Creo que Nose no volverá a escuchar con gusto el canto de los pájaros», le había comentado a ella.

Desde entonces tenía, respecto de ese hombre, un sentimiento de culpa que no le permitía borrarlo por completo de su vida. Sabía que tenía buen corazón y, por tanto, no podía descartar que algún día acabara conquistando a Yukari. ¿Qué habría sentido cuando se enteró de que habían roto? ¿La habría visto después del divorcio?

Volvió a la cama, pero no pudo conciliar el sueño: ni siquiera un espacio aún más oscuro que el cielo nocturno podía ofrecerle refugio a su mente. Lejos de desaparecer, la sensación ante la ira de Taut había vuelto con más nitidez y detalle. No podía evitar pensar que era él quien estaba detrás del *shoji.* ¿Lo estaba castigando Taut por eludirlo durante sus estudios? ¿Significaba que su piso iba a convertirse en su propio infierno eterno, habiendo sido condenado a repetir esas noches de insomnio por el delito de haberse transformado en pájaro? ¿O más bien por el delito de haber dejado escapar la felicidad?

«Menos mal que no nos hicimos la casa», pensó, y cerró fuertemente los ojos.

Pero la cólera de Taut no se aplacaba, así que le pidió ayuda a Erica. De algún modo sabía que ella era la única que podía apaciguar al arquitecto.

28

10 de mayo.

Aunque fuera el último día de la Semana Dorada, la estación de Tokio estaba tan concurrida como de costumbre. Los numerosos grupos escolares que iban de excursión se movían como bancos de peces por las instalaciones. Aose subió al tren bala de las 9.56h tratando de recordar cuándo había sido la última vez que había estado en Atami. Había reservado lugar pero, sorprendentemente, el vagón estaba vacío. Desde algunos asientos aquí y allá asomaban al pasillo las piernas cruzadas de los hombres de negocios, visiblemente relajados.

Sacó una carpeta de la bandolera y la abrió sobre la mesa que tenía delante. Contenía varios planos y artículos sobre la ampliación de la antigua Villa Hyūga diseñada por Bruno Taut y concluida en 1936. Había sido Rihei Hyūga, un empresario con profundos conocimientos de arte y arquitectura, quien le había encargado el diseño. El edificio en sí se había terminado de construir años antes, así que, en realidad, su misión se limitaba a reformar el sótano. No parecía un trabajo digno de un arquitecto de fama mundial, pero era comprensible que el gobierno japonés de la época limitara sus posibilidades tras su deserción de la Alemania de Hitler. Por eso, durante su estancia en Japón sólo trabajó en dos proyectos arquitectónicos, y la reconstrucción de la Villa Hyūga fue su único diseño completo. Allí Taut proyectó un mundo subterráneo centrado en tres estancias: un salón social, un salón de estilo occidental y otro de estilo japonés.

Mientras hojeaba el material, le llamó la atención un documento que se titulaba «Instrucciones de seguridad», y que detallaba las precauciones que debían tomar los visitantes de la mansión. Se lo había mandado por fax Ikezono, del periódico *J*, unos días antes. «Prohibido hacer fuego», leyó. «Prohibido golpear, tirar o rozar ningún objeto.» La lista resultaba bastante cargante pero, te gustara o no, te recordaba que

ibas a ver un valioso patrimonio cultural, lo que hacía más emocionante la visita.

Desde que leía libros sobre Taut todas las noches y reflexionaba sobre la profundidad de los pensamientos del arquitecto alemán hasta soñar con él, su interés había crecido hasta el punto de que no sólo lo admiraba, sino que incluso sentía cierta familiaridad con él. Aunque el objetivo de su visita fuera determinar el origen de la silla que había en la Residencia Y, no podía negar que estaba impaciente por explorar la Villa Hyūga; además, albergaba la secreta esperanza de que la obra de Taut le sirviera de inspiración para el proyecto del museo memorial.

El tren llegó puntual a Atami, y él bajó al andén y buscó a Ikezono con la mirada pensando que quizá hubiera viajado en el mismo tren, pero al parecer había tomado el siguiente, porque llegó al punto de encuentro un poco más tarde.

Ikezono lucía la misma sonrisa amistosa que el día en que se habían conocido en el templo Daruma-ji.

—Me alegro de volver a verlo —le dijo él.

—He tenido la suerte de tomar un tren que llegaba justo a la hora que habíamos acordado. ¿Usted ha venido en coche?

—He venido en el tren anterior: no quería hacerlo esperar.

—¡Ah, vaya! De haberlo sabido podríamos haber viajado juntos desde Tokio.

Él asintió con una sonrisa falsa: no quería que el periodista sospechara que lo había evitado a propósito.

—¿Vamos, pues? —propuso Ikezono.

—¿Podemos ir andando desde aquí?

—Sí. No es que sea un camino llano, pero sólo tardaremos cinco minutos.

Cruzaron la calle de la estación y se desviaron hacia una calle lateral que subía a una pequeña colina. Estaba flanqueada de tiendas de recuerdos y casas unifamiliares. Más adelante empezaba una cuesta mucho más pronunciada.

—Cuando lleguemos le presentaré a Kasahara, un periodista de un diario local que es muy amigo mío —dijo Ikezono mientras caminaban

—. Me acaba de llamar al móvil para decirme que un equipo de la Universidad de T lleva una media hora dentro de la mansión. Están haciendo un estudio, así que no nos molestarán.

En la cima de la colina, el paisaje se abrió de repente y el mar azul se extendió ante ellos. Era la bahía de Sagami. Enfrente se intuía la brumosa silueta de la isla de Hatsushima.

—Por aquí —le indicó Ikezoko empezando a bajar unos escalones de piedra—. Confío en que pueda averiguar algo sobre la silla.

—Sí, claro —respondió vagamente él, que había olvidado por un instante su verdadera misión.

Al final de los escalones de piedra empezaba un camino que descendía suavemente. Ikezono le señaló la entrada a la villa y el pavimento de piedra. La casa estaba rodeada de ciruelos y arbustos en flor, y sus paredes blancas y el amplio portal de madera daban una sensación de antigüedad incluso de lejos. Era un edificio de madera de dos plantas. Aunque hubiera pertenecido a un rico empresario, no tenía un aspecto ostentoso. Sobre la puerta había un farol de papel tradicional y a un lado una escueta placa con el nombre de la empresa propietaria de la villa.

—Adelante, Aose. Tenemos el permiso de los dueños.

Él atravesó la puerta de madera de la entrada y notó un ligero descenso de la temperatura. El vestíbulo *genkan* estaba tenuemente iluminado y había cinco o seis pares de zapatos muy bien ordenados. El escalón de madera pulida que daba acceso a la vivienda era sólido, y se notaba la calidad del material a través de las plantas de los pies.

Pero el patrimonio arquitectónico que buscaban estaba debajo. Técnicamente hablando, se encontraba en el semisótano. La estructura de la Villa Hyūga es bastante inusual, puesto que está edificada sobre un terreno nivelado excavado en la ladera de una montaña y los jardines se asientan sobre una plataforma artificial de hormigón armado que asoma hacia el mar. Taut construyó su anexo aprovechando el espacio abierto bajo esa plataforma, un semisótano con unas condiciones arquitectónicas únicas: abierto al mar y cerrado a la ladera de la montaña. Los techos, suelos, paredes y estructura de

hormigón que formaban aquella zona semisubterránea ya existían, por lo que su diseño podría describirse más bien como una reconstrucción, y no como una ampliación. En otras palabras, creó un espacio, no un edificio, o al menos así lo interpretaba él.

—¿Bajamos? —propuso Ikezono.

—Sí.

Inmediatamente a su izquierda estaba la escalera que conducía al nivel inferior, construido hacía casi setenta años. Se adelantó y empezó a bajar seguido de Ikezono, que parecía un poco nervioso. La escalera, de unos veinte peldaños, era bastante empinada. Por suerte, los peldaños estaban en buen estado y soportaban el peso de un hombre adulto sin crujir.

El primer elemento del diseño de Taut era el pasamanos de bambú, y pronto quedaba claro que la selección de ese material no había sido una mera ocurrencia: las paredes del pasillo al pie de la escalera estaban completamente revestidas de finas ramitas de bambú, y el espacio entre el pasillo y la habitación contigua tenía una estructura decorativa parecida a una celosía de esa misma madera.

Más adelante, el bambú seguía siendo el hilo conductor: desde el vestíbulo se accedía al llamado «salón social» mediante una escalera con forma de sector circular (es decir, parecida a una de las porciones que resultan de cortar un pastel redondo en cuatro partes iguales) cuya barandilla era también de bambú. Además, cuatro troncos delgados se habían curvado y unido para crear el borde redondeado del «pastel».

Varias bombillas desnudas colgaban alineadas de unas varas horizontales de bambú suspendidas del techo, y el cable de cada una estaba decorado con hilos en forma de cadena de bambú trenzado.

«Qué atención al detalle», pensó él.

—A Taut le fascinaba el bambú —dijo Ikezono en tono didáctico—. ¿Le había comentado que cuando vivía en Takasaki se interesó por las artesanías tradicionales de este material? Incluso ideó una lámpara de escritorio de bambú. Está claro que le interesaba estudiar las propiedades de esta madera en particular y sus posibilidades como símbolo de la belleza japonesa.

Sin duda, la reiteración de ese material utilizado de mil maneras ingeniosas era lo primero que llamaba la atención de cualquiera que se adentraba en aquel espacio subterráneo.

Al ver que Aose guardaba silencio, Ikezono lo dejó a sus anchas y se dirigió hacia unos hombres que estaban conversando en la sala de estilo japonés al fondo de la villa.

Aose lanzó un suspiro y se puso a inspeccionar el salón social. Debía de tener más de veinte tatamis de superficie y las paredes estaban acabadas con una capa de yeso de color crema. Según había leído, en su momento allí había mesas de ping-pong y de billar, pero ahora estaba vacío. Volvió a contemplar las bombillas desnudas. Debía de haber entre cincuenta y cien, colgadas de soportes de bambú que formaban dos hileras que se extendían hacia el salón contiguo. Mirando con más atención, notó que esas hileras no eran precisamente rectas, y que las cuerdas eran de distintas longitudes. No podía ser una casualidad: tal vez pretendían evocar las olas del mar. En todo caso, él tenía la sensación de haber caído en algún tipo de truco ingenioso: toda esa puesta en escena le recordaba un festival de verano de un templo al que su padre lo había llevado de niño.

Se encaminó hacia la sala contigua, el «salón occidental». Nada más entrar, a la izquierda había un tresillo colocado ante un amplio ventanal que daba al mar y, a la derecha, cinco escalones que ocupaban buena parte de la sala conducían a una plataforma elevada, el llamado «nivel superior del salón occidental», que se cerraba con la pared del fondo. Al subir los escalones lo invadió una sensación de euforia, como si fuera un niño subiendo al escenario de una obra de teatro escolar. El nivel superior era un tanto peculiar, ni ancho ni estrecho. Las paredes estaban cubiertas con una tela sedosa de color granate y en el techo había una especie de tragaluz. Se dio la vuelta y, a través del ventanal, pudo ver la bahía de Sagami: la elevación era un truco para obtener una vista completa del océano, pues desde los sofás quedaba ligeramente obstruida por la arboleda.

Desde el punto de vista arquitectónico, no era difícil imaginar que aquel «nivel superior» se había concebido como una solución a las

adversas condiciones existentes: debido a la pendiente del acantilado, había una diferencia de altura de más o menos un metro entre el lado cerrado a la montaña y el lado abierto al mar; por eso, Taut había tenido que idear una forma de salvar el desnivel para obtener un único espacio interior. Resolvió el problema construyendo una estructura escalonada terriblemente atrevida que podría describirse como un mueble gigante. Es más, aprovechó las condiciones desfavorables y convirtió el espacio en una gigantesca «silla escalera» que podía acoger a un gran número de invitados y permitía que disfrutaran simultáneamente de las vistas al mar.

La habitación adyacente, de estilo japonés, tenía una estructura similar. El nivel superior, de unos tres tatamis, era al mismo tiempo un estudio y un mirador que asomaba a la bahía de Sagami. Los peldaños estaban pintados de un marrón rojizo, a juego con los pilares y dinteles. Aose pensó que ya había visto antes aquel tono y sintió un pinchazo de tensión en la nuca al recordar dónde: en la cara de Taut. El color de la cara enfurecida que se le había aparecido en sueños era exactamente aquel rojo parduzco.

—Disculpe, Aose.

Dio un respingo y, al volverse, se encontró con Ikezono. A su lado había un hombre bajo y fornido de mediana edad que le ofreció su tarjeta de visita. Se llamaba Kasahara, y era el periodista de la Sección de Artes y Ciencias del periódico local *A* de quien le había hablado Ikezono. Tenía el gesto de alguien que casi siempre está de mal humor.

—¿Qué le ha parecido? —le preguntó a Aose—. Por favor, dígame su opinión sincera sobre lo que ha visto.

A él le molestó un poco que un hombre a quien acababa de conocer lo abordara de aquel modo tan brusco. Su sincera opinión era que se sentía un tanto «intoxicado» de Taut, pero se limitó a responder en el mismo tono que había usado el periodista:

—Resulta bastante agotador.

En realidad estaba exhausto.

—Dicen que Taut yuxtapone elementos modernos y japoneses; ¿qué opina al respecto? —insistió Kasahara, pero él no abrió la boca.

Sentía admiración por el arquitecto alemán, pero no le apetecía admitirlo ante un desconocido. Estaba seguro de que ni siquiera Taut le habría exigido una reacción tan inmediata. «Tómese su tiempo y piénselo bien», le habría dicho.

—Taut se refería a las tres habitaciones con nombres de músicos —intervino Ikezono uniéndose a la conversación—: el salón social era Beethoven; el salón occidental, Mozart; y el salón japonés, Bach.

—Me parece que era una forma metafórica de describir la acústica de cada uno de los ambientes, no tanto una referencia a esos músicos en sí —replicó Kasahara con seriedad.

—Sí, sí, claro; eso es lo que he querido decir —convino Ikezono sin implicarse mucho en el asunto.

Por un momento Aose había creído que Ikezono quería echarle una mano ayudándole a desviar la conversación, pero se equivocaba: su intención era más bien provocar esa conversación. A esas alturas, sin embargo, Kasahara ya no quería hacerle más preguntas y se volvió hacia su colega.

—Yo creo que hay que ser muy claros en esto para no dar lugar a falsas interpretaciones: ninguno de estos salones tiene nada que ver con Bach, ni con Mozart ni con Beethoven.

—Pues yo he leído que sí —repuso Ikezono con convicción.

—¿Y te lo crees? Yo digo que no es cierto. Taut sólo dijo que le había dado a cada estancia su propio ritmo, y eso puede entenderse como que su intención, al fin y al cabo, era crear tres habitaciones distintas que, sin embargo, pertenecían al mismo género, de igual modo que Bach, Mozart y Beethoven hacían música diferente que era posible englobar en la música clásica. Eso es lo que se entiende por «yuxtaposición», ¿no? Aunque yo prefiero utilizar el término «fusión».

Hasta hacía poco, Aose se habría sentido como un completo ignorante delante de esa conversación, pero gracias a sus recientes (y amplias) lecturas entendía casi todo lo que decían los dos periodistas.

—Esta última teoría me parece demasiado arriesgada, Kasahara. Es una mera suposición, no puedes afirmar que sea cierta.

—¿Una «mera suposición», dices? ¿«Arriesgada»? ¿Dónde está el

riesgo? Eso me hace enfadar. ¿Se te ocurre otra forma mejor de ejemplificar lo que significa el término «fusión» que el intento de modernizar el estilo japonés? ¡Y eso es ni más ni menos lo que ocurre en esta villa! Taut lo hizo en cada una de las tres estancias y luego en el conjunto del espacio. Su obsesión por el bambú no puede explicarse simplemente diciendo que se enamoró del material, ¿verdad?

—Claro, claro: quieres decir que creó una especie de *nouveau Japan*, un nuevo estilo que se puede apreciar en todo el espacio, ¿no?

—¡Es evidente! Él mismo dijo que quería crear algo que fuera solemne y clásico incorporando un toque zen. En lugar de pensar en términos de música, creo que sería más apropiado hablar de ese espíritu zen.

—Sí, a mí también me gusta eso del zen. Es como si no le bastara con mostrar su amor por la cultura japonesa y hubiera querido expresar su gratitud hacia nuestro pueblo.

—En ese caso, nosotros tendríamos que sentirnos agradecidos con la Villa Imperial de Katsura por haber conseguido que Taut se enamorara del país. En fin, que estoy de acuerdo contigo en ese punto; al menos me gusta creer que se sentía agradecido.

Aose contuvo la risa. Kasahara le había parecido bastante grosero al principio, pero puede que fuera un buen tipo después de todo.

«Amo la cultura japonesa.»

Se acordó de la inscripción grabada en el monumento de piedra del Senshin-tei: la bendición de Taut a la cultura japonesa, considerada importante en su momento, pero que después de la Segunda Guerra Mundial había caído en el olvido. Los valores en los que esa cultura se fundaba estaban en peligro de extinción, ahogados por el bullicio ensordecedor de la occidentalización y la priorización de la eficiencia económica; sin embargo, que una vez hubiera recibido los elogios de un extranjero del nivel de Bruno Taut seguía dándoles a los japoneses motivos y confianza para alzar la voz a favor del redescubrimiento de la estética japonesa tradicional: no se podía ignorar a Taut como él mismo había hecho durante tantos años, igual que había ninguneado repetidamente la cultura japonesa en sus propios diseños.

Levantó la vista y contempló el espacio que conformaban las tres estancias, desde el salón de estilo japonés hasta el salón social. La coincidencia con el marrón rojizo de la cara de Taut en sus pesadillas era sólo eso, pura coincidencia. Lo sabía porque aquel espacio invitaba a la serenidad y no tenía nada que ver con la ira.

La villa era su legado en Japón: en otoño de 1936, apenas un mes después de haber terminado la reforma que le habían encomendado, abandonó el país para pasar los últimos años de su carrera en Turquía, como asesor del gobierno.

No obstante, apenas dos años más tarde, Erica, su pareja, acudió al templo Daruma-ji para entregar su máscara mortuoria. ¿Significaba eso que el alma de Taut había regresado al lugar en el que le habría gustado quedarse cuando estaba vivo? Lo cierto era que debía de haber fruncido el ceño ante los acontecimientos políticos de aquella época en Japón. En 1933 se produjo el intento de golpe de Estado conocido como el Incidente del 26 de febrero y el país se militarizó rápidamente. Era imposible que alguien que se había visto obligado a huir al exilio por culpa de la militarización de su propio país, se quedara como si nada. Justo ese día escribió en su diario: «El paisaje nevado del monte Shorinzan tiene dos colores: blanco y negro. En Tokio, sin embargo, se le ha añadido el rojo; con lo que los colores son tres: negro, blanco y rojo.» Aquella sobria descripción sugiere un intento de observar los acontecimientos desde una posición neutral, pero al mismo tiempo parece reflejar su estado de ánimo. La entrada concluye con esta reflexión: «En cualquier caso, da la impresión de que la guerra está dando pasos de gigante bajo el disfraz de una "situación de emergencia".»

Sin duda, la invitación del gobierno turco que lo hizo abandonar el país tenía que ver con sus ansias de retomar su trabajo como arquitecto, ¿pero era ésa la única razón de su partida?

Él sospechaba que Taut sentía la necesidad de huir de Japón. Aun así, las relaciones entre Turquía y Alemania no eran malas en aquella época, por lo que debió de temer que tuviera que exiliarse por segunda o incluso por tercera vez: probablemente no tuvo ni un instante de paz

en los últimos años de su vida, y sin embargo...

En el conjunto que formaban las tres estancias del semisótano de la villa no había el menor atisbo de miedo o frustración, mucho menos de ira; no había sino determinación: la firme voluntad de dejar algo tras de sí, de legar su obra a Japón. Y ésa era la razón por la que aquel espacio había sido cuidadosamente conservado durante más de setenta años.

Recordó lo que él mismo sentía al principio cada vez que dibujaba unos planos pensando en que esos trazos más tarde se convertirían en algo concreto situado en un lugar determinado. No había nada comparable a esa emoción que hacía que el corazón le latiera más deprisa: idear un diseño nuevo. Pero nunca se le ocurrió pensar que esos edificios acabarían desapareciendo. Y sin embargo así fue: en menos de una década, muchos de los locales comerciales que había diseñado habían sido demolidos, reformados o repintados con colores ridículos. No obstante, él tenía que centrarse en crear: no podía entretenerse mirando atrás.

—Es como si alguien lo hubiese advertido de que debía dejar un legado —comentó al fin, y tanto Kasahara como Ikezono asintieron, contentos con su respuesta. Entonces fue él quien preguntó—: Señor Kasahara, ¿hay alguna novedad en el proyecto de la ciudad de Atami para preservar este lugar?

El otro le respondió con una voz alegre que no tenía nada que ver con su brusquedad inicial:

—Sí, sí: todo va viento en popa. Un filántropo de Tokio donará a la ciudad el dinero para comprar la villa con la condición de que se conserve.

—Es una buena noticia.

—Por cierto, señor Aose —terció Ikezono como si acabara de acordarse—, ¿qué hay de la silla?

Él ya se esperaba esa pregunta, de modo que contestó de inmediato:

—No he encontrado lo que buscaba.

Había sillas por todas partes. Encontró varias alineadas al fondo del vestíbulo, a lo largo de la pared del salón social y en el nivel superior

del salón occidental, pero sin necesidad de acercarse supo que eran distintas de la que había en la Residencia Y. Le daba curiosidad saber en cuál de ellas se había sentado Okajima, pero en realidad no confiaba en que el misterio se resolviera allí, así que no estaba decepcionado.

—Si no recuerdo mal, su colega le dijo que se había sentado en una silla similar en esta villa, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Puede que esté en el almacén.

—Claro. Si de camino a la salida vemos a algún conserje, podría preguntárselo.

—Cierto —apuntó Kasahara—: Ikezono me había dicho que estaba investigando las sillas. ¿Tiene alguna foto que pueda enseñarme?

Él asintió y buscó en la bandolera las fotos que llevaba de la silla. Tan pronto como las vio, Kasahara reprimió una exclamación de sorpresa.

—¡Conozco esta silla! Estoy seguro de que es la misma que yo he visto.

—¿De veras? —preguntó Ikezono intrigado, mirando a su alrededor —. ¿Dónde está?

—No, no está aquí, sino en un restaurante de fideos de Kamitaga.

—¡Ah, sí! ¿Te refieres al conjunto de comedor del que me hablaste el otro día? —recordó Ikezono.

—Exacto. Es muy parecida; de hecho, yo diría que es idéntica.

Lejos de compartir el entusiasmo de los otros dos, Aose parecía más bien desconcertado. En primer lugar, porque era el segundo restaurante de fideos que entraba en escena en su investigación, y en segundo porque, aunque Kasahara parecía un tipo decente, sus repentinos cambios de personalidad le inspiraban muy poca confianza.

29

La bahía de Sagami brillaba bajo la luz del sol.

Los tres hombres salieron de la Villa Hyūga y tomaron un taxi hacia Kamitaga, que se encontraba a unos quince minutos en coche.

—Hace unos siete años publiqué un artículo sobre ese restaurante de fideos en otro diario local —comenzó Kasahara rascándose la cabeza—. Antes era una villa que también pertenecía a la familia Hyūga, pero si nos remontamos aún más en el tiempo descubrimos que originalmente tenía otro propietario y estaba ubicada en otro lugar. En 1935 el señor Hyūga la compró, la hizo desmantelar para trasladarla a Kamitaga y le pidió a Taut que supervisara su reconstrucción.

Aose empezó a sentir curiosidad.

Taut había aceptado y había alquilado una casa cerca del nuevo emplazamiento para instalarse allí con Erica durante el tiempo necesario. Luego él mismo había diseñado la mesa y las sillas para su casa de alquiler y le había encargado a un carpintero local que las construyera. El juego de comedor le gustó tanto al señor Hyūga que, cuando Taut regresó a Takasaki, él se lo llevó a su nueva villa. Desde entonces el edificio había cambiado varias veces de propietario, pero todos habían conservado el juego de comedor, que había ido pasando de mano en mano.

—Entonces la villa reubicada es ahora un restaurante de fideos... —resumió Aose, y Kasahara asintió.

—Exacto, desde hace unos veinticinco años, y hace siete, después de que la hija del actual dueño, que entonces estudiaba secundaria, presentara un trabajo titulado *Mi casa y Bruno Taut* como parte del proyecto de investigación libre que llevó a cabo durante las vacaciones de verano, yo publiqué mi propio artículo sobre el tema.

—¿Y usted ha visto la mesa y las sillas?

—Sí claro: visité a la familia para escribir un artículo de seguimiento

y...

—Pero sabías desde mucho antes que ese juego de comedor existía, ¿no es cierto? —intervino Ikezono como si quisiera animar a su colega a dejar de lado la modestia.

—Pues sí —admitió el otro—. Taut anotó en su diario que había encargado un juego de comedor en Kamitaga, lo que pasa es que no me parecía una historia sobre la que urgiera escribir alguna cosa.

—Y la hija del dueño se te adelantó al presentar su proyecto de investigación.

—Pues sí; digamos que me ganó la exclusiva —dijo riendo el periodista.

Antes de que Aose pudiera intervenir en la conversación, el taxi se detuvo en un aparcamiento frente al edificio.

El restaurante se encontraba en pleno servicio, pero el dueño, un hombre de rostro amable, reconoció a Kasahara y los condujo amablemente a la parte trasera del establecimiento. Según les dijo, la mesa y las sillas solían estar guardadas, pero casualmente había recibido la llamada de un familiar que quería verlas, así que acababa de sacarlas del almacén.

—¡Qué suerte! —le susurró Ikezono al oído, pero él no tuvo tiempo de responderle.

Aquella historia era muy diferente a la que le había contado Okajima, según la cual las sillas se habían diseñado para la Villa Hyūga, pero, por más inverosímil que sonara, podía ser la auténtica.

Entraron en una habitación de estilo japonés de seis tatamis y él dio un respingo al ver una robusta mesa rectangular rodeada de seis sillas. Se acercó y retiró una de ellas. No hizo falta compararla con las fotografías: aquella silla y sus hermanas tenían exactamente la misma forma y factura que la de la Residencia Y.

—¿Son éstas? —preguntó Kasahara.

Aose se limitó a asentir con la cabeza.

Cogió la silla y le dio la vuelta para mirar debajo del asiento. Como era de esperar, no tenía el sello «Taut-Inoue», puesto que formaba parte de un conjunto que no se habían fabricado para la venta, sino para el

uso diario de Taut i Erica.

Se volvió y casi se dio de bruces con el dueño del restaurante, que lo miraba con cara de sorpresa y angustia.

—Perdón —dijo él, y después de inclinar la cabeza a manera de disculpa colocó la silla en su posición original—. ¿Le importa que me siente? —preguntó.

—Adelante.

Se sentó y enseguida lo invadió una oleada de familiaridad y nostalgia idéntica a la que había sentido al sentarse en la silla de la Residencia Y. Cerró los ojos y se imaginó de nuevo allí, en el dormitorio principal de la planta superior; incluso volvió a ver aquel ilimitado cielo azul.

Pero no: aquella silla tenía que ser diferente. Abrió los ojos y las contó de nuevo: había seis, y la mesa estaba construida a la medida exacta para acogerlas. No faltaba ninguna, lo que significaba que la de la Residencia Y no procedía de allí y, por tanto, debía de ser una copia de la silla original en la que estaba sentado.

—Entonces su silla es idéntica, pero no es original —concluyó Ikezono decepcionado.

—De todos modos —intervino Kasahara—, la silla del señor Aose no sería una copia de una de las sillas que Taut diseñó para venderlas, sino de una que, después de que Taut y Erica la usaran brevemente, no ha salido de aquí durante los últimos setenta años.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo entiendes? Cualquier artesano que hiciera la copia habría tenido que venir a este lugar para examinar a fondo las sillas auténticas.

—Brillante, ¡sí señor! Pero ¿qué hacemos ahora? ¿Investigar a toda la gente que ha estado en este edificio? ¡Han pasado setenta años! La silla de la fotografía del señor Aose parece bastante antigua, pero es imposible saber en qué momento exacto se fabricó: ¡no hay manera de comprobar si tiene cincuenta o sesenta años!

—O incluso setenta —apuntó él levantándose. Mientras escuchaba la conversación entre los dos periodistas, se preguntaba si era posible que

hubiera siete sillas originales en lugar de seis—. ¿Y si el carpintero que las construyó por encargo se hizo a escondidas una para él? Me niego a creer que la que yo había visto antes sea falsa: se parece demasiado a las demás.

Ikezono y Kasahara asintieron enérgicamente y dijeron al unísono:

—¡El carpintero!

—Puede que ya esté muerto, pero podríamos tratar de localizar a sus hijos o nietos... ¿Taut menciona su nombre en el diario?

Los dos hombres se miraron vacilantes. Fue Ikezono quien se atrevió a dar el primer paso.

—Verá... no creo que escribiera el nombre del carpintero.

—Pienso lo mismo —añadió Kasahara—. Es cierto que menciona a un carpintero llamado Sasaki relacionado con el proyecto de reconstrucción de la villa, pero no recuerdo que salga el nombre de la persona que le fabricó los muebles para su casa particular.

—¿Creen que es posible identificarlo? —preguntó él, y de inmediato se arrepintió: por mucho que quisiera contar con la ayuda de ambos periodistas, era demasiado arriesgado permitirles que profundizaran en el caso.

Ikezono reflexionaba.

—Sabemos que, durante las obras de reconstrucción, Taut alquiló una casa cercana al nuevo emplazamiento de la villa, por lo que debió de contratar a un carpintero de la zona, ¡el problema es que fue hace setenta años! —Luego, dirigiéndose al dueño del restaurante, añadió—: ¿Usted sabe algo?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, no conozco tantos detalles.

—Lo suponía. Entonces tendremos que pedirle a Kasahara que envíe a sus hordas a la batalla: él tiene la ventaja de jugar en casa.

Kasahara arrugó la frente y se cruzó de brazos. Parecía a punto de hacer algún comentario sobre la falta de descortesía o la mezquindad de Ikezono.

—No puedo pedirle algo así —se apresuró a decir Aose—. No se trata de un asunto importante: es sólo que tengo problemas para localizar a

un amigo.

Kasahara exhaló un suspiro de alivio, pero saltaba a la vista que seguía enfadado con Ikezono. Aose decidió que era el momento de ir al grano, se volvió hacia el dueño del restaurante y le hizo la pregunta que realmente lo había llevado ahí:

—¿Alguna vez ha venido a verlo un hombre llamado Touta Yoshino interesándose por las sillas?

—Sí, estuvo aquí.

Él se quedó mudo de asombro.

Había ido.

—¿Era un hombre bajito?

—Sí —repuso el dueño con voz ronca—. Lo recuerdo muy bien: vino un par años después de que saliera ese artículo sobre las sillas y me preguntó si podía verlas.

Aose estaba petrificado.

—Dijo que tenía raíces en Sendai —añadió el dueño del restaurante —. ¿Es el hombre al que se refiere?

—Su-supongo que sí...

—¡Parecía tan contento! Miró las sillas por todas partes; se sentó en una, igual que usted, y finalmente me explicó que tenía el plano de este modelo.

«Giro inesperado»: las dos palabras de esa expresión se le clavaron en el cerebro como flechas.

30

En el tren bala de vuelta a casa no tuvo más remedio que sentarse al lado de Ikezono, a pesar de que habría preferido estar a solas. Lo que había descubierto en el restaurante de fideos de Kamitaga era sorprendente: Touta Yoshino había estado allí, reveló que tenía raíces en Sendai y afirmó tener el plano de la silla de Taut. A medida que la historia se iba concretando y parecía avanzar hacia su desenlace, a él le resultaba más difícil seguir ocultándole a Ikezono la desaparición de los Yoshino. Mientras esperaban el tren en el andén ya había tenido que esquivar el primer golpe:

—¿Así que usted no sabía que su amigo Yoshino era de Sendai?

—Tenía entendido que era de Nagano, pero que «tuviera raíces» en Sendai no significa necesariamente que naciera allí, ¿verdad?

¿Había nacido en Sendai? No recordaba que Yoshino le hubiera hablado nunca de su ciudad natal, y si alguien que vive en Tokio no menciona de dónde es significa que es de Tokio, a menos que oculte deliberadamente sus orígenes. En todo caso, él tenía tan poca información personal sobre Yoshino que se ponía muy nervioso cada vez que Ikezono le preguntaba algo. Por otro lado, aquel periodista entusiasta de Taut que no paraba de darle nuevas pistas y sugerencias era sin duda una fuente de información inagotable sobre el misterio de la silla, que también sin duda estaba relacionado con la desaparición de la familia, e Ikezono podía ser un buen Watson, siempre y cuando no pisara ninguna mina terrestre.

—Qué lástima. Ojalá pudiéramos preguntarle a ese tal Yoshino por qué tiene el plano de la silla.

Él asintió: el dueño del restaurante había asegurado que se lo había preguntado, pero que Yoshino había esquivado la pregunta.

—Yoshino fue al restaurante hace unos cinco años, y el artículo sobre las sillas en el periódico local se publicó hace siete, ¿no? Es decir que

Yoshino fue al restaurante dos años después de la aparición del artículo.

—Sí, e imagino por qué tardó dos años en enterarse —dijo Ikezono —. La prensa de aquí no se vende en Tokio, pero un año y medio o dos después de que se publicara el artículo en el periódico local, una revista de arquitectura sacó un reportaje especial sobre Taut en el que se mencionaban las sillas de Kamitaga. Quizá el señor Yoshino lo leyera y decidiera ir al restaurante.

La explicación era plausible para Aose: el día en que fue a la Residencia Y y encontró la silla en la planta superior, se acordó vagamente de que había leído un artículo sobre las sillas de Taut; ¡él también debió de leerlo en la revista de arquitectura!

—Lo de Sendai es una gran pista —sugirió Ikezono mirándolo con entusiasmo.

—Taut también estuvo un tiempo en Sendai, ¿no? —repuso él, que había captado la insinuación al vuelo.

—Exacto. Veo que está bien informado. Fue antes de instalarse en el Senshin-tei de Takasaki. El antiguo Ministerio de Comercio e Industria tenía un centro de formación artesanal en Sendai, el Instituto Estatal de las Artes Aplicadas, que se había fundado en respuesta a la crisis financiera de los primeros años de la era Shōwa. Querían fomentar y promover la artesanía industrial para impulsar las exportaciones, así que invitaron a Taut, lo que resultó una gran suerte para ellos.

—¿Qué pretendían de él?

—Bueno, les interesaba como diseñador, desde luego, pero el objetivo último era que ayudara a cambiar la mentalidad del equipo. Al final propuso un audaz plan empresarial destinado a crear productos artesanales competitivos a escala internacional.

—Pero no estuvo mucho tiempo, ¿cierto?

Ikezono soltó una risita.

—¡Vaya, Aose! Ya veo que se está familiarizando con Taut.

—He leído mucho: usted me inspiró.

—¿Yo? —repuso Ikezono riendo alegremente—. Después de todo, es imposible evitar a Bruno Taut.

—Nunca fue mi intención evitarlo, pero, en fin, da igual. ¿Qué ocurrió después?

—Taut estuvo menos de cuatro meses en Sendai. Pese a que el equipo del instituto estaba de acuerdo con su propuesta, nadie hizo nada para cambiar las cosas ni parecían tener intención de hacerlo. Eso lo frustró.

Ikezono daba la impresión de estar avergonzado, como si se sintiera culpable de lo sucedido.

—¿Y sabe si diseñó sillas en Sendai?

El periodista asintió de inmediato.

—Además de escritorios y lámparas, trabajaban en prototipos de sillas y picaportes.

—¿Y él mismo diseñaba las sillas?

—Probablemente sí. Igual que en Kamitaga, él hacía el diseño y el equipo se encargaba de fabricarlas.

—Entonces es posible que las sillas que diseñó en Sendai y las del restaurante de fideos de Kamitaga se hicieran a partir del mismo plano.

Ikezono gruñó.

—Eso sería difícil de confirmar: el diseño de objetos artesanales no tiene nada que ver con los planos arquitectónicos. En muchos casos, Taut se limitó a dibujar un simple boceto a mano alzada y a anotar las dimensiones de cada pieza. Pero entiendo lo que quiere decir. No cuesta nada dar rienda suelta a la imaginación, ¿verdad? Pues sí: es posible que Taut propusiera esa silla mientras estaba en Sendai y que el personal del instituto no acertara a fabricarla correctamente; entonces, cuando llegó a Kamitaga se acordó y encargó a un hábil carpintero local que la construyera. ¿Por qué no?

—De ser así, el plano original se encontraría en el Instituto Estatal de las Artes Aplicadas de Sendai —dijo Aose con cierta esperanza, pero Ikezono negó con la cabeza.

—Por eso he dicho que no es fácil confirmarlo: en 1965 el instituto se disolvió para convertirse en un centro de investigación en tecnología industrial. En su momento no hablaron de disolución, sino de «reconversión», pero la cruda realidad es que dejó de existir.

—¿Y no se conservan archivos?

—Actualmente es la sede de la delegación del Instituto Nacional de Ciencia y Tecnología Industrial Avanzada del norte de Japón. Es difícil afirmarlo con seguridad, pero sin duda se perdieron muchísimas cosas, entre ellas buena parte de las contribuciones de Taut.

—En ese caso, ¿de dónde sacó Yoshino el plano de la silla?

—Lo más lógico sería pensar que algún antiguo empleado del Instituto de las Artes Aplicadas guardó los planos durante mucho tiempo y que el señor Yoshino se hizo con ellos de alguna manera.

—O tal vez su padre o su abuelo fueran miembros del instituto —apuntó él, e Ikezono asintió con vehemencia.

—También puede ser que los planos estuvieran en casa de Yoshino de buen principio. De hecho, creo que es lo más probable: muchos planos de Taut han aparecido de repente en los trasteros de casas de familias dedicadas durante generaciones a la carpintería o la ebanistería. ¿A qué se dedica el señor Yoshino? No será carpintero o ebanista, ¿verdad?

Él carraspeó antes de contestar:

—Es mayorista de productos de importación, aunque quizá no se haya dedicado a eso durante toda su vida.

—¿Y su padre o su abuelo?

—No lo sé: nunca me habló de su familia.

—Pues a lo mejor alguien de esa familia estaba relacionado con el instituto y... Vaya.

El teléfono móvil de Ikezono había empezado a vibrar; pidió disculpas y se levantó del asiento.

Él se tomó un momento para respirar. De repente, el traqueteo y las sacudidas del tren se hicieron más notorios. Ikezono y él iban por el mismo camino, pero con destinaciones distintas. Estaba claro que, a esas alturas, el periodista debía de estar muy intrigado pensando en quién sería ese tal Yoshino y por qué él estaba tan interesado en encontrarlo.

La verdad es que él también se lo preguntaba. De hecho, solamente sabía con certeza que le había vendido unos muebles importados a su casero de Tabata. Jamás le había hablado de su pasado, así que no tenía ni idea de si había crecido en una familia de carpinteros o

ebanistas.

¿Era cierto que tenía el plano de las sillas de Kamitaga? Y de ser así ¿lo había usado para construir la silla de la Residencia Y? Estaba claro que, incluso si se hubiera formado como carpintero, no podía haberla hecho él mismo: la silla era antigua, y él no era precisamente viejo. ¿La habían construido su padre o su abuelo? Pero ¿cuándo y dónde? Respecto a lo primero, él no creía que la silla de la Residencia Y fuera muy posterior a las otras; y, en cuanto a lo segundo, ¿podría haber sido en el Instituto Estatal de las Artes Aplicadas de Sendai? Quizá el padre o el abuelo de Yoshino trabajaran allí y hubieran recibido el plano del propio Taut, o tal vez construyeron la silla a partir del plano que el arquitecto dejó en el instituto tras su marcha. Eso explicaría por qué tanto la silla como el plano obraban en su poder. No era absurdo suponer que existían varias copias del plano, y quizá Taut, que era un hombre meticuloso y anotador, hubiera copiado en un cuaderno el diseño de la silla y más adelante se lo enseñara al ebanista de Kamitaga.

Contempló la puesta de sol a través de la ventanilla del tren.

En sus recuerdos Yoshino solía aparecer con una gran sonrisa, pero ahora no se lo imaginaba sonriendo. La afirmación de que era de Sendai proyectaba una sombra turbia sobre él: lo veía como el típico estafador que vive engañando a la gente, un sinvergüenza. Hasta hacía unas horas estaba seguro de que el resentimiento ante su falta de comunicación y el abandono de la casa había quedado atrás, y que sólo le importaba que él y su familia estuvieran bien, pero ahora, sin desearle ningún mal, se sentía profundamente engañado. Por mucho que retrocediera en el tiempo, siempre descubría una mentira. Yoshino había realizado un clásico número de desaparición y la Residencia Y había sido la jaula de la que se había esfumado. Quién sabe qué beneficios le reportaría aquel truco de magia, pero de algún modo había logrado su propósito: él se había quedado observando la jaula vacía y mirando a su alrededor, preguntándose cómo lo había hecho.

—Aose.

Abrió los ojos, vio la cara de Ikezono y, detrás, la del revisor. Sacó

rápidamente el billete del bolsillo y se lo dio a Ikezono, que se lo entregó al revisor junto con el suyo.

—Perdone —le dijo al periodista.

—No pasa nada. Parece cansado.

—No, es que... estaba «in-Taut-xicado».

—¿«In-Taut-xicado»?

—Sí: la Villa Hyūga se me ha subido a la cabeza.

—«In-Taut-xicado» por exceso de Villa Hyūga, ¿no? Es un bonito juego de palabras, ¿puedo usarlo?

—Faltaría más —respondió él, y notó un pinchazo en la nuca, rígida por la tensión.

—Verá... si no le importa, podría explorar por mi cuenta el hilo de Sendai —le propuso tímidamente Ikezono—. Tengo un contacto en el periódico local *M* que tiene bastante información sobre el tema y, además, la última vez que estuve allí también conocí a un investigador especializado en Taut.

—Es que... —empezó él, pero no terminó la frase.

—¿Le importaría?

—No, al contrario. Lo que pasa es que, como le he dicho a Kasahara, no quiero causarles más molestias.

—No será una molestia.

—¿No sería mejor que me presentara a ese experto en Taut?

En los ojos de Ikezono brilló un destello de decepción, pero sólo duró un instante.

—No hay problema. Buscaré su contacto en la base de datos del periódico y se lo enviaré.

—Gracias, eso me será de mucha ayuda.

—De todos modos, me gustaría acompañarlo cuando vaya a Sendai: si averiguáramos el origen y la historia de esa silla, podría escribir un artículo interesante.

Él sólo pudo asentir vagamente.

Las ventanillas del tren empezaron a oscurecerse mientras se dirigían a toda velocidad hacia Tokio, pero la Villa Hyuga seguía asomando en su mente, ajena a la polvareda que se había levantado en torno a la

silla de su creador.

31

Eran más de las ocho de la tarde cuando llegó a Tokorozawa y pasó por la oficina. Mayumi seguía allí, y también Takeuchi, con la espalda encorvada sobre el escritorio. Okajima e Ishimaki estaban en una gira de inspección desde el día anterior y aquella noche dormirían en Kofu. En la mesa reservada para el material del concurso había un montón de fotografías y documentos.

—¡Bienvenido de vuelta! —Mayumi parecía muy animada—. ¡Me siento como si acabara de dar a luz a un segundo hijo! —anunció. Al primero, Yūma, lo había dejado al cuidado de su madre.

Takeuchi tenía ojeras. Al parecer, desde que la agencia había sido nominada tenía unas décimas de fiebre y le costaba conciliar el sueño.

Como encargado de los ejemplos arquitectónicos nacionales, había seleccionado casi cien museos y monumentos conmemorativos que sus compañeros sometieron a votación y Okajima redujo a una docena.

La idea del jefe era visitarlos todos, pero, como no quería que su museo memorial se pareciera en ningún sentido a un museo convencional, se proponía visitar primero los ejemplos de ese tipo. Aose no mostró ninguna objeción; sin embargo, lo convenció de que se llevara a Nishikawa, el especialista en renders: en los concursos se valoraba el concepto y la presentación, pero también la calidad de los dibujos en perspectiva; si querían que Nishikawa dibujara algo que dejara boquiabierto al jurado, lo mejor sería que el jefe le abriera las puertas de sus procesos mentales durante la creación del concepto.

—¡Jo! Yo también quería ir...

Incluso en su forma de maldecir, Takeuchi seguía pareciendo un joven bien educado. Él le dio unas palmaditas en el hombro.

—No te quejes: aquí también se te pueden ocurrir buenas ideas. Sigue pensando, y tú también, Mayumi.

—¿Yo también? ¿Estás seguro?

—¡Pues claro! Has visto edificios de todo el mundo en la pantalla del ordenador. Simplemente confía en tu mente, que ha visto tantos diseños buenos y bonitos, e imagina qué tipo de museo te gustaría construir. Importa menos el conjunto que los detalles. Si se te ocurre alguna idea, escríbela o dibújala para inspirar al director.

—Tienes razón: cuantas más ideas, mejor, por muy raras que sean.

Mayumi estaba exultante, pero Takeuchi seguía claramente desanimado.

—Se me ocurren muchas cosas, pero... —Sobre el escritorio tenía abierto un grueso libro: *Historia de la ciudad de S.* Antes de irse, Okajima le había encargado que identificara cualquier acontecimiento suficientemente simbólico como para «ganarse el corazón de los ciudadanos».

Mayumi también tenía deberes: buscar documentos que narraran la vida de la clase obrera en la París de la posguerra.

—Es una buena idea profundizar en la historia de la ciudad de S. Apuesto a que a las agencias de Tokio no se les ocurrirá nada parecido.

—Yo también pienso que es buena idea, por eso he ido a la biblioteca esta mañana, pero he recibido una llamada y he tenido que volver: han retirado el permiso a la casa de Fukaya por el río.

—¿Hay problemas con los límites de la propiedad?

Era habitual que los departamentos locales de aguas y alcantarillado pusieran problemas cuando construían propiedades cerca de ríos o arroyos.

—No, no es eso. Ayer una patrulla del Ministerio de Territorio, Infraestructuras, Transporte y Turismo fue a la casa para comunicar a los dueños que el invernadero se encontraba en una zona fluvial.

—¿El invernadero?

—Es un río de clase A: una importante vía navegable protegida por el gobierno, por eso enviaron a alguien del ministerio. El problema no es la casa en sí, sino el invernadero. La casa está fuera de la zona fluvial, por supuesto, aunque se ve que el invernadero queda dentro. Fue un descuido nuestro, pero el cliente se asustó cuando le dijeron que había que quitarlo inmediatamente, así que he acabado yendo hoy a la

delegación del ministerio para negociar con ellos.

A Aose no lo sorprendió oír lo lejos que había llegado Takeuchi para intentar ayudar al cliente: su sueño era proporcionar viviendas de bajo coste a familias sin recursos de todo Japón, así que le gustaba ayudar a la gente y hacer del mundo un lugar mejor.

—¿Y has llegado a algún acuerdo?

—Más o menos. ¿sabes lo que me han pedido? Nada menos que un «plan de demolición» del invernadero. Es de risa, ¿no? ¿Alguna vez te habías topado con algo así?

—No, ¿un plan de demolición?

—Eso es: tuvimos que notificarles detalladamente cuántas personas, cuántas horas de trabajo y qué material se necesitarían para demoler el invernadero, teniendo en cuenta que, si el río rebasa cierto nivel según el puesto de observación situado un poco más arriba, tendremos que demoler bajo nuestra responsabilidad. He firmado también en tu nombre. Cuando llegue el momento te dejaré manejar la excavadora o lo que sea.

Aose se echó a reír.

—Yo también soy miembro del equipo de demolición —bromeó Mayumi mientras le ofrecía una taza de café.

—Mayumi tiene una fuerza sobrehumana, o sea que ella cuenta por dos.

—¡Qué bruto eres, Takeuchi! —dijo Mayumi fingiendo estar muy indignada, lo que, por supuesto, hizo sonreír a Takeuchi.

Aquella escena tan distendida, sin embargo, ponía de relieve una situación mucho menos placentera. Takeuchi había perdido medio día entre las gestiones y el plan, y eso que ya estaba sobrecargado de trabajo, haciendo horas extra por el asunto del concurso y supervisando algunas obras mientras Ishimaki estaba fuera haciendo visitas con Okajima.

Y Mayumi estaba en una situación similar: la pantalla de su ordenador mostraba un antiguo mapa de París, mientras que en su escritorio había varios libros de contabilidad, montones de facturas sin procesar y varios tableros con propuestas de decoración inacabadas.

Eso era lo que pasaba cuando una oficina con sólo cinco empleados participaba en un concurso importante. Por mucho que intentara ahuyentarlo, el rostro arrogante de Hatoyama se le presentaba en la mente con frecuencia.

«... eso es... como un pequeño grupo de élite.»

En un extremo de la mesa del concurso había un calendario que Mayumi había hecho a mano con la cuenta atrás. Llevaba el heroico título: «La guerra de los noventa días de la Agencia de Diseño Okajima», y mostraba el número 79 en rojo brillante. ¿Aguantarían aquel frenético ritmo de trabajo durante otros setenta y nueve días? Debajo del título, en unos diminutos caracteres redondeados que solamente se podían leer aguzando la vista, Mayumi había escrito: «Lo siento, Yūma», con un pequeño corazón dibujado al lado.

—¿Y tú, Aose, has tenido más suerte hoy? —le preguntó Takeuchi todavía con la sonrisa en la cara.

—¿A qué te refieres?

—¿No era hoy cuando ibas a la Villa Hyūga de Bruno Taut?

—Ah, sí.

—¿Y qué te ha parecido? ¿Has encontrado algo que puedas aprovechar para el museo memorial? —Okajima les habría dicho que el viaje a Atami era una visita de inspección—. La verdad es que Taut no me interesa mucho —continuó Takeuchi—: siempre me ha parecido bastante presuntuoso. A pesar de que sólo vivió unos años aquí, se jactaba de haber «redescubierto» la belleza del país.

Si Ikezono o Kasahara lo hubieran oído se habrían escandalizado; incluso él se sintió un poco ofendido.

—Pues a mí me da miedo pensar lo que habría pasado si Taut no hubiera venido a Japón —replicó a modo de pequeño contraataque al que Takeuchi reaccionó mostrándose exageradamente sorprendido.

—¿Miedo? Vaya, ¡pues eso es un gran cumplido! ¿Crees que la historia de la arquitectura japonesa sería distinta si Taut no hubiera estado nunca aquí?

—Sí, lo creo, ¿tú no?

—Bueno, quizá, pero...

—Hace setenta años Taut cambió la forma de ver las cosas en este país. Tal vez sólo un poco, pero no puedes negarlo.

—Eso no es propio de ti, Aose.

—¿El qué?

—Mostrar entusiasmo —dijo Takeuchi, y luego confesó—: Mayumi y yo siempre decimos que eres tan frío como Golgo 13, el asesino del manga.

—¡Yo nunca he dicho eso! —se apresuró a interrumpirlo Mayumi.

—¡Claro que sí! Y también dices que se parece a Ken Takakura.

—Es todo mentira —dijo ella—. Yo no tengo ni idea de quiénes son Golgo 13 y Ken Takakura, o como se llamen: ésas son cosas de Takeuchi.

Ambos intercambiaron una mirada y se echaron a reír. Justo entonces sonó el teléfono y Mayumi recobró la compostura de inmediato. Debía de pensar que sería una llamada de Okajima. Corrió hacia el escritorio y descolgó el auricular, pero enseguida le cambió la cara y arrugó la frente, extrañada.

Él también se había acercado al escritorio para pedirle que le pasara el teléfono si se trataba de Okajima.

—Espere un momento, por favor —le dijo Mayumi a su interlocutor, y se volvió con el auricular en la mano.

—Dice que es un periodista.

Él se imaginó que sería Ikezono, que había encontrado el contacto del experto en Taut de Sendai.

—Ya lo cojo yo —dijo, y le quitó el teléfono a Mayumi.

—Es que... —titubeó ella.

Él comprendió enseguida el motivo de su vacilación.

—¿El señor Akihiko Okajima? —preguntó una voz con un matiz más oscuro que la de Ikezono.

—El señor Okajima está de viaje, ¿de parte de quién?

—¿Cuándo estará de vuelta?

—Pues... —Consultó la pizarra: Okajima e Ishimaki tenían previsto regresar al día siguiente o al cabo de dos días a más tardar—. Si me deja su nombre y su número de teléfono, le pediré que se ponga en

contacto con usted.

Hubo una pausa incómoda, cuyo motivo también se reveló de inmediato.

—¿Seguro que usted no es el señor Okajima?

Él se apartó el auricular del oído. ¿Pensaba el tipo que estaba al otro lado de la línea que le estaba mintiendo? El recelo que transmitía su voz lo irritó.

—No, no soy Okajima; ¿y usted quién es?

—Me llamo Shigeta y trabajo en el periódico *Toyo Shimbun*. Por favor, dígame cuándo volverá el señor Okajima.

El *Toyo Shimbun* era uno de los principales periódicos del país.

—No se lo puedo asegurar, ¿puedo ayudarle en algo?

—¿Me podría dar el número de su teléfono móvil?

—No, no puedo. ¿Cuál es el motivo de su llamada?

—Se lo diría si usted fuera el señor Okajima.

Aose empezó a impacientarse ante la insolencia de aquel tipo.

—Yo puedo ponerme en contacto con él, pero, si no sé qué es lo que necesita, no podré hacerle llegar el mensaje.

El periodista hizo una pausa para reflexionar, o quizá lo estuviera consultando con alguien: al otro lado de la línea se oía una miscelánea de ruidos compatible con el ajetreo típico de la redacción de un periódico.

—Quiero pedirle una entrevista —soltó el hombre.

—¿De qué tipo?

—Tengo que hablar personalmente con él. Es un poco más complejo de lo que parece.

Lo irritaba que el periodista siguiera intentando averiguar si Okajima estaba en la oficina: la agencia era una empresa legítima, por lo que cualquier periodista era libre de pasarse por allí en cualquier momento. Entretanto, insistir de ese modo en hablar con el jefe no iba a llevarlo a ninguna parte.

—Le diré que ha llamado. Disculpe, ¿cuál era su nombre?

—Shigeta, del *Toyo Shimbun*.

—¿En qué sección trabaja?

La pregunta se le ocurrió porque había estado todo el día con otros dos periodistas, Ikezono y Kasahara.

—Noticias Locales.

Había algo amenazador en su tono de voz. Tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué está investigando en concreto? ¿Está relacionado con algún incidente?

—Sólo se lo diré al señor Okajima —atajó el periodista dejándolo con la palabra en la boca.

—De acuerdo; más allá de decirle que ha llamado ¿quiere que le dé algún mensaje?

—Dígale que necesito hablar con él. Mañana volveré a llamar.

—Descuide, lo avisaré.

Colgó el teléfono con más brusquedad de la que habría deseado y, cuando se volvió, vio dos caras de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Takeuchi en voz baja.

—La verdad es que no lo sé —respondió él, y enseguida les dio la espalda y marcó el número del móvil de su jefe. Después de varios intentos, Okajima respondió en un tono inusualmente alegre.

—Hola, Aose, ¿ya estás de vuelta? ¿Cómo te ha ido en la Villa Hyūga?

Parecía haber bebido más de la cuenta.

—Ya hablaremos cuando vuelvas tú. ¿Qué tal con Nishikawa?

—Bien. Nos vimos ayer. ¿Querías comentarle algo?

—No, verás... acaba de llamar un periodista del *Toyo Shimbun* que se apellida Shigeta, y quiere preguntarte no sé qué.

Había intentado quitar hierro al asunto, pero notó que Okajima contenía el aliento.

—¿Un periodista?

—Sí, ha dicho que volvería a llamar. Era de la Sección de Noticias Locales. ¿Tú sabes de qué va el tema?

—Pues... no.

Él se dio cuenta de que mentía. Había empezado a sospechar de qué iba el asunto, pero decidió cambiar de tema para no alarmar a sus

compañeros.

—¿Cómo va la gira?

—¿Qué gira?

—La gira de inspección. ¿Ha dado algún fruto?

—Ah, sí... ha sido muy productiva en muchos sentidos. Oye, ¿ese periodista no te ha dicho lo que quería?

—No: ha insistido en hablar contigo. Por cierto, ¿sabes que la silla de Taut no estaba en la Villa Hyūga, sino en un restaurante cercano de Kamitaga? Además, había seis. ¿Es posible que lo recordaras mal?

—¿En Kamitaga...? Tal vez. Recuerdo que aproveché el viaje para visitar varios lugares relacionados con Taut, así que...

Evidentemente, tenía la cabeza en otra parte.

—Entonces, ¿cuándo volverás?

—Esto... mañana, aunque por poco tiempo.

—Entendido. No te pases con la bebida y saluda a Nishikawa de mi parte.

En cuanto colgó, Mayumi, que estaba a su lado, se lo quedó mirando.

—¿Qué te ha dicho?

Tenía el ceño tan fruncido que las cejas se le juntaban encima de la nariz.

Pero en realidad no tenía necesidad de preguntar, no en balde ella y Okajima eran ciruelos chinos: el miedo que ella sentía en Tokorozawa también lo sentía Okajima en la prefectura de Yamanashi.

32

«Me he tomado muchas molestias para conseguir la candidatura.»

Aose recordaba perfectamente las palabras de Okajima, así como el hedor a corrupción que despedían. Seguro que la prensa también había olfateado algo turbio relacionado con la nominación.

¿Qué clase de «molestias» se habría tomado su jefe?

Dejó la lata de cerveza en el suelo, apagó el televisor y se tumbó en el sofá. Lo sabría al día siguiente: en cuanto Okajima regresara, lo interrogaría, evaluarían la situación y, en caso necesario, prepararían juntos una respuesta adecuada. Era lo único que podía hacer, y para eso había que esperar hasta el día siguiente.

Cerró los ojos, pero por mucho que se esforzó no consiguió evocar una imagen de los espacios diseñados por Taut que había visitado en la Villa Hyūga. Sí recordaba, sin embargo, que se había sentido invitado y agasajado, quizá, entre otras cosas, porque no había un diseño exterior que asimilar primero. No había visto esos espacios: los había experimentado; había sido un huésped setenta años después de terminada la reforma de Taut.

Se preguntó si debía ir a Sendai. No creía que fuera un buen momento, estando inmersos en los preparativos del concurso, y menos ahora que un nubarrón amenazaba con ensombrecer sus esperanzas. Tenía la sensación de que su afán por investigar las «raíces» de Touta Yoshino sólo lo llevaría a descubrir su deshonestidad. También reflexionó sobre su propia, y excesiva, dependencia de los expertos en Taut, empezando por Ikezono. Tanto él como Kasahara parecían actuar como simples guías de museo, sin indagar en los motivos que estaban detrás de la búsqueda que él había emprendido, pero sin duda se convertirían en auténticos sabuesos si se enterasen de la desaparición de la familia Yoshino. La misteriosa llamada telefónica del tal Shigeta no había hecho sino aumentar su nivel de alerta. Sabía que había toda

clase de periodistas, pero eso no significaba que sus raíces no fueran en esencia las mismas. Si finalmente tenían que retirarse de aquel concurso en el que Okajima había puesto todo su empeño y, al mismo tiempo, salía a la luz el caso de la Residencia Y, la agencia viviría sin duda momentos muy complicados.

La visita a Sendai podía esperar. En primer lugar, no había ninguna necesidad urgente de extender la investigación a un lugar tan lejano: era obvio que Yoshino no quería que lo encontraran. No le había devuelto ni una sola de las llamadas que había hecho a la Residencia Y o a su teléfono móvil. Sin duda, había desaparecido por voluntad propia para huir del hombre de la cara roja. Aunque...

¿Y los niños?

Pensaba en ellos de vez en cuando. Los había visto dos veces en Shinano-Oiwake: en la ceremonia de colocación de la primera piedra y el día de la entrega de la casa. La hija mayor era más alta que sus padres y parecía madura para su edad, pero él no había conseguido sacarle nada más que una tímida sonrisa. La segunda hija también se había mostrado distante y sólo había respondido a sus preguntas con frases protocolarias como: «Me hace mucha ilusión» o: «Sí, me gusta mucho.» Aun así, las dos parecían contentas. Habían estado todo el tiempo juntas, gastándose bromas e intercambiando muecas, y él las había sorprendido más de una vez mirándolo de reojo mientras cuchicheaban. El hijo menor, por su parte, había pasado de espiarlo con recelo desde detrás de su madre durante la ceremonia de colocación de la primera piedra, a ocultar directamente sus emociones el día de la entrega de la casa: había vuelto al coche sin molestarse en mirar su habitación y se había puesto a jugar con su Game Boy con la cabeza gacha.

Por eso, él sospechaba que, cuando él los había conocido, ya eran una familia sólo en apariencia. Imaginaba que la mujer alta podría haber sido la causa del divorcio de los padres, que ellos y sus hijas habían hecho un trabajo impresionante interpretando el papel de una familia feliz que por fin consigue la casa de sus sueños, pero que el menor no había podido evitar reflejar honestamente la situación. El

casero de la casa alquilada de Tabata le había dicho que Yoshino vivía solo, así que la construcción de la Residencia Y quizá formara parte de un plan para reunir a padres e hijos de nuevo. Pero no lo sabía con certeza, y no tenía forma de confirmarlo o desmentirlo. Sólo tenía claro que la entrada en escena del hombre de la cara roja no bastaba para explicar la situación.

En todo caso, la desaparición debía de haber tenido un punto de partida, un detonante, y los padres habrían elegido ese camino conocedores de las circunstancias, mientras que los hijos simplemente habrían sufrido las consecuencias. ¿Qué les esperaría al final del camino? ¿Estarían escondidos con sus padres en algún pueblecito o quizá Yoshino había huido solo y los demás se escondían en otro lugar? También era posible que los padres hubieran huido juntos, y que ellos se hubieran quedado al cuidado de otra persona. ¿Irían a la escuela? ¿Tendrían suficiente dinero para sobrevivir? Intentó encontrar un rayo de luz en la posibilidad de que estuvieran viviendo con sus abuelos, pero eso podría significar que el hombre de la cara roja seguía siendo una amenaza. ¿Hasta dónde llegaba aquella mano diabólica con tres dedos vendados?

Se levantó del sofá de un salto. Como muchas otras veces, la puerta de la creatividad siempre parecía abrirse cuando pensaba en algo distinto a la arquitectura. Eso lo frustraba, pero no tenía remedio. Vio los ojos del limpiabotas del cuadro de Haruko Fujimiya y un caballete con el retrato. Enfrente había unos peldaños que conducían al «nivel superior» del salón occidental de la Villa Hyūga. En realidad, había más de un caballete: eran siete u ocho, incluso más, desplegados uno al lado del otro, cada uno con un retrato inteligente, oscuro y aterrador apoyado. Subió el primer peldaño que conducía al nivel superior y, desde allí, vio otra hilera de caballetes detrás de los primeros. Subió el segundo peldaño y apareció una nueva hilera de caballetes. Subió tres, cuatro, diez peldaños y vio cientos de cuadros en cientos de caballetes, y la bahía de Sagami se reveló en todo su esplendor mientras los protagonistas anónimos de los retratos clamaban simultáneamente por sus vidas. Eso era: en el mundo de Haruko Fujimiya no existían las

obras maestras. No era un mundo convencional en el que cada cuadro tiene un rango superior o inferior al de los demás, y el mejor de todos tiene una sala propia. Ninguno de sus cuadros tenía nombre, y todos eran obras maestras. Por eso merecían estar juntos, mostrando la vida de Haruko Fujimiya en una única pintura. Al subir la escalera el visitante oiría sus murmullos, sería testigo de su vida cotidiana y, finalmente, atisbaría el fondo del alma de la pintora plasmada en sus cuadros, y el fondo de las almas de las personas representadas en ellos. Pero vio más: la exposición no terminaba ahí. Había un «nivel inferior». A mitad de la escalera arrancaba una segunda estructura escalonada que conducía al sótano. Allí el visitante se hundía gradualmente en la silla de Taut de la Residencia Y. Un escalón hacia abajo, dos escalones, y los cuadros desaparecían junto con el monte Asama. Sólo podía verse el cielo azul en el enorme ventanal de la pared del fondo. Desde ahí se podía ir a cualquier parte: todo estaba conectado por ese cielo azul, incluso París, donde Haruko Fujimiya había consumido su vida...

Sonó el teléfono y él se golpeó las rodillas con los puños dos o tres veces antes de incorporarse. Cuando por fin se disponía a contestar, saltó el buzón de voz, que había olvidado desactivar.

—Soy Okajima... Mañana por la tarde me reuniré con ese periodista, ¿podrías venir, por favor? —dijo con voz trémula.

Él tuvo la tentación de levantar el auricular, pero se detuvo.

Tras una breve pausa la llamada se desconectó y la luz roja empezó a parpadear para indicar que había un mensaje.

«Es una oportunidad única. Me he tomado muchas molestias para conseguir la candidatura: quiero ganar.»

Pese a la distracción, el cielo azul no desapareció, y él siguió persiguiendo ferozmente ese destello de inspiración, casi como el Taut enfurecido de sus pesadillas.

33

A la mañana siguiente tampoco había pájaros en el cielo.

Aose salió de casa sin desayunar, y fue en el Citroën al ayuntamiento a rellenar una solicitud para un permiso de obras. Luego se dirigió a un restaurante situado detrás de los grandes almacenes Marui.

Okajima ya había llegado y estaba sentado a una mesa apartada, de brazos cruzados. Incluso bajo la tenue iluminación sus facciones se veían insólitamente tensas. Sin embargo, cuando lo vio lo saludó con normalidad.

—¿Dónde están Ishimaki y Nishikawa? —preguntó él mientras se sentaba enfrente.

—Los he dejado en Kofu. Me he pasado el viaje hablando por teléfono —repuso el otro en un tono que invitaba a hacer preguntas.

Ambos pidieron el menú diario de mil yenes. Después Okajima dijo:

—El periodista llegará en una hora.

—¿Dónde habéis quedado, aquí?

—Sí.

Él consultó el reloj: eran cerca de las doce.

—Mayumi me llamó y me dijo que el periodista había vuelto a llamar a la oficina, así que telefoneé a la Sección de Comunicaciones y lo convoqué aquí.

—¿La Sección de Comunicaciones?

—Sí: la Sección de Comunicaciones del *Toyo Shimbun* en la ciudad de S.

—¿El periodista se llama Shigeta?

—Sí.

—A mí me dijo que era de la Sección de Noticias Locales.

Okajima resopló con evidente disgusto.

—Ese tal Shigeta parece de los que disfrutan jugando al despiste.

Él creía adivinar por qué Okajima no parecía tan abatido como la

noche anterior: debía de haber estado haciendo llamadas aquí y allá hasta llegar a conocer lo bastante bien a su adversario.

Apoyó los codos en la mesa y acortó la distancia entre ambos. Faltaba una hora para que llegara el periodista, así que no había tiempo que perder.

—A mí me pareció bastante mezquino; ¿por qué quiere entrevistarte un tipo como él?

En lugar de responder, Okajima lo miró a los ojos y le preguntó:

—No vas a dejar la agencia, ¿verdad?

Él se quedó perplejo.

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar que quiero dejarla?

—Si nos dejas lo entenderé.

Okajima desvió la mirada, pero él mantuvo la vista fija en sus ojos.

—Explícate. ¿Te ha dicho alguien que quiero dimitir?

—No, no es eso.

—Entonces ¿de dónde lo has sacado?

—Tranquilo. —Okajima levantó ambas manos para pedirle calma—. Te lo explicaré todo. Hace ya más de un año, un tipo de una agencia de detectives fue a la oficina a hacerme preguntas sobre ti.

Él no podía creer lo que acababa de oír.

—¿Un tipo de una agencia de detectives...?

—Sí, un detective privado. Al menos tenía toda la pinta de serlo.

—¿Y qué quería saber?

—Dijo que te habías comprometido, y...

Él se estremeció.

—¿Cuándo fue eso?

—Ya te lo he dicho, hace más de un año.

—¿No recuerdas exactamente cuándo? Haz memoria.

—Debió de ser en... febrero. Hubo una gran nevada, ¿verdad? Aún quedaba nieve en las calles.

—¿Y ese detective...?

—No estabas comprometido ni nada, ¿verdad?

—No.

Okajima asintió con la cabeza.

—Me lo suponía. Imaginé que sólo sería un pretexto e intenté averiguar el verdadero motivo de la investigación, pero nunca lo descubrí, así que deduje que te estabas planteando fichar para otra agencia y ellos querían investigar tus antecedentes.

—¡Qué estupidez! Si el motivo hubiera sido ése, ¿crees que habrían acudido a ti, mi jefe directo? Si al final no me hubieran contratado, me habrías despedido por haberte traicionado.

—Correcto: un pájaro no ensucia el nido que está a punto de abandonar. Es la regla básica de un detective.

—¿A qué viene todo esto? ¿Por qué has sacado el tema precisamente ahora, justo antes de que llegue ese periodista?

—Verás, Aose... —Okajima volvió a mirarlo a los ojos y preguntó—: Puedo confiar en ti, ¿verdad?

Él sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal: Okajima parecía el de siempre y al mismo tiempo se comportaba de forma muy extraña. Todo indicaba que su intención no era en absoluto confirmar si era cierto o no que quisiera irse a otra empresa: sospechaba que era él quien había filtrado información al *Toyo Shimbun*. No se lo podía creer.

Dijo lo que tenía que decir:

—Mira, yo te estoy muy agradecido. Nunca, ni una sola vez, me he planteado dejar de trabajar para ti.

—Entendido, perdona.

Justo cuando las sospechas de Okajima parecían haberse disipado, él empezó a sospechar a su vez: fue como si las sospechas simplemente hubieran cambiado de portador. ¿Quién lo había estado investigando, y para qué?

Una camarera les sirvió la comida. Llevaba una larga melena que casi rozaba la pasta del plato.

—¿Qué te preguntó el detective sobre mí?

Decidió seguir preguntándole a su jefe por aquel asunto hasta que hubieran terminado de comer, ya habría tiempo de hablar sobre el concurso.

—Muchas cosas: de dónde eras, a qué universidad habías ido, cómo era tu familia, cómo eras en el trabajo...

—¿Y le diste mucha información?

—Sólo la que me pareció pertinente.

—¿A qué te refieres?

—Pues... —Okajima detuvo el tenedor antes de metérselo en la boca — le conté que habías viajado por todo el país por el trabajo de tu padre, que dejaste la universidad, que te divorciaste hace un tiempo, que tenías una hija y que eres un genio en tu trabajo. Eso es todo.

—¿Le hablaste de Yukari y de Hinako?

—Es que... —Okajima dejó el tenedor, que hizo ruido al chocar con el plato—. El detective también había ido a ver a Yukari, así que ya conocía su existencia.

Él estaba cada vez más alterado.

—Y... ¿y tú cómo sabes eso? —le preguntó.

—¿Saber qué?

—Que el detective había hablado con Yukari.

—Ella misma me llamó para contármelo: me dijo que un detective le había preguntado por ti y me preguntó si planeabas volver a casarte.

—Okajima... —Él también dejó el tenedor—. ¿Estás en contacto con Yukari?

—Desde aquella ocasión no he vuelto a hablar con ella.

—¿Y antes?

—Sí, pero sólo de vez en cuando.

Él reprimió una maldición.

—Dos o tres veces al año. ¡Tampoco es tan raro! Cuando estabais casados solíamos salir de copas todos juntos, ¿no?

—¿Cuándo retomasteis el contacto?

—Hará seis o siete años: coincidimos en una feria de muestras de Tokio.

O sea, poco después del divorcio.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—No es que quisiera ocultártelo, es que no sabía cómo decírtelo.

Fuera lo que fuese lo que preguntara, Okajima le respondía en un tono tranquilo y sin inflexiones.

—¿Hablabais de mí?

—Venga, ya es suficiente.

—Entonces es cierto: hablabais de mí.

—Hablábamos de ti como se habla de un conocido en común.

—¡Y seguisteis en contacto cuando empecé a trabajar para ti!

—Ella solía preguntarme cómo te iba y yo le decía que estabas bien, nada más.

Su cerebro giraba a mil revoluciones por segundo.

¿Ella le preguntaba cómo le iba?

Se reclinó lentamente en la silla.

Tres años atrás, cuando él sobrevivía a base de empleos a tiempo parcial sin ningún tipo de sustancia, Okajima lo había llamado de repente y le había pedido que trabajara para él. Empezaba a entenderlo todo...

Ambos habían dejado el plato de pasta a medias, y Okajima, que tampoco había tocado la ensalada ni el yogur, se había puesto a fumar sin parar, aunque supuestamente lo había dejado.

—¿Desde cuándo has vuelto a fumar?

—Desde ayer.

Frontier Lights: no conocía aquella marca.

—Son *light*, sólo llevan un miligramo de nicotina.

—Ésa no es la cuestión.

—Claro que es la cuestión.

Volvió a mirar el reloj y, al ver que sólo faltaba un cuarto de hora para que llegara el periodista, no tuvo más remedio que cambiar de tema.

—Ese periodista, Shigeta, ¿te dijo para qué quería entrevistarte?

—Me dijo que me lo explicaría cuando nos viéramos.

—Supongo que será sobre el museo memorial.

—Preguntó directamente por mí, así que debe de ser por eso.

Él asintió: si hubiera descubierto algo sobre la desaparición de los Yoshino habría preguntado por el arquitecto de la Residencia Y.

—¿Seguro que quieres que me quede?

—Sí, por favor.

La respuesta no admitía réplica. Aun así, no creía que lo hubiera

hecho ir sólo para sentirse más respaldado.

—¿Ya no sospechas de mí? —le preguntó.

—Podría haber sido Mayumi quien filtró la información —soltó Okajima. Parecía el mismo de siempre, pero seguía actuando de forma desconcertante.

—Si te oyera decir eso, le darías un disgusto tremendo.

—Yo no lo tengo tan claro.

—¿Qué ha ocurrido con esa historia de los ciruelos chinos?

—Ella es débil, igual que yo.

Echó una nueva ojeada al reloj.

—¿Crees que ese tal Shigeta es un ave de cuidado?

Okajima chasqueó la lengua, molesto.

—Hay personas que quieren hundir a Shinozuka, el alcalde de la ciudad de S. Shigeta es un peón en ese complot.

Él se sobresaltó.

—Así que hay intereses políticos de por medio.

—Sōdō va detrás de un asambleísta de la prefectura llamado Katsumata; en cuanto al alcalde, es miembro de la facción de Inoguchi, así que están ansiosos por echarlo antes de las próximas elecciones generales.

Tanto Sōdō como Inoguchi eran miembros muy conocidos de la Asamblea de la Prefectura, pero a él le costaba visualizar aquel complejo entramado de relaciones e intereses.

—¿Y qué papel juega Shigeta en todo esto?

—Sōdō era director de la Comisión Nacional de Seguridad Pública. Shigeta lo conoce porque, hasta hace dos años, era el periodista que cubría la fuente de Policía Nacional para el *Toyo Shimbun*, pero metió la pata hasta el fondo y lo trasladaron a la Sección de Comunicaciones aquí, en Saitama. Por eso intenta hacerle la pelota a Sōdō y, al mismo tiempo, conseguir el apoyo de algunos personajes influyentes para que lo envíen de vuelta a Tokio. Su objetivo es el museo memorial porque es el proyecto insignia de la ciudad; para ellos es el arma perfecta para atacar al alcalde.

Naturalmente, alguien más le había contado esa versión de los

hechos a Okajima, pero a él lo incomodaba verlo hablar de aquellas maquinaciones con tanto conocimiento de causa. Le vino a la cabeza el dicho de: «Se necesita a un ladrón para atrapar a otro ladrón.» Okajima debía de tener una red de contactos igual de corruptos que las personas a las que acababa de señalar. Ellos le habían facilitado información sobre Shigeta y le habían dado instrucciones para gestionar la crisis. Quizá incluso le habían pedido que confirmara si todos los miembros de su equipo eran de fiar.

No podía andar muy desencaminado: la Agencia de Diseño Okajima contaba con el apoyo del alcalde y de su bando, por eso Okajima no parecía intimidado por la prensa y aparentaba normalidad. Sin embargo...

—¿Por qué nos ataca la prensa?

—Porque somos un blanco fácil.

—O sea que nos hemos visto involucrados en una disputa política. ¿Eso es todo?

—Exacto: nos hemos visto involucrados.

—¿No has cometido ninguna irregularidad? —preguntó.

Okajima miró al vacío. Las manecillas del reloj señalaban la una.

—Okajima... —insistió.

—No.

Ante la contundencia de su negativa, no tenía más remedio que apoyarlo: estaban en el mismo barco. Tuvo que resignarse.

—Esto también forma parte del concurso —dijo—. Hay que vencer a los rivales en todos los frentes.

Okajima no respondió. Tenía la vista fija en la puerta del local, que acababa de abrirse entre chirridos.

34

Entraron dos personas.

Aose identificó enseguida a Shigeta: era un hombre bajito y rechoncho de unos treinta años. Había suspicacia en sus ojos, pero lucía una fina sonrisa. El otro hombre era tan joven que podría confundirse con un universitario. Estaba sonrojado, quizá por los nervios, y sus movimientos eran algo torpes.

Okajima sostuvo una revista doblada frente a la cara. Debía de ser la señal que habían acordado, pues ambos hombres se acercaron a su mesa nada más verlo.

Aose se levantó para tomar asiento al lado de su jefe. Los recién llegados rodearon la mesa para sentarse enfrente de ellos y, sin hacerles una reverencia, les ofrecieron sus tarjetas de visita. Las tarjetas rezaban: «Mitsuru Shigeta, periodista. Sección de Comunicaciones de la ciudad de S. Oficina General del *Toyo Shimbun*, Saitama.» «Fukano Shinya, periodista. Oficina General del *Toyo Shimbun*, Saitama.»

Okajima sacó de mala gana su tarjetero del bolsillo.

—Así que usted es el señor Okajima.

Shigeta miró alternativamente el rostro de Okajima y su tarjeta de visita y luego se volvió hacia Aose.

—Me llamo Aose, fui yo quien atendió su llamada ayer.

—Ah, entendido. Lo lamento mucho.

Aose no le ofreció su tarjeta. Después de haber escuchado la historia de Okajima, su opinión sobre Shigeta no era mejor que la que tenía sobre los buitres o las hienas.

Shigeta llamó a la camarera y le pidió dos cafés añadiendo:

—En una cuenta aparte, por favor.

—Espero que esta reunión no se alargue demasiado —dijo Okajima cruzándose de brazos.

—Enseguida lo sabremos. —Como era de esperar, el periodista sacó

una libreta de la bolsa y el joven Fukano hizo otro tanto, imitándolo—. El chaval trabaja en la Jefatura de Policía de Saitama.

Tras aquella extraña presentación, Fukano miró alternativamente a Okajima y a Aose. Sus aires de superioridad eran casi cómicos.

Okajima fulminó a Shigeta con la mirada.

—Empiece, por favor. Aunque no lo parezca, estoy muy ocupado.

—¿Comenzamos por el museo memorial de Fujimiya? —preguntó Shigeta con una maliciosa sonrisa.

—Por supuesto: es un proyecto muy importante para nosotros.

—Parece que se ha tomado muchas molestias para conseguir esa nominación.

—¿A qué se refiere? Debería ser más concreto —respondió Okajima con aspereza.

Shigeta sacó un trozo de papel que tenía guardado entre las hojas de su libreta y empezó a leer:

—Estuvo tomando varias copas con Kadokura, director del Departamento de Urbanismo de la ciudad de S. Concretamente en el Kappo Hingetsu, en el Paraíso Chino y en un restaurante coreano... ¿Quiere que le diga las fechas?

—¿Qué relevancia tiene eso? —preguntó Okajima imperturbable.

Shigeta soltó una carcajada.

—¡No fastidie! Se podría decir que el director de Urbanismo es quien escoge a las agencias que participarán en el concurso. Usted lo invitó a comer y a beber y, a cambio, obtuvo la nominación. En otras palabras: lo sobornó.

—Eso es insultante: pagamos la cuenta a medias, no hubo ningún soborno.

—Ah, claro. Ya veo —dijo Shigeta, que no parecía dispuesto a darse por vencido—. Sin embargo, desde que se convocó el concurso ha estado viéndose a menudo con el señor Kadokura, quien también es miembro del jurado del concurso. ¿No pensó que su relación con él podría ser una fuente de malentendidos?

—Es pura coincidencia: nunca hemos hablado del concurso en un bar de copas. Mi relación con el señor Kadokura es estrictamente personal.

—Ajá. ¿Desde cuándo son amigos?

—¿Por qué debería explicárselo?

—Usted decide. Si nos parece una historia creíble, le dejaremos en paz.

Okajima encendió un cigarrillo, exhaló el humo enérgicamente y empezó a hablar:

—Yo jugaba al fútbol en el instituto y en bachillerato, y Kadokura también. Nos conocimos entonces. Tiene un plan para revitalizar la ciudad invitando a un equipo de fútbol de segunda división para que establezca su base en la ciudad de S, así que estuvimos bebiendo juntos y charlando sobre las posibilidades.

Aose escuchaba conteniendo la respiración, era la primera vez que oía aquella historia.

—Entendido. Por eso los tres, incluido el alcalde Shinozuka, fueron a ver un partido de fútbol.

—¿Cómo...?

—Fueron al Estadio Nacional, ¿no es así?

Hubo una pausa incómoda y luego Okajima, que había comenzado a desviar la cabeza hacia un lado como si fuera a negarlo, acabó asintiendo.

—Sí, es verdad. La idea de traer a un equipo de segunda a la ciudad fue originalmente del alcalde. Por eso fuimos al partido, para tantear el terreno.

—Sin embargo, era el partido inaugural de primera división, no de segunda.

—¿Y qué problema hay? Tarde o temprano puede que la ciudad de S quiera traer también a un equipo de primera.

—No digo que haya nada malo en ir al fútbol, pero ¿quién compró las entradas? —insistió Shigeta.

—Las compré yo, pero me las pagaron después: cada uno costeó la suya.

—¿Y también los gastos de transporte?

—Por supuesto.

—Parece que las cosas eran diferentes cuando quedaban para beber.

—¿Qué? ¿De qué habla?

—Cuando salió de copas con el director Kadokura, usted le pagó el taxi de vuelta a casa.

—No lo recuerdo.

La mano de Shigeta se movió como si hubiera estado esperando esa respuesta.

—De hecho, no es la primera vez que veo su tarjeta de visita. —Con sus dedos cortos y regordetes, el periodista sacó otro papel del interior de la libreta y lo extendió sobre la mesa. Era una fotocopia ampliada de la tarjeta de Okajima—. La tenía un taxista de la ciudad de S. Recibió instrucciones para llevar al señor Kadokura a su casa y reclamar el pago a la empresa que aparece en esta tarjeta.

Aose miró de reojo a Okajima. Estaba sonrojado. Probablemente no contaba con aquel revés inesperado. Quizá el taxista fuera del bando de los oponentes políticos del alcalde. Aun así, se mantuvo firme.

—No lo recuerdo —respondió.

—Aunque no lo recuerde, ese taxista tenía su tarjeta. ¿Cómo lo explica? —Shigeta seguía atacando sin dejar de lado la cortesía—. Si le pagó la carrera de vuelta a casa, ¿no es natural suponer que también lo invitaba cada vez que salían a comer y a beber? Y estoy convencido de que las entradas para el partido de fútbol de primera división también las pagó usted, así como los gastos de transporte. ¿Es eso cierto?

—No, no es verdad.

—Aun así...

—Sólo son suposiciones suyas —intervino Aose, aunque no con la intención de contraatacar. Se sentía más bien como un ayudante que sostiene a un boxeador que acaba de recibir una dura tanda de puñetazos.

Shigeta lo miró como si hubiera olvidado su presencia por completo.

—Tiene usted razón, todo son suposiciones. Pero hay algo de verdad en ellas. Incluso usted lo habrá advertido.

—El señor Okajima ha respondido a todas sus preguntas. Creo que podemos dar la entrevista por terminada.

—Mire, señor...

—Aose.

—Usted debe de ser uno de los cinco.

—¿Cómo dice?

—¿No le parece sospechoso?

—¿El qué?

—Que una agencia de diseño de tan sólo cinco empleados, sin más experiencia en obra pública que unos cuantos retretes y puestos de policía de barrio, haya ganado la nominación para participar en un concurso tan importante.

—No tengo ninguna obligación de responder a sus ofensivas insinuaciones. Además, tenemos una reunión con un cliente. ¿Lo dejamos aquí?

Shigeta asintió, aunque parecía decepcionado.

—Faltaría más. Ya tengo lo que quería. Intentaré concertar una nueva entrevista con ustedes más adelante. Estoy seguro de que volveremos a vernos —dijo con brusquedad y, acto seguido, volvió la cabeza hacia Fukano, que miró a Okajima y a Aose y dijo:

—La Segunda División de Investigación de la policía prefectural también está muy interesada en este asunto.

Cuando los dos periodistas se alejaron, Aose volvió a oír el murmullo de las conversaciones de las demás mesas, como si hasta entonces hubieran estado silenciadas.

—¡Ja! Así que muy interesada, ¿no? Shigeta lo habrá obligado a decir eso —comentó Okajima soltando una sonora carcajada. Pero a pesar de sus esfuerzos por mostrarse tranquilo una capa de sudor le empapaba la frente—. Sin duda ese hombre hace honor a su reputación. Es un pájaro de cuidado. Lo ves, ¿no?

—Sí —respondió Aose. No solía leer artículos sobre corrupción o disputas políticas, por lo que no podía calibrar hasta qué punto aquella entrevista suponía una amenaza para la agencia. Lo había sorprendido conocer las maniobras ocultas de Okajima que el periodista había expuesto, y en parte se sentía traicionado; sin embargo, en la época de Akasaka no habría sido más que una de esas anécdotas que los hombres de negocios intercambiaban en lugar de saludos. La única prueba sólida

que Shigeta tenía contra Okajima era el recibo del taxi, y era difícil imaginar que aquello empezara a generar inmediatamente titulares en la prensa y provocara la intervención de la policía.

Aun así, el buen humor de Okajima era incomprensible. Era obvio que había improvisado todas y cada una de sus respuestas, y había sido incapaz de contraatacar o esgrimir algún argumento para disipar las sospechas de Shigeta. Y, no obstante, ahora intentaba quitar hierro al asunto con comentarios desenfadados del tipo: «Éste ya ha descubierto todas sus cartas», como si quisiera dar por zanjada la crisis. ¿De verdad creía haber logrado una clara victoria o sólo estaba contento de haber logrado acabar el primer asalto sin que lo noquearan? A lo mejor pensaba que sus «contactos» podían desarmar fácilmente un ataque de semejante nivel.

Él se sentía cómplice. Tuvo que luchar contra la tentación de repetirle a Okajima todas las preguntas que le había hecho Shigeta.

—¿Te quedas? Yo me voy ya. Tengo que hacer algunas llamadas. —Okajima cogió la cuenta y se levantó—. Gracias, Aose. De no ser por ti, no habría salido tan airoso de la entrevista.

Él sintió que le hervía la sangre.

—¡Espera un momento!

—Dime.

—Ni se te ocurra mentirme; ni a mí ni a tu hijo.

35

Okajima no volvió a llamarlo y no acudió a la oficina en toda la tarde.

Takeuchi y Mayumi lo bombardearon a preguntas, Ishimaki y Nishikawa, que también estaban preocupados, llamaron desde Kofu. Él intentó escurrir el bulto diciéndoles que hablaran con Okajima, pero no funcionó. Entonces les dijo que un periodista que tenía información falsa había intentado buscarles las cosquillas, pero les aseguró que todo iba bien y que no tenían de qué preocuparse. Sin embargo, su deliberada vaguedad les dio a entender que se trataba de algo relacionado con el concurso. En el incómodo silencio que reinaba en la oficina, todos intuían ya cuáles eran las «molestias» que Okajima se había tomado para conseguir la nominación.

Pasaban de las diez de la noche cuando llegó a casa y volvió a coincidir en el rellano frente al ascensor con la anciana que caminaba con andador. Dedujo que vivía sola porque, a pesar de que era muy tarde, llevaba la bolsa de la compra colgada del manillar.

—Buenas noches —la saludó. En cualquier otra ocasión se habría limitado a hacerle un gesto con la cabeza, pero aquella noche la anciana le pareció especialmente frágil.

—Es que no tenía tiritas en casa —murmuró ella como si intentara excusarse.

—¿Se ha hecho daño?

—Sólo es un rasguño. Me estoy haciendo vieja, pero no se lo digas a ellos.

—¿A quién?

—A la gente de la agencia: cuando eres vieja y vives sola, si causas problemas no te renuevan el contrato.

—¡Usted no causa ningún problema!

—Les dije que mi hijo vivía conmigo, pero creo que me han descubierto.

La puerta del ascensor se abrió y él dejó pasar a la anciana.

—Vive en el noveno, ¿verdad? —preguntó.

Ella esbozó una sonrisa. Parecía muy cansada.

—Dejé mi casa por este piso.

—¿De veras?

—Era demasiado trabajo para mí sola: había que cuidar el jardín, arreglar el tejado...

—Lo entiendo.

—Las malas hierbas siempre acaban creciendo, por mucho que las arranques, así que decidí simplemente cortarlas con un cortacésped y al cabo de unos años sólo tenía maleza en el jardín.

—«Mala hierba nunca muere.»

—Sí, y el césped era débil. Yo no lo quería, pero mi marido lo plantó un verano.

—Ajá.

—Aquí estoy bien porque sólo tengo esto. —La anciana le enseñó la llave que llevaba colgada al cuello.

La puerta del ascensor se abrió en la novena planta y él le dio las buenas noches, pero ella se alejó empujando el andador sin responder.

Siguió pensando en ella hasta que llegó a su piso, en la undécima planta. El instante de encender la luz era un momento aterrador al que nunca se acostumbraría: ver de nuevo el piso silencioso que había dejado al salir por la mañana era como volver a visitar una escena del pasado en lugar de vivir el presente.

Fue a la cocina, abrió una lata de cerveza y, cuando se disponía a llevársela a los labios, de repente se le ocurrió una idea. Abrió la puerta del armario y sacó un vaso *Edo kiriko* de vidrio tallado. Llevaba tanto tiempo sin utilizarlo que había olvidado que lo tenía. Lo había comprado como capricho durante su formación en la agencia de Akasaka.

Se sentó en el sofá y se sirvió la cerveza en el vaso. De pequeño, su sueño era beber zumo en polvo de un vaso de verdad, como los demás niños, y ese sueño se había hecho realidad: ahora estaba ahí sentado, bebiendo despreocupadamente de su propio vaso, aunque sin darle

importancia. Su piso tenía tres habitaciones, igual que la Villa Hyūga... Por desgracia eso era todo lo que tenía: nada más que espacio, mucho espacio vacío... y sin embargo vivía allí: era capaz de vivir allí, y había otros que incluso amaban ese espacio. Puede que Taut lo visitara de nuevo esa noche en la oscuridad del dormitorio y lo reprendiera por su aversión a su espacio vital, pero ¿cómo iba a enfadarse con la anciana del noveno piso, que llevaba la llave como una cruz alrededor del cuello?

La entrevista de ese día había quedado relegada a un plano secundario en su cabeza. Se sorprendió al ver que no le molestaba especialmente. Tal vez confiaba en la influencia de los «contactos» de Okajima, o había decidido que era un problema exclusivo de su jefe. Ambas opciones le parecieron correctas; en realidad, había otro asunto que lo inquietaba mucho más.

¿Quién lo había investigado a través de una agencia de detectives?

Desde que Okajima le había contado la historia, se había repetido la misma pregunta infinidad de veces: ¿quién y por qué? No tenía ni idea.

El detective también había visitado a Yukari para que ella le contara cómo era él en la intimidad, y lo había hecho con el pretexto de un supuesto compromiso, una posibilidad altamente improbable que mostraba cierta negligencia por su parte. ¿Qué demonios le habría preguntado a Yukari? ¿Por su carácter? ¿Por su situación económica? ¿Por el alcohol? ¿Por sus relaciones con mujeres? ¿Qué debió de pensar Yukari al enterarse de que su ex marido pensaba casarse de nuevo y verse obligada a revivir detalles de su pasado? Probablemente le preocupaba que Hinako se disgustara si llegaba a saberlo y, como no podía preguntárselo directamente a él, llamó a Okajima y le preguntó si era cierto que estaba comprometido. ¿Qué le habría contestado su jefe? Que no le parecía probable, pero que no podía asegurárselo. Yukari debía de haber seguido dándole vueltas al asunto y mentalizándose desde que el detective había ido a verla el año anterior.

Sucumbió al impulso de llamar a Yukari para decirle que no pensaba volver a casarse; aún no era demasiado tarde.

Estiró la mano, pero el teléfono sonó justo en ese momento.

Contrariado, se levantó, descolgó el auricular y oyó, al otro lado de la línea, la voz de la última persona que esperaba que lo llamase.

—Soy Mayumi, ¿sabes algo del jefe?

Sonaba tensa. Él consultó el reloj: eran casi las diez.

—No. ¿Dónde estás, en casa?

—Sigo en la oficina.

—¿Y Takeuchi?

—Ha salido a cenar.

—Vete a casa tú también: el jefe ha dicho que no nos preocupemos.

—Es que he intentado llamarlo al móvil, pero no contesta, y tampoco está en su casa.

Él frunció el ceño.

—¿Has llamado a su casa?

—Sí. Su mujer me ha dicho que aún no había llegado.

—No vuelvas a hacerlo, sólo conseguirás preocuparla.

—No parecía muy preocupada, la verdad. —La voz glacial de Mayumi le atravesó el tímpano.

—Es normal, Okajima suele llegar tarde a casa. De todas formas, quédate tranquila. Estará reunido con sus contactos.

—¿Te refieres a alguien del concurso?

—Claro —respondió él después de pensarlo un momento—. Estarán intentando averiguar cómo hacer frente a las acusaciones del *Toyo Shimbun*.

—¿Con quién ha quedado?

—No conozco los detalles, pero sé que tiene aliados.

—¿De qué lo acusan? Cuéntamelo, por favor.

—Ya te he dicho que tendrás que preguntárselo a él. Sería una irresponsabilidad por mi parte...

—¡Es que no puedo localizarlo!

Apretó el auricular con más fuerza.

—Será mejor que te vayas a casa, Yūma te estará esperando.

—Ya está dormido.

—Eres su madre, ¿no? Vete a casa de una vez. Cierra la oficina y lárgate.

Colgó bruscamente y se sentó en el suelo: necesitaba tiempo para que el corazón dejara de latirle tan rápido.

Llamó al móvil de Okajima. Tenía el buzón de voz activado.

—¡Idiota! —masculló sin pensar. Sentía que Okajima había estado jugando con él. Todo lo que hacía y había hecho lo sacaba de sus casillas.

Le había confesado que había retomado el contacto con Yukari después del divorcio. Tres años antes, lo había llamado para decirle: «No te vendas barato. Ven a trabajar para mí.» Conocía su difícil situación, sabía que llevaba un estilo de vida autocomplaciente, vendiendo sus habilidades a cambio de dinero fácil y gastándoselo todo en bebida, pero ¿de dónde había sacado aquella información? ¿Acaso alguien le había dado el soplo?

Yukari tenía la virtud de no abandonar nunca a los más vulnerables. Todos sus allegados lo sabían. Aunque se enzarzara en una discusión, dejaba de lado sus sentimientos cuando se daba cuenta de que la otra parte estaba sufriendo más que ella misma. Cuando veía a un niño llorando en un parque o en un supermercado, corría hacia él y se acuclillaba a su lado para consolarlo. Cuando ocurría una catástrofe grave, ya fuera nacional o internacional, hacía un donativo ese mismo día. Se había obsesionado con la historia del camachuelo colilargo herido que él le había contado antes de casarse, y ocasionalmente la recordaba y le preguntaba: «Oye, ¿tú crees que ese tal Toshio devolvió el camachuelo al bosque?»

Yukari podía haberle pedido a Okajima que lo rescatara ofreciéndole trabajo.

Y cuando empezó a trabajar en la agencia, siguió velando por él. «¿Cómo le va?»: esas palabras resonaban en sus oídos una y otra vez, pero ya no era Okajima quien las pronunciaba en el restaurante, sino la voz preocupada de Yukari. Tal vez Okajima le había contado de su obsesión con la Residencia Y. Por eso había comprado la *Selección de doscientas casas de la era Heisei* y, cuando él la llamó, le dijo aquello de: «¿Has diseñado alguna casa especial últimamente?»

Había sido ella desde el principio. Su resurrección no había

empezado cuando Okajima lo contrató, sino antes. Le ardían las orejas: era vergonzoso, era frustrante, y sin embargo...

De repente se le ocurrió una idea.

Un relámpago iluminó su cerebro.

Vio algo: unas imágenes superpuestas. Aquellas palabras le habían sugerido algo.

¿«Desde el principio...»? ¿«Desde que todo empezó...»?

No tenía nada que ver con Okajima ni con Yukari: sus pensamientos habían saltado hacia un lugar diferente. Estaban relacionadas con Yoshino: eran la clave para resolver el misterio de la desaparición de la familia.

Sonó el teléfono e, inconscientemente, levantó el auricular.

—Disculpe que lo llame tan tarde. Soy Ikezono, del periódico *J*. Tengo una gran noticia, por eso no he podido resistirme a llamar. —Su voz era tan alegre que mareaba—. Espero que esté sentado, Aose: en Sendai hay un hombre que dice conocer al señor Yoshino.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿De veras?

—Sí. Creo que se refería al padre o al abuelo de su amigo. Estuve preguntando por Yoshino, por los ebanistas y el plano de la silla, y llamé a estudiosos y expertos en la obra de Taut de la zona de Sendai hasta que di en el blanco. Se llama Kusao Yamashita, y a ver si adivina dónde trabajaba hace setenta años.

Él reflexionó un momento, pero Ikezono no esperó su respuesta.

—¡En el Instituto de las Artes Aplicadas de Sendai! ¡Incluso trabajó para Taut durante el tiempo que él estuvo allí! Para colmo, el señor Yamashita dice que conoció y todavía recuerda bien a un carpintero llamado Yoshino. Aún no he podido hablar con él: es demasiado mayor para mantener una conversación telefónica coherente.

—De todas formas...

—Existe la posibilidad de que sea otro Yoshino, claro: es un apellido bastante común, a fin de cuentas —dijo el periodista anticipándose a la duda que él iba a plantear—. Pero creo que merece la pena ir a Sendai, así podrá escuchar lo que el señor Yamashita tenga que contarle.

—Por ahora me resultará imposible —atajó él. Antes que nada,

necesitaba rebajar la euforia de Ikezono. Era sin duda un paso de gigante, pero en su balanza mental seguía pesando más el concurso, Shigeta y un peso pesado que no lograba identificar.

—¿Y eso? ¿Está muy ocupado? —preguntó el otro en un tono de voz mucho más frío. Él aprovechó para recobrar la compostura.

—Sí, estoy metido en varias cosas y tengo muchos frentes abiertos en el trabajo. Me encantaría ir, pero ahora mismo el caso Yoshino no es prioritario para mí.

—Lamento llevarle la contraria, Aose, pero el señor Yamashita debe de tener más de noventa años. En una ocasión tuve que posponer la entrevista a un superviviente de los bombardeos de Maebashi y al final no pude hacerla porque falleció.

—Lo entiendo, pero...

—¿Quiere que vaya yo a Sendai en su lugar?

—Ikezono. —Se dio cuenta de que no tenía más remedio que decírselo—. La verdad es que me arrepiento un poco de haberle hablado de Yoshino en el templo Daruma-ji. Mi intención no es encontrarlo a toda costa, como un detective; sólo tenía curiosidad por saber adónde se había mudado.

Ikezono lanzó un suspiro al otro lado de la línea.

—Yo también lo siento. Tampoco era mi intención jugar a los detectives. Lo que pasa es que la historia de la silla de Taut me parece verdaderamente fascinante. Sólo quería ayudarle a buscar al señor Yoshino siguiendo el hilo de Taut. Le pido disculpas si le he causado alguna molestia.

—¡Al contrario! Me ha ayudado mucho, y se lo agradezco de corazón. Ojalá hubiéramos encontrado a Yoshino enseguida y resuelto el misterio de la silla. Por desgracia, he tenido demasiado tiempo para reflexionar y he llegado a la conclusión de que tal vez Yoshino no quiere que lo encuentre y por eso no me dio su nueva dirección. —Fue la única verdad que dijo después de varias mentiras—. Entiendo cómo se siente.

Imaginó a Ikezono asintiendo enérgicamente.

—Entonces, más vale que lo dejemos en paz por ahora. De todos

modos, le enviaré por correo electrónico los datos de contacto del señor Yamashita y de las demás personas implicadas, por si acaso.

—Gracias.

—Llámeme si cambia de opinión. No me importaría volver a viajar con usted. Ah, por cierto. —Ikezono también esperó al final para dejar entrever sus verdaderas intenciones—. No comente el asunto de la silla con ninguno de mis compañeros de la redacción, por favor. Cuando llegue el momento de escribir el artículo quiero hacerlo yo mismo.

Colgó y se echó a reír, sorprendentemente aliviado tras haber atisbado aquella pequeña pizca de malicia en Ikezono.

Tenía sed. Regresó al salón, cogió el vaso de encima de la mesa y se lo llevó a los labios, pero lo que le llegó a la boca fue su mano vacía sujetando un vaso que ya no existía. Se le había caído, y la cerveza se había derramado a sus pies. Tardó un instante en reaccionar. Al final fue a por un trapo y se puso a limpiar sonriendo irónicamente mientras pensaba que su madre no se equivocaba al comprar vajilla de plástico.

Entonces fue cuando sucedió.

Soltó una exclamación involuntaria.

Esta vez el relámpago lo iluminó todo.

Lo sabía: había entendido lo que significaba «desde el principio» y «donde todo había empezado».

En la historia de la construcción de la Residencia Y, había un capítulo previo que él no conocía: un prefacio, un prólogo.

Estaba todo orquestado «desde el principio». En febrero del año anterior, alguien lo había investigado para comprobar que no tuviera la intención de volver a casarse o cambiar de trabajo y, un mes después, el señor y la señora Yoshino se presentaron en la oficina. En ese momento ya había empezado todo.

«Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Era un regalo tan inesperado como desconcertante, así que él no hizo ningún esfuerzo por descifrar su verdadero significado, dejándose transportar al mundo de sus sueños y aislándose de la realidad.

Pero los Yoshino no sólo estaban viviendo un sueño: tenían alguna razón práctica para encargarle ese trabajo precisamente a él. Ahora se

daba cuenta de que la misteriosa desaparición de toda la familia había comenzado cuando lo investigaron, lo eligieron y le encargaron diseñar la casa.

Los dedos de los pies le hormigueaban.

«Primero hay que recoger esto.»

Se arrodilló en el suelo y cogió un trozo de cristal azul. Refrenó su mente, que estaba a punto de desbocarse, y recogió los fragmentos de facetas geométricas.

36

Dos días más tarde Aose tomó el tren bala de Tohoku hasta Sendai.

No avisó a Ikezono. En la oficina sólo dijo que volvería por la noche, sin revelar adónde pensaba ir. Okajima no había vuelto desde el día de la entrevista. El día anterior por la tarde había llamado, pero según Ishimaki, que era quien había hablado con él, le había respondido con evasivas. Simplemente quería preguntar si Shigeta había telefoneado.

Aun así, Aose tomó el tren hacia Sendai. El caso de la familia Yoshino ya no era solamente una anécdota sobre un cliente desaparecido, a esas alturas tenía una teoría cuyos orígenes se remontaban a su propio pasado. Aunque no tenía pruebas, estaba casi seguro de que era Yoshino quien había contratado al detective privado para que lo investigara. Las palabras clave «desde el principio» y «cuando todo empezó» le habían proporcionado por fin un marco de referencia lógico, cuando antes había sido incapaz de ordenar los fragmentos de información y la desconcertante secuencia de acontecimientos.

Desde aquella nueva perspectiva, la razón que le dieron los Yoshino para encargarle la construcción de su residencia era bastante inverosímil: alegaron que se habían enamorado de la casa de Ageo, lo que entonces ya le pareció un argumento poco convincente. La casa de Ageo se había construido en un terreno estrecho y deforme: ningún cliente ordinario le habría confiado treinta millones de yenes a un arquitecto desconocido basándose sólo en ella. En otras palabras, no eran «clientes normales».

Y, sin embargo, en muchos aspectos lo parecían: querían construir una casa de calidad, y por eso se habían tomado la molestia de comprobar que él era un arquitecto fiable y reputado. Una casa suele ser la mayor inversión de la vida de una persona. Hay quien se pasa uno o dos años visitando agencias de arquitectura para estar seguro de

encontrar un proyecto que cumpla con sus expectativas. Dicho esto, contratar a un detective para investigar a un arquitecto era una opción muy exagerada, sin contar que Yoshino ya había visitado la casa de Ageo por dentro y se había reunido con sus dueños. No necesitaba un detective para eso. Así pues, sólo había una conclusión posible: Yoshino lo había hecho investigar incluso antes de conocer la casa de Ageo y, cuando recibió el informe del detective, supo de la existencia de esa construcción y decidió utilizarla como pretexto para visitarlo y encargarle el diseño de su propio hogar.

Y él, feliz en su ignorancia, había aceptado el encargo, pero después de entregar la Residencia Y, la vaga inquietud que había albergado desde el principio, que nunca había llegado al nivel de desconfianza o preocupación, se fue intensificando, y entonces la familia se esfumó de forma inesperada. Si el casero de Tabata no le había mentido, los Yoshino ya estaban separados o divorciados en el momento en que le encargaron el diseño; sin embargo, a sus ojos eran una pareja unida. En otras palabras: el punto de partida de la historia era un engaño, por eso creía que era ahí donde se escondía la clave para desentrañar la verdad de aquel desconcertante suceso. En un principio había supuesto que el origen del caso sería algún incidente relacionado con la familia Yoshino, nunca había imaginado que pudiera tener algo que ver con él.

Pero resultó que él también estaba en el punto de partida de aquel misterio: había jugado un papel en sus inicios. Esa idea tan simple le provocó un miedo irracional: el problema era precisamente el papel que le había asignado Yoshino en la obra que estaba dirigiendo. ¿Cuál era?

No lo sabía.

Le costaba creer que hubiera habido mala intención. Nunca notó palabras ni actitudes fraudulentas, ni siquiera entre bastidores, y tampoco le constaba el menor intento de amenazar su posición social o estafar a la agencia: encargaron la casa y pagaron puntualmente lo que atañía al diseño y a la construcción. Todo fueron ventajas, no hubo perjuicio alguno para él ni para su empresa. El único resultado negativo había sido su preocupación por la desaparición de la familia, pero

nunca se habría enterado de no haber sido por la clienta de Urawa, que le había dicho que en la casa no parecía vivir nadie.

Miró por la ventanilla del tren. El paisaje rural que discurría al otro lado era tan vasto y quedaba atrás tan despacio que era fácil olvidar que estaba en un tren bala.

La noche anterior había estado buscando coincidencias en el pasado, intentando recordar si había conocido a algún Yoshino en Akasaka, en la facultad o cuando era pequeño y sus padres lo llevaban de un campamento a otro, pero había sido en vano. Quizá hubiera acontecimientos que había olvidado o pasado por alto, pero si se hubieran conocido en algún momento del pasado y entablado una relación cordial, ¿por qué Yoshino no le había revelado el verdadero motivo de su encargo? ¿Significaba eso que sí había mala intención, y que Yoshino estaba planeando vengarse de alguna forma que él desconocía aún?

«Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Aquellas palabras no contenían ni un ápice de malicia, pero a veces sonaban como una gran ironía.

Una voz anunció por megafonía la inminente llegada a Sendai.

La familia había desaparecido porque el hombre de la cara roja los perseguía. Aún no había descartado aquella hipótesis, quizá la más simple de todas. Naturalmente, era posible que la causa directa de la desaparición fuera accidental e inesperada, ya fuera por cuestiones económicas o por algún asunto relacionado con la mujer alta.

Tenía que encontrar a Yoshino: si no descubría la causa de su desaparición, aquel misterio lo perseguiría durante el resto de su vida. ¿Por qué le había pedido que diseñara su casa? ¿Por qué tenía que ser él?

37

Pasaban pocos minutos de las doce del mediodía.

Aose se apeó en Sendai. Había imaginado que la estación del *shinkansen* estaría tranquila y vacía, como suele ocurrir en las ciudades de provincias, por eso le sorprendió el gran tamaño del edificio y el bullicio que reinaba en su interior. Sin embargo, nadie parecía tener prisa: era como si la temporada hubiera dado marcha atrás y llevara un mes entero de retraso con respecto a Tokio.

Emergió a la calle por la salida este y se dirigió a la parada de taxis. Ikezono le había enviado por correo electrónico el contacto de aquel anciano llamado Kusao Yamashita y de un nieto suyo, empleado público. Primero llamó al abuelo. Era un antiguo trabajador del Instituto de las Artes Aplicadas, el centro de formación artesanal que el antiguo Ministerio de Comercio e Industria había establecido en Sendai a principios de la era Shōwa, y allí había conocido a Bruno Taut, quien había sido invitado por el instituto y vivió en Sendai durante aproximadamente tres meses y medio. Al parecer, Taut lo había formado personalmente.

Después tocó el turno del nieto, quien, tras asegurarle que su abuelo, pese a tener más de noventa años y estar un poco sordo, seguía teniendo la cabeza en su sitio, también aceptó reunirse con él.

En la parada de taxis no había nadie haciendo cola, así que subió al primer vehículo después de que el conductor, que fumaba un cigarrillo en la acera, le abriera la puerta trasera con una sonrisa amistosa.

Una vez en el asiento, se puso a echar una ojeada a su cuaderno de notas.

—¿El parque Tsutsujigaoka está cerca?

—A menos de diez minutos. De hecho, está sólo a una parada de tren en la línea Senseki. ¿Seguro que quiere que lo lleve?

—Sí, por favor.

El punto de encuentro acordado era delante de un instituto de secundaria, junto al parque Tsutsujigaoka. Al parecer, en una esquina había un monumento dedicado al Instituto Estatal de las Artes Aplicadas. Imaginó que el viejo Yamashita querría rememorar aquellos días.

—Al lado del parque hay un instituto, ¿verdad?

—Sí, el Instituto Miyagino; ¿es allí adónde quiere ir?

—Sí, por favor. Tengo entendido que ocupa las instalaciones del antiguo Instituto de las Artes Aplicadas.

—¿El Instituto de las Artes Aplicadas...? Ah, sí, ya sé a qué se refiere. Ahora hay una avenida muy ancha que cruza el barrio, y varios edificios nuevos alrededor, así que no sé exactamente dónde estaba.

—Me han dicho que hay un monumento conmemorativo.

—Pues no lo sabía.

El taxista debía de sentirse avergonzado de su ignorancia porque, cuando llegaron a su destino y cobró la carrera, salió del coche y empezó a preguntar a los transeúntes dónde estaba el monumento.

Él miró hacia el parque Tsutsujigaoka. Se oía el canto de un pájaro entre los frondosos cerezos, probablemente un papamoscas narciso. Entonces el conductor lo llamó:

—¡Disculpe, señor! Parece que eso es lo que busca.

Su dedo índice enguantado señalaba hacia la alambrada del nuevo instituto, donde, en un lugar sombreado y discreto, se erguía un monumento de piedra natural de unos tres metros de altura. Se acercó, miró a través de la alambrada y divisó una placa de piedra azulada con la inscripción: CUNA DE LAS ARTES INDUSTRIALES escrita con una caligrafía maravillosa. En la base de esa piedra había otra placa, aunque metálica y de mayor tamaño, que explicaba el significado del monumento.

—Disculpe.

Se volvió pensando que sería el taxista, pero se equivocaba: detrás de él estaba un hombre bajo de mediana edad y un anciano aún más bajo con un bastón blanco de madera.

Eran Kusao Yamashita y su nieto, que parecía tener cerca de cincuenta años. Lo sorprendió no haberlos visto llegar, pero al fijarse

con más atención vio un monovolumen aparcado en la acera.

—¿Es usted el señor Aose?

—Sí, el mismo.

—Soy el nieto del señor Yamashita. En realidad, llevo el apellido de mi mujer.

Él ya había notado la discrepancia de apellidos en los datos que recibió en el e-mail de Ikezono. Por el tono con que acababa de explicarle por qué se apellidaba Ozawa, debía de ser algo perfectamente normal. Cogió la tarjeta de visita que le ofrecía. Según podía leerse allí, era el jefe del Departamento de Asuntos Generales de la aldea N, que él no conocía de nada.

—Gracias por venir desde tan lejos.

—Gracias a ustedes, soy consciente de que se lo pedí con muy poca antelación.

Una vez terminadas las presentaciones, levantó la mano para hacerle una seña al taxista, que entró en el coche con cara de satisfacción.

Entretanto, el anciano Yamashita, que no lo había saludado, se apoyó contra la alambrada y fijó los ojos en la placa metálica del monumento.

—«Invitó al arquitecto alemán Bruno Taut» —leyó en voz alta—. «Exitosos experimentos... investigación sobre prototipos... el movimiento del diseño moderno... pionero en todo el mundo... la cuna de la artesanía moderna y de la artesanía industrial...» —Cuando terminó de leer, el anciano se volvió y lo miró con unos ojos hundidos entre profundas arrugas—. El señor Taut era muy riguroso: todos los días recorría los talleres con esta cara.

Arrugó la frente imitando la expresión de Taut y, tal como esperaba, él soltó una carcajada. Se sentía profundamente emocionado y también nervioso por estar delante de alguien que había conocido a Bruno Taut y que parecía recordar al detalle lo ocurrido setenta años atrás. Debía de tener muchas historias que contar. Sospechaba que le llevaría un tiempo sacar el tema de Yoshino.

—La señora Erica también era una buena persona —prosiguió el viejo—, además de una secretaria excelente. Sólo estuvieron aquí tres meses, pero ojalá se hubieran quedado más tiempo. —Se volvió

lentamente, dando pequeños pasitos, y abrió los brazos como pudo hacia la ancha avenida—. Éste era un buen centro de formación, muy grande, propiedad del ejército. Había un edificio del gobierno y un anexo, y también una fábrica, un almacén, una residencia y un puesto de guardia. —Parecía dispuesto a contar toda la historia—. Todos los que estábamos aquí respetábamos al señor Taut e intentábamos aprender todo lo que podíamos.

—Mi abuelo no era un empleado fijo del equipo, sino una especie de chico de los recados —le susurró Ozawa al oído, pero él fingió no haberlo oído.

—Cuando Taut se disponía a marcharse del instituto nos dijo una cosa muy importante: que una pieza de artesanía hecha por un buen artesano puede ser una obra de arte. ¿No le parece muy hermoso? También decía que la calidad de un objeto debe ser justo la misma independientemente de dónde se haya fabricado y que, cuando se trataba de incorporar algo que viniera de Occidente, ya fueran estilos arquitectónicos, muebles o ropa, los japoneses éramos tan poco críticos que se preguntaba adónde habían ido a parar nuestra sensibilidad y buen gusto. Decía que perdíamos la cabeza con muchas cosas sólo porque estaban de moda en Occidente, decía que en Europa y Estados Unidos muchas veces se utilizaban peores materiales y peor manufactura que aquí, pero que bastaba con que se nos hiciera creer que era popular en Occidente para que aceptáramos esas bazofias.

Era sorprendente que setenta años atrás ya se hablara de un tema tan actual.

—Según él, había cuatro cosas que tener en cuenta para evitar fabricar artículos de mala calidad: seleccionar los materiales con criterio, combinarlos bien entre sí y procesarlos de la forma adecuada; además de la utilidad, por supuesto. Si no se observaban esas cuatro reglas, era inevitable fabricar artículos malos.

¿Sería cierto que Yamashita había oído aquellas palabras de boca de Taut? No era probable. Debía de haberlas leído, traducidas, más adelante, una y otra vez, hasta que pudo oír la voz de Taut pronunciándolas en japonés dentro de su cabeza.

—Sin embargo —continuó—, afirmaba que no basta con atenerse a estos cuatro principios, y que es imposible producir artículos de calidad superior a menos que exista una buena base. Decía que a menudo había visto a hijos de artesanos con una sólida tradición familiar intentando crear algo completamente nuevo y distinto de su trabajo anterior, y que, al hacerlo, habían caído en la peligrosa trampa de abandonar las largas tradiciones. Creo que ahí es donde Yoshino perdió el norte... y a mí me pasó lo mismo.

A él le dio un vuelco el corazón, pero el viejo Yamashita no se detuvo. Siguió hablando con los ojos cerrados, como si recitara un párrafo aprendido de memoria:

—El deseo en sí de crear algo novedoso ya es incompatible con la calidad: la excelencia técnica es una larga cadena que nunca se debería romper, salvo en detalles nimios como la forma o la decoración. Sólo eso asegura la calidad. Pero ese saber no puede heredarse simplemente, ni en Japón ni en Europa: de ahí el lugar especial que Japón ocupa entre los pueblos del mundo...

El anciano enmudeció, aunque seguía moviendo los labios. Tenía los ojos cerrados y parecía estar meditando.

—Disculpe... —lo llamó él para sacarlo de su trance, pero su nieto intervino.

—Señor Aose.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría preguntarle una cosa: usted nunca ha llamado a nuestro ayuntamiento interesándose por este caso, ¿verdad?

Él frunció el ceño intentando comprender el significado de la pregunta.

—Verá —continuó Ozawa—, los señores Yamazaki y Ōkura fueron a verme y me dijeron que usted estaba buscando a alguien a través de un periodista. No lo pongo en duda en absoluto, pero...

Él no conocía a aquellos hombres. Dedujo que serían los expertos en Taut a los que Ikezono había utilizado para localizar a Kusao Yamashita.

—No, yo no hice ninguna llamada al ayuntamiento. En realidad,

nunca había oído hablar de la aldea de N. —Después de contestar, cayó en la cuenta de un detalle—. ¿Quiere decir que, aparte de mí, hubo otra persona que lo llamó preguntando por Yoshino?

—Exacto. Recibí una llamada de otra persona, y era bastante insistente. Mencionó el nombre de Touta Yoshino y me preguntó si N era su ciudad natal y si sabía dónde podía encontrarlo.

Estaba claro que el hombre de la cara roja no se había limitado a buscar cerca de la casa alquilada de Tabata, sino que había llegado hasta la ciudad de N.

—Entiendo.

Intentó mantener la compostura. Le preocupaba que su rostro reflejara la frustración y la culpabilidad por no poder revelar las verdaderas circunstancias que lo habían llevado hasta allí.

38

El resto de la historia la escuchó en el monovolumen.

Como la calle no era un lugar muy agradable para hablar, Ozawa sugirió visitar la tumba de la familia Yoshino, que estaba a una media hora en coche hacia el norte.

—Recuerdo perfectamente a Yoshino —dijo con nostalgia el anciano Yamashita nada más sentarse en el asiento trasero.

Él se apresuró a abrir su libreta. Si bien era obvio que el viejo tenía la cabeza en su sitio, hablaba a su ritmo, y sus respuestas no siempre correspondían a las preguntas.

—Era carpintero, ¿verdad?

—Sí, y su padre también. Yo vivía en el pueblo vecino, así que no conocía muy bien a la familia. Mi hijo sí que se mudó a la aldea de N después de casarse.

—Ya veo.

—Al señor Taut le gustaba la forma de triángulo del monte Taihaku. Lo dibujaba a menudo.

—Entonces, ¿el señor Yoshino también trabajaba en el centro de formación del Instituto de las Artes Aplicadas?

—Nunca logró entrar. Pobre Yoshino, ¡con lo entusiasmado que estaba!

—¿Nunca logró entrar? ¿Qué significa eso?

—Verá, él quería ser aprendiz, pero sólo tenía quince años.

—Resulta que —intervino Ozawa desde el asiento del conductor—, en aquella época, el centro ofrecía dos o tres veces al año cursos de formación de tres meses para jóvenes artesanos.

—Exacto —confirmó Yamashita—. Pero como Yoshino era demasiado joven para acceder al curso, fue a pedirle al señor Taut personalmente que lo formara. Antes de eso, Taut había estado recorriendo la región de pueblo en pueblo, y Yoshino había oído el

rumor de que había un gran maestro alemán en la zona y estaba decidido a enseñarle una silla que había hecho.

—¿Una silla?

—Todo está relacionado —apuntó Ozawa con una sonrisa—, pero no sabemos de verdad si Yoshino conoció realmente a Taut: los recuerdos de mi abuelo son un poco borrosos.

—Lo recuerdo muy bien —protestó el anciano—. El señor Taut vio la silla de Yoshino y... ¿sabe una cosa? Era un caso clásico en que los hijos de artesanos con una gran tradición caen en la peligrosa trampa de intentar producir algo completamente nuevo y diferente, abandonando así las tradiciones arraigadas.

Ozawa se echó a reír.

—Eso tampoco lo sabemos con certeza. Pero cuando oí que el señor Yoshino, a quien usted está buscando, tenía el plano de la silla de Taut, caí en la cuenta: supongo que Taut dibujó los planos y se los dio a ese joven Yoshino para que intentara construirla.

Él asintió gravemente: estaba convencido de que aquel joven Yoshino formaba parte de las «raíces» que Touta Yoshino había mencionado.

—¿Cuál era el nombre de pila del joven Yoshino? —le preguntó a Ozawa, pero fue su abuelo quien respondió:

—Se llamaba Isaku, y tenía una hermana mayor que se fue de casa para trabajar en una fábrica textil.

El coche empezó a subir una suave pendiente con unas pocas casas a los lados. Él imaginó que se acercaban a la aldea de N.

—Además de ver su tumba, ¿podríamos ver también la casa donde nació?

—Hace tiempo que desapareció —dijo Yamashita con amargura—. Robaron arroz y la familia se rompió. ¡Pobre Yoshino!

—¿Cómo? ¿Quién robó arroz?

—Al parecer, el padre de Isaku le robó arroz a un vecino —explicó Ozawa, y su mirada, reflejada en el retrovisor, se ensombreció—. Dicen que era un buen artesano, pero un bebedor empedernido. Es cierto que la familia se rompió: en aquella época, robar arroz era muy grave. Significaba el ostracismo. El padre se fue de aquí.

—Y los demás niños se metían con Yoshino, se burlaban de él llamándolo «apestoso», que es lo que significa su nombre de pila, Isaku, si lo lees al revés: «ku-sa-i».

—He oído que, después de que el padre la dejara, la madre enfermó de tuberculosis e ingresó en un sanatorio de las montañas, donde falleció al cabo de un año. Nadie sabe qué fue del chico, el joven Yoshino.

Él cerró el cuaderno de notas.

Era una historia desgarradora: cuando el padre de Isaku Yoshino los abandonó y su madre murió, él se marchó solo de su aldea natal. ¿Adónde iría, una vez truncado su sueño de convertirse en aprendiz? Según Yamashita, la hermana mayor se había marchado de casa para trabajar en una fábrica textil: quizá se fue con su hermana. Pero ¿era cerca de la aldea? ¿De verdad había conseguido Isaku reunirse con ella?

Él también había abandonado los campamentos: en el verano de su tercer año de instituto renunció a la vida nómada para irse a vivir con una de sus hermanas mayores, que ya se había emancipado. Quería presentarse a las pruebas de acceso a la universidad. Decidió que era la encrucijada de su vida e hizo oídos sordos a las objeciones de su padre. Después de haber escuchado la historia de Isaku Yoshino, se daba cuenta de que había tenido la suerte de volar del nido en circunstancias mucho más felices.

Isaku Yoshino tenía quince años en ese momento; si aún viviera, tendría más de ochenta. Touta Yoshino tenía cuarenta: se llevaban muchos años para ser padre e hijo pero, para ser abuelo y nieto, Isaku tendría que haber sido padre a los veinte años y su hijo también. Teniendo en cuenta el contexto histórico y las penurias por las que debió de pasar, lo más probable era que se hubiera casado tarde y hubiera tenido a Touta a una edad avanzada. En cualquier caso, la tragedia y los escándalos de la generación anterior debieron de afectar no sólo la vida de Isaku Yoshino, sino también la educación de Touta Yoshino. Dos familias rotas, dos familias caídas en desgracia: era angustioso pensar que ambos sucesos formaban parte de una sola

cadena de acontecimientos.

Se volvió hacia Yamashita.

—¿Sabe dónde trabajaba la hermana de Isaku?

—No, nunca lo he sabido. Decían que era una chica atractiva, aunque muy bajita. Yoshino también lo era: tenía cara de niño y no parecía que tuviera quince años. Quizá por eso no lo aceptaron como aprendiz...

—¿Había alguna fábrica textil cercana adonde fueran a trabajar las muchachas del pueblo?

—No lo creo. Tanto en N como en mi pueblo, las muchachas solían ir a servir a las casas de los comerciantes ricos, no iban a las fábricas. Por eso me acuerdo, porque no era habitual. ¡Pobre Yoshino! Lo único que hizo su padre fue robar arroz. Pero él acabó construyendo la silla. El señor Taut nunca se la encargó oficialmente, pero, si le dio los planos, sería porque había visto algo en él. No sé si al final se dedicó a fabricar muebles; a lo mejor consiguió ser aprendiz.

Él también lo consideraba plausible.

De hecho, lo creía firmemente: la silla de la Residencia Y no se distinguía de las originales ni por su antigüedad ni por su factura. Casi con toda seguridad Isaku no tardó mucho en construirla una vez que tuvo los planos de Taut, y si a una edad tan temprana tenía las habilidades necesarias para construir una silla como aquélla podría haber encontrado trabajo en cualquier lugar de Japón.

Sin embargo, el «dónde» era una barrera en su búsqueda. Cuando se trataba de especificar dónde, la historia se ocultaba de forma instantánea detrás de una nube opaca.

Suspiró en silencio.

Viajar a Sendai había merecido la pena, aunque sólo fuera por conocer la vida de Isaku Yoshino. Porque ahora podía imaginar que Touta Yoshino, posiblemente hijo de Isaku, había actuado movido por algún motivo sólido directamente relacionado con su pasado. Sin embargo, ¿qué tenía que ver él mismo, Aose, con aquella historia? Eso seguía siendo un misterio. Tras haber escuchado la historia de Yamashita, le parecía que lo único que tenían en común era la vida nómada. Porque imaginaba que Touta Yoshino también había llevado

una larga vida errante al lado de su padre y, después de la muerte de éste, debía de haber pensado en establecerse en algún lugar. Quizá se había enterado de su propia historia, vagando de campamento en campamento, hizo que un detective lo investigara y luego le pidió que construyera «la casa donde usted mismo querría vivir».

«¡Imposible!», exclamó otra parte de su cerebro, donde guardaba toda la información que contradecía aquella teoría. No obstante, aquélla era sin duda la mejor deducción que se le había ocurrido. Además, concordaba con la sonrisa de Yoshino y su expresión profundamente conmovida cuando vio la Residencia Y, en contraste con su gesto serio la primera vez que visitó la oficina. En realidad, ahora recordaba que aquella vez le había dicho: «Usted sabe mejor que nadie qué tipo de casa quiero.»

—¿Nunca había estado en Sendai? —le preguntó Ozawa intentando animar la conversación.

—No.

—¿No tiene parientes en la región de Tōhoku?

—No, pero viví una temporada en Yamagata cuando era pequeño.

—¿De veras? ¿En qué parte de Yamagata?

—En Zao. Mi padre trabajaba en la construcción de una presa.

—¡Vaya! Entonces, ¿usted viajaba con él?

—Sí: viajé por todo el país.

—¡Qué envidia! Yo he pasado toda la vida en un radio de tres kilómetros, y ahora que estoy casado y vivo con mis suegros, el radio se ha reducido aún más.

Él se echó a reír. No cabía duda de que en el mundo había toda clase de personas; algunas soñaban con viajar y otras con establecerse; algunas deseaban instalarse en una casa, mientras que otras sólo querían alejarse del suelo y encomendaban sus últimos años a las plantas superiores de un bloque de pisos.

—Ya estamos llegando —anunció Ozawa y, medio minuto más tarde, detuvo el coche.

A lo lejos sólo se veía el cielo, la vegetación y algunos tejados de casas dispersas.

La tumba de la familia Yoshino se alzaba solitaria en un rincón de una hondonada cubierta de maleza musgosa. Estaba algo alejada del cementerio público, ¿era realmente tan atroz el delito de robar arroz?

No había ninguna lápida con el apellido, sólo una piedra normal y corriente medio enterrada en el suelo. De lejos él pensó que la tumba estaba abandonada, pero al acercarse se quedó boquiabierto.

Junto a la lápida había flores, aunque no eran frescas; de hecho, estaban tan secas y marchitas que era imposible saber cómo habían sido.

¿Quién las habría puesto?

Nada más preguntárselo, se estremeció de pies a cabeza.

Yoshino había estado allí.

Se quedó paralizado.

Sentía la brisa en las mejillas. Entonces una ráfaga lo zarandeó como un tren que pasa por la estación sin detenerse. Corría por las llanuras, susurrando entre la vegetación, y le llevó montones de recuerdos.

Sacó una tarjeta de visita y un bolígrafo, se lo pensó un momento y escribió simplemente: «Póngase en contacto conmigo.» Ozawa volvió al coche, cogió una carpeta transparente y se la dio. Él introdujo la tarjeta y unas hojas de trébol que crecían frente a la tumba, entre el musgo. A continuación la dejó ante la lápida con cuatro piedras en las esquinas.

Juntó las manos y cerró los ojos.

Tenía la sensación de haberlo entendido: había descubierto la razón por la que la silla de Taut estaba frente a aquella gran ventana en el dormitorio de la Residencia Y. Yoshino la había dejado allí para Isaku, su padre; o quizá para la urna que contenía sus cenizas. Le había enseñado el cielo, lo había instado a llevarse sus recuerdos de Taut y regresar al amplio cielo azul de aquella remota aldea.

Oyó un sollozo detrás de él.

—Me alegro por ti, Yoshino. Al menos tienes a alguien que venga a verte.

39

Aose viajó de vuelta a Tokorozawa ese mismo día.

Rechazó cortésmente la invitación del viejo Yamashita para quedarse a dormir en su casa porque Okajima le había dejado un mensaje en el móvil: «Tenemos que vernos esta noche para hablar. Llámame en cuanto llegues.» Sonaba desesperado. Lo más probable era que Shigeta, del *Toyo Shimbun*, hubiera iniciado el segundo asalto y Okajima se sintiera, por primera vez, en inferioridad numérica.

Como había madrugado mucho, se quedó dormido en el tren y luego, tal como le había prometido a Okajima, lo llamó al móvil nada más llegar a su piso. Había comprado cervezas para ambos, pero saltó el contestador. Abrió el paquete que contenía media docena de latas y las metió en la nevera. Un cuarto de hora más tarde lo volvió a intentar, pero se topó de nuevo con el buzón de voz. Le dejó un mensaje: «Ya estoy en casa», en un tono ligeramente irritado.

Como intuía que sus deducciones sobre Yoshino se acercaban a la verdad, sus sentimientos hacia él se habían vuelto más benévolos. De hecho, creía que estaba a punto de encontrarlo; incluso más: desde que había visto las flores que había dejado en la tumba de su padre, se sentía tan cerca de Yoshino como si estuviera a punto de topárselo.

El día en que se habían conocido en la oficina, Yoshino le había dado un billete y ambos habían subido juntos a un tren con destino desconocido. No sabía cuándo llegaría ni adónde, pero estaba seguro de que en algún momento el tren se detendría, se abrirían las puertas y él lo entendería todo.

«No: ya lo sabes, ya conoces la verdad.»

Tras oír esas palabras en su cabeza se sintió profundamente consternado.

¿Lo sabía? ¿Conocía la verdad? ¿Por qué estaba tan seguro?

Porque era así: la conocía, y la verdad estaba muy cerca, al otro lado

de una puerta corredera de papel. Sólo tenía que abrirla, nada más. ¿Por qué no lo hacía?

El interfono sonó pasadas las doce. Él había estado reflexionando sin llegar a ningún sitio hasta quedar agotado. Maldiciendo su propia mente, que se había desbocado dejando atrás a su dueño, se había tomado una pastilla para el dolor de cabeza y se había desplomado en el sofá.

—Soy yo, abre.

Abrió la cerradura automática del portal y la del piso y esperó. Poco después Okajima entró tambaleándose. Se notaba enseguida que había bebido más de la cuenta. Se sentó en el suelo de madera con las piernas cruzadas y dejó escapar un brusco suspiro.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí.

—¿Quieres agua?

—Prefiero una copa.

—Sólo tengo cerveza.

—Tráeme una.

Apenas perdió de vista a su jefe treinta segundos, pero, cuando regresó, éste había sufrido un cambio radical: tenía las facciones crispadas y los dientes apretados; los puños le temblaban sobre las rodillas.

Le tendió una lata de cerveza.

—¿Qué ha pasado? —Al ver que el otro no cogía la cerveza, la dejó sobre la mesa—. ¿Has vuelto a tener noticias de Shigeta?

—Estoy acabado.

—¡Anda, no digas eso! Cuéntame.

—Saldrá un artículo en el *Toyo Shimbun* de hoy.

Más que sorprenderse, él reaccionó con incredulidad.

—¡No seas idiota! No tienen nada ni remotamente interesante para un artículo.

—Pues habrán usado algún truco de magia. —La cabeza de Okajima colgaba como si fuera a tocar el suelo—. Shigeta dio el chivatazo al ayuntamiento y consiguió movilizar a los concejales progresistas;

después, los conservadores que están en contra del alcalde también se subieron al carro. Van a constituir una comisión de investigación para denunciar posibles conflictos de intereses entre el equipo de gobierno y los contratistas.

—¿Así que ese tipo va a escribir un artículo sobre un asunto que él mismo se ha dedicado a inflar hasta hacerlo parecer más grande de lo que es?

—Parece ser su método habitual.

Estaba indignado: la policía nunca habría actuado ante tales acusaciones, y de hacerlo, le habría llevado mucho tiempo investigar. Por eso Shigeta había decidido dar el soplo al ayuntamiento: si conseguía convertir una bola de nieve en una avalancha, la policía no tendría más remedio que actuar. ¿Ése era su plan?

—¿Te ha vuelto a entrevistar?

—No.

—¡Dijo que lo haría! No sé cómo pretende escribir ese artículo sin haber vuelto a hablar contigo.

—No fue idea de Shigeta: es Kusamichi quien ha actuado a través de Katsumata.

Por supuesto: Katsumata, miembro de la Asamblea de la Prefectura, y Kusamichi, diputado del Parlamento. Había fuerzas interesadas en hundir al alcalde. ¿Y los contactos de Okajima? Se suponía que había hablado con ellos antes de ir a verlo. ¿No podían bloquear la comisión de investigación? ¿Significaba eso que ya habían perdido la batalla subterránea? De ser así, debían de haber elaborado un plan de choque, acordando una única versión de los hechos en cuanto se publicara el artículo en el *Toyo Shimbun*.

—Quieren que ingrese en el hospital —murmuró Okajima.

—¿En el hospital?

Okajima no respondió.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Quién te lo ha pedido? —Le sacudió un hombro—. ¿Quién quiere obligarte a ingresar en un hospital?

¿Sería el alcalde? ¿El jefe de Urbanismo? ¿Un miembro de la Asamblea de la Prefectura o un diputado?

Las lágrimas brillaban en aquel momento en los ojos de Okajima.

—Tengo que ingresar antes de que la comisión de investigación me cite a declarar. La versión oficial será que me retiro del concurso porque estoy enfermo. Ya está decidido.

¿Decidido?

Él se había quedado sin habla. ¿Quién había tomado aquella decisión? Habían echado a Okajima a los leones, eran peores que Shigeta.

De pronto se sintió terriblemente decepcionado: el concurso había terminado, el memorial de Haruko Fujimiya se había desvanecido como un sueño y, con él, el legado que la Agencia de Diseño Okajima y su fundador querían dejarle al mundo.

—Aose...

—Dime.

—Encárgate de la agencia. Sigue adelante, no dejes que se hunda...

Dicho esto, Okajima se tapó la boca con la mano y se dobló hacia delante.

Él lo acompañó al baño y le frotó la espalda mientras vomitaba. No se había dado cuenta de lo delgado que estaba: se le sentían las vértebras.

De vuelta en el salón, Okajima abrió la cerveza.

—Será mejor que no bebas más.

—Déjame en paz. El artículo saldrá al amanecer: sólo me quedan unas horas de vida.

—¡No es más que un artículo en el periódico! Te puede lastimar, pero no matar.

—Claro que sí: estoy acabado.

—Okajima...

—¿Qué has averiguado en Sendai? —le preguntó Okajima de pronto, aunque él sospechaba que aquello le interesaba más bien poco.

—Te lo contaré después, primero...

—Cuéntamelo, por favor.

Él suspiró.

—He podido confirmar que Touta Yoshino tiene raíces allí, eso es todo.

—¿Qué te pareció la Villa Hyūga?

—¿A qué te refieres?

—¿Tuviste un encuentro con Taut?

Decidió seguirle la corriente a su jefe. Era evidente que estaba aterrado e intentaba mantener la mente ocupada con otras cosas hasta que la edición matutina del periódico empezara a circular por la ciudad.

—Creo que sí. He leído todos los libros que me prestaste. De no haber sido por ti, supongo que nuestros caminos nunca se habrían cruzado.

—¿Por qué crees que Taut elogió la Villa Imperial de Katsura? —volvió a preguntar Okajima, que no parecía dispuesto a cambiar de tema.

—Porque le gustó. ¿Qué otro motivo puede haber?

—No se puede negar que el modernismo, que estaba en auge a principios de la era Shōwa, influyó en la opinión de Taut. Al menos eso decía mi profesor.

—¿Crees que había una lucha de estilos arquitectónicos?

—Sí: los japoneses modernistas de entonces querían ensalzar la Villa Imperial de Katsura y acabar con la idealización de los estilos griego y gótico, por eso recurrieron a Taut. Lo llevaron a ver la villa porque querían el aval de un maestro arquitecto de talla mundial; ¿no te parece que tiene sentido?

—No creo que sea tan simple. Además, Taut no habría alabado sus virtudes si no le hubiera gustado.

—En efecto. El modernismo se basa en la practicidad y la funcionalidad, y más allá de esto, en la belleza simple y útil. Pero Taut era un expresionista, no un modernista. Bueno, cuando llegó a Japón puede que tuviera ideas similares, y puede que relacionara el modernismo con la estética sencilla y funcional de la arquitectura japonesa, pero al menos no apreció la Villa Imperial de Katsura desde el punto de vista de un modernista puro. Dijo que era hermosa, tan

hermosa que le daban ganas de llorar.

—Sí, eso es lo que anotó en su diario el día de la visita.

—El caso es que, a pesar de las intenciones de los modernistas japoneses, Taut se enamoró de la Villa Imperial de Katsura. Aquel hombre tan complejo y excéntrico la describió con la más simple de las palabras: «hermosa». Puede que estuviera burlándose de la lucha de estilos: «las cosas que son bellas a la vista tienen un valor absoluto»; no: «la belleza es el único valor absoluto», eso es lo que quería decir.

—¿Estás seguro? —Él dudó—. Nunca dejó de insistir en la importancia de la practicidad y la funcionalidad.

—No es verdad: lo más destacado de Taut es que creía en su propio sentido de la estética, y esa confianza se mantuvo inquebrantable durante toda su vida. Aunque eso, a fin de cuentas, no tiene importancia.

Él se sobresaltó y miró a Okajima a los ojos.

—¿Que no tiene importancia? —preguntó. La mirada de Okajima era la de alguien que se había rendido, alguien con una herida abierta en el corazón. No quería que la conversación acabara así—. No puedes decir que no importa.

Okajima tardó un rato en contestar.

—Taut, Corbusier, Wright... me daba igual quién: tan sólo necesitaba obsesionarme con alguien. Buscaba alguien a quien admirar, pero después no cambiaba nada. Creía que estudiar a fondo a los grandes arquitectos me transformaría, pero cada vez que me duchaba todo se iba por el desagüe. Sólo podía vivir mi vida, no la de otros. En una clase solía sentarme al lado de una chica que dibujaba tan bien que me daba envidia, así que la espiaba y trataba de copiar sus dibujos. Siempre he sido así y siempre lo seré. —Se incorporó—. En fin, más vale que me vaya: quiero ver a Issō antes de que se despierte.

A pesar de que sonaba más entero, tenía la tristeza pintada en el rostro.

—No tienes por qué ingresar en el hospital —le dijo él sin poder reprimirse—. Si la comisión de investigación te cita a declarar, comparece: así podrás decir qué hiciste y negar lo que no hiciste.

Su jefe no respondió.

—Okajima, éste no es el final. Vendrán otros concursos.

El otro se volvió para ocultarle la cara y soltó una pequeña carcajada.

—Nunca pensé que oiría eso de ti, que llevas toda la vida huyendo.

40

El cielo estaba despejado.

Aose compró la edición matutina del *Toyo Shimbun* en una tienda cercana. ¿Podría haber sido todo un extraño delirio de grandeza por parte de Okajima? Ese atisbo de esperanza se apagó en cuanto abrió el periódico y vio el gran artículo con tres titulares:

¿CONTUBERNIO ENTRE EL ALCALDE
Y UN CONTRATISTA?

EL MUSEO MEMORIAL DE HARUKO FUJIMIYA:
¿FRAUDE EN LA SELECCIÓN DE
LOS CONTRATISTAS NOMINADOS?

EL AYUNTAMIENTO DE S CREARÁ
HOY UNA COMISIÓN DE INVESTIGACIÓN.

El contenido del artículo se basaba en las declaraciones de los concejales que se habían propuesto investigar las acusaciones y, por tanto, reproducía el escenario montado por Shigeta, el periodista del *Toyo Shimbun*, y los políticos contrarios al alcalde. Sólo al final se reproducía la entrevista a Okajima; eso sí: sin mencionar su nombre ni el de la agencia:

S: Parece ser que, antes y después de la nominación, usted salió en varias ocasiones a comer y beber con el director del Departamento de Urbanismo, el señor Kadokura.
O: ¿Y qué importancia tiene?
S: ¿No pensó que se podría malinterpretar?
O: Pagábamos la cuenta a medias, no hubo ningún soborno.
S: ¿El taxi de vuelta lo pagó su agencia de diseño?
O: No me acuerdo.

S: Usted acompañó al señor Shinozuka, el alcalde, y al señor Kadokura, director de Urbanismo, a ver un partido de fútbol en Tokio.

O: No tiene nada que ver con el concurso. A los tres nos gusta el fútbol y nuestra relación es privada.

S: ¿Pagó usted las entradas y el transporte?

O: No, no fue así; nos repartimos los gastos.

Aose se sintió febril.

Según recordaba, la conversación entre Shigeta y Okajima había sido ligeramente distinta. No podría haber precisado en qué puntos, pero daba igual: percibía un intento deliberado de presentar a Okajima como un corrupto. Quizá por eso mismo se aludía a un concejal del ayuntamiento que se suponía que había dicho: «Naturalmente, también invitaremos al señor O a la comisión de investigación para conocer su versión de los hechos.»

«Encárgate de la agencia. Sigue adelante, no dejes que se hunda.»

Aquellas palabras de Okajima resonaban en su cabeza. Cada vez que se publicaba un artículo de ese tipo, la repercusión en el sector era considerable.

Incluso existía la posibilidad de que la agencia fuera a la quiebra. Procuró mentalizarse para afrontar las consecuencias.

Llegó a la oficina antes de las ocho, pero sus tres compañeros ya estaban allí, de pie ante un ejemplar del *Toyo Shimbun* abierto sobre un escritorio. Ishimaki y Mayumi estaban al teléfono, pero Takeuchi, que un segundo antes parecía muy nervioso, se acercó a él con cara de alivio.

—Estamos recibiendo muchas llamadas de la prensa.

Los demás periódicos habían llamado enseguida tras haber leído el artículo.

Independientemente de la veracidad del contenido, la creación de la comisión de investigación no era algo que se pudiera pasar por alto.

Ishimaki colgó bruscamente y, a continuación, Mayumi hizo otro tanto con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué les estáis diciendo? —preguntó Aose mirando alternativamente a ambos.

—Que el director está de baja por enfermedad y no sabemos nada —respondió Mayumi en el mismo tono seco que cuando estaba al teléfono —. Me ha llamado a primera hora para decirme que iba al hospital.

Él asintió. Así que, al final, había decidido ingresar.

—Espero que esté bien... —La expresión de Mayumi se ensombreció. Ante aquel escándalo, parecía haber olvidado que él la había reprendido por teléfono unos días atrás.

—Estará bien, no puede ser nada grave.

—¡Es increíble! ¡Menuda sarta de mentiras! —dijo Takeuchi mientras golpeaba con un dedo el ejemplar del *Toyo Shimbun*.

—¡Es una vergüenza! —convino Mayumi.

Ishimaki, que tenía la mirada perdida en el vacío, se volvió hacia él con una expresión sombría.

—¿De verdad se lo han inventado todo?

—¡Pues claro! —chilló Mayumi.

—Se lo he preguntado a Aose. —La voz grave de Ishimaki se adueñó de la oficina. Mayumi y Takeuchi también clavaron la mirada en él.

—Es cierto que se ha visto involucrado en una conspiración política —contestó sin atreverse a establecer contacto visual con nadie.

Ishimaki arrugó la frente.

—¿Involucrado? ¿Qué conspiración?

—Hay una conspiración para echar al alcalde Shinozuka, y Okajima es el chivo expiatorio.

—¿Hay políticos implicados?

—Sí.

—«Cuando el río suena...» —Ishimaki bajó la vista hacia el periódico —. Dejando de lado los tejemanejes de los políticos, ¿qué hay de cierto en que el jefe sobornó al alcalde y al director de Urbanismo para ganar la candidatura?

—Okajima no es de ésos —intervino Mayumi con las emociones a flor de piel.

—Déjame que te pregunte una cosa, Mayumi —insistió Ishimaki—:

¿es verdad que la agencia le pagó el taxi de vuelta a casa al director de Urbanismo después de una fiesta?

—No lo sé: me llegan facturas de compañías de taxis cada dos por tres.

—¡Cómo no vas a saberlo! Es el director de Urbanismo de S, así que tiene que ser una factura de allí; y se supone que volvía a casa, de modo que el destino final tiene que estar en la ciudad. ¿Por qué no revisas los pagos? Un periodista me acaba de sugerir que lo hagamos.

—A mí también me lo han sugerido y ya los he revisado. Hay muchas facturas de taxis de la ciudad de S, pero el jefe va muy a menudo...

Ishimaki se reclinó en su asiento.

—¡Así que había facturas! ¡Lo sabía!

—Corresponden a los desplazamientos del jefe.

—¿Hay algún trayecto dentro de la ciudad de S?

—Sí, hay uno.

—Pues ése no pudo hacerlo el director.

—¡Dejadlo de una vez, chicos! —intervino Takeuchi con evidente intención de proteger a Mayumi, no a Okajima—. No veo por qué el jefe no hubiera podido tomar un taxi para desplazarse de un punto a otro de la ciudad de S. Además, ni siquiera sabemos si el director de Urbanismo vive en la ciudad.

Mayumi siguió hablando; no necesitaba que nadie le cubriera las espaldas:

—Esa factura es del jefe, sin duda.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿No os parece extraño que la compañía de taxis enviara la factura directamente aquí? Lo normal habría sido que el jefe pagara la carrera del taxi que había utilizado y que él mismo le trajera la factura a Mayumi.

—Hace un par de meses el director acordó con la compañía de taxis de la ciudad de S que le mandaran una sola factura a fin de mes. Decidió hacerlo así porque los usaba con mucha frecuencia —repuso Mayumi.

—¿Eso te lo dijo él?

—Sí. —Mayumi seguía sacando pecho, pero con sus revelaciones

reforzaba sin querer las sospechas de que Okajima había actuado de forma premeditada agasajando a los altos cargos de la ciudad para comprar su nominación.

Ishimaki se frotaba la barba.

—¿Tú qué opinas? Me gustaría saberlo —le preguntó a Aose en un tono ligeramente incriminatorio, como si lo considerase cómplice del fraude.

—Estoy seguro de que Okajima hizo cuanto pudo para ganar la nominación.

—Eso ya lo sé. Consiguió que nos consideraran para un proyecto que, en condiciones normales, no nos habrían encargado jamás. Yo también creo que se dejó la piel, pero no le perdonaría que les hubiera pagado el taxi a esos políticos con los fondos de la empresa. Quiero saber la verdad: ¿es cierto lo que se cuenta en ese artículo?

—Es posible —repuso él lanzando un suspiro—, pero tenemos que apoyarlo hasta que él mismo esté en condiciones de confirmarlo o desmentirlo.

Aquello no convenció ni a Ishimaki ni a Mayumi, pero justo cuando ella se disponía a rebatírselo el timbre del teléfono la interrumpió. Se colocó el pelo detrás de la oreja y se volvió para contestar.

—Agencia de Diseño Okajima, diga... Ah sí, gracias por llamar... Sí, es verdad que somos nosotros, pero no son más que rumores absurdos: se lo han inventado todo, no hay nada de que preocuparse, las obras seguirán el calendario previsto.

Ishimaki se inclinó hacia Aose.

—¿Qué ocurrirá ahora? —le preguntó en un susurro.

—¿A qué te refieres?

—A la agencia. ¿Cómo vamos a levantar cabeza después de esto?

No hablaba como arquitecto, sino como esposo y padre de cuatro hijos.

—¿Ha llamado algún cliente para cancelar su proyecto?

—Todavía no —repuso Ishimaki enfatizando la palabra «todavía».

El artículo sólo mencionaba la Agencia de Diseño O de la ciudad de Tokorozawa, y su participación en el concurso aún no se había

anunciado oficialmente. Lo malo es que era sólo cuestión de tiempo.

—¿Qué pasará con el concurso? —inquirió Takeuchi repentinamente inquieto.

Aose exhaló con brusquedad. Se sentía obligado a responder aquella pregunta tan directa. Todos los ojos estaban fijos en él, incluidos los de Mayumi, que ya había colgado.

—Tendremos que retirarnos.

—¡No! —exclamó Takeuchi casi chillando. Después se hizo el silencio. Ishimaki se volvió en su silla giratoria para mirar los carteles de la pared. La mirada de Mayumi se desvió hacia la mesa reservada al concurso. La cuenta atrás en el calendario, bajo el heroico título de «La guerra de los noventa días de la Agencia de Diseño Okajima», indicaba que faltaban setenta y cinco días.

El teléfono volvió a sonar y Mayumi alargó la mano hacia el auricular.

Ishimaki se levantó y le dio unas palmaditas afectuosas en los hombros a Takeuchi, luego se acercó a Aose y le susurró:

—Retirarse del concurso significa admitir que somos culpables: eso sería aún peor para la empresa.

—Alegaremos que el director está de baja por enfermedad.

—Eso no se lo tragará nadie. Parecerá que nos hemos retirado por irregularidades en la nominación y, cuando eso ocurra, no nos pasarán más proyectos.

—¿Por qué no te buscas otro empleo, entonces? —estalló él.

Ishimaki se enfurruñó.

—No esperaba esto de ti, Aose.

—No sé de qué me hablas.

—Eres tú quien quería irse hace un tiempo.

¿Se lo habría dicho Okajima? ¿O quizá el detective privado también se había puesto en contacto con él?

—Yo no pienso irme.

—Ni yo tampoco, por supuesto.

—Okajima me dijo que no quería que la agencia se hundiera.

—Pues ha sido él quien...

—¡Ishimaki! —exclamó él fulminando al otro con la mirada—. ¿Lo has olvidado? Si Okajima no te hubiera ofrecido este empleo, seguirías trabajando de administrador en la fábrica de fertilizantes de tu suegro, y a mí también me salvó cuando estaba a punto de matarme bebiendo, nunca lo olvidaré. Dime, ¿quién rescató a esos pobres desgraciados que se ahogaban en una burbuja reventada y volvió a darles la oportunidad de trabajar como arquitectos? Si él se hunde, tú y yo nos hundiremos con él. Más vale que estés preparado.

Ishimaki agachó la cabeza y se calló. Takeuchi tenía la boca abierta y Mayumi, con el auricular todavía en la mano, se mordía los labios.

41

Por la tarde Ishimaki y Takeuchi se fueron a supervisar las obras que estaban en marcha y Aose se quedó en la oficina. Aunque el goteo de llamadas de periódicos y proveedores se había calmado un poco, no quería dejar sola a Mayumi.

Esperó hasta las dos, pero no hubo noticias de Okajima, así que lo llamó al móvil. Dudaba de que tuviera el teléfono encendido en el hospital, por eso lo sorprendió oír el tono de llamada y el crujido cuando alguien descolgó al otro lado de la línea.

—Soy Aose.

—Ah, Aose. Gracias por llamar.

Era Yaeko, la mujer del jefe. Él apenas la conocía, por eso no había querido llamar al teléfono fijo. Sólo había estado en su casa un par de veces y ella se había limitado a servirles el té y retirarse inmediatamente. Nunca habían mantenido una conversación propiamente dicha.

—¿Cómo está Okajima?

—Ha ingresado esta mañana.

—Ya veo.

La voz de Yaeko cambió al ver que él reaccionaba con tanta frialdad.

—El médico lo ha examinado y nos han dicho que tiene graves úlceras sangrantes en el estómago y el duodeno. Necesita tratamiento urgente.

Él estaba estupefacto.

Entonces, ¿no era una enfermedad ficticia? ¿Acaso el alto nivel de estrés le había perforado las paredes del estómago y de los intestinos en tan sólo unos días? No, lo más probable era que hubiera estado demasiado tiempo llevando el cuerpo y la mente al límite para ganar la candidatura para el concurso. Le vino a la mente la expresión de derrota que había visto en sus ojos la noche anterior, y la extrema

delgadez de su espalda, en la que se marcaban todas las vértebras, cobró sentido de repente.

—¿En qué hospital está?

—En el Dai-Ni. Me temo que va para largo: lleva mucho tiempo sangrando y sus niveles de hemoglobina están por debajo de la media. Por ahora no necesita una transfusión, pero tendrán que aumentar el volumen sanguíneo y curar las úlceras.

Yaeko sonaba notablemente resentida; de hecho, acababa de dejar claro que no debía molestarse en visitarlo. Se sintió culpable y colgó sin mencionar el artículo del periódico ni preguntarle quién quedaba al mando de la empresa.

—¿Era su mujer? —le preguntó Mayumi, que tenía un brillo enigmático en los ojos. Él se preguntó si la indiferencia de Yaeko hacia la empresa y sus empleados tendría algo que ver con la presencia de Mayumi; no era la primera vez que lo sospechaba.

—Efectivamente ha ingresado al hospital, y se ve que le han encontrado varias úlceras.

Mayumi palideció al instante.

—¡Cielo santo!

—Sí. Tardará un tiempo en salir. Deberás tenerlo en cuenta si volvemos a recibir más llamadas.

—¿Su mujer estaba preocupada?

Él tuvo la sensación de que Mayumi intentaba provocarlo de nuevo. Pensó en contestarle: «¡Pues claro!», pero sentía curiosidad por lo que ella intentaba insinuar.

—¿Por qué no iba a estar preocupada?

—No es de fiar: le hizo lo peor que puede hacer una mujer.

Lo dijo lanzándole una mirada tan intensa como sus palabras.

«¿Lo peor que puede hacer una mujer?» ¿Se habría enterado de alguna infidelidad de la esposa de Okajima? Mayumi le había confesado tiempo atrás que el motivo de su propio divorcio habían sido las continuas infidelidades de su marido; ¿era posible que esa circunstancia la hubiera hecho más sensible al tema? No. Eso eran celos puros y duros, y lo de los ciruelos chinos, una patraña que Okajima se

había sacado de la manga.

—No creo que sea asunto tuyo, Mayumi.

«De lo contrario, confiesa; admite que tienes una relación con el jefe.»

—Te equivocas: igual que Ishimaki y tú, yo también le debo mucho al jefe. Si no me hubiera ofrecido este empleo no sé qué habría sido de Yūma y de mí. Por eso haría cualquier cosa por él, cualquier cosa.

Él se estremeció, pero justo entonces llamaron a la puerta. Al ver que no entraba nadie, Mayumi gritó:

—¡Adelante!

—Con permiso.

Un anciano encorvado entró en la oficina.

—¿Qué desea? —preguntó Aose.

El anciano hizo una profunda reverencia.

—¿Está el señor Okajima?

—Está de baja: ha ingresado en el hospital esta mañana.

—Vaya, ¡cuánto lo siento! —Parecía terriblemente abatido—. Lamento molestarlos en un momento tan complicado. Soy el sobrino de Haruko Fujimiya. Conocí al señor Okajima el otro día y me dejó una grata impresión, por eso he venido después de leer el periódico esta mañana: no podía quedarme de brazos cruzados.

Aose lo invitó a sentarse en el sofá.

El anciano se presentó como Kōji Yanagiya, hijo de la hermana de Haruko Fujimiya.

—A mi madre y a mí nos gustaría que fuera el señor Okajima quien diseñara el museo memorial, de ahí mi preocupación.

—Verá, la verdad es que no creemos que lo que dice el diario sea cierto —respondió él eligiendo las palabras para que sonaran deliberadamente ambiguas. Aun así, a Yanagiya se le iluminaron los ojos.

—Entonces ¿es mentira?

—No le puedo asegurar que sea todo falso, pero no hay nada confirmado.

—Por tanto, ¿aún existe la posibilidad de que se encarguen ustedes

del proyecto?

—En estos momentos... Como ya le he dicho, nuestro jefe está en el hospital —repitió él.

—Espero que puedan hacerlo —murmuró Yanagiya sacando un sobre del bolsillo de la chaqueta. Metió los dedos en su interior y extrajo una vieja postal: era un boceto de la zona que rodeaba el Arco del Triunfo. En el reverso había unas frases garabateadas en diagonal. No figuraban los nombres del destinatario ni del remitente, lo que indicaba que no había pasado por ninguna oficina de Correos—. Mi madre también está muy preocupada. Me ha pedido que le trajera esto al señor Okajima, a modo de amuleto.

Él leyó lo que estaba escrito a lápiz en la postal:

Intentas rellenarlo,
rellenar lo que falta,
pero, por mucho que lo intentes,
hay un espacio que queda vacío.

—¿Qué es esto?

—Lo encontramos entre las pertenencias de mi tía. Creo que es una de las postales que vendía en la calle.

Él asintió.

—Es lo único que dejó escrito en japonés. Cuando se lo enseñé al señor Okajima, se quedó muy impresionado. Dijo que el arte consistía precisamente en rellenar espacios vacíos.

¿Se había tratado tan sólo de una estrategia de su jefe o lo pensaba de verdad?

—Después me dijo que estaba seguro de que mi tía pintaba para una persona en concreto, por eso nunca vendía sus cuadros. En ese momento decidí que quería que fuera él quien diseñara el museo: mi madre y yo siempre hemos creído en esa misma teoría.

—¿A qué teoría se refiere?

—¿Ha oído hablar del Mungokan?

—Sí, lo conozco.

Era un museo situado en Ueda, Nagano, donde se exponían las obras póstumas de los estudiantes de arte que habían muerto en la Segunda Guerra Mundial. Okajima y su equipo lo habían incluido en su lista de lugares que visitar.

—Dos años antes de morir, mi tía volvió a Japón e insistió en visitar el Mungokan.

Él guardó silencio, animándolo a continuar.

—De hecho, mi abuela me contó poco antes de morir que mi tía se había quedado profundamente conmocionada por la muerte de su primo durante la guerra. Vivían bastante cerca y ella estaba enamorada de él, aunque sólo tenía quince o dieciséis años. Era un chico tranquilo, estudiante de arte, y le enseñaba a pintar. El caso es que, cuando las cosas se pusieron feas, el gobierno movilizó a los estudiantes al frente del sur y, al parecer, el ejército estadounidense hundió el barco donde viajaban.

—¿Hay alguna obra suya expuesta en el Mungokan?

—No: las de él se quemaron durante un bombardeo, no se conserva ninguna. Pero creo que mi tía quería visitar el museo simplemente porque le recordaba a su primo y a tantos estudiantes de arte que murieron jóvenes.

Así pues, Haruko Fujimiya pintaba para su primo: más de ochocientos cuadros legados al mundo gracias a una breve historia de amor y una trágica muerte prematura.

Resiguió con los ojos las frases de la postal:

Intentas rellenarlo,
rellenar lo que falta,
pero, por mucho que lo intentes,
hay un espacio que queda vacío.

Sin duda, Okajima las había comprendido: crear para otra persona, legar la obra creada... Se había dado cuenta de la pasión que estaba en el origen mismo del arte.

—Salude al señor Okajima de mi parte, por favor. Nos gustaría

mucho que diseñara el museo memorial de mi tía —insistió Yanagiya, y abandonó el despacho después de haber dejado sobre la mesa una buena colección de material sobre su tía.

Él le dedicó una profunda reverencia mientras pensaba en lo mucho que iba a decepcionarlo.

Mayumi se guardó la postal de Haruko Fujimiya en el bolso y dijo que iba a visitar a Okajima. Tenía los ojos húmedos: la trágica historia de amor que les había contado Yanagiya había abierto una vez más las compuertas de sus emociones.

—Acaba de ingresar; ¿no será mejor que esperes un poco? —le dijo él, pero ella levantó sus ojos llorosos.

—Por eso tengo que ir: a lo mejor necesita que le compre algo.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Para eso ya está su mujer.

Él tenía la intención de que esa frase fuera un jarro de agua fría, pero sólo consiguió echar más leña al fuego.

—Ella no merece ser su esposa. ¡Lo ha hecho sufrir hasta que se le ha perforado el estómago!

—Eso le ha pasado porque nunca se ha cuidado.

—¡Tú no lo entiendes, Aose!

—¡Eres tú quien no lo entiende!

Él la agarró del brazo, pero ella se lo sacudió de encima al instante.

—Cálmate, anda —le pidió él.

—No puedo calmarme. ¿Te imaginas cómo se sentirá el jefe ahora mismo?

—Por eso no deberías ir: sólo conseguirás agobiarlo.

—¿Agobiarlo?

—Sí.

—¿Lo sabes? No lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué?

La cara de Mayumi se torció en una fea mueca.

—Issō es el hijo de otro hombre. El jefe lo descubrió, pero decidió callar y aguantar, así que ella aprovecha para hacerse la tonta y seguir casada con él.

Aose se quedó petrificado. Mayumi cruzó la oficina y salió por la

puerta como si avanzara a cámara lenta, pero él fue incapaz de reaccionar: se sentía desbordado.

—¡Qué idiotez! —masculló al cabo de un rato.

¿Qué otra cosa podía decir?

42

El caos en la Agencia de Diseño Okajima empeoraba día tras día.

Recibían llamadas constantes de constructores y contratistas, y empezó un goteo incesante de llamadas de clientes. El proyecto de la casa ecológica que Takeuchi había diseñado para una pareja de profesores treintañeros se canceló, y cuando los clientes de Osaka que querían una copia de la Residencia Y también llamaron para interesarse por la situación, Aose tuvo que disculparse por el alboroto y confesarles que aún no había podido dibujar los planos.

—¿Cuándo le darán el alta el director de la agencia? —inquirió un hombre de unos cincuenta años y aspecto rudo que se había presentado de improviso en la oficina diez minutos después de llamar «para hacerles unas preguntas». Estaba claro que la respuesta de que el jefe estaba hospitalizado no le había bastado. Después de entrar sin que nadie lo invitara, se había acomodado en el sofá rodeado de un aura intimidatoria y, cuando Aose se había acercado, le había empujado una tarjeta de visita contra el pecho. Se llamaba Yaginuma y era director de una empresa de tratamiento de residuos.

—Parece que va para largo —le contestó él—. Tiene úlceras en el estómago y el duodeno.

El otro no disimuló su escepticismo: era evidente que sospechaba que el ingreso de Okajima era una artimaña.

—Ya lleva más de una semana ingresado, supongo que al menos tendréis una previsión; ¿una semana, diez días más?

—No tenemos ni idea, sólo sabemos que van a tratarlo por anemia.

Yaginuma levantó la barbilla en un gesto desafiante. La vieja cicatriz que le recorría la mandíbula en diagonal era incómodamente llamativa.

—Me gustaría fijar cuanto antes una fecha para citarlo a declarar ante la comisión de investigación.

—Le enviaremos el certificado médico.

—¿Tan grave es?

—Lo bastante para que siga ingresado.

A pesar de su frustración, lo cierto era que él tampoco conocía exactamente el estado del jefe. La semana anterior había ido a visitarlo dos veces al hospital, pero la primera le estaban haciendo pruebas, así que se limitó a dejar el pequeño obsequio que le había llevado y se fue; en cuanto a la segunda, al día siguiente, no salió nada bien: sólo entrar en el hospital se encontró a Shigeta, del *Toyo Shimbun*, deambulando por el pasillo. Por suerte, Okajima había conseguido que lo trasladaran a una habitación privada para darle esquinazo, pero igualmente estaba muy alterado, y su esposa trataba con franca hostilidad a las visitas, por lo que no pudieron hablar con calma.

—Lamento que no podamos ofrecerle ni siquiera un té —le dijo al hombre del sofá—. Espero que lo comprenda.

Mayumi y Takeuchi estaban ocupados atendiendo el teléfono. Yaginuma los miró, chasqueó la lengua y se puso en pie.

—Dile a tu jefe que no se saldrá con la suya: por mucho que tarde en salir del hospital, al final tendrá que comparecer ante la comisión.

Él se sintió amenazado y reaccionó sin pensar.

—Las cosas no tienen por qué salir según el guión que tienen ustedes previsto.

—¿«Nosotros»? —Yaginuma volvió a sentarse en el sofá y abrió mucho las piernas, como si quisiera intimidarlo—. ¿A qué guión te refieres?

Él tenía la boca seca por culpa de los nervios. Tragó saliva y respondió:

—Sé que lo suyo son las disputas políticas, pero no hacía falta involucrar a una empresa pequeña como la nuestra.

—¡Ja! ¡Qué poca vergüenza tenéis algunos! Yo, en tu lugar, cerraría esa bocaza antes de que acabes confesando que habéis sobornado a funcionarios del ayuntamiento para ganar la candidatura.

—No está claro que eso sea cierto.

—¡Claro que lo es! Lo hizo tu jefe, y todos vosotros sois sus cómplices.

—Es mucho peor dejar a tu cómplice en la estacada y luego ir a por él.

El semblante de Yaginuma cambió; por un instante pareció como si fuera a lanzarle un puñetazo, pero se limitó a empujar la mesa con las rodillas.

—Llámame cuando le den el alta —le espetó, y salió del despacho agitando el cuerpo como si quisiera sacudirse algo de encima.

Él miró a Mayumi, que acababa de colgar.

—¡Menudo gorila! —exclamó para quitar hierro al asunto, pero ella se limitó a responder con un murmullo y descolgó de nuevo el teléfono, que sonaba por enésima vez. Estaba extrañamente callada desde el día en que había ido a visitar a Okajima, y él sospechaba que había tenido un encontronazo con Yaeko en el hospital. Habría querido preguntarle, pero no le apetecía volver a sacar el tema.

Alegó que tenía una reunión con un cliente y salió.

Afuera ya estaba oscuro. No sabía a quién echarle la culpa por haberle mentido a Mayumi y haber escapado de la oficina.

43

Aose se dirigía en el Citroën al hospital Dai-Ni.

No es que hubiera cedido a las presiones de Yaginuma: ya había pensado ir precisamente aquel día. Por una parte, era director en funciones y necesitaba estar debidamente informado de su estado y hablar con él del futuro de la empresa, pero, sobre todo, tenía ganas de verlo y conversar un poco. No era el momento de averiguar si lo que Mayumi le había contado sobre Issō era cierto o falso, así que no pensaba tocar el tema.

El ambiente en la oficina era tenso, no por el trabajo, sino al contrario, por la sensación de vacío: una vez descartado el concurso no había ningún objetivo que cumplir y sólo quedaban el ruido de fondo y una incomodidad que por algún motivo se negaba a quedarse en el corazón y luchaba por aflorar a la superficie. Era como haber perdido una batalla o, en el mejor de los casos, verse obligados a disputar un partido de consolación.

Él, sin embargo, se sentía muy distinto. Como todos, había visto brotar, en los últimos días y semanas, emociones reprimidas, en su caso durante años. Pero el vacío no podía atraparlo ya: después de haber vivido resignado a su «destino» de vivir aislado, encerrado en su propio mundo, sentía la necesidad de relacionarse. Habiendo diseñado la Residencia Y, quería reivindicarla en lo más íntimo, por eso deseaba con todas sus fuerzas que las razones que habían llevado a su construcción estuvieran relacionadas con una causa noble y bondadosa.

«Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Levantó el pie del acelerador: el semáforo acababa de cambiar de ámbar a rojo y, al fondo, asomaba el edificio blanco del hospital Dai-Ni, pero él, en su interior, contemplaba otra cosa: se veía solo en la playa, junto al mar, y las olas de la verdad iban y venían a la altura de sus tobillos.

Conocía la verdad, sin lugar a duda. Las cartas estaban sobre la mesa, no había cabos sueltos. Las puertas estaban a punto de abrirse, sólo faltaba...

El móvil vibró en su bolsillo.

Ya estaba en el recinto del hospital. Giró a la izquierda y se detuvo justo antes de entrar en el aparcamiento. El móvil seguía vibrando.

—¿Diga?

—¡Tengo buenas noticias! —Era el joven director de Construcciones Kaneko—. Siguiendo sus instrucciones, hemos pintado los canalones y los postes de luz exteriores de color burdeos, a juego con la moqueta. Ha quedado muy bonito, parece un bloque elegante típico del barrio de Shirokanedai. El cliente está entusiasmado.

—Me alegra oírlo.

—Venga a verlo cuando tenga un momento: las fotos no le hacen justicia.

—Es que estoy un poco ocupado últimamente... No sé si ha leído la prensa.

—Sí, estoy al corriente. Es evidente que se trata de una maniobra con fines electoralistas. Estoy harto de la presión que recibe nuestra industria: nos dicen a quién tenemos que apoyar y a quién debemos marginar. Le aconsejo que ignore estas paparruchadas y siga en lo suyo: la clave del éxito está en las personas y las relaciones. Yo les apoyaré pase lo que pase.

Sintió un nudo en la garganta.

—Se lo agradezco.

Al menos para aquel joven director, su reputación estaba intacta.

44

El horario de visitas terminaba a las seis: le quedaba aproximadamente una hora.

Habitación 5, cuarta planta, ala de Medicina Interna.

El pasillo, repleto de puertas, tenía el aire austero de una residencia de estudiantes. Habían retirado la placa de la puerta. Echó un vistazo a su alrededor y llamó, pero, al no obtener respuesta, dijo en voz alta:

—Soy Aose.

Acercó la oreja y oyó una débil respuesta. Era una voz de hombre.

Entró. Yaeko no estaba en la estrecha habitación y Okajima intentaba accionar un interruptor para incorporar un poco la cama. A su lado había dos soportes de goteo intravenoso, pero estaban vacíos.

Reprimió una exclamación y se limitó a contemplar a Okajima, que se incorporaba acompañado por el zumbido del motor de la cama. Estaba tan demacrado que parecía otra persona: tenía las mejillas hundidas, la piel seca y agrietada, y unas ojeras que se podían confundir con moratones.

—Al menos has adelgazado.

Okajima esbozó una débil sonrisa al oír aquella broma inofensiva.

—Por desgracia, no me pueden meter comida china ni carne a la brasa en el gota a gota.

Él intentó devolverle la sonrisa, pero sintió las mejillas agarrotadas. Agachó la cabeza para ocultar el rostro y se sentó en un taburete junto a la cama.

—Ya comerás cuando te den el alta. Oye, ¡ni se te ocurra levantarte!

—¿Cómo van las cosas en la agencia?

—Bastante bien, no te preocupes.

—¿Alguna queja o cancelación?

—Ha llamado mucha gente haciendo preguntas, pero sólo un cliente ha cancelado. Ah, y una persona me ha telefoneado para darnos su

apoyo.

—¿Los demás periódicos han publicado algo sobre nosotros?

—La verdad es que no, sólo algún resumen de la situación.

—¿Cómo están Ishimaki y Takeuchi?

—Takeuchi está atendiendo el teléfono con Mayumi, e Ishimaki se ocupa de las demás gestiones. Parece que está en su salsa.

Nada más entrar en la habitación, había visto la postal del Arco de Triunfo en la mesita auxiliar: al final Mayumi había estado ahí.

—No te asustes, Aose: el médico dice que no es tan grave como parece. Es sólo que no puedo dormir: llevo días sin pegar ojo, por eso tengo tan mal aspecto. Pero al cabo me ha venido bien.

—¿Por qué?

—Vino a verme Shigeta, del *Toyo Shimbun*.

—¿Al hospital?

—Sí. De algún modo me localizó y entró sin llamar, cámara en mano, pero al verme la cara se asustó, y entonces llegó Yaeko y empezó a gritarle, así que se largó por patas. Me pregunto qué escribirá esta vez. De hecho, creo que no escribirá nada más. Le está bien empleado.

«No tienes por qué ingresar en el hospital.»

No dejaba de escuchar las palabras que él mismo había pronunciado.

—Quédate aquí hasta que te hayas recuperado del todo. Yo me ocupo de la agencia, no te preocupes.

—Gracias. Tampoco tengo alternativa —repuso Okajima y, como si se le hubiera ocurrido de repente, tomó aire, apartó la sábana, giró el tronco y bajó las piernas para ponerse las zapatillas.

—¿Quieres ir al baño?

—No: necesito un cigarrillo.

Metió la mano bajo la almohada y sacó un paquete de Frontier Lights y un mechero barato.

—No deberías... —dijo él, pero, antes de que pudiera detenerlo, el otro se dirigió hacia la ventana. El pijama azul le daba un aire frágil y vulnerable.

—Este sitio se parece un poco al piso de Haruko Fujimiya, ¿verdad? —le comentó Okajima como si quisiera cambiar de tema. Abrió la

ventana de guillotina, que le llegaba hasta la cintura, y apoyó ambas manos para impulsarse hacia arriba y sentarse en el alféizar. Su pelo ondeaba al viento. Parecía una postura terriblemente peligrosa para una persona enferma.

—Bájate, por favor. Estamos en la cuarta planta.

Okajima encendió el cigarrillo.

—Las enfermeras te van a echar la bronca.

—No se enterarán. —Dio una profunda calada que consumió buena parte del cigarrillo, luego se volvió hacia el exterior y exhaló el humo por la ventana—. ¿Lo ves?

—Así no se te van a curar las úlceras.

—Aose.

—Dime.

—Taut dijo que, en el momento en que vio la Villa Imperial de Katsura, le pareció tan hermosa que sintió ganas de llorar.

Él miró el perfil de su jefe envuelto en humo. ¿No le había dicho la última vez que hablaron del tema que eso no importaba?

—Supongo que Taut lo sabía, ¿no? —continuó Okajima—. Sabía qué era lo más bonito del mundo: sabía dónde residía la belleza absoluta, ya fuera tangible o conceptual. Quizá por eso se propuso crear algo bello: para intentar llenar su propio corazón. Pero, por mucho que lo intentó, nunca pudo llenar el vacío.

Él miró la postal de la mesa auxiliar y Okajima hizo lo mismo.

—Así que el señor Yanagiya estuvo en la oficina.

—Sí.

Pensó que sería demasiado cruel contarle que la familia aún tenía esperanzas de que él diseñara el memorial, así que decidió no decírselo.

—Cuando me enseñaron los cuadros originales en casa del señor Yanagiya se me puso la carne de gallina: la ropa mugrienta, las arrugas de la cara que parecían mezclarse con la basura de la calle, los dedos nudosos sosteniendo una colilla marchita... y, sin embargo, eran hermosos. Todas mis ideas preconcebidas de técnica o realismo, o de la estética en sí, saltaron por los aires; simplemente me sentí abrumado por la belleza de aquellos cuadros. De hecho, la palabra «belleza» se

queda corta para describirlos, pero yo estaba tan desesperado por tomarte la delantera en el concurso que decidí no contártelo.

—Inteligente, oscuro, aterrador... y también hermoso, ¿no es cierto?

Okajima se llevó a los labios lo que quedaba del cigarrillo, se inclinó hacia el vacío y apagó la colilla restregándola contra la fachada, bajo el marco de la ventana. Algunas chispas volaron empujadas por el viento y fueron engullidas por la oscuridad.

—Porque Haruko Fujimiya llevaba en el corazón un ideal inquebrantable de belleza. Conoces la historia, ¿verdad? Un amor que nunca se materializó, recuerdos de adolescencia parecidos a una ensoñación... Con la muerte de su primo, aquella belleza se volvió eterna, y ella pintó cuadros preciosos durante décadas, hasta que murió, y ni siquiera así consiguió reflejar la inmensa belleza que su corazón albergaba. ¿Podríamos haber logrado algo parecido? ¿Crees que podríamos haber ganado? —La cara de Okajima empezaba a enrojecerse—. Tal vez no, pero yo quería crear, quería diseñar un hermoso edificio que fuera un hogar eterno para sus cuadros. Por un breve instante me sentí en sintonía con ella.

—Ya.

—Pero no estaba cualificado para caminar a su lado. —Okajima agachó la cabeza, luego volvió a levantarla y lo miró—. Lo que dijo Shigeta es cierto: pagué el taxi del director, y también lo invité a cenar. En cuanto al partido inaugural de primera división, pagamos a medias los billetes y el transporte. Lo pasé mal porque el director y el alcalde son grandes aficionados al fútbol y yo no tengo contactos en el mundillo. En el instituto jugué al fútbol, es verdad, pero lo acabé dejando porque siempre era suplente, así que invité a comer y a beber a algunos ex jugadores que apoyaban al alcalde Shinozuka y a unos revendedores de entradas. Pensé que no tendría importancia porque no eran funcionarios, pero esto es lo que pasa cuando te juegas el todo por el todo. Lamento mucho haberos metido a todos en esto y haber dado al traste con nuestra participación en el concurso.

—Olvídalo. —Él ya lo sospechaba; en realidad, había imaginado que se trataría de algo mucho más grave—. Vuelve a la cama, anda. Lo que

importa ahora es que te recuperes.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y asomó Yaeko, que puso cara de sorpresa. Él se levantó automáticamente, pero ella reaccionó con inesperada discreción.

—Perdón —dijo, y volvió a cerrar.

—¿Quieres que me quede? —preguntó él.

—Claro. —Okajima cerró la ventana y volvió a la cama—. Creo que me ha pillado fumando —dijo con una sonrisa traviesa; a continuación se cruzó de piernas y se inclinó hacia él—. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—No, sólo quería darte el parte y preguntarte cómo estabas.

—Has venido a hablar conmigo de algo más, te lo noto en la cara.

Él no se había acordado de Issō desde que había entrado en la habitación. Quizá Okajima intuyera que seguía preguntándose por la relación que tenía con Yukari, pero ese día no le apetecía hablar del tema: había decidido esperar hasta que la empresa hubiera superado la crisis.

—Suéltalo de una vez. Me tienes intrigado, y dejarme así significa condenarme a otra larga noche de insomnio.

Él no dijo nada.

—Es por lo del detective privado, ¿verdad? La supuesta propuesta de matrimonio. No sé cómo se me ocurrió contártelo.

Él dejó escapar un suspiro de resignación y se decidió a preguntar:

—¿Me contrataste porque Yukari te lo pidió?

—¿Qué? —exclamó Okajima, y negó vehementemente con la cabeza —. No, ¡qué va! No has entendido nada: decidí contratarte para reforzar la agencia.

—Pero antes de que yo entrara ya estabas en contacto con ella.

—Sólo hablábamos dos o tres veces al año, ya te lo dije.

—Seguro que hablasteis de mi delicada situación. Conociendo a Yukari, estoy convencido de que no pudo callárselo.

—Estaba preocupada por ti, sí, pero no puedes pedirle a nadie que te contrate, y aún menos puedes pedirle que contrate a alguien más.

Él seguía con dudas.

—Entonces ya sabía que no quería acabar en segunda división —agregó Okajima—. Sabía que tenías talento, por eso te contraté. ¿Lo entiendes ahora?

—Pero yo no era el refuerzo que esperabas.

—¿Cómo que no? ¿De qué hablas?

—De mí: la crisis me había hundido y convertido en un autómata.

«Nunca pensé que oiría eso de ti, que llevas toda la vida huyendo.»

—¡Venga ya! Tu autocompasión suena a sarcasmo, ¡tú diseñaste la Residencia Y!

En su fuero interno él tuvo que admitir que Okajima tenía razón, pero su mente viajó a otro lugar y volvió a verse en el andén de la estación donde aquel viaje había comenzado, esperando el tren con Touta Yoshino.

—¿Estás bien, Aose? ¡Oye!

—¿Te puedo preguntar otra cosa?

—¿Qué? Sí, dispara.

—Ese detective fue a ver a Yukari y le preguntó por mí con la excusa de que iba a casarme de nuevo. Si no me equivoco, Yukari se sorprendió tanto que te llamó para contártelo.

—Correcto.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no creía que fuera cierto, pero que no podía asegurárselo: nunca hablabas de tu vida privada.

Él asintió.

—¿Y no volvió a llamar más adelante para saber si habías averiguado algo más?

—No, no: sólo hablamos esa vez.

—Pero sigues manteniendo el contacto con ella, ¿no?

—En realidad, hace más de un año que no sé nada de ella, desde que hablamos por el asunto del detective.

—Entendido.

Él lo había entendido de verdad. Una oleada de emoción le inundó el pecho.

—Creo que estaba realmente preocupada por ti, pero le resultaba

demasiado doloroso seguir llamando.

—Es posible.

—¿No hay nada que hacer?

La pregunta en sí era bastante ambigua, pero la mirada de Okajima no dejaba dudas sobre el significado de sus palabras.

—Me temo que es demasiado tarde.

Oyó el eco de su propia voz dentro de su cráneo.

—Hoy en día cada dos minutos se separa una pareja. No sería tan raro que una pareja volviera a juntarse cada veinte minutos, o incluso cada dos horas.

Okajima parecía hablar en serio. Él se incorporó con determinación.

—Volveré otro día.

—¿Tienes que irte ya?

Él se detuvo, sorprendido por la emoción que contenía su voz y por sus facciones contraídas. El ángulo con que lo miraba le acentuaba las profundas ojeras. Cayó en la cuenta de que su estado de ánimo era muy inestable: en su rostro se alternaban la fortaleza y la debilidad. Parecía estar viviendo una montaña rusa emocional.

Decidió quedarse hasta que terminara el horario de visitas y se sentó de nuevo. Okajima sonrió aliviado y lanzó un sonoro suspiro.

—¡Sí! Estar aquí contigo me trae recuerdos de la universidad.

—Yo dejé la carrera a medias, así que tengo la mitad de recuerdos que tú.

—Entonces era un imbécil, ¿verdad?

Él sonrió con amargura.

—Bastante. ¿Cuándo decidiste cambiar?

—¡Ja, ja! Eso significa que ahora soy un tipo decente.

—Más decente que Shigeta, eso seguro.

—¡Qué humor tan negro! Típico de ti.

—¿Tan oscuro me consideras?

—Más bien diría que eres una caja negra: nunca se sabe lo que escondes, ni lo que puedes sacarte de la chistera. Como la Residencia Y, sin ir más lejos.

—¿Es un cumplido?

—No lo sé. Eres igual que Taut: tienes muchas cosas que ni siquiera tú mismo entiendes.

—Ahora no sé si me estás elogiando o te estás burlando de mí.

—Oye, Aose, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Dime.

—¿Qué es lo más bonito del mundo para ti?

Okajima había vuelto a cambiar de tema. Él iba a protestar, pero de repente le vino la respuesta a la cabeza: la única belleza absoluta que existía para él.

—La luz del norte.

—Ya veo... La luz del norte... o sea que la Residencia Y no era pura técnica.

—Será que me estoy haciendo mayor. Cuando trabajaba en Akasaka, creía que todo era cuestión de apariencias y que un exterior atractivo era sinónimo de belleza.

—Lo entiendo.

—¿Y para ti?

—¿Qué?

—¿Qué es lo más bonito del mundo?

Okajima no esperaba la pregunta. Se quedó pensativo un buen rato, parpadeando varias veces. Al final, tras un largo silencio que ya empezaba a ser incómodo, respondió:

—Creo que es la sonrisa de Yūma. —Él no daba crédito, ¡pero si ni siquiera era hijo suyo!—. Era broma, idiota. ¡Era broma! —Okajima lo señaló y se echó a reír—. ¿A qué viene esa cara? ¡Vaya! Ya veo que ni siquiera tengo derecho a bromear.

Tardó unos instantes en comprenderlo; luego las luces se atenuaron y la siguiente escena comenzó con Okajima desnudo bajo los focos.

—Quiero hablar contigo muy seriamente. —La sonrisa se le había borrado—. A veces me pasaba por el piso de Mayumi. Me siento a gusto allí, y quiero mucho a su hijo. Pero te juro que no hay nada entre ella y yo: somos como hermano y hermana.

—Debe de ser duro para ella —observó él recordando la mirada angustiada de Mayumi.

—Tengo suerte de tenerla, lo admito: nos entendemos tan bien que de verdad creo en la teoría de los ciruelos chinos. Nunca había creído en la amistad entre un hombre y una mujer, por eso esa metáfora me parece tan adecuada, pero lo cierto es que hay cosas que un hombre no puede hablar con otro. Cuando me enteré de lo de Issō... fueron momentos duros. Ella te lo ha contado, ¿verdad?

Él asintió en silencio.

—La noche que me enteré, me emborraché como una cuba y se lo solté a la pobre Mayumi. Nunca me lo he perdonado: la obligué a compartir mi odio. —Parpadeó—. Hace tiempo que Yaeko y yo no estamos bien. Hemos pasado buenas rachas y momentos divertidos, claro, pero a ella siempre le ha interesado más su trabajo que otra cosa, y yo era un arquitecto pretencioso y engreído que se pasaba el día saliendo y bebiendo, así que era como si estuviéramos en episodios distintos del mismo libro. Yo me burlaba de su correduría de seguros y ella me echaba en cara que no aportara casi nada a la economía doméstica. Entonces, hace cinco años, me enteré de lo de Issō. Un amigo médico que me estaba tratando una uretritis me dijo que estaba haciendo una investigación relacionada con el recuento de espermatozoides y me propuso hacerme la prueba. Acepté por curiosidad, pero al recibir los resultados me volví loco; no porque fuera estéril, sino por Issō. Se lo conté a Mayumi, como te he dicho, pero no le dije nada a Yaeko, ni mucho menos le pedí explicaciones. Una vez la abofeteé, pero sin reclamarle nada. Pensé en matarla, pero no en divorciarme, ¿sabes por qué?

Él esperó a que continuara.

—Para evitar el escarnio: no quería que nadie del gremio supiera que, si bien llevaba una glamurosa vida de arquitecto de éxito con pretensiones artísticas, mi mujer me había engañado, me había dejado en ridículo y estaba criando al hijo de otro hombre. Ésa es la clase de persona que soy, es lo que soy. —Se mordió los labios temblorosos—. Issō... es un buen chico. Es amable e inteligente. Lo quiero tanto que, cuando lo descubrí todo, me negué a admitir que aquel niño no era mi hijo. El mundo se oscureció para mí. Maldecía mi propia desgracia.

Algunas noches pensaba en prender fuego a la casa y convertirnos a todos en cenizas. Sin embargo... —Su expresión se suavizó—. Lo quería, sigo queriéndolo a pesar de que no es hijo mío. Mi cabeza se preguntaba quién demonios era y de dónde había salido, pero a mi corazón no le importaba: lo quería, y no podía evitarlo. Mi relación con él no tiene nada que ver con la sangre, sino con el tiempo que hemos compartido. Dice que quiere ser arquitecto. Lo escribió en una redacción de la escuela: «Quiero ser arquitecto como mi padre.»

Lo miró a los ojos y él se limitó a asentir.

—Me odiaba a mí mismo, odiaba al hombre retorcido y taimado en que me había convertido, pero aun así quería a Issō, y eso me hizo ver que no era malo del todo y, cuando lo descubrí, sentí como si hubiera vuelto a nacer. No podía parar de llorar. Quería vivir para él, legarle algo, por eso me entregué a la empresa en cuerpo y alma. Y por eso te contraté: quería que la agencia se reforzara y creciera para dejársela a Issō. Con Yaeko seguimos distanciados; no la perdono, pero podemos vivir bajo el mismo techo. Debió de tener sus razones. Creo que, al final, lo mejor fue que ella no me lo contara y que yo no le pidiera explicaciones: eso me ha ayudado a seguir adelante y normalizar la situación.

Las fuerzas abandonaron el cuerpo de Okajima. Se restregó los ojos con los dedos con una expresión algo avergonzada y juntó las manos.

—Y aquí termina mi historia. Gracias por haberme escuchado.

—Ése no es el final —dijo él con firmeza, reprimiendo las lágrimas—. Aún hay que ver cómo continúa.

En el pasillo se oía bullicio: parecía que habían empezado a servir la cena.

Se puso en pie y Okajima lo miró con una sonrisa.

—El próximo día me contarás tu historia —dijo, y le tendió la mano. En lugar de estrechársela, él le dio una palmadita en el dorso, ligeramente avergonzado.

—Volveré —prometió antes de irse.

45

Fue directamente a su casa, sin pasar por la oficina.

Se tumbó en el sofá con todas las luces apagadas salvo la de la entrada. No cenó. Ni siquiera le apetecía una cerveza. Le dolía la cabeza, así que se metió en la boca dos pastillas, en vez de una, y las engulló sin agua.

Sostenía el teléfono en la mano y lo apretaba y desapretaba al ritmo de las oleadas de sentimientos que lo invadían. La imagen de Okajima flotaba ante sus ojos. Después de contarle tantas cosas, sus emociones, incluidas la empatía y la compasión, se habían cristalizado, congelado: ésa era la vida de Okajima...

«El próximo día me contarás tu historia.»

Y eso era lo que intentaba hacer: descubrir su propia historia, una historia que ya debería comprender. Llevaba dos horas intentándolo.

Se incorporó y se presionó las sienes con los dedos. El dolor había remitido ligeramente. Echó una ojeada al reloj de pared: eran las 20.25h, la hora límite. Si esperaba más, sería demasiado tarde para llamar.

Marcó el número preguntándose si la melodía de *Sazae-san* sonaría también cuando él llamaba desde el teléfono fijo.

—¿Diga?

Hinako sonaba un poco alterada.

—Soy papá —anunció él rápidamente para tranquilizarla.

—¡Papá! ¿Qué ha pasado?

Nunca la llamaba al móvil tan tarde.

—¿Dónde estás?

—En mi cuarto.

—¿Estudiando?

—Ahora mismo estoy intentando averiguar si hay algún país donde no existan las matemáticas —bromeó ella.

—Ya veo. Siento molestarte, verás... —Se interrumpió. Esperaba que su hija fuera lo suficientemente madura—. Te he llamado para preguntarte una cosa.

—¿Qué? —inquirió ella con un hilo de voz.

—No te preocupes —dijo él procurando no dramatizar—. ¿Recuerdas cuando me contaste lo de las llamadas? Alguien os estuvo llamando a casa con cierta frecuencia durante un tiempo y luego, de repente, dejó de hacerlo.

—Ah, sí.

—¿Alguna vez contestaste tú?

Hinako no respondió.

—¿Sabes si era un hombre llamado Yoshino?

—Pero... ¿tú cómo lo sabes, papá?

Él cerró los ojos.

—Es un conocido mío, así que no tienes que preocuparte por nada. No es un hombre malo ni peligroso, ¿entiendes?

—¿Tú lo conoces?

—Sí, lo conozco muy bien.

—¡Vaya! Ahora lo entiendo. Me había parecido un poco raro, la verdad.

Parecía profundamente aliviada.

—Déjame adivinar. La primera llamada fue en febrero del año pasado, ¿verdad?

—Pues...

—Había nevado mucho.

—¡Ah, sí! Creo que fue entonces. Llamó varias veces. Mamá cogía el teléfono y se encerraba en su cuarto con una cara muy rara. Y después siguió llamando de vez en cuando.

—¿Cuándo fue la última vez?

—En noviembre. Lo tengo marcado en el calendario. Desde entonces no ha vuelto a llamar.

Los nuevos segmentos de información iban rellenando la línea discontinua que él tenía en la cabeza, convirtiéndola en una línea continua.

En el andén de la estación donde aquel viaje había comenzado había tres personas: Yoshino, él y Yukari.

—Pero ¿por qué un conocido tuyo llamaba a mamá?

—Mamá también lo conoce.

—Ah, vale.

—Siento haberte asustado.

—No, ¡qué va! No me has asustado.

—Me alegro. —Lo decía de corazón: ya sabía todo lo que quería averiguar—. Oye, ¿dónde quieres que quedemos la próxima vez?

—No lo sé... ¿En el Café Horn, como siempre?

—¿Te gustaría ir a ver la Residencia Y?

Lo propuso sin pensarlo: quería complacer a Hinako.

—¿En serio?

En realidad no podía ir hasta que se calmaran las cosas en la oficina.

—Bueno, quizá no la próxima vez, pero sí la siguiente, o la otra.

—¡Claro que quiero ir! Prométemelo, prométeme que me llevarás.

—Los dueños se han ido unos días. Tendremos que hacer un poco de limpieza.

—¡Vale! Cuenta conmigo para lo que... —comenzó a decir, pero de repente se interrumpió.

—Hinako, ¿sigues ahí?

Se le ocurrió que tal vez Yukari hubiera llamado a la puerta al oír los gritos de Hinako. Era así: la oyó entrar en la habitación. Madre e hija estaban hablando de algo.

Entonces volvió a oír la voz de Hinako.

—Estoy con mamá, ¿quieres hablar con ella? —le preguntó sin poder disimular su emoción y expectación ante aquella oportunidad inesperada.

—No... no hace falta.

—¿Por qué? ¿No quieres preguntarle por las llamadas del señor Yoshino? Mamá también lo conoce, ¿no?

Él no estaba preparado para aquella conversación, y Yukari tampoco. Debió de quedarse atónita al oír el nombre de Yoshino en boca de su hija.

—Dile que la llamaré más tarde.

Antes de que Hinako pudiera replicar, le deseó suerte con las matemáticas y colgó.

Estaba exhausto, y era una fatiga que nunca había experimentado, ni siquiera durante los años de la burbuja económica, cuando solía pasar largas noches en vela: se sentía como si una apisonadora hubiera aplastado cada una de las células de su cuerpo. Sólo las neuronas seguían funcionando, analizando el misterio resuelto.

Yoshino le había encargado a un detective privado que lo investigara y éste, al descubrir que estaba divorciado, fue a ver a Yukari. Ella se sorprendió tanto al oír de su supuesto compromiso que llamó a Okajima para preguntarle si aquello era cierto. Allí se atascaba la puerta corredera que ocultaba la verdad. Con su estúpida justificación para verla, aquel detective había convertido a Yukari en una víctima más de toda la cadena de acontecimientos. Pero la cosa no había acabado allí. Yoshino había prescindido del detective y había contactado personalmente con Yukari. Hablaron varias veces por teléfono, y ella descubrió que el motivo de la investigación no era el supuesto compromiso, sino otro; por eso no volvió a llamar a Okajima: ya no había necesidad.

Y Yoshino también había descubierto cosas a través de Yukari. Tal vez ella lo describiera como un arquitecto que había perdido la pasión por su trabajo y había empezado a dibujar como un autómata, doblegándose a los deseos de sus clientes. Después de visitar la casa de Ageo, Yoshino y Karie fueron a su despacho y le encargaron el diseño de su nueva casa.

«Construya la casa donde usted mismo querría vivir.»

Esas palabras eran de Yukari.

El mensaje era de Yukari.

Ahora se daba cuenta de que ella era la única persona en el mundo que podía decir eso, y no por amor, sino por bondad, y había sido esa bondad inocente y galopante, que ni siquiera ella misma podía controlar, la que había creado el hechizo al que él había sucumbido.

No sabía si sentirse contento o triste. Era como si delante de él se

estuviera desarrollando un cuento de hadas inventado por un desconocido en un mundo lejano. Lo único que podía hacer era mirar fijamente, respirar hondo y dejarse llevar.

El magnetismo de las palabras de Yukari había unido muchos fragmentos de información sueltos, afirmaciones que procedían de distintos personajes, y ahora la historia estaba completa. Yoshino llamaba de vez en cuando a Yukari para mantenerla informada de los avances en la construcción de la Residencia Y. La última llamada había sido en noviembre del año anterior, cuando terminaron las obras. La mujer alta debía de ser Yukari; o bien Yoshino la había invitado o había sido ella quien le había pedido visitar la casa.

¿Era Yukari la directora y Yoshino el intérprete bajo sus órdenes?

No: era Yoshino quien había contratado a un detective para obtener información sobre él, y también quien aportó los treinta millones de yenes, una suma considerable. Era evidente que había sido él quien había metido a Yukari en sus planes, y no al contrario. En algún momento debía de haberle revelado su intención de ofrecerle treinta millones de yenes a un arquitecto desconocido para que construyera su casa. Además, debía de haberle dicho que quería hacerlo en secreto, sin que el arquitecto supiera nunca por qué. Y Yukari accedió: así fue como surgieron aquellas palabras tan importantes. Ella quería que él levantara cabeza y le pareció que el plan de Yoshino podía hacer realidad su deseo secreto.

Sólo faltaba saber por qué Yoshino había actuado con tanto secretismo.

Esperaba una llamada: estaba convencido de que Yukari lo llamaría aquella noche. Así que, cuando sonó su móvil, contestó al instante.

—Cuánto tiempo.

Era Takumi Nose. Llevaba unos diez años sin oír su voz, pero había pensado mucho en él, siempre preguntándose si sería la pareja ideal para Yukari.

—¿De dónde has sacado mi número?

—Se lo pedí a Nishikawa. No te importa, ¿verdad?

—No, qué va. ¿Qué quieres?

—He oído rumores. Lo estaréis pasando mal.

—La investigación aún está abierta.

—¿Es verdad que os vais a retirar del concurso?

—Sí.

—Es una lástima, ahora que por fin habíamos coincidido...

—Tranquilo, habrá partido de vuelta.

—¿Estás seguro?

Él se sintió como si le hubieran metido el dedo en la llaga.

—Nadie sobrevive a una acusación de soborno: os hundirán.

—Esto no es asunto tuyo. Deberías...

—Ven a trabajar para mí.

Él no respondió.

—No tiene por qué ser ahora, podemos esperar a que todo esto haya terminado y estés más tranquilo. Piénsatelo.

Cerró los ojos.

—Quieres que abandone la nave que se hunde.

—Sólo el capitán está obligado a permanecer a bordo.

—El barco de Akasaka también estaba naufragando.

—Entonces todo el sector se estaba yendo a pique, pero ahora hay barcos que se mantienen a flote. No tardes mucho en decidirte.

—Gracias, pero no. Estoy en deuda con Okajima.

—¿Piensas hundirte con él?

—¡No digas chorradas! Volveremos a empezar de cero. Tú preocúpate de tu nave.

Sonó el teléfono fijo. Debía de ser Yukari.

—Tengo que colgar. Suerte con el museo memorial.

Dejo el móvil, descolgó el auricular del teléfono fijo y se lo llevó al oído. ¿Qué era eso, el murmullo del viento...? ¿Yoshino? No, no: era el sollozo de una mujer. Pero no era Yukari, sino Yaeko. Era ella quien lo había llamado.

—Mi marido... la ventana... se ha...

Había saltado.

Él se miró la mano que tenía libre. Las yemas de sus dedos, que habían rozado la mano de Okajima hacía apenas unas horas, temblaban

ligeramente.

46

Era casi medianoche cuando Aose llegó al hospital.

Había un coche de policía aparcado junto a la entrada, pero, por lo demás, nada fuera de lo común; ni ruido ni luces parpadeantes. Aún tenía una llamita de esperanza en el corazón: Yaeko le había dicho que Okajima había saltado por la ventana, no que estuviera muerto. Al menos, eso es lo que intentaba pensar.

No sabía si ir directamente a la habitación. Buscó el mostrador nocturno. Sólo se oía el ruido de sus pasos. Al doblar la esquina distinguió la silueta de Yaeko junto a un teléfono público. Se apartó el auricular de la oreja, colgó y se quedó inmóvil, apoyada en la pared.

La llamita se apagó. El pasillo en penumbra se oscureció aún más.

Cuando él se acercó lentamente, ella lo miró con los ojos enrojecidos, pero la expresión de su cara era más de enfado que de tristeza.

—Yaeko... —empezó él, pero no fue capaz de continuar.

—Está abajo —dijo Yaeko con voz débil, y se apartó de la pared.

Okajima no estaba en su habitación, sino en la morgue.

En el rellano de la escalera se cruzaron con un policía uniformado que subía del sótano.

—Me gustaría hablar con usted más tarde —le susurró a Yaeko.

Ella inclinó la cabeza.

El suave olor del incienso se filtraba hacia el pasillo a través de la puerta entreabierta de la morgue. Aose entró con la vista clavada en la nuca de Yaeko. En la camilla había un bulto con forma humana cubierto con una sábana blanca.

Yaeko retiró la sábana.

En algún rincón de su mente, él había imaginado que vería la máscara mortuoria de Taut; esperaba encontrarse con aquel rostro, pero no fue así. Okajima tenía la cabeza vendada en torno a la frente, las orejas, la boca y la barbilla, de modo que apenas se le veía la cara.

No tenía heridas en las mejillas ni en la nariz, y sus párpados estaban cerrados. En su rostro no había el menor rastro de dolor ni de sufrimiento.

Él se dio cuenta de que había olvidado juntar las palmas de las manos en señal de respeto. Tenía frío y se sentía emocionalmente bloqueado. Sabía que lo que estaba viendo era real, pero su cerebro aún no había conseguido transmitírselo al corazón.

—Cuando llegué corriendo aún respiraba, pero muy débilmente —dijo Yaeko de repente—. Aún estaba...

Tenía la vista fija en un punto invisible y no parpadeaba, como si estuviera volviendo a presenciar la escena.

—¿Te dijo algo?

—No.

—¿Ha dejado alguna nota?

—Tampoco.

Ella se tapó la cara con las manos.

Okajima se había comido casi todas las gachas de arroz que le habían llevado para cenar. Cuando ella se marchó, estaba igual que siempre, y ninguna enfermera notó nada raro antes o después de que las luces se apagaran, a las nueve.

Eran las diez cuando saltaron las alarmas: una enfermera del turno de noche vio la ventana de la habitación abierta. Justo debajo, un seto de azaleas corría a lo largo de la pared. Las piernas de Okajima asomaban por encima, pero su cabeza se había estrellado contra el pavimento. «Si hubiera sido al revés», dijo el médico, «podría haber sobrevivido». Acudieron muchos policías, pero el análisis de la escena duró poco porque se trataba de un claro caso de suicidio.

Yaeko volvió a taparle la cara a Okajima con la sábana blanca. Fue como si su pálida mano sin alianza bajara el telón de la vida de su esposo.

—¿Dónde está Issō? —preguntó él. Ella levantó la vista y buscó su mirada.

—Está durmiendo: aún no lo sabe. Le he pedido a mi madre que se quedara en casa con él.

No dijo nada más. Salieron de la morgue y subieron hasta la planta baja. Sólo entonces ella se detuvo y lo miró en la oscuridad.

—Mi marido te lo contó, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Se ha suicidado por mi culpa —le dijo apartando la vista.

—Ah...

Cuando le había preguntado por Issō en la morgue, ella se había dado cuenta de que sabía la verdad, y no había dejado de pensar en ello mientras subían la escalera.

Yaeko volvió a mirarlo a los ojos.

—¡Pobre hombre! Ni siquiera tú lloras por él. —Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos—. Mi marido decía que eras su único amigo. «Siempre hemos sido íntimos», me decía —añadió procurando aflojar un poco el gesto de su boca.

«¡Mentiroso! Tú y yo nunca fuimos...»

Él sintió que una oleada de calor le invadía el cuerpo y las emociones que había contenido hasta entonces se desbordaron todas a la vez.

Okajima estaba muerto. Se había suicidado.

Tan sólo unas horas antes habían estado riéndose juntos, muy cerca el uno del otro, hablando como nunca.

Claro, ahora lo comprendía: ya entonces tenía planeado quitarse la vida. No necesitaba dejar una nota: hizo que él escuchara su larga nota de suicidio. Cada cosa que dijo, cada una de sus palabras, era su última voluntad, y él no se había dado cuenta, no había sido capaz de entenderlo.

De repente reprimió las lágrimas que ya empezaban a asomar.

No...

¿Era eso lo que había pasado?

Okajima... ese Okajima que estaba en su habitación... ¿de verdad quería morir?

Se despidió de Yaeko con una reverencia y se alejó. Sus pasos fueron ganando firmeza hasta convertirse en una marcha rápida. Seguía la línea azul dibujada en el suelo con largas zancadas. Tras atravesar un pasillo que giraba a izquierda y derecha, llegó al ala de Medicina

Interna. Se cansó de esperar el ascensor y subió la escalera corriendo. Llegó sin aliento a la cuarta planta, pasó sin detenerse por delante de la estación de enfermería y abrió la puerta de la habitación privada donde había estado Okajima. La cama eléctrica ya no estaba. Se precipitó hacia la ventana, quitó el cerrojo, la abrió y se asomó para mirar la fachada, justo debajo del alféizar. Estaba oscuro, pero pudo ver cinco... seis... siete... no, ocho: había ocho marcas de colillas. Por la forma de hablar de Okajima, no era la primera vez que fumaba en aquella habitación. Probablemente hubiera fumado antes de que él lo visitara, y quizá también después.

¿Y si hubiera sido un accidente?

Conservaba el recuerdo fresco en la memoria. Con el trasero medio apoyado en el alféizar de la ventana, que le llegaba a la altura de la cintura, no tocaba el suelo con las zapatillas. Por eso a él le había parecido tan peligroso. Además, tenía que volverse hacia el exterior y sacar la cara por la ventana para exhalar el humo y evitar que las enfermeras lo descubrieran. Aunque se sujetara al marco de la ventana con una mano, corría peligro de caerse si perdía el equilibrio.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó una voz severa. Él se volvió y vio a una joven enfermera de pie junto a la puerta. Se apresuró a cerrar la ventana y se escabulló pasando por su lado mientras murmuraba que se había equivocado de habitación. Recorrió el pasillo sin que nadie lo siguiera ni le llamara la atención.

Tanto si había sido un accidente como un suicidio, nada cambiaba el hecho de que Okajima estaba muerto. No obstante, para los que seguían vivos, y sobre todo para Issō, que estaba en sexto de primaria, había una gran diferencia entre ambas formas de morir. Aunque su entorno más próximo intentara ocultárselo, Issō acabaría enterándose de que su padre lo había abandonado para ir en busca de un lugar mejor, de que el sufrimiento había pesado más que su amor por él. A cada paso que diera, vería aquella balanza eternamente inclinada, y las cosas podrían incluso ir a peor si algún día terminaba descubriendo que no era hijo de Okajima: se sentiría culpable de la muerte de su padre, se culparía a sí mismo por existir y odiaría a su madre.

De repente se acordó de su propio padre, muerto al precipitarse por un acantilado mientras buscaba a *Kuro*, el miná que había escapado, simplemente para ahorrarle a él el disgusto. Lo cierto era que se sentía de algún modo responsable de esa muerte, aunque no hubiera tenido nada que ver con aquella decisión, y sin embargo en su memoria su padre seguía apareciendo tan vivaz, alegre y enérgico como siempre. Lo sucedido no había emborronado ninguno de los recuerdos que conservaba de él. Sin duda, eso se debía a que la forma de morir de su padre no tenía relación alguna con la vida que había llevado. En cambio, si le hubieran dicho que su padre había muerto por voluntad propia, habría puesto en tela de juicio todo lo que había dado por sentado sobre él hasta entonces, habría retrocedido en el tiempo buscando nuevas formas de interpretar sus expresiones de alegría y de enfado, su amabilidad y su severidad, hasta encontrar algo que justificara el suicidio.

Era inconcebible que Okajima se hubiera suicidado, y mucho menos después de haberse referido a Issō en términos tan cariñosos. Además, todas sus reflexiones sobre el concurso y sus teorías sobre la búsqueda de la belleza de Taut y Haruko Fujimiya habían sido sólo un preludio, un anticipo de lo que le esperaba en el futuro. No eran su última voluntad, sino una forma de expresar su determinación de empezar de cero y retomar la senda de la arquitectura.

Bajó en ascensor y, en cuanto las puertas se abrieron en la planta baja, corrió a toda prisa hacia la salida: se le había ocurrido algo que podría demostrar que la caída de Okajima había sido involuntaria.

Se dirigió al aparcamiento, cogió la linterna que tenía en el Citroën y se acercó de nuevo al edificio del hospital. Tras consultar el panel indicador de la entrada y hacerse una idea de adónde tenía que ir, rodeó el edificio principal hasta dar con una especie de patio al que asomaban las ventanas de las habitaciones privadas de Medicina Interna. En el centro había un montículo ajardinado y alrededor un camino bordeado por un seto de azaleas. Ni siquiera tuvo que levantar la vista y ubicar la ventana de Okajima porque enseguida vio una mancha de humedad en el pavimento: debían de ser los restos del agua

con que habían limpiado la sangre.

Sintió un estremecimiento, pero enseguida se agachó y dirigió la luz de la linterna hacia las azaleas que había frente a la mancha. Iluminó las hojas, las ramas y las raíces y no tardó en encontrar una colilla. Estaba muy arrugada porque la habían apurado hasta la base y luego la habían restregado contra una pared para apagarla, dejando prácticamente sólo el filtro. Acercó la linterna para leer la marca: Frontier Lights, la que fumaba Okajima. Sin embargo, lo que quería encontrar no era una colilla, sino un cigarrillo a medias: si Okajima se había caído mientras fumaba, el cigarrillo aún estaría en el suelo y, fuera cual fuese su longitud, conservaría su forma original, no estaría arrugado.

Encontró otra colilla, y otra, y otra, todas aplastadas. Empezó a imaginar distintas posibilidades: quizá el cigarrillo había continuado encendido tras la caída, en cuyo caso encontraría algunas hojas de azalea chamuscadas, aunque también era posible que se hubiera consumido en el suelo y sólo hubiera quedado el filtro.

Más colillas arrugadas. Había contado un total de ocho marcas de ceniza en la fachada, bajo el alféizar de la ventana. Faltaban dos. Metió las manos entre las ramas de la azalea para separar las hojas. Amplió la zona de búsqueda al camino, pero no hubo suerte: no consiguió encontrar las dos colillas que faltaban.

«¡Qué rabia!»

Con la luz de la linterna siguió un hilo de agua que se dirigía hacia el canal de desagüe. Fue entonces cuando oyó unos pasos. Levantó la vista y, a poca distancia, vio a un hombre debajo de una farola.

Era Shigeta, del *Toyo Shimbun*.

—¿A qué has venido? —le preguntó él en voz baja pero cargada de furia reprimida.

El otro no se inmutó. Tenía una mano escondida detrás de la espalda. Se imaginó que era la cámara: había ido a fotografiar el escenario.

«¡Desgraciado!»

Avanzó hacia él con gesto amenazador y le alumbró la cara con la linterna para ver su expresión, pero lo deslumbró y su rostro se

contrajo en una mueca.

Tiró la linterna al suelo y, tras agarrarlo por las solapas con ambas manos, le preguntó:

—¡¿A qué has venido?!

—Me he enterado por la policía...

—¡Lárgate!

Mientras lo zarandeaba, algo cayó al suelo y crujió.

Eran flores. Al retroceder intentando soltarse, Shigeta había pisado el ramo de lirios envuelto en plástico transparente que llevaba en la mano.

Él lo miró y descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Trataba de decir algo, pero apenas podía respirar. Sus jadeos sonaban como: «Lo siento.»

Él sintió que le hervía la sangre.

—¿Quién te has creído que eres? —Lo cogió por el cuello y lo empujó contra el seto de azaleas—. ¡No ha muerto por culpa de tu artículo! ¡Okajima no se suicidaría por esa tontería! Ha sido un accidente. ¡Haz tu trabajo y escribe la verdad por una vez!

47

Al día siguiente el cielo estuvo encapotado desde la mañana.

Ningún periódico se hizo eco de la muerte de Okajima.

Aose estaba preparado para leer algún titular del estilo de: «Empresario envuelto en trama de corrupción se suicida», pero quizá la noticia no hubiera llegado a tiempo para la edición matutina.

Antes de las siete todo el equipo estaba ya reunido en la oficina: él mismo los había convocado.

—¿Por qué no me lo dijiste enseguida? —protestó Mayumi con la voz quebrada, y se dejó caer sobre el escritorio sollozando.

Después se hizo el silencio durante varios minutos.

Él había querido evitar la dramática escena de Mayumi abalanzándose sobre el cuerpo inerte de Okajima delante de Yaeko, por eso había decidido no llamarla.

—¿Cómo ha podido pasar...? —gimoteó Ishimaki con los ojos enrojecidos—. ¡Parecía tan ilusionado durante la visita de inspección! Dijo que construiría un museo memorial que dejaría al mundo boquiabierto.

Takeuchi estaba profundamente abatido. Incluso tenía la espalda encorvada, pero las palabras de Ishimaki lo hicieron reaccionar. Se enderezó y afirmó con los ojos llorosos y un tono de rabia contenida:

—Ha sido culpa del periodista. Si no hubiera escrito aquel artículo, el jefe no habría muerto.

—Y los concejales y funcionarios del gobierno también son responsables —añadió Ishimaki resentido—. Estarán contentos de habérselo quitado de encima. Lo utilizaron como chivo expiatorio y lo encerraron en el hospital. Aunque fuera un accidente, ellos son los culpables.

Él, de brazos cruzados, guardaba silencio.

Después de anunciarles la muerte del jefe, se había apresurado a

exponerles su teoría de la caída accidental. Nadie intentó rebatírsela, como si todos respetaran su necesidad de justificar la muerte de su amigo de ese modo, pero tampoco convenció a nadie. Y no era de extrañar: los periódicos habían acusado a Okajima de corrupto y él, derrumbado, había acabado en el hospital. Todo apuntaba claramente a un suicidio.

La policía pensaba lo mismo. Tras dejar a Shigeta junto al seto de azaleas y conversar media hora con Yaeko, se había dirigido a la comisaría, donde el inspector de guardia que había acudido al lugar de los hechos lo hizo entrar en una pequeña sala y lo sometió a un interrogatorio rutinario lleno de preguntas relacionadas con el concurso: si Okajima tenía periodos de desánimo, cuál había sido su comportamiento los últimos días, si en alguna ocasión había insinuado que quisiera quitarse la vida...

Él se las arregló para hablarle de las colillas, le mostró las seis que llevaba envueltas en un pañuelo y le pidió que inspeccionaran el desagüe. Al inspector le pareció una hipótesis interesante: le explicó que, cuando un suicida se arroja al vacío desde una ventana, en el alféizar suelen quedar restos de suciedad de las suelas de los zapatos, y aventuró que el hecho de que en este caso el alféizar estuviera limpio podría indicar que tenía razón... aunque enseguida reculó: los pacientes de un hospital llevan zapatillas, y éstas suelen tener las suelas limpias. Parecía orgulloso de su razonamiento, e incapaz de comprender por qué él estaba tan interesado en refutar la teoría del suicidio. ¿Le preocupaba que la compañía de seguros se negara a pagar? Porque, a menos que el difunto hubiera contratado la póliza ese mismo día, el seguro pagaría aunque se tratara de un suicidio. Él le explicó que eso no le preocupaba, que la esposa de la víctima era una corredora de seguros con mucha experiencia, y estaba convencido de que dominaba aquellas cuestiones. Mientras hablaba, se dio cuenta de que quizá había sembrado la duda en la mente de aquel policía. No quería que el interrogatorio de Yaeko se alargara más de lo necesario, ni que nadie indagara en los orígenes de Issō...

—¿Qué pasará con la agencia? —le preguntó Ishimaki en un tono

grave, como si esperase lo peor.

—Su mujer me ha pedido que la liquide —repuso él.

Ishimaki asintió y agachó la cabeza, Takeuchi dejó escapar un largo suspiro de resignación y recorrió el despacho con la mirada, Mayumi volvió la cara con los ojos anegados.

—Pero el jefe quería que siguiéramos...

—Eso dijo, sí. Y yo le respondí que a mí también me gustaría continuar, si podía. Pero es así como tiene que ser.

—Ha sido su mujer quien...

—Déjalo —le advirtió él, y añadió dirigiéndose a Ishimaki y Takeuchi —: Terminaremos los proyectos que tenemos entre manos y después hablaremos de la disolución de la empresa.

Se hizo el silencio. Él evitaba la mirada de Mayumi.

—¿Habrá velatorio o funeral? —preguntó Ishimaki a sabiendas de que no se solía organizar ninguna ceremonia cuando se trataba de un suicidio.

—Sí.

La noche anterior, antes de ir a la policía, le había preguntado a Yaeko qué pensaba hacer, y enseguida, pese a que ella no dejaba de negar con la cabeza, le había hablado de las colillas, le había asegurado que había sido un accidente y le había recomendado que organizara un funeral para que todo el mundo pudiera darle el último adiós a Okajima como es debido. En un principio ella se había negado a escucharlo. De hecho, él se había marchado a casa y no había podido pegar ojo pensando en que nadie despediría a su jefe y amigo, pero cerca de las seis Yaeko lo había llamado para decirle que, tras consultarlo con la familia, habían decidido que celebrarían un velatorio privado y un servicio fúnebre en el tanatorio. Al parecer, uno de sus tíos abuelos los había advertido de que, si no lo hacían así, todo el mundo daría por sentado que aceptaban la culpabilidad del difunto en aquella historia de los sobornos.

—Le he dicho que nosotros nos encargaríamos de recibir a las visitas relacionadas con la empresa —dijo—. Necesitaré que alguien me ayude.

Ishimaki y Takeuchi levantaron la mano a la vez, pero él, en vez de elegir a alguno de los dos, rodeó la mampara divisoria. Tenía la garganta seca. Llenó un vaso con agua del grifo y lo apuró de un trago.

—Aose.

Cuando se dio la vuelta, vio a Mayumi de pie detrás de él, temblando. Tenía la cara abotargada de tanto llorar.

—Dime.

—¿Puedo ir a ayudar yo también?

No podía decirle que no, pero, si iba a acompañarlo, antes tenía que aclarar una cosa:

—Cuando fuiste a ver a Okajima en el hospital, ¿ocurrió algo con su mujer?

Un par de lágrimas brillaron en los ojos de Mayumi.

—No, no pasó nada.

—Entraste en su habitación, ¿verdad? Vi la postal.

—Sí, estuve allí, pero él me pidió que me fuera... —confesó ella, de nuevo al borde de las lágrimas.

—¿Y por qué?

—Para que no sospecharan de mí por el asunto de las facturas de taxis. Le aseguré que no me importaba, pero él insistió en que debía irme. ¡Parecía tan triste...!

—Así que te fuiste sin cruzarte con su mujer.

—Sí que nos vimos.

—¿Coincidiste con ella?

—Nos cruzamos en el pasillo, pero no me reconoció, o quizá me ignoró por miedo a que le dijera algo.

—Entiendo. —Ahora era él quien sentía que debía darle una explicación—. Okajima se arrepentía de haberte hablado de la infidelidad de su mujer y de la paternidad de su hijo: me dijo que no tenía derecho a obligarte a compartir su rabia y su frustración.

—¿Por qué me cuentas eso? —preguntó Mayumi mirándolo a los ojos.

Él se llevó un dedo a los labios y miró de reojo al otro lado de la mampara para comprobar que nadie los escuchaba.

—Porque te lo tomaste como algo personal.

—¡Ella nunca le pidió perdón!

—A veces una disculpa no sirve de nada.

—El jefe está muerto. ¿No te parece muy fuerte que haya fallecido sin que ella le dijera la verdad? —Su voz llorosa iba aumentando de volumen—. El escándalo del concurso fue tan sólo la gota que colmó el vaso; ¡ella es la responsable de su muerte!

—Fue un accidente.

—El director llevaba mucho tiempo sufriendo, preguntándose quién es el padre de Issō...

Él le tapó la boca con una mano.

—No vuelvas a hablar de esto con nadie. Me lo contaste a mí y puede que un día se me escape y se lo cuente a otra persona que, a su vez, quizá se lo diga a alguien más... hasta que Issō se acabe enterando. ¿Lo entiendes?

Mayumi temblaba de pies a cabeza, pero él no le quitó la mano de la boca.

—¿Quieres apropiarte del rencor de Okajima y hacerlo tuyo? Él me dijo que se las arreglaba para convivir con su mujer por el bien de Issō. No puedes seguir aferrándote a él: tienes que quedarte con Yūma y apartarte de su camino.

Mayumi no pestañeó.

—Todos morimos solos, y Okajima no fue una excepción —insistió él —. Por lo visto no murió en el acto: siguió respirando unos instantes después de la caída, pero no dijo tu nombre, no te llamó, porque no necesitaba tu ayuda.

Ella cerró los ojos y una gran lágrima le resbaló por la mejilla y fue a caerle a él en la mano. Le destapó la boca y, entonces, ella empezó a sollozar tan fuerte que por un momento pareció como si fuera a ahogarse. Él se puso a frotarle la espalda y en ese instante apareció Takeuchi, preguntando si todo estaba bien. Él le pidió que le sirviera un vaso de agua a Mayumi, que poco a poco, entre suspiros, fue calmándose.

—Lo siento —dijo él con voz grave.

Ella se tapó la cara con ambas manos, le dio la espalda y se recostó contra la pared. Su silueta delgada recordaba a la de Yaeko la noche anterior.

—Lo siento de veras —repitió él, se apartó un poco y observó la cara de preocupación de Takeuchi, que miraba impotente la espalda de Mayumi sin saber cómo consolarla.

Lo dejó allí, con ella: deseaba con todas sus fuerzas que aquel joven fiable y extremadamente bondadoso, no demasiado hábil pero tampoco prepotente, acabara ganándose el corazón de Mayumi.

48

El día del funeral el sol brillaba suavemente.

El tanatorio, situado en las afueras de la ciudad, tenía cuatro salas, y el funeral de Okajima se celebraría en la más pequeña, pero no por eso había menos asistentes: ante el mostrador donde se atendía a la gente relacionada con la empresa se había formado una larga cola de personas de luto. Todo el mundo guardaba un respetuoso silencio, algunos se secaban las lágrimas. La noticia había saltado a la prensa dos días antes. Casi todos los periódicos hacían referencia al «suicidio del empresario presuntamente implicado en una trama de sobornos», sólo el *Toyo Shimbun* mencionaba que la policía no descartaba la hipótesis del accidente.

Aose y Takeuchi recibían a los asistentes, e Ishimaki, sentado en una silla, se encargaba de guardar los sobres con el dinero que éstos, según la tradición, donaban a la familia del difunto. Mayumi no había aparecido aún. Dos días antes había llamado para decir que no se encontraba bien, pero enseguida le había asegurado a Aose que seguía pensando en asistir al funeral para ayudar. Sonaba serena, le pidió que no se preocupara por ella, pero ahora no llegaba, y él levantaba la vista de tanto en tanto, mientras recogía sobres y entregaba a cambio obsequios de agradecimiento, para buscarla entre la gente.

Y aprovechaba para buscar a alguien más: se había mentalizado para la muy probable aparición de Yukari.

Después de saludar a los representantes del banco y de la cooperativa de crédito, llegó el turno de la esposa de Nishikawa, el especialista en renders, que se mostró muy apenada.

—¡Mi marido está tan afectado que no ha sido capaz de comer desde que se enteró! Me pidió que lo disculpara por no haber podido venir.

Siguieron desfilando rostros conocidos de constructores e interioristas. El joven director de Construcciones Kaneko, que iba

acompañado de su padre, un hombre mayor con bastón, tenía los ojos y la nariz enrojecidos cuando llegó ante el mostrador. La emoción le impidió expresar sus condolencias, así que se limitó a darle la mano a Aose.

Ishimaki y Takeuchi vivieron escenas parecidas. Estaba claro que la Agencia de Diseño Okajima había sido importante para muchas personas.

—Aose —le susurró Ishimaki al verlo distraído, y él se apresuró a entregar el obsequio a la persona que tenía enfrente.

La repentina aparición de Yukari lo había distraído completamente. Estaba al final de la cola, pero era imposible pasar por alto su esbelta figura y su ropa occidental. Pronto se dio cuenta de que no estaba sola.

«Pues claro», pensó. «Tenía que ser él.»

Takumi Nose llevaba un traje negro de una marca muy conocida. Cuando él y Yukari llegaron ante el mostrador, sacó un sobre del bolsillo del traje y se lo entregó a Ishimaki, que reconoció el apellido escrito en el sobre y reaccionó mirando a Nose de arriba abajo mientras éste decía:

—Los acompaño en el sentimiento.

Una vez terminadas las formalidades, Nose se acercó a Aose y le susurró al oído:

—Nos hemos encontrado en el aparcamiento.

Yukari, que esperaba justo detrás de él, asintió ligeramente.

Entonces Nose añadió:

—Nadie contaba con este desenlace, pero la oferta que te hice por teléfono sigue en pie. Prométeme que lo pensarás.

Yukari dio un paso al frente y, sin levantar la cabeza, abrió la tela *fukusa* morada que envolvía el sobre del donativo. No llevaba ningún anillo en los finos dedos.

—¿Podremos hablar luego? —le preguntó él mientras le entregaba el obsequio.

Entonces, por fin, ella levantó la vista. Tenía los ojos húmedos, pero en el fondo de su mirada se adivinaba cierta determinación, o quizá resignación: parecía que ella también hubiera ido al funeral con la

intención de hablar con él, incluso antes de que él se lo pidiera.

—Sí, aunque no tengo mucho tiempo.

Se hizo a un lado para dejar pasar a la gente que esperaba y desapareció entre el gentío, pero a él su imagen se le quedó grabada en la retina durante mucho rato. Habían pasado siete años desde la última vez que se habían visto, cuando Hinako empezó primaria y el colegio pidió una reunión con ambos progenitores, y ese día apenas habían cruzado un par de palabras.

—Voy a echar un vistazo dentro —se excusó Takeuchi después de haber atendido a la última persona de la cola. Estaba visiblemente inquieto. Ishimaki esperó a que se fuera y después le dijo a Aose:

—¿Ese que ha venido antes era Nose?

—Sí, el director de Arquitectos Nose.

Ishimaki se limitó a asentir: probablemente sospechaba lo de la oferta de trabajo.

Mayumi apareció poco después de que comenzara la lectura de los sutras. No se acercó discretamente desde un lateral ni desde detrás, sino que llegó de frente y dejó en el mostrador un sobre con su apellido. Después rodeó el mostrador y se puso a ordenar la caja que contenía los sobres dejando sin trabajo a Ishimaki.

Aún tenía el rostro hinchado de tanto llorar, pero parecía mucho más serena.

—Gracias —le dijo Aose.

—No estaba enferma, lo siento —confesó ella sin levantar la vista de la caja.

—¿Qué?

—Necesitaba pasar tiempo con Yūma: ya llevaba muchos días llegando tarde a casa y él estaba un poco enfadado conmigo.

—Ya.

—Me decía: «Mamá, *eze concurzo* te *guzta* mucho, ¿no?»

Intentó reír, pero tuvo que morderse el labio inferior para reprimir las lágrimas. Después se echó atrás el pelo como una modelo y se lo quedó mirando.

—Siento haberte preocupado.

—¡Ah! —exclamó alguien detrás de ellos. Era Takeuchi, que había vuelto. Al ver a Mayumi esbozó una sonrisa muy poco apropiada para un tanatorio.

—¿Cómo van las cosas ahí dentro? —le preguntó Aose, y a Takeuchi se le ensombreció el rostro.

Había revisado todas las flores y coronas, y no había ninguna del alcalde ni del director de Urbanismo de la ciudad de S.

Ishimaki arrugó la frente, Takeuchi y Mayumi agacharon la cabeza.

—No importa, lo despediremos como es debido. Nos turnaremos para hacer las ofrendas de incienso. —Aose echó a andar e Ishimaki lo siguió en silencio.

La sala de ceremonias estaba mucho más iluminada de lo que él esperaba, y la cola de quienes aguardaban para hacer sus ofrendas, que minutos antes llegaba hasta la entrada, se había hecho mucho más corta. Al fondo distinguió a Yaeko: tenía la cara medio oculta tras un pañuelo y saludaba con una reverencia a las personas que ofrendaban incienso. Issō, con los labios apretados en una fina línea, estaba a su lado, como si quisiera proteger a su madre de aquella multitud de adultos vestidos de luto.

El próximo año empezaría secundaria y sus facciones comenzaban a perder la candidez de la infancia. Okajima le había enseñado muchas fotos de sus excursiones, de modo que él lo había visto crecer en imágenes. Al contemplarlo allí, tan quieto, le pareció estar mirando una de sus fotografías más recientes.

«Mi relación con él no tiene nada que ver con la sangre, sino con el tiempo que hemos compartido.»

Por fin llegó frente al altar. El difunto Okajima lucía una sonrisa deslumbrante en la pequeña fotografía enmarcada. Él no sabía de cuándo era esa foto, ni quién la había tomado, pero jamás había visto a su jefe y amigo sonreír de forma tan seductora.

«Entonces era un imbécil, ¿verdad?»

Antes de responder que sí, rompió a llorar y ya no pudo, no quiso, parar.

49

Frente al tanatorio había una hilera de taxis esperando.

Yukari estaba fuera del edificio. Miró fijamente a Aose mientras se acercaba. Era probable que nunca lo hubiera visto llorar.

Él habría preferido que hablaran en algún lugar tranquilo, pero no podía alejarse del tanatorio porque tenía que ayudar a recoger la sala después del funeral. Así pues, caminaron a través del césped hacia un banco de madera donde se sentaron. Él se volvió enseguida hacia ella; en cambio Yukari, que se había sentado en el borde del banco con las piernas estiradas, se puso a mirarse las puntas de los zapatos.

Viéndola de perfil, parecía que el tiempo no hubiese pasado para ella.

—Okajima tenía tu edad, ¿no? —le preguntó a su ex marido—. Era bastante joven.

—Sí.

—Y su pobre mujer... y su hijo. ¿Todavía está en primaria?

—Acaba de empezar sexto.

—Dios no existe, ¿verdad?

—O quizá sí, y por eso ha ocurrido todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo mejor fue cosa del destino.

—He oído rumores, ¿son ciertos?

—No, fue un accidente: se cayó por la ventana de su habitación.

—Claro...

Yukari exhaló un suspiro con actitud ambigua.

El tiempo que habían compartido llorando la muerte de Okajima había ralentizado el caudal del río que los separaba y les proporcionaba un entorno en el que podían expresar abiertamente sus sentimientos, lo que habría sido difícil si se hubieran encontrado en cualquier otro lugar. La comunicación parecía posible.

Él pensó que lo mejor sería ir directo al grano, así no tendría que hacer demasiadas preguntas.

—Estoy buscando a Yoshino —anunció.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Qué quieres decir?

Yukari no preguntó quién era ese tal Yoshino, como si hubieran llegado a un acuerdo tácito para prescindir de las explicaciones previas.

—Ha desaparecido. Tenía que mudarse con su familia a la Residencia Y, pero no lo hizo. Dejaron la casa que tenían alquilada en Tabata y se esfumaron.

Yukari parecía bastante sorprendida: no sabía que Yoshino hubiera desaparecido.

—¿En serio?

—Sí.

—Creía que sólo se habían ido unos días.

—No podía decirle a Hinako que la familia entera había desaparecido.

Yukari asintió.

—¿Cuándo les perdiste la pista?

—En noviembre del año pasado. Tenían que mudarse a principios de mes, pero no llegaron a instalarse en la nueva casa.

Yukari parecía estar haciendo memoria.

—¿Se te ocurre alguna pista? —insistió él.

—No... nada.

—Tú estuviste con Yoshino a finales de noviembre, ¿no es cierto?

El ambiente se tensó por un momento, pero ella lo admitió rápidamente:

—Sí.

—¿Te comentó algo entonces? ¿Insinuó que iba a desaparecer?

—No dijo nada, y tampoco le noté nada raro.

—¿No te pareció que podía estar deprimido o que actuaba de forma extraña?

—Estaba perfectamente. Me enseñó la Residencia Y y me invitó a comer fideos. Parecía muy contento, dijo que iban a mudarse pronto.

La Residencia Y... los fideos... Tenía la sensación de que Yukari le estaba dibujando un boceto para que él pudiera completar el dibujo.

—Como ya sabes —dijo—, el señor y la señora Yoshino acudieron a la agencia el pasado mes de marzo, preguntaron expresamente por mí y me pidieron que les diseñara su nueva casa. Sospecho que el motivo por el que contactaron conmigo está relacionado con su desaparición. —Esperó unos segundos, pero ella no respondió—. O tal vez no, pero me gustaría saberlo de todas formas.

Yukari parecía preocupada.

—Cuéntamelo, dime por qué Yoshino me encargó el diseño de su nueva casa.

—No puedo —respondió ella—: me pidió que no te lo contara.

—De acuerdo.

Decidió retroceder con elegancia. Ya había previsto aquella situación: si ella había prometido no decir nada, no tenía por qué hablar, y él había ido a su encuentro con el firme propósito de no volver a lanzarle reproches ni palabras afiladas.

Tendría que preguntárselo a Yoshino: si quería saber sus motivos, debía hablar con él.

Decidió preguntarle otra cosa a Yukari:

—¿Yoshino volvió a llamarte después de enseñarte la Residencia Y?

—Ni una sola vez.

—¿De veras?

—No, y yo tampoco lo he vuelto a llamar. ¿Quieres que lo intente?

En un principio no supo cómo reaccionar ante aquella proposición inesperada, pero enseguida accedió: si Yukari lo llamaba, tal vez contestara.

Ella sacó el móvil del bolso.

—¿Tienes su número? Siempre me llamaba al fijo, así que no lo tengo grabado en el móvil.

Yukari pulsó los números que él le dictó y se acercó el teléfono a la oreja.

Oyeron varios tonos y después saltó el buzón de voz. Intercambiaron miradas.

—Hasta ahora siempre lo tenía apagado —dijo él rápidamente, justo antes de que sonara el pitido. Yukari asintió, tragó saliva y dijo:

—Soy Yukari Aose. ¿Le importaría llamarme? Minoru Aose está preocupado por usted.

Ambos suspiraron al unísono.

—No sé si me devolverá la llamada.

—Es la primera vez que salta el contestador, supongo que es buena señal.

—Eso espero.

—Estoy deseando encontrarlo y hablar con él, no sólo para preguntarle por qué me escogió, sino porque estoy preocupado por su esposa e hijos.

Yukari asintió enérgicamente.

—Hay un hombre bastante sospechoso que también busca a Yoshino por todas partes.

El hombre de la cara roja.

—¿Crees que es un mafioso?

—No estoy segura, pero tengo la sensación de que Yoshino podría haber huido para escapar de él. —Se tapó la boca con la mano y murmuró—: ¿Has hablado con la policía?

—No: a fin de cuentas no tengo pruebas.

—¿No tienes idea de dónde pueden estar?

—Lo único que sé es que en algún momento pasó por Sendai: la tumba de sus antepasados se encuentra allí, en una aldea.

—¿En Sendai? —Yukari puso cara de extrañeza—. Creía que había nacido en Kiryu.

Los pensamientos de él retrocedieron en el tiempo. Kiryu...

Al ver el gesto de su ex marido, un destello de interés brilló en los ojos de Yukari.

—¿Yoshino te dijo que había nacido en Kiryu? —preguntó él.

—S... sí.

—En la prefectura de Gunma, ¿verdad?

—Eso creo, sí.

Aose parecía enormemente sorprendido.

—¿Has estado alguna vez allí?

—Es donde murió mi padre.

—Vaya...

—Estaba trabajando en las obras de la presa del... —empezó, pero su cerebro ya se había puesto a atar cabos sueltos.

Tejidos de Kiryu. ¡Eso era! Kiryu era conocida por su industria textil: si la hermana mayor de Isaku Yoshino hubiera ido a trabajar a alguna fábrica textil de allí, sería el eslabón perdido que completaba la cadena. Quizá, cuando su familia se disgregó, Isaku se trasladó a Kiryu para vivir con su hermana. Se estableció allí, se casó y tuvo a su hijo Touta.

Debió de ser así: todo había empezado en Kiryu. Pero ¿qué fue lo que ocurrió?

Él no había acompañado a sus padres a Kiryu porque estaba preparando los exámenes de acceso a la universidad. Yoshino, que era cinco años más joven, debía de estar estudiando secundaria por entonces... Por fin había logrado estrechar el cerco. Ahora estaba seguro de que algo, en algún momento, había unido a aquellas tres personas: el joven Touta Yoshino, Isaku Yoshino y su propio padre.

—Está bien, te lo diré.

La voz de Yukari lo arrancó de sus pensamientos y lo hizo regresar al presente.

—Creo que ya hemos superado la fase en la que tengo que cumplir lo que prometí —continuó ella, sonrojada—: la historia que me contó Yoshino podría ser una pista para dar con su paradero, aunque la verdad es que no conozco todos los detalles. De hecho, ni siquiera sé si es cierta.

Él la instó a continuar con la mirada y ella se llevó una mano al pecho, como si intentara tranquilizarse.

—Yoshino me dijo que tenía una deuda contigo, y que era tan grande que nunca podría pagártela.

Él estaba atónito. ¿Una gran deuda?

—¿Tienes idea de a qué se refería? —preguntó ella.

—En absoluto.

—Déjame que te cuente lo que sé.

Yukari habló rápidamente. Ella y Yoshino se conocían desde tiempo atrás: habían coincidido en las obras de reforma de un restaurante cuyo dueño le había comprado a Yoshino unos muebles de madera de una exclusiva marca escandinava. Cuando intercambiaron tarjetas de visita, él reparó enseguida en el apellido Aose, muy poco común, y pensó que tal vez ella tuviera algo que ver con Minoru Aose, a quien llevaba tiempo buscando. Entonces contrató a un detective privado para que investigara, y éste comprobó que no sólo tenían algo que ver, sino que habían estado casados y se habían divorciado siete años antes.

—Así que el detective fue a verme y, poco después, Yoshino me llamó a casa. Yo ya no me acordaba de él, pero me explicó que era el proveedor de muebles escandinavos y al fin caí en la cuenta. Entonces me dijo que quería hablarme de ti. A mí no me dio buena espina, así que le aclaré que tú y yo estábamos divorciados y que yo ya no tenía nada que ver contigo, y después colgué. Perdona, pero es que...

—No te preocupes. Continúa, por favor.

—La segunda o tercera vez que me llamó, acabó confesando que había contratado a una agencia de detectives y que un detective había ido a verme con el pretexto de tu supuesto compromiso. Yo me quedé a cuadros, me enfadé muchísimo y le exigí una explicación. Entonces fue cuando me dijo que tenía una gran deuda contigo y me pidió consejo para encontrar la forma de pagarte.

Hizo una pausa, pero él no la interrumpió con preguntas: salvo aquella misteriosa deuda, la historia en general era tal como la había deducido.

—Dijo que quería pagarte la deuda sin que lo supieras, y que no se le ocurría cómo.

¿Cómo se puede pagar una deuda sin que el acreedor se entere?

—Es surrealista, ¿verdad? Nunca quiso explicármelo, aunque se lo pedí muchas veces; simplemente me dijo que no podía revelar más detalles. El caso es que, pese a lo extraño de la situación, me pareció que hablaba en serio y que estaba muy angustiado, así que accedí a colaborar con él. Me contó que tenía cierta cantidad de dinero; treinta millones de yenes, para ser exactos; y me preguntó si se me ocurría

alguna forma de donártelos. Le dije que era imposible y que se olvidara de su deuda, fuera cual fuese. Le aseguré que jamás aceptarías semejante suma de parte de un desconocido y le pedí que te dejara en paz. Pero estaba desesperado: decía que, como no podía revelar las circunstancias que lo habían llevado hasta allí, sólo tenía el dinero para demostrar que sus intenciones eran sinceras. Yo no sabía qué aconsejarle, salvo...

Ella no terminó la frase y él no le pidió que lo hiciera. En ese preciso instante, Yoshino desapareció de la ecuación: ya sólo existían él y Yukari.

Pero a lo lejos apareció Mayumi: lo estaba buscando.

—Tengo que irme.

Yukari se incorporó, lo miró e inclinó la cabeza.

—Lo siento, fui su cómplice: lo ayudé a engañarte.

Él tardó un momento en reaccionar. La acompañó hasta la parada de taxis. Ya no pensaba en Yoshino, sino en la mujer que caminaba a su lado. Quería decirle algo, pero no sabía cómo.

Unos pasos más y se abriría la puerta automática del taxi.

Se detuvo y dijo:

—La Residencia Y me salvó.

Ella también se detuvo.

—No lo hice por ti —repuso—, lo hice por mí.

—¿Por ti?

—Sí, así de simple. Pensaba en... ¿cómo la llamé? ¿«La casa que marcaba el paso del tiempo»?

—¿Qué dices?

—Verás, me equivoqué: debería haberte dejado construir la casa que tú querías. No importaba el material: madera, hormigón, ladrillos, arcilla... Podríamos haber vivido en cualquier casa.

—Yukari...

Era la primera vez en ocho años que pronunciaba su nombre. Ella ya estaba de espaldas a él, junto al taxi. Entonces, mientras la puerta se abría, se oyó un graznido y ella levantó la vista al cielo.

—Eso ha sido...

—¿Qué? —preguntó él.

—Una garza, una garza azul.

Ella le dirigió una sonrisa triunfal y a continuación se hundió a cámara lenta en el asiento trasero del taxi, como si el coche la hubiera engullido.

50

Aquella noche soñó con Taut.

Estaban de nuevo en el Senshin-tei del templo Daruma-ji, y el arquitecto alemán gritaba enfurecido, pero, a diferencia de la última vez, él podía ver el otro lado de la puerta *shoji*.

No había nadie: Bruno Taut gritaba al vacío.

Despertó y, al darse cuenta de que era un sueño, volvió a cerrar los ojos. Quería volver a dormirse, tenía muchísimo sueño. El rostro de Okajima apareció brevemente tras sus párpados cerrados.

¿Dónde estaría su alma? ¿Habría llegado a su hogar? Al final se había ido sin decirle qué era lo más bonito del mundo para él.

Debería haberle cogido la mano cuando se la tendió para despedirse en la habitación del hospital. Ojalá se la hubiera estrechado con fuerza...

Oyó el eco de la voz de Yukari:

«Podríamos haber vivido en cualquier casa.»

«Me equivoqué.»

«Dios no existe.»

¿Qué habría pensado al ver la Residencia Y envuelta en la luz del norte y el aroma de la madera de ciprés?

Yoshino interrumpió sus pensamientos.

Había colocado una silla de Taut hecha por su padre, Isaku, sólo una, en primera fila, en un lugar especial de la Residencia Y. Debía de existir una relación entre los padres de ambos. La enorme deuda a la que se refería Yoshino podría estar relacionada con la muerte de su propio padre...

51

Unos diez días después del funeral, Aose recibió una llamada de Yaeko, la viuda de Okajima, y fue inmediatamente a su casa, situada a diez minutos a pie de la oficina. Suponía que querría hablarle sobre la disolución de la empresa. Él también tenía algo que decirle. Llamó al timbre mientras pensaba en cómo abordar el tema.

Yaeko lo condujo hasta una sala de estar de estilo japonés. Él había adivinado en gran parte el contenido de la conversación, pero no fue en absoluto la charla tranquila y amistosa que había imaginado.

—Os pagaremos a todos una indemnización razonable a la que añadiremos algo más para compensaros por las molestias y, después, se acabó: olvidaos de nosotros.

Yaeko estaba pálida, y hablaba con una voz fría y sin entonación.

Él parpadeó, incapaz de responder, ni siquiera de asentir con la cabeza. ¿«Se acabó»? ¿«Olvidaos de nosotros»? ¿Quiénes eran «nosotros»? ¿Se refería a Issō y a ella misma?

—Escuché vuestra conversación desde el pasillo. —Yaeko levantó la vista y lo miró fijamente—. Te pido que no le cuentes a nadie lo de mi hijo. No te dejaré ir sin haberme prometido que jamás se lo dirás a nadie. Y Mayumi tampoco debe contarlo; por favor, dile que mi marido no quería que nadie lo supiera, hazle jurar que guardará el secreto, te lo suplico.

—¡Por supuesto! Yo nunca...

—No lo engañaba constantemente; no me enamoré de otro hombre ni tuve una aventura. Por mi trabajo como corredora de seguros, a menudo tenía que visitar empresas y, en una de ellas, había un gerente que todos los años me echaba una mano para que sus nuevos empleados contrataran una póliza conmigo. Siempre me invitaba a tomar algo, y después de negarme muchas veces acabé aceptando. Después pasó lo que pasó. Debería habérselo contado a mi marido, pero

no fui capaz. Él nunca preguntó nada y siempre fue cariñoso con Issō, pero yo jamás dejé de tener la sensación de que, si se lo contaba, si le confesaba lo que había pasado y con quién, todo estallaría como un globo y desaparecería, porque no creía que él fuera capaz de perdonarme. Tenía miedo.

—Lo entiendo, no hace falta que...

—Pero debería habérselo dicho: debería haber hablado con él y haberme divorciado. Estoy segura de que, si otra persona hubiera estado en mi lugar cuando estalló el escándalo de los sobornos, seguiría vivo.

Yaeko rompió a llorar y necesitó unos momentos para sobreponerse, pero él se sentía aún más seguro de lo que había ido a decirle: que la muerte de Okajima había sido un accidente, no un suicidio. Quería asegurarse de que aquello quedara grabado a fuego en el corazón de Yaeko.

El día anterior había vuelto a la comisaría y había estado hablando durante media hora con el inspector. La policía había revisado el desagüe, pero no habían encontrado ninguna colilla. Incluso, le había dicho en un tono condescendiente, había mandado a los forenses a analizar el alféizar de la ventana sin que encontraran huellas de las suelas de las zapatillas, pero que eso no implicaba que no se hubiera suicidado. «Las zapatillas no suelen tener suciedad en las suelas, como los zapatos de calle», había repetido, «así que pudo arrojarse sin dejar huellas». Entonces él había formulado una nueva pregunta: «¿Quién se suicidaría con las zapatillas puestas?», a lo que el inspector había respondido vagamente que cosas más raras se habían visto. Él sabía, había dicho, que los suicidas suelen quitarse los zapatos, pero enseguida había asegurado que esa regla no tenía por qué cumplirse con las zapatillas. «¿Y por qué no dejó una nota?», había preguntado él, a lo que el inspector había contestado que los suicidas impulsivos no dejan nota de suicidio ni piensan en el calzado.

El inspector tenía razón en que, a fin de cuentas, es imposible conocer del todo a los demás. Nadie podía descartar que Okajima se hubiera suicidado dejándose llevar por un arrebato: él mismo había

advertido que estaba emocionalmente desequilibrado, y no conseguía sacarse de la cabeza la cara y la voz con que su jefe le había suplicado que se quedara cuando se había levantado para irse. A ratos pensaba que, al mismo tiempo que anhelaba vivir por Issō, se desesperaba al pensar que su hijo lo consideraría culpable de un escándalo de corrupción, así que no sería tan descabellado que se hubiera suicidado. Pero nada era seguro: no se podía descartar la teoría del accidente. Sin huellas en el alféizar y sin nota de suicidio, el asunto era cuando menos sospechoso. Él había visto con sus propios ojos a Okajima balancearse en precario equilibrio cada vez que volvía la cabeza hacia el exterior para exhalar el humo del cigarrillo.

Cuando terminó de secarse las lágrimas, Yaeko apoyó las manos sobre el tatami para levantarse.

—Lo siento, ni siquiera te he ofrecido un té.

—No hace falta, no te molestes.

Ella volvió a sentarse. Su expresión se había suavizado un poco: las lágrimas tienen el poder de arrastrar hacia fuera toda clase de emociones.

Él se enderezó en el asiento.

—Te entiendo perfectamente. No te preocupes: te guardaré el secreto y me ocuparé de que nadie se vaya de la lengua.

—Gracias.

—Pero hay algo que quiero decirte pensando en Issō: Okajima no se suicidó, tuvo un accidente.

—Ya hemos hablado de...

—Escúchame, por favor; es importante. Issō se acabará enterando. Al principio sólo hablarán a sus espaldas, pero tarde o temprano alguien le dirá que su padre hizo algo malo en el trabajo y que eso lo llevó al suicidio, y él se preguntará si eso es cierto. Podría ser hoy mismo, o mañana...

Yaeko se tapó la boca con la mano.

Él se metió la mano en el bolsillo, sacó una hoja de papel doblada en cuatro y la puso sobre la mesa: era un artículo de periódico.

—Cuando llegue el momento, enséñale esto: «La policía baraja ambas

hipótesis, tanto el suicidio como el accidente.» Es el único artículo que contiene la palabra «accidente», todos los demás creen que fue un suicidio, pero enséñaselo a tu hijo y dile que la policía siguió investigando y descubrió que fue un accidente.

—Pero eso sería...

—No se trata de un engaño. Yo estoy seguro de que fue un accidente y tú también debes creerlo; de otro modo, no tiene sentido decírselo a Issō: no te creerá.

Yaeko parecía muy angustiada.

—Aquella noche Okajima aún respiraba cuando lo encontraste, pero no dijo nada, no pronunció ningún nombre, ¿verdad?

—No.

—Porque intentaba sobrevivir.

—¿Cómo?

—No se lanzó al vacío, no creyó que fuera a morir: pensaba que iba a vivir, por eso no se le ocurrió nada que decir: no podía usar las últimas fuerzas que le quedaban para hablar porque lo único que podía pensar era: «No puede ser, tengo que vivir, tengo que vivir...»

Yaeko agachó la cabeza y dos lagrimones cayeron sobre el recorte de periódico.

—No llores más, por favor: no murió por tu culpa, no fue culpa de nadie, fue un accidente.

Ella asintió levemente y resiguió con las yemas de los dedos las lágrimas que habían emborronado el artículo, como si quisiera secarlas.

—Y ahora quisiera pedirte que me dejaras hacerme cargo de la agencia de diseño —añadió él con determinación—: llevaré las riendas hasta que Issō sea mayor de edad, la convertiré en una empresa fuerte y solvente, y se la entregaré. Eso era lo que Okajima quería, y también es lo que quiero yo.

Yaeko permaneció inmóvil mirándolo fijamente a los ojos. Entonces, de repente, se levantó.

—Espera un segundo.

Desapareció en el pasillo y pronto regresó con un cuaderno de dibujo B4 en la mano.

Él lo cogió con ambas manos. Era un cuaderno muy fino: aparte de la portada y la contraportada, parecía que sólo le quedaban unas diez páginas. Pequeños fragmentos de hojas arrancadas se habían quedado enganchados en la espiral de alambre.

Lo abrió. En la primera página aparecía el boceto de un edificio visto de lejos. El tejado era ligeramente arqueado, con forma de montículo. En la parte superior sobresalía algo redondo, aunque no estaba claro de qué se trataba. El diseño tenía una sencillez intencionada. Su ojo de arquitecto le reveló que no se trataba de una copia o reproducción, sino de un original. Era un borrador del museo memorial de Haruko Fujimiya. Al darse cuenta, se le encogió el corazón, aunque en cierto modo ya lo había adivinado antes de abrir aquel cuaderno.

—Lo dibujó en el hospital.

Él levantó la vista al oír la voz de Yaeko.

—¿De veras?

—Sí. Lo encontró una enfermera, escondido entre la mesa auxiliar y la pared... Hoy ha venido un agente de policía a devolvérmelo.

La policía lo habría confiscado dando por hecho que contendría una nota de suicidio. Con aquella idea en mente, miró de nuevo el esbozo y se dio cuenta de que había un tosco círculo negro garabateado en una pared lateral del edificio. Pasó página y se encontró con un nuevo dibujo del edificio visto un poco más de cerca. El círculo negro se había alargado verticalmente para formar un óvalo. En la tercera página el edificio aparecía aún más ampliado y el óvalo se había convertido en un rectángulo; entonces supo lo que era.

Se trataba de la ventana del piso de Haruko Fujimiya: era exactamente igual a la que aparecía en aquella fotografía tomada desde la calle. Las líneas eran toscas, pero Okajima también había incluido los ladrillos y el mortero desconchado que rodeaban la ventana. Él captó el concepto inmediatamente: el museo era un gran edificio blanco y hermoso, con un tejado curvilíneo y, en la mitad inferior, había una pequeña ventana, del mismo tamaño que la original.

Maravillado, hojeó el resto del cuaderno y luego retrocedió hasta el principio. Comprendió que contaba una historia: Okajima había

dibujado un camino que se dirigía en línea recta hacia la pequeña ventana. El visitante recorrería ese camino hacia el edificio preguntándose qué era aquella mancha negra que emborronaba las paredes blancas como la tiza. De lejos le sería imposible distinguir qué era, y estaría impaciente por descubrirlo. Al cabo de un rato se daría cuenta: era una ventana rodeada de ladrillos, y al acercarse se hallaría frente a la cara oculta de París, vieja, pobre y triste. Entonces comprendería que aquella ventana negra era el lugar donde residía el alma salvaje de una pintora solitaria. Se moriría de ganas de asomarse para ver qué había al otro lado, pero el camino giraría a la izquierda y descendería por una suave pendiente y, a medida que avanzara, la ventana y los ladrillos desaparecerían de su vista. El camino que bordearía el edificio sería semisubterráneo, con muros que se elevarían a ambos lados, pero no unos muros cualesquiera, sino revestidos de azulejos de arriba abajo y pintados con calles, personas, letreros, canciones, bebidas, bailes; todo ello representado al estilo de un pergamino ilustrado que llevaría al visitante de viaje por el pasado y el presente del distrito XVIII de París, el mundo en el que vivió la pintora, la época en la que vivió. «¡Vaya!», pensaría el visitante. La hermosa curvatura del tejado representaba la colina de Montmartre, y el saliente redondo de la parte superior era la cúpula del Sagrado Corazón, que se alza en la cima de la colina. Asintiendo con la cabeza, el visitante subiría lentamente la rampa hasta el nivel del suelo, donde lo esperaría la sencilla y solemne entrada al museo memorial de Haruko Fujimiya.

Lanzó un suspiro de admiración.

Era un proyecto brillante que además narraba una historia. Okajima no sólo se había propuesto diseñar un edificio para albergar las obras de Haruko Fujimiya: pretendía mostrar toda su vida.

¿Y el interior?

Sólo había dos páginas más de esbozos, el resto del cuaderno estaba en blanco. Ladeó la cabeza al ver el primer borrador: contenía cinco líneas rectas horizontales trazadas a intervalos regulares. ¡Ya lo tenía! Entre las líneas había unas manchas que parecían dibujadas con la punta de un lápiz sostenido horizontalmente... Parecían nubes... ¿Eran

nubes de verdad? En ese caso, podría ser el techo visto desde el suelo. Se esforzó por generar una imagen en tres dimensiones y la respuesta le llegó enseguida: era un tejado en diente de sierra, utilizado en las fábricas durante muchos años para proteger a los trabajadores de la luz directa del sol y conseguir una iluminación natural uniforme en la zona de trabajo, dando preferencia a la luz del norte.

Mudo de asombro, pasó a la siguiente página, que estaba cubierta de pequeños bocetos dibujados en perspectiva. Había muchos tachones y garabatos que reflejaban el proceso mental de prueba y error que había seguido Okajima. Parecía haber estado buscando la forma de exponer los cuadros. Entre las distintas opciones que había barajado había una bastante insólita: los cuadros estaban directamente en el suelo, protegidos por unos paneles de cristal transparente o de acrílico. Una figura encorvada admiraba un cuadro expuesto a sus pies; una figura más pequeña, tal vez un niño, se había tumbado en el suelo y extendía la mano hacia la pintura. La luz del norte iluminaba ambas figuras desde una ventana del tejado en diente de sierra.

Quizá primero hubiera tenido la idea de colocar los cuadros en el suelo y después se le hubiera ocurrido que la luz del norte sería un buen medio para minimizar los reflejos sobre los paneles de cristal. Eso era lo que le dictaba la lógica, pero en el fondo sabía que Okajima había decidido incorporar en su proyecto un guiño para él: una referencia a su ideal de belleza. Estaba tratando de despojarse de su caparazón narcisista y actuar como jefe de la Agencia de Diseño Okajima.

—Aose —lo llamó Yaeko, y él se dio cuenta de que llevaba mucho rato mirándolo sin atreverse a interrumpirlo.

—¿Qué ocurre?

—Necesito saber la verdad. Entre arquitectos seguro que os entendéis. ¿Es una nota de suicidio? —le preguntó con los hombros tensos, suplicándole con la mirada que le respondiera que no.

—No —dijo él suavemente, pero su respuesta no la convenció. Necesitaba saber más.

—Se había quedado fuera del concurso y, aun así, seguía dibujando

cosas que nunca podría construir. ¿Estás seguro de que no se quitó la vida?

—Más que nunca. Fíjate en esto. ¿Ves lo fino que es este cuaderno de dibujo? Creo que arrancó todos los bocetos que había hecho durante la visita de inspección y reformuló el proyecto desde cero mientras estaba en el hospital. Debía de estar exultante por haber conseguido idear un edificio que dejaría a la gente boquiabierta, y se sentiría muy frustrado cuando se quedó atascado en el diseño del espacio interior. Lo tengo clarísimo. Como arquitecto, puedo entenderlo mejor que nadie: Okajima no tenía intención de morir en ese hospital.

De repente Yaeko relajó los hombros y las arrugas de su frente desaparecieron. Lanzó un suspiro que sonó como un punto de inflexión.

—¿Crees que Issō llegará a ser arquitecto?

Él asintió con una sonrisa.

—Cuando estaba en primaria, yo también escribí una redacción que decía: «Quiero ser arquitecto, y al final lo conseguiré.»

52

Aose regresó directo a la oficina.

Cuando abrió la puerta, tres rostros se volvieron hacia él. En el interior reinaba una atmósfera lúgubre. Como habían decidido cerrar, no podían aceptar nuevos proyectos y, además, apenas recibían ofertas. El equipo estaba desmotivado y sin ganas de hablar. Ishimaki llevaba varios días atento a cualquier movimiento de la policía: le preocupaba que decidieran abrir una investigación a pesar de que Okajima había muerto, o quizá precisamente porque había muerto. Cada vez que la puerta del despacho se abría, se ponía tenso y se imaginaba una escena como las que suelen aparecer en las noticias, en las que varios investigadores con cajas de cartón irrumpen en la sede de una empresa para hacer un registro.

Probablemente sus temores fueran infundados, pues se rumoreaba que la comisión de investigación de la ciudad de S se encontraba en un callejón sin salida. La facción contraria al alcalde lo había tenido todo a favor hasta que Okajima ingresó en el hospital. Habían estado presionando al alcalde y a sus partidarios como perros rabiosos, insistiendo en que las acusaciones eran lo bastante graves como para forzar una dimisión del gobierno en bloque, pero la muerte de Okajima les había hecho perder protagonismo en el circo político. Además, aparte de aquel recibo de la compañía de taxis, no había salido a la luz ninguna prueba sólida de las presuntas irregularidades. Se decía que los concejales conservadores de la oposición habían perdido completamente el interés en el asunto, que estaba empezando a diluirse. Los únicos que aún se molestaban en alzar la voz eran unos pocos concejales progresistas.

Él se puso a observar los carteles pegados a la pared. «Haruko Fujimiya»: ese nombre había sido el comienzo de todo. Entonces se fijó en la mesa reservada para el concurso. Nadie la había tocado, les

resultaba demasiado doloroso. El calendario con la cuenta atrás estaba en el suelo y, aunque seguía mostrando el número setenta y cinco en rojo, ahora miraba al techo como un luchador de papel derrotado en un combate de sumo.

—¿Quieres un café? —le ofreció Mayumi.

—Sí, gracias.

—Por cierto, había olvidado decirte que tu mujer es muy guapa.

—Ex mujer.

—Qué lástima.

Quién sabe lo que haría cuando estaba a solas, pero al menos ya no lloraba delante de los demás. Si embargo, su creciente serenidad contrastaba con la evidente inestabilidad de Takeuchi, que rompía a llorar de repente mientras hablaba por teléfono con un proveedor, olvidaba sus citas con los clientes o directamente les daba plantón y no respondía cuando lo llamaban porque se quedaba embobado mirando por la ventana. Tal vez fuera la incertidumbre ante el futuro o la tristeza por tener que separarse de Mayumi, pero él estaba convencido de que la muerte de Okajima y la sensación de pérdida le pesaban demasiado. Quizá, debido a la diferencia de edad que lo separaba del jefe, se sentía como si hubiera perdido a un padre. Incluso era posible que sintiera algún tipo de culpa por la muerte de Okajima porque seguía creyendo que había sido un suicidio, al igual que Ishimaki y Mayumi.

«La oficina seguirá abierta.»

Aquellas palabras cambiarían el ambiente de forma radical: Mayumi se mostraría profundamente emocionada, Ishimaki recobraría el ánimo, Takeuchi recuperaría la ilusión y la oficina retomaría la rutina diaria en la que había estado sumida hasta entonces.

Pero hacía falta algo más para que la Agencia de Diseño Okajima continuara existiendo y él pudiera cumplir la promesa que le había hecho a Yaeko. Una llama había prendido en su pecho en casa de Okajima, y tenía la firme intención de mantenerla encendida.

Cogió el calendario tumbado y empezó a arrancar hojas restando mentalmente hasta que llegó al número cincuenta y tres; entonces lo

colocó en el centro de la mesa del concurso.

—¿Qué haces? —preguntó Mayumi acercándose rápidamente.

—Seguiremos adelante.

—¿Te refieres al concurso?

Su voz chillona llamó la atención de Ishimaki y Takeuchi, que se volvieron al mismo tiempo.

—Acercaos, por favor —les pidió él. A continuación sacó una bolsa de papel de la bandolera y vació el contenido sobre la mesa: eran el cuaderno de dibujo de Okajima y las fotografías del piso de Haruko Fujimiya, mezcladas con otros materiales que Kōji Yanagiya, el sobrino de la artista, le había confiado al jefe.

Los dos hombres se inclinaron sobre la mesa con expresión interrogativa.

Él miró primero a uno y luego al otro, y después dijo:

—Seguiremos compitiendo: tenemos un proyecto que acabar.

—Pero... —balbuceó Takeuchi—. ¿No íbamos a...?

—¿A qué viene esto ahora? —intervino Ishimaki en un tono lastimero—. No sigas, por favor: sólo consigues ponerlo más difícil.

—Antes de decir nada, quiero que veáis esto. —Abrió el cuaderno—. Takeuchi, acércate. ¡Mira! Es un edificio inspirado en la colina de Montmartre. En la cima se intuye la cúpula del Sagrado Corazón. ¿Veis la ventana? Fijaos en esta fotografía: la fachada y la ventana del piso de París donde Haruko Fujimiya pintó durante cuarenta años estarán representadas en una de las paredes de este museo conmemorativo, al pie de la colina. Y fijaos en este boceto: los azulejos pintados que decoran la galería semienterrada plasman maravillosamente la ciudad y la época en la que vivió la artista. Esto es un museo memorial, éstos son los recuerdos que deben conservarse, la memoria que tiene que transmitirse.

Mayumi se lo quedó mirando.

—¿Esto... es de...?

—De Okajima: lo dibujó en el hospital.

Ishimaki y Takeuchi también lo miraron, sin dar crédito, pero a continuación volvieron a centrarse en el cuaderno. Ishimaki pasó

página y Takeuchi resiguió las líneas del edificio con los dedos.

Estaba muy serio. No hacían falta más explicaciones: no se trataba de una nota de suicidio ni de una obra póstuma, sino de un borrador dibujado por un arquitecto cuyo cerebro funcionaba a pleno rendimiento.

Finalmente Ishimaki dejó escapar un gemido, Takeuchi gruñó, Mayumi se presionó las comisuras de los ojos para tratar de reprimir las lágrimas.

—Ishimaki.

—Dime.

—Dibuja los planos.

—¿Cómo?

—Vamos a participar con el proyecto de Okajima.

—¿Participar...? Entiendo cómo te sientes, Aose. A mí también me encantaría diseñar este edificio, pero tuvimos que retirarnos del concurso, por si no lo recuerdas.

—Ponte a dibujar cuanto antes y no olvides que detrás de la colina de Montmartre tiene que haber un tejado en diente de sierra.

—¡Venga ya! Es imposible. Este bosquejo no es suficiente.

—Sé que puedes: usa todos tus conocimientos y tu imaginación para rellenar los espacios en blanco. ¿Sabes qué? Eres mejor arquitecto que Okajima y que yo. —Lo sujetó por los hombros—. Olvida lo que ocurrió durante la crisis: la derrota no es un crimen ni una vergüenza. Cree en tus propias capacidades y dibuja esos planos.

—Pero, Aose...

—Yo diseñaré la sala de exposiciones. En cuanto a los pilares y las escaleras, lo dejo a vuestra elección: me adaptaré a lo que decidáis entre todos. Si se me ocurre algo a mí primero, os lo consultaré. Mientras tanto, Takeuchi...

—D-dime.

—Tú te ocuparás de seleccionar cuidadosamente los materiales manteniendo el precio por metro cuadrado por debajo del medio millón.

—¡¿Cómo?!

—No pierdas el tiempo escandalizándote: necesito toda tu experiencia en viviendas de bajo coste.

—¡Pero si teníamos un presupuesto estimado de más de seiscientos mil yenes por metro cuadrado!

—Si nos pasamos, no le ganaremos.

—¿Ganarle? ¿A quién?

—A Hatoyama, de Arquitectos Nose.

La reacción de Ishimaki fue aún más exagerada que la de Takeuchi.

—¡¿De qué va todo esto?!

—Llevaremos nuestro proyecto a la oficina de Nose y lo someteremos a una confrontación previa con la propuesta de Hatoyama.

—¿Una confrontación previa? ¿Y crees que vamos a ganar?

—Estoy convencido: el proyecto de Okajima superará al de Hatoyama tanto en concepto como en coste. Su jefe tendrá que posicionarse.

—¡Vaya!

—Por eso no hay tiempo que perder: si les presentamos nuestra propuesta en el último momento, nos mandarán a paseo.

Volvió a coger el calendario y arrancó más números hasta llegar al veintiuno.

—Dentro de tres semanas hay que tener el proyecto acabado y listo para presentárselo a Nose.

No hubo más protestas. Ishimaki chasqueó los dedos, a Takeuchi le brillaban los ojos...

—¡La venganza se sirve fría!

—No es una venganza, pero es cierto que Okajima se llevaría un buen disgusto si perdiéramos contra Hatoyama, el hombre que le faltó al respeto. —Apretó los puños con rabia—. Construiremos la obra de Okajima en la ciudad de S y seguirá allí mucho después de que el alcalde, el director de Urbanismo y toda esa panda de buitres hayan muerto.

Tras un momento de silencio, sonaron varios gritos de guerra:

—¡Sí!

—¡Lo conseguiremos!

—¡Así se habla!

Mayumi lloraba, pero sus lágrimas eran de alegría.

—No es momento de llorar. Tú volarás a París, Mayumi.

—¿Quién? ¿Yo?

—Tienes tu pasaporte, ¿verdad? Te acompañará Nishikawa, el especialista en renders. Haz lo que sea para embarcar en el primer avión que salga. Si es necesario, preséntate en el aeropuerto y espera a que haya una cancelación.

—Pero es que...

—Pídele a tu madre que cuide de Yūma. No te preocupes: yo también hablaré con ella y le explicaré la situación.

—Pero... ¿por qué yo?

—Porque hay cosas que no se aprecian en las fotografías: quiero que veas en directo el piso de Haruko Fujimiya y el barrio donde vivía. La galería de azulejos es una de las principales características de este proyecto, quiero que los planos sean fieles a la realidad.

—Pero seguro que Nishikawa podría...

Él hizo una mueca de disgusto.

—Creo que a Okajima le habría gustado verlo en persona, tú irás en su lugar. Quiero que lo veas, que lo sientas, que expreses con palabras lo que has percibido y llenes de vida los renders que dibujará Nishikawa.

Mayumi se dio la vuelta, echó a andar despacio y desapareció tras la mampara divisoria, pero pronto regresó a paso ligero y dijo:

—No te importa que reservemos dos habitaciones individuales, ¿no?

Él soltó una carcajada.

—Ándate con ojo: a Nisikawa lo llamaban «la Bestia de Akasaka».

—¡¿Qué?! —exclamó Takeuchi alarmado, y le lanzó con disimulo una mirada angustiada a Mayumi, que se reía de la broma.

Ishimaki alzó la vista del cuaderno de Okajima y empezó a dibujar líneas en el aire con los dedos, pero cuando Aose preguntó quién quería comida para llevar, levantó la mano en el acto.

—Por cierto, hay otra cosa... —dijo él; por poco se había olvidado de aclararlo—: La Agencia de Diseño Okajima no va a cerrar. Cuando

termine el concurso volveremos a aceptar nuevos proyectos.

Se desató la euforia.

Él se sentó en su silla, de espaldas a los demás, cerró los ojos e, ignorando el ruido, dejó que se abrieran las puertas de la inspiración.

53

Las luces de la Agencia de Diseño Okajima estuvieron encendidas los tres días y las tres noches siguientes. Ishimaki deambulaba como un oso enjaulado dentro del triángulo formado por la mesa con los bocetos del concurso y la documentación, el escritorio del ordenador con el CAD abierto y la mesa de dibujo. En el centro del triángulo había una mesa con una pila de cuencos vacíos de *ramen* y fideos *soba*. Takeuchi había estado llamando a todos los fabricantes de azulejos, explicándoles que comprarían las piezas en varias remesas y pidiendo con insistencia un descuento en cada uno de los pedidos. Mayumi y Nishikawa habían despegado de Narita la noche anterior, por lo que probablemente ya estuvieran en París.

Aose se devanaba los sesos con la sala principal de exposiciones. Se le habían ocurrido tres posibles propuestas, de las que acababa de seleccionar una. Para elegir, había colocado los tres bocetos sobre la mesa y había cerrado los ojos para saber cuál de las imágenes permanecía fresca y viva tras los párpados.

Era un método objetivo de afirmar su opinión subjetiva, un primer paso hacia la universalidad.

¡Lo sabía! La propuesta que continuó viendo al cerrar los ojos era la que estaba inspirada en el nivel superior del salón occidental de la Villa Hyūga: hileras y más hileras de caballetes llenos de cuadros, alineados a lo largo de los peldaños de una amplia escalera. Había una tercera fila, una cuarta, una quinta; y la última se convertía en un enorme cuadro: el espectador se encontraba cara a cara con Haruko Fujimiya, la artista.

Pero apenas acababa de empezar y, por el momento, seguía sentado a hombros de un gigante llamado Bruno Taut. Era hora de despegar, expandir el mundo de las imágenes sin límites y volar hacia él. Tras sus párpados cerrados se proyectó una glamurosa escena en la que una

artista de la prestigiosa compañía Takarazuka Revue descendía por una gran escalinata que ocupaba todo el ancho del escenario. Entonces la cámara se acercaba a las filas del ejército chino de terracota y cada rostro severo asomaba por detrás del anterior. Esa escena iba seguida de una vista aérea del desierto y los patrones cambiantes trazados por el viento en la arena. Luego la cámara bajaba hacia el centro del Coliseo, donde el público sediento de sangre pataleaba en el suelo y sacudía los puños: era el punto de vista de un gladiador que, con su sólida armadura, contemplaba la gradería escalonada que se expandía en todas direcciones y...

Cogió papel y lápiz para esbozar rápidamente la imagen que tenía en la cabeza y dibujó la escalera del nivel superior con forma curvada, casi circular, como el Coliseo. Trazó cuatro aberturas a intervalos regulares que darían acceso a cuatro galerías y amplió el espacio central. Ahora las hileras de pinturas formaban una pirámide. Interesante. Además, los pasillos garantizarían un tráfico fluido incluso cuando el museo estuviera abarrotado.

—¡Vaya, Aose! ¿El vestíbulo principal es circular?

«Me lo estoy planteando.»

—Eso dificultará la incorporación de un tejado en diente de sierra —advirtió Ishimaki.

«No, no lo hará.»

—Con un tejado de tres dientes, la luz no iluminará todo el recinto.

«Pero con cinco o seis dientes sí.»

—Ishimaki, ¿podrías calcular rápidamente la longitud de la galería de azulejos? —intervino Takeuchi.

—Espera un momento, que estoy con otra cosa.

—No puedo negociar precios porque aún no hemos decidido cuántas piezas necesitaremos.

—No podemos decidirlo todavía sin saber qué forma tendrá el edificio. Mira, Aose, con un tejado de cinco dientes, la estructura será más complicada y tendremos que invertir mucho dinero y tiempo reforzándola y protegiéndola contra la humedad.

—¡¿Qué?! ¡No podéis hacerme esto!

«Tranquilos: el terreno no está en una zona de grandes nevadas.»

—No, lo que quiero decir es que el tejado en diente de sierra es incompatible con un vestíbulo circular: la luz del día sólo entraría por el norte, así que no iluminaría toda la sala.

«Sólo hay que crear una gran estructura en forma de vela de barco y pintarla con pintura reflectante.»

—¡Sería un gasto innecesario! Mejor compensar la falta de luz natural con iluminación artificial —intervino Takeuchi.

—Una sala cuadrada nos ahorrará muchos problemas; al menos prométeme que lo pensarás —añadió Ishimaki.

«Será circular, y los caballetes estarán dispuestos radialmente por todo el vestíbulo. La vista desde arriba será espectacular.»

Dibujó un ascensor cilíndrico de cristal transparente en el centro de la sala.

«Sí, esto también es interesante...»

—¿Q-qué estás haciendo, Aose? ¡Estás ignorando por completo los cálculos estructurales!

—¡Madre mía! ¿Tienes idea de lo que cuesta un ascensor como ése?

—Con permiso, soy del Rairaiken: vengo a recoger los cuencos vacíos.

—Adelante, gracias. ¿Podemos hacerte otro pedido para cenar?

—Desde luego.

—Vale, pues yo quiero una ración extragrande de arroz frito *ankake.*

—Yo también, pero la ración normal. ¿Y tú, Aose?

—El arroz con tortilla de cangrejo.

—Ah, espera. Yo también quiero ése.

—Entonces, ¿cambiamos el *ankake* por un *tenshinhan*?

—¡Yo también! Otro *tenshinhan,* por favor. Extragrande.

«Es verdad, no tiene sentido: ganar altura con un ascensor no ayuda a apreciar el arte.»

Al mover bruscamente la goma de borrar, el papel de calco que estaba en el borde del escritorio cayó revoloteando al suelo. El patrón del mármol de la baldosa se intuía a través del papel translúcido, eso lo hizo recordar la extravagante idea de Okajima, que quería colocar los

cuadros directamente en el suelo.

¿Cómo se le habría ocurrido? Muchos de los cuadros de Haruko Fujimiya eran retratos de personas sentadas, y su intención había sido siempre que el espectador experimentara el punto de vista de la artista, su propia perspectiva... No, no era eso. Tal vez en parte, pero no creía que ése fuera el verdadero objetivo de Okajima.

—¿Cuál era? —dijo en voz alta.

—¿Perdón?

Él no respondió.

—Eh, ¡has borrado el ascensor! Mira, Ishimaki.

—¡Menos mal! Empezaba a asustarme.

—Mmm... Quizá... —murmuró él.

—¿Qué ocurre?

—Aose vuelve a ser Golgo 13. Últimamente estaba muy parlanchín, pero se acabó.

—Golgo hablaba bastante al principio.

—¿Ah sí?

—¿Quieres que te preste la serie? La tengo entera en casa.

«¡Claro! Ahora lo entiendo, Okajima: la idea no era "en el suelo", sino "hasta el suelo". Querías utilizar el suelo para aumentar el número de obras expuestas, ¿verdad? Las obras de Haruko Fujimiya llevaban décadas escondidas, sin que nadie las viera, y una vez construido el museo memorial, la mayor parte de sus ochocientos cuadros seguirían durmiendo en los almacenes. Querías intentar reducir ese número. He acertado, ¿no? Por eso estuviste buscando formas de aumentar el número de obras que formarían parte de la exposición permanente. Está bien, lo dejaré así. ¿Y si añadimos una ligera elevación? Esto hará que los cuadros sean más fáciles de ver. No, no es buena idea: los visitantes podrían tropezar con los escalones. ¿Y con una rampa? ¡Mejor! Podríamos construir una rampa que serpenteara desde el exterior del vestíbulo hasta el primer piso, con barandillas a ambos lados y los cuadros situados en el centro, justo por debajo del nivel del suelo, cubiertos con láminas acrílicas transparentes. ¿Qué tal? Esto permitiría ver todas las obras desde un ángulo ligeramente elevado, y

podríamos colocar más en la rampa de entrada: sería la forma de exhibir un mayor número de cuadros en la exposición permanente. Además...»

—Reduciremos el espacio de almacenamiento.

—¿Has dicho algo?

Él no respondió.

—Aose.

—Hay que reducir el almacén: basta con que se puedan guardar unos cien cuadros.

—Ah, sí... ¿Lo has oído, Ishimaki?

—Lo he oído, pero eso contraviene las normas del concurso, y si cambiamos las especificaciones sin permiso van a descalificarnos.

—Ah, claro. Pero...

—¿Qué?

—Lo utilizaremos en nuestro beneficio.

—¿Utilizarlo? ¿A qué te refieres?

—Construiremos un almacén con estándares elevados que tenga capacidad para cien cuadros, pero el espacio para los cien restantes será de un nivel inferior para que se pueda utilizar como una especie de cuarto de servicio.

—¿Es una estrategia para reducir costes?

—Tú lo has dicho.

—¡Qué tacaño eres!

—¿Tacaño? Dime si se te ocurre otra forma de mantenernos por debajo del medio millón por metro cuadrado.

—Vale, ha quedado claro. No te enfades: tienes razón.

«¡Se me olvidaba! ¿Qué hacemos dentro de la ventana? Sí, dentro. ¿Será de cartón piedra? Eso no es muy elegante. Tú querías que hubiera algo en el interior, ¿verdad? Sí, está claro que necesitamos un interior. Hay que construir algo dentro del edificio, al otro lado de la ventana. Podríamos recrear la vivienda. Mejor aún, que sea una sala de exposiciones secundaria con los cuadros protegidos por paneles acrílicos transparentes. Los que están debajo de la pila pueden ser réplicas, pero el de arriba tiene que ser original para que los visitantes

puedan admirarlo. Y si dispusiéramos de suficiente espacio podríamos recrear el resto del piso, además de la habitación que sale en la foto. No te preocupes, a Mayumi no se le escapará ni un detalle. Puedo dibujar un boceto para los planos preliminares y luego perfeccionar el diseño con sus indicaciones. ¿Qué opinas?»

—Takeuchi, ¿podemos hablar un segundo?

—¿Qué es esto? Ah, el alzado de la pared sur, ¿no?

—En realidad será la pared principal.

—Entiendo. Y es allí donde nos jugamos el todo por el todo.

—¿Qué te parece?

—¿No es un poco más estrecha que en el boceto de Okajima?

—Una vez construida, si es demasiado ancha perdería elegancia.

—Yo creo que seguiría siendo elegante, y permitiría apreciar mejor la forma de la colina de Montmartre. ¿No te convence?

—Me preocupa que el edificio entero parezca una reproducción del Sagrado Corazón, como si la basílica con su cúpula hiciera invisible la colina entera.

—Ahora que lo dices... no te falta razón. Y el problema es esa cúpula, que se te queda grabada a fuego cuando la ves, aunque sea en una foto.

—Exacto. Y mi diseño sólo empeora las cosas porque, en vez de suavizar esa forma de cúpula, la resalta, más aún ahora que lo he estrechado todo.

«Habrá muchos, muchísimos lienzos que no estarán enmarcados.»

—¿Cómo?

—No le hagas caso —intervino Ishimaki—, no estaba hablando contigo. Veamos... Así que la cúpula es demasiado grande, ¿no? ¿Qué tal si la hacemos de este tamaño?

—Mmm... Ahora es como si no estuviera.

—Tienes razón.

«No, eso no se puede: me pondré en contra al conservador del museo.»

—¿Por qué no intentas desplazarla un poco de la línea central? A la derecha, por ejemplo.

—Buena idea. Aquí, por ejemplo. Quedaría más o menos así.

—¡Vaya!

—¡Toma ya!

—¡Es fantástico! Así la colina y la cúpula quedan separadas, y la sensación de perspectiva es perfecta.

—Sí, funciona. ¡Gracias, Takeuchi!

El quinto día Aose por fin comenzó con los planos. Empezó dibujando las líneas radiales y se dio cuenta de que eran tan bellas como un caleidoscopio. Era una gozada trabajar así, convencido de que todo funcionaría. A partir del sexto día Ishimaki entró al quite con el CAD, lo que permitió terminar en muy poco tiempo la parte crucial: el alzado. La pared este, donde se encontraría la entrada, dio muchos más problemas. Ishimaki pasó de frotarse la barba a mesársela directamente.

Takeuchi seguía haciendo llamadas y, en cuanto colgaba el teléfono, aporreaba la calculadora como si fuera su peor enemiga: los números eran cada día más complejos.

Diez jornadas después ya no distinguían el día de la noche: era como haber regresado al apogeo de la burbuja económica, cuando las luces de los despachos de arquitectura siempre estaban encendidas. Dormían en el sofá o en el suelo. Aose volvió a su casa dos veces; Ishimaki y Takeuchi, sólo una, pero ninguno de los tres se quedó a pasar la noche: se dieron una ducha, metieron varias mudas de ropa en una maleta y regresaron a la oficina sin perder ni un segundo. El plano de detalle les llevó mucho tiempo: una y otra vez surgían discrepancias entre los planos de Ishimaki y los de Aose, por lo que tuvieron que descartarlos y rehacerlos varias veces. Aose tumbó una silla de un puntapié, Ishimaki volcó un ordenador y Takeuchi rompió una calculadora entre aullidos de coyote.

Pero nadie deseaba que aquello terminara: Aose se sentía como dentro de un confortable capullo, embriagado por una sensación de euforia que no había sentido desde que había dibujado los planos de la Residencia Y. Okajima estaba a su lado: trabajaban juntos trazando

líneas y rompiendo en pedazos los borradores que no servían. Querían crear algo tan hermoso que hiciera tener ganas de llorar.

—*Bonjour!* —El decimotercer día Mayumi llamó desde París para decirles que habían terminado el render de la galería de azulejos pintados—. Al final nos habría bastado con una sola habitación: Nishikawa y yo hemos pasado casi todas las noches en vela.

—Envíanos el trabajo cuanto antes, y no vayas a decirle esto último a Takeuchi.

Aose esperó delante del ordenador n.º 1. Ishimaki, que empezaba a parecer un león, y Takeuchi, que sólo tenía un ojo abierto, también estaban inclinados sobre el escritorio.

El primer render que recibieron fue el de la ventana del piso de Haruko Fujimiya. Se quedaron boquiabiertos: en la esquina superior derecha estaba colgada una maceta semicircular colmada de margaritas. No podía ser una interpretación de Nishikawa. Quizá las flores habían quedado fuera del encuadre de la fotografía que los familiares de la artista le habían entregado a Okajima, o tal vez algún vecino había colgado esa maceta tras la muerte de la pintora. El caso era que la ventana oscura y desolada parecía haber cobrado vida de nuevo. A Aose se le ocurrió que los dioses finalmente habían bendecido a Haruko Fujimiya, después de haber dedicado toda su vida a pintar.

—Apuesto por ello —dijo Takeuchi admirando el dibujo con el único ojo que tenía abierto.

Ishimaki asintió enérgicamente.

Sin duda, Okajima habría aceptado encantado la idea de ofrecerle flores a Haruko Fujimiya.

Sólo por eso había merecido la pena enviar a Mayumi y a Nishikawa a París.

Mientras Aose se encontraba sumido en aquellas reflexiones, llegó un segundo render. El archivo llevaba el nombre de «Galería de azulejos pintados (lateral izquierdo)» y, en cuanto lo abrió y observó aquella representación tan vívida, supo que su pequeño equipo estaba en

condiciones de crear un proyecto realmente espectacular.

Había zapatos de cuero gigantes y tacones caminando por el pavimento. Al fondo, detrás de un bosque de piernas, un elegante y colorido paisaje urbano que recordaba a la película *Amélie*. Letreros deformados, semáforos y paredes salpicadas de grafitis. A medida que el visitante avanzaba, el sol se ponía y aparecían rótulos de neón con grupos de jóvenes charlando, una pareja de ancianos acurrucados en un banco, perros y gatos, todos flotando en el tiempo iluminados por las luces de un tiovivo. Más allá, un pintalabios rojo con patas se dirigía al molino de viento rojo del Moulin Rouge, que lo esperaba guiñándole un ojo.

Takeuchi ya había abierto los dos ojos.

—Este Nishikawa es una fiera —dijo Ishimaki admirado.

Aose había hecho un pequeño descubrimiento: en uno de los carruajes del tiovivo había una mujer con un pincel en la mano que debía de ser Haruko Fujimiya. Probablemente había sido idea de Mayumi.

Cuando más emocionados estaban, llegó otro render titulado «Galería de azulejos pintados (lateral derecho)», aún más sorprendente que el anterior.

Ese lateral ofrecía un marcado contraste con el otro porque apenas tenía color. En él aparecía un bloque de pisos viejo y destartalado, los adoquines y las lámparas de gas de una calle... Uno se sentía como si hubiera abandonado el glamour para adentrarse en un sórdido barrio. Pero aquel barrio no estaba desierto: había niños correteando, totalmente despreocupados, por las estrechas callejuelas, y otros, sonrientes, en fila, a punto de empezar algún juego o una carrera. Los adultos asomaban la cabeza por las ventanas de los pisos y las fábricas. Todos sonreían. Una señora con un cesto de ropa sucia parecía animar a alguien, un anciano con un cigarrillo entre los huecos de la dentadura aplaudía vigorosamente. El barrio parecía inmerso en alguna especie de evento deportivo. Entonces el sol se ponía, y a través de una ventana iluminada se veía una familia sentada en torno a la mesa. Un padre daba unas palmaditas en la cabeza a su hijo por un trabajo bien hecho,

otro niño se había quedado dormido en la mesa, quizá cansado de tanto correr.

Takeuchi estaba muy impresionado, Ishimaki estaba inmóvil y lucía la misma sonrisa que los niños de la imagen, Aose no podía dejar de observar los dibujos. Sólo había una ventana en la que no aparecía una familia, sino la silueta recortada de un joven solitario con la mano levantada. Sin necesidad de confrontar aquella imagen con las del lateral izquierdo, adivinó que enfrente de ese joven estaría Haruko Fujimiya montada en el tiovivo. Era una escena frecuente en los parques de atracciones: él la saludaba con la mano cuando ella pasaba por delante.

Claro: Mayumi también estaba en la oficina cuando el señor Yanagiya había ido para hablarles de su tía, Haruko Fujimiya. Un primo muerto en combate... un amor platónico... el enamorado muerto, todo eso debía de resultarle doloroso a Mayumi. Quizá Haruko Fujimiya le había infundido el valor para seguir mirando hacia el futuro; ¿se podía interpretar así su diseño?

Sonó el teléfono y él se adelantó a Takeuchi y descolgó.

—¡Aose, colega! ¿Qué te ha parecido? —preguntó Nishikawa expectante.

—No tengo palabras.

—¿No te ha gustado?

—Al contrario, es brillante: nos has dejado alucinando a los tres.

—¡Lo sabía! En realidad, creo que es mi obra maestra porque... —Nishikawa hablaba con voz entrecortada; él pensó que sería un problema de conexión, pero se equivocaba—. Lo siento, colega; siento mucho lo del funeral: después de todo lo que él había hecho por mí... quería ir, te juro que pensé en ir, pero...

—No te fustigues. Sé que estabas muy afectado y estoy seguro de que a Okajima le habría encantado lo que has hecho.

—Gracias por dejarme venir a París a pesar de lo ingrato que fui. Te lo agradezco de corazón. Mayumi ha sido muy amable conmigo y me ha ayudado mucho. Gracias, de veras.

—Ha sido un placer. ¿Me pones con Mayumi, por favor?

—No puedo, se ha quedado dormida.

—¿Cómo? Pero si hace un momento...

—En cuanto me ha pasado el teléfono, se ha tumbado y se ha dormido. Estaba agotada: lleva días paseándose por la ciudad, y me ha hecho compañía todas las noches mientras yo dibujaba. ¿Quieres que la despierte?

—No, tranquilo, déjala dormir.

—Está bien. La taparé con una manta para que no se resfríe.

—¡No te pases ni un pelo!

—¿Por quién me has tomado? Soy todo un *gentleman*.

—Ya que estás en Francia, deberías decir un *monsieur*. Pues nada, cuando Mayumi se despierte dile «*Good job!*» de mi parte.

—Oye, ¡no sabía que hablaras inglés!

—¡Ja, ja, ja! Descansa, Nishikawa, y gracias por tus magníficos renders. Intentaremos estar a la altura.

Colgó el teléfono y se volvió para mirar a Takeuchi. Tal como había imaginado, estaba de espaldas, aporreando una calculadora que había cogido prestada del escritorio de Mayumi.

Seis días después, a última hora de la tarde, terminó los planos de la sala de exposiciones principal y las dos auxiliares. Estaba satisfecho con el resultado, aunque también sentía tristeza: cuanto más cerca veía la meta, más despacio quería correr para no llegar nunca. Se acercaba el momento de decir adiós: tendría que despedirse de Okajima.

En todo caso, era demasiado pronto para cantar victoria: Ishimaki seguía ultimando detalles con el CAD, y lo mismo se podía decir de Takeuchi, quien, calculadora en mano, parecía enzarzado en una lucha libre con un grueso manojo de hojas de cálculo. Mayumi había aterrizado dos días antes, pero estaba en su casa con fiebre. Sobre la pila de documentos de la mesa del concurso, el calendario mostraba el número tres.

Observó los planos ya terminados, asintió una sola vez, arrancó la cinta que los mantenía sujetos a la mesa, los enrolló y los metió en un

estuche cilíndrico.

La llama que ardía en su pecho se había apagado por completo. Desposeído de aquella fuente de calor, se notaba el cuerpo aletargado. Cuando anunció que se iba a casa a dormir, Ishimaki y Takeuchi dejaron lo que tenían entre manos y se levantaron.

—Buen trabajo. Nosotros nos ocuparemos del resto —dijo Ishimaki, que cada vez se parecía más a Chewbacca de *La guerra de las galaxias*, pero se había vuelto más responsable. Pensó que sería la persona idónea para dirigir la agencia antes de que Issō pudiera hacerse cargo.

—Procura descansar, y muchísimas gracias por habernos metido en esta ronda preliminar —añadió Takeuchi. Aquella noche sólo tenía un ojo abierto. Mayumi se burlaría de lo mucho que habían engordado. A fin de cuentas, llevaban días alimentándose de comida rápida y precocinada.

—Confío en vosotros —dijo él con la voz quebrada. A continuación volvió la cabeza y salió de la oficina. Tenía las rodillas rígidas y le costaba bajar la escalera. No sabía si debía conducir hasta su casa, pero llevaba seis días sin ir. Encontró el buzón abarrotado; algunas cartas asomaban a través de la rendija. Metió la correspondencia en la bandolera, subió en el ascensor, entró en el piso y abrió una lata de cerveza. Sacó dos vasos con la intención de brindar con Okajima, pero se quedó dormido después de dar un par de sorbos.

Por eso tardó medio día más en leer la carta.

En el fondo de la bandolera, mezclado con la publicidad, había un sobre blanco cuyos remitentes eran Touta Yoshino y Karie Kitagawa.

54

El cielo estaba nublado.

Aose viajaba hacia el norte por la autopista de Kan-Etsu. En el cruce de Takasaki, se incorporó a la autopista Kita-Kanto, que recorrió entera. Salió en el intercambiador de Isezaki y puso rumbo a la ciudad de Kiryu.

A sugerencia suya, habían elegido la presa del río Kiryu como punto de encuentro: era el lugar donde su padre había muerto y donde Touta Yoshino había nacido y crecido.

> *Debió de parecerle muy sospechoso que abandonáramos la casa de Shinano-Oiwake que usted amablemente construyó para nosotros y desapareciéramos sin dejar rastro. Lamentamos haberle encargado el diseño de la casa con un falso pretexto.*

Era una carta muy larga. El día del funeral de Okajima, Yukari había dejado un mensaje en el contestador de Yoshino, y éste, al escucharlo, había decidido que no podía seguir ocultándole la verdad a Aose. Cogió papel y un bolígrafo y le escribió una confesión y una disculpa: ése era el tono de la carta.

Resultó que los Yoshino nunca habían sido marido y mujer: ambos eran hijos de Isaku Yoshino. Su parecido físico, que Aose había achacado a su condición de esposos, se debía en realidad a que eran hermanos. Los tres niños eran hijos de Karie, que estaba casada con un hombre llamado Kitagawa. Touta también estaba casado y tenía dos hijos, pero su esposa había regresado con los niños a casa de sus padres, en la ciudad de Nagano, y estaba en pleno proceso de divorcio cuando fueron a verlo a la oficina.

La carta hacía una revelación sorprendente tras otra.

Después de la muerte de su madre, Isaku Yoshino, que tenía dieciséis

años, había ido a Sendai en busca de su hermana mayor, que trabajaba en una fábrica textil de Kiryu. El dueño de la fábrica se había compadecido de él y le había permitido vivir con ella en una diminuta habitación de tres tatamis. Isaku había completado su formación de carpintero de forma autodidacta mientras trabajaba como recadero en la fábrica textil, y antes de los veinte años lo habían contratado en una fábrica de muebles. Se independizó cumplidos los treinta y se casó tarde, pasados los cuarenta. Abrió su propio taller en el distrito de Umeda, al norte de Kiryu, y tuvo un hijo y dos hijas. En aquella región montañosa se construiría más adelante la presa del río Kiryu.

Éramos pobres. Desde muy pequeños, mis hermanas y yo salíamos todos los días a recoger leña y a buscar agua. Nuestro padre era un auténtico artesano que trabajaba continuamente y dedicaba mucho tiempo y esfuerzo a cada pieza, pero como no era conocido, no conseguía vender a buen precio las mesas y sillas que fabricaba.

El Citroën cruzó un puente sobre el río Watarase. La ciudad de Kiryu se hallaba al otro lado.

Cuando nuestra madre murió de cáncer de páncreas, él se dio a la bebida. Creo que lamentaba no haberle podido pagar el tratamiento necesario. Por entonces me rebelé contra él porque había dado por sentado que yo también me dedicaría a fabricar muebles. Ya estaba en secundaria y quería ir al instituto porque tenía la intención (ahora me da vergüenza escribirlo) de convertirme en médico. Mi hermana pequeña era muy enfermiza y cogía una pulmonía cada vez que se resfriaba: me preocupaba que muriera de forma rápida e inesperada, como mi madre. Una noche ella yacía en el suelo con mucha fiebre, y mi padre, que había estado en el jardín, entró en casa con un pájaro negro. Era un miná, y hablaba con fluidez; era evidente que estaba domesticado. Mi hermana pequeña se sintió encantada y al día siguiente, milagrosamente, apenas tenía fiebre. Mi padre le prometió que fabricaría una jaula de madera para el pájaro y mi hermanita se

puso loca de alegría. La casa se llenó de risas por primera vez desde que habíamos perdido a nuestra madre. Sin embargo...

Tres noches después había aparecido el padre de Aose, buscando a *Kuro*. No dejaba de murmurar: «Minoru estará muy triste.»

Iba vestido con ropa de obrero. Vio al miná a través de la ventana y exclamó: «¡Ahí está! ¡Menos mal! ¡Por fin lo he encontrado!», y tocó a la puerta. Parecía francamente aliviado. Sacó un billete de cinco milyenes de su cartera, que estaba repleta de dinero, y se lo ofreció a mi padre dándole las gracias por haber encontrado el miná y pidiéndole que aceptara aquella pequeña muestra de gratitud. Para nosotros era una suma considerable, pero mi padre no quiso aceptarla. Se limitó a decir: «Da igual, lléveselo.» Si ya era taciturno, cuando bebía se volvía más aún. En cuanto aquel hombre con ropa de obrero salió de casa con el pájaro bajo el brazo, mi hermana pequeña rompió a llorar desconsoladamente. «¡Ku-chan! ¡Ku-chan!*», chillaba: ya le había puesto nombre. Incluso Karie se echó a llorar, y a mi padre se le rompió el corazón. Se puso en pie tambaleándose y le dijo a mi hermanita: «Anda, anda, no llores más.» No sabía cómo consolarla. Recuerdo que se me cayó el alma a los pies al verlo tan desconcertado e impotente y, para colmo, mi hermana no paraba de llorar. Tras echar un vistazo alrededor, mi padre lanzó un hondo suspiro, dijo que intentaría intercambiar el pájaro por una silla y salió de casa. Creo que la idea se le ocurrió porque el hombre vestido de obrero había expresado su admiración por la silla que teníamos en la entrada de la casa, sobre el suelo de tierra. Mi padre estaba muy orgulloso de ella: la había construido siguiendo unos planos que Bruno Taut le había dado cuando vivía en Sendai. Nunca había querido venderla, pero en aquel momento no teníamos nada más en casa que pudiera valer cinco milyenes.*

Arrancó cuando el semáforo se puso en verde. Ya estaba en el centro de Kiryu. Incluso allí la suave luz del norte iluminaba las manos de los

artesanos, que sostenían en silencio los delicados tejidos de Kiryu. Con el rabillo del ojo vio un edificio con el tejado en diente de sierra y se sobresaltó: le vino a la mente el boceto del tejado que había dejado Okajima y no pudo evitar sentir que todo estaba conectado misteriosamente.

Regresó una hora más tarde, jadeando, sin el pájaro. Nos dio la espalda y empezó a beber de nuevo en silencio. «¿Dónde está el miná?», le pregunté. En otras circunstancias no se lo habría preguntado, pero aquel día insistí porque me había conmovido verlo dispuesto a renunciar a aquella silla que guardaba como un tesoro por contentar a mi hermana y, al ver que había vuelto con las manos vacías, me sentí terriblemente decepcionado. Pero él no me respondió. Repetí la pregunta una y otra vez, pero él no abría la boca. Llorando, me abalancé sobre él y empecé a zarandearlo mientras gritaba: «¡El pájaro! ¡El pájaro!», pero no conseguí sonsacarle ni una palabra. Tenía los ojos cerrados y parecía completamente ajeno a cualquier cosa. Entretanto, mi hermana pequeña no paraba de llorar, y Karie la abrazaba y le acariciaba el pelo. A casa no llegaba el periódico y apenas veíamos la televisión, así que Karie y yo no nos enteramos de que un hombre había muerto aquella noche hasta que ya éramos adultos.

Dejó atrás la ciudad y tomó la carretera que conducía a la presa. Las casas estaban cada vez más dispersas. Enfrente apareció una montaña verde y deslumbrante. La carretera ascendía suavemente.

Nuestra hermana murió antes de acabar primaria, así que la historia del miná acabó convirtiéndose en un triste recuerdo y ni Karie ni yo volvimos a hablar de eso, como si se hubiera borrado de nuestra memoria. Pero hace tres años descubrimos la verdad. Mi padre sufrió un derrame cerebral, quedó postrado en cama y, al ver que su salud se deterioraba, nos llamó a Karie y a mí para contarnos una cosa importante.

Yoshino Isaku había encontrado al padre de Aose en un sendero de montaña y le había pedido que le cambiara la silla por el miná, pero él se había negado. Y, cuando Isaku insistió, suplicándole que cambiara de opinión, abrió de nuevo la cartera, sacó un billete de diez milyenes y le sugirió que comprara otro pájaro. Entonces Isaku, que estaba bajo los efectos del alcohol, se enfureció y le replicó que no quería su dinero. «¡Esa puñetera presa y la chusma que trabaja en ella!», pensó. «Soy un auténtico artesano: no necesito la limosna de un obrero.» A continuación le espetó: «Si tienes tanto dinero, ¿por qué no le compras tú otro pájaro a tu hijo?» Preocupado, el padre de Aose le aseguró que no había querido ofenderlo y le propuso que aceptara los diez milyenes a cambio de la silla, pero sólo consiguió echar más leña al fuego. «¡Esa silla no es para la gente de tu calaña!»

Esas palabras hirieron el amor propio del padre de Aose y, después de un intercambio de improperios, ambos hombres se enzarzaron en una pelea. A juzgar por la diferencia de estatura, era Isaku quien tenía más probabilidades de despeñarse por el acantilado; sin embargo, mientras forcejeaban, *Kuro* escapó de debajo del abrigo del padre de Aose y éste, en un acto reflejo, alargó el brazo para intentar cogerlo. Eso fue lo último que vio Isaku antes de perder de vista a su rival.

> *«Yo no lo empujé», nos explicó mi padre, «pero tampoco hice nada por impedir que cayera».*

Isaku abandonó inmediatamente el lugar y regresó corriendo a su casa: temía haberse convertido en un asesino. Volvió a atormentarlo el recuerdo de la separación de su propia familia después de que su padre robara el arroz. ¿Qué sería de sus hijos si lo metían en la cárcel?

> *«Por eso huí», nos confesó mi padre entre lágrimas. «No intenté socorrerlo ni pedí ayuda. ¿Cómo fui capaz de abandonarlo? Él también tenía un hijo. Si hubiera pedido ayuda, quizá aquel hombre no habría muerto.»*

Cuando Yoshino y Karie acudieron a ver a su padre, Isaku los tomó de las manos y les suplicó que encontraran al hijo de aquel hombre y lo compensaran por el daño que él le había hecho. Sabía cómo se llamaba porque el pájaro no dejaba de repetir: «Hola, Minoru Aose.»

Ellos dos se quedaron paralizados: si ya parecía casi imposible encontrar a alguien que había trabajado en las obras de la presa hacía un cuarto de siglo, más difícil aún sería localizar a su hijo. Además, aunque lograran encontrarlo, no tenían ni idea de cómo compensarlo por lo ocurrido y, sobre todo, no estaban seguros de contar con el valor suficiente. Aunque hubiera pasado mucho tiempo, se les encogía el corazón al imaginar lo que podía pasar cuando le dijeran a ese tal Aose: «Nuestro padre fue el responsable de la muerte del tuyo.» Karie temía que la confesión de su padre llegara a oídos de su marido y de sus suegros, a quienes no les gustaban nada los escándalos e incluso mantenían en secreto que una tía abuela estaba en manos de un psiquiatra por miedo a lo que pudiera decir la gente. En cuanto a Yoshino, era consciente de que su matrimonio se estaba yendo a pique y apenas podía pensar en otras cosas. Como a casi todo el mundo, el presente le importaba más que el pasado.

Pero cada vez que iban a visitarlo, Isaku les suplicaba que le hicieran ese gran favor. Era tan doloroso que empezaron a inventar excusas: le aseguraban que ya habían empezado a buscarlo, que habían contratado a un detective, que pronto lo encontrarían... Mientras tanto, la salud de Isaku empeoraba a marchas forzadas. Lo trasladaron a una residencia. Cada vez pasaba más tiempo aturdido y, al cabo de otros seis meses, empezó a perder el habla. Sus hijos pensaron que era mejor así: ahora podrían despedir a su padre en paz.

Isaku vivió poco más de un año después de aquello, pero un día la residencia informó a Touta y Karie de que su estado era crítico y, cuando llegaron, lo hallaron al borde de la muerte. Sin embargo...

> *Antes de exhalar el último suspiro, mi padre inspiró hondo y, mientras soltaba el aire, dijo: «Lo siento.» Me sorprendió tanto que pensé que lo había entendido mal, pero Karie había oído lo mismo que*

yo. El médico dijo que se trataba de algo llamado «habla automática», una especie de balbuceo involuntario: al parecer, no es extraño que, en el umbral de la muerte, los enfermos que han perdido la capacidad de hablar debido a un derrame cerebral, por ejemplo, a veces articulen algunas palabras sencillas. Según nos explicó, suelen ser expresiones que decían a menudo antes de enfermar, o pensamientos que llevaban mucho tiempo guardando en la cabeza. Después de oír aquello, ya no podía limitarme a llorar la muerte de mi padre, quien, durante mucho tiempo, debía de haber estado repitiendo mentalmente las mismas palabras que acertó a pronunciar justo antes de fallecer: «Lo siento.» Eso demostraba hasta qué punto había sufrido y lamentado lo ocurrido. Karie lloró como cuando había muerto nuestra hermana pequeña: no habíamos hecho nada para aliviar su dolor, ¡ojalá hubiéramos actuado antes! Aquella noche tomé la decisión de buscarte. Eso fue el 30 de enero del año pasado.

La carta detallaba cómo Yoshino había contratado al detective privado y se había puesto en contacto con Yukari. Ambos hermanos habían decidido que, en lugar de explicar que estaban expiando el crimen de su padre, lo considerarían el pago de una deuda y harían todo lo posible por evitar que Aose se enterara de lo que estaba ocurriendo. En aquel momento, afirmaba Yoshino, era lo único que podían hacer.

Nos equivocamos. Deberíamos haber empezado por contarte todo lo que nuestro padre nos confió y haberte pedido disculpas, pero, aunque ya hubiéramos tomado la decisión de buscarte, yo seguía teniendo miedo: no sabía qué clase de persona eras ni cómo reaccionarías ante la verdad, así que seguí actuando como un cobarde. Al final se me ocurrió un plan absolutamente descabellado que no afectaría a nuestras vidas ni perjudicaría el buen nombre de nuestro padre, pero al mismo tiempo podría resultar beneficioso para ti. Terminé hilvanando una mentira tras otra para hacer creíble una historia inverosímil con la que poder engañarte.

Lo que más lamentaba Yoshino era haberse inventado una familia ficticia para engañar a Aose. Le pedía perdón repetidamente por ello. Alegaba que sólo lo había hecho para asegurarse de que él no sospechara nada. Habían convencido a las hijas de Karie para que participaran en la farsa diciéndoles que era una buena obra para ayudar a alguien, pero al hijo pequeño no le habían contado nada, sólo le habían dado instrucciones de que no se separase de su madre, y eso hizo tanto en la ceremonia de colocación de la primera piedra como en la entrega de la casa.

En ese momento no me di cuenta de que había hecho algo imperdonable: había utilizado a mis sobrinos y te había engañado.

La desaparición de la familia sólo existió a los ojos de Aose: Karie y sus tres hijos estaban en casa, llevando una vida normal. Yoshino era el único que realmente se había esfumado, y el motivo de su desaparición habían sido problemas relacionados con su familia de verdad, no con la ficticia.

No podía devolverte las llamadas: no habría sabido explicarte por qué habíamos desaparecido ni por qué no nos habíamos instalado en la Residencia Y. Para poder satisfacer tu curiosidad, habría tenido que confesarte que tenía una familia falsa y otra real. Cuando llamé a la Residencia Y para comprobar que no hubiera nadie y cogiste el teléfono se me encogió el corazón: descubrí que estabas preocupado por nosotros. Pero no podía hablar. Cada vez me arrepentía más de lo que habíamos hecho y, al mismo tiempo, estaba convencido de que no volveríamos a vernos.

Yoshino también lo lamentaba por las hermanas mayores de Aose, cuya existencia conocía gracias al detective privado. A ellas no podía ofrecerles nada, por eso lo había escogido a él para cumplir la última voluntad de su padre y resarcirlo por el dolor provocado.

El coche circulaba entre la vegetación. Por todas partes se divisaban pequeñas colinas cubiertas de bosques. Tras doblar una curva preocupado por la suspensión excesivamente blanda del Citroën, apareció el dique de la presa: estaba a punto de llegar, pronto se reuniría con Yoshino.

Analizó sus sentimientos.

Nadie había empujado a su padre: había sufrido un accidente, había sido víctima de una caída accidental. Perdió el equilibrio al alargar el brazo en un intento desesperado de atrapar a *Kuro*: no quería perderlo otra vez para que él no se entristeciera.

Se sentía mejor sabiendo cómo había muerto su querido padre.

Aparcó frente a la oficina de administración de la presa. Había llegado antes de la hora acordada. Salió del coche y decidió seguir el camino que conducía a la parte superior del muro y permitía cruzar al otro lado.

El viento soplaba con fuerza. El embalse se extendía a mano izquierda. A lo lejos se divisaba un puente. Delante, en la superficie del agua, una larga hilera de flotadores de color naranja formaban un cordón de orilla a orilla: era una barrera que tenía como objetivo evitar que los troncos que caían en el embalse obstaculizaran el sistema de descarga del agua. Su padre le había enseñado muchas cosas.

Se sentía fascinado por las presas: ejercían un poder de atracción sobre su mente contra el que le costaba mucho resistirse.

—Minoru Aose.

Oyó que alguien pronunciaba su nombre, se volvió y vio a Touta Yoshino y a Karie Kitagawa. Ella le hizo una reverencia tan profunda que pudo verle la nuca.

55

Karie estaba muy pálida, como si hubiera llegado al límite de la tensión que era capaz de soportar.

Cuando vio la cara de Aose, cayó de rodillas y se echó a llorar desconsolada. Cada vez que intentaba pedir perdón, las lágrimas engullían sus palabras y los sollozos la sacudían violentamente. Él y Yoshino la llevaron casi a cuestas al coche de este último, que abatió el asiento del copiloto y recostó a su hermana.

—No te preocupes por nada —le susurró él—. No estoy enfadado, más bien me siento agradecido.

Yoshino también oyó sus palabras, que iban dirigidas a ambos. Aun así, seguía tenso y rígido. Se irguió de nuevo y dijo:

—Aose, quisiéramos pedirte disculpas por todo lo ocurrido, de principio a fin. Mi hermana y yo nos hemos comportado de forma superficial, cobarde y deshonesta, y te hemos causado un sinfín de molestias y preocupaciones. Sé que hemos herido tus sentimientos y que ya es demasiado tarde para pedirte perdón, pero quiero hacerlo de todas formas: lo lamento de veras, te pido disculpas de corazón.

Hizo una profunda reverencia.

Él dejó escapar un suspiro y, al cabo de un rato, repuso:

—Levántate, por favor. Acepto tus disculpas. No hace falta que vuelvas a pedirme perdón, dejémoslo así.

—E-está bien...

Le echó un vistazo a Karie, tumbada en el coche. Seguía sollozando, pero parecía un poco más tranquila. Miró a Yoshino de nuevo.

—¿Damos un paseo?

Él y Yoshino echaron a andar por el sendero que cruzaba la presa. Arriba el viento soplaba con más intensidad. Ya sea con el viento o la lluvia, la naturaleza siempre encuentra la manera de hacernos verbalizar nuestros sentimientos.

—¿Qué pensabas hacer con la Residencia Y?

Era lo primero que quería preguntar: necesitaba saber si le habían encargado la casa con el único propósito de compensarle la muerte de su padre. Yoshino entendió enseguida a qué se refería.

—No te encargué la casa sólo como compensación: tenía mis propias razones. Te hice construir aquella casa soñando en empezar una nueva vida con mi familia.

—¿Una nueva vida?

—Sí. Cuando te contraté, me estaba separando; mi mundo se había desmoronado. Me concentraba tanto en el trabajo que olvidaba cosas como recoger a mi hijo en la escuela infantil o presentarme en su fiesta de cumpleaños, y ese cúmulo de pequeñas cosas acabó formando una montaña insalvable. Entonces mi esposa descubrió que yo había cancelado el depósito a plazo fijo donde teníamos los ahorros familiares. Tenía mis razones para hacerlo, pero ella se enfureció y se llevó a nuestros hijos a casa de sus padres, en la ciudad de Nagano. Fui a verlos varias veces, pero nunca he tenido buena relación con el hermano de mi mujer, que vive con sus padres, y él no me dejaba verla, sino que me exigía que firmara los papeles del divorcio... Siento contarte esta historia tan triste.

—No, no. Continúa, por favor.

—Ahora sé que no era necesario trabajar así porque, cuando la burbuja estalló, no era el trabajo duro lo que importaba, sino la suerte...

Él se lo quedó mirando. «Cuando la burbuja estalló...»

—No se vendía absolutamente nada, y las tiendas de productos importados fueron de las primeras en caer en picado, así que me dediqué a comprar. Cancelé el depósito a plazo fijo, pedí un préstamo y compré un montón de artículos a precio de saldo: muebles, vajilla, material deportivo y muchas otras cosas baratas de importación. Tenía la intención de montar mi propio negocio. Naturalmente, no dije nada en la empresa en la que trabajaba, así que tuve que compaginar dos empleos; por eso desatendí por completo a mi familia. Pero... —Se interrumpió y fijó la vista en un punto lejano—. Hacía tiempo que mi

mujer y yo habíamos comprado el terreno en Shinano-Oiwake. Mis suegros se mudaron años atrás a Nagano, pero antes eran conserjes del centro de recreo que una gran empresa poseía cerca del terreno, y ella vivió en Shinano-Oiwake hasta que terminó el instituto. Así que hubo un tiempo en el que soñamos con construir una casa allí donde vivir y criar a nuestros hijos. —Volvió la cabeza hacia Aose—. Por eso te encargué la Residencia Y: tenía muchas ganas de construir una casa en aquel terreno y luego ir a ver a mi esposa. Quería pedirle otra oportunidad, proponerle que empezáramos de cero en un nuevo hogar. Utilicé mi propio sueño obstinado para compensarte, lo lamento muchísimo.

—Me habías prometido que no volverías a disculparte.

—Tienes razón, perdo... Vale.

Él soltó una risita y la expresión de Yoshino se suavizó.

—Pero no funcionó. En diciembre aproveché la ausencia de mi cuñado para reunirme por fin con mi mujer y contarle el proyecto de la Residencia Y, pero eso no fue suficiente para ilusionarla. Me dijo que no podía perdonarme que hubiera cancelado el depósito sin consultárselo. Era yo quien llevaba la economía doméstica, así que ella tardó diez años en darse cuenta de que no teníamos ahorros. Desde su punto de vista, había estado engañándola durante casi una década... Hice lo que hice por el futuro de mi familia; de hecho, acabé triplicando mis ingresos habituales al vender los artículos y los muebles que había comprado en plena crisis, pero para ella el fin no justificaba los medios. Me acusó de haberme jugado el futuro de la familia y luego añadió que, en el fondo, ella ya sabía la clase de persona que era yo. Lo cierto es que sucumbí a la codicia: bajo el pretexto de que lo hacía por el bien de mi familia, quería poner a prueba mi olfato y hacer algo grande.

Era una historia agridulce que terminaba con una moraleja: la crisis no había tenido perdedores ni ganadores, todos habían acabado igual.

—Hablando con mi mujer me di cuenta de que lo del depósito a plazo fijo había sido tan sólo el detonante. Lo cierto es que había dejado de quererme y creía firmemente que nuestro matrimonio había

llegado a su final. Me entregó los papeles del divorcio y yo me di cuenta de que no tenía más remedio que firmarlos. Sólo me quedaba suplicarle que le echara un vistazo a la casa de Shinano-Oiwake, pero justo entonces regresó mi cuñado y empezó a amenazarme. Me dio un fuerte empujón en el pecho y, como había luchado en el equipo de sumo de la universidad... se podría decir que yo no estaba a su altura.

Yoshino aterrizó sobre el suelo de hormigón de la entrada y su cuñado cogió un bate de metal que estaba apoyado junto al zapatero. Presa del pánico, él abrió la puerta corredera de la entrada sin siquiera ponerse los zapatos y salió tambaleándose, pero cuando notó que su cuñado lo perseguía, cerró la puerta de golpe con todas sus fuerzas y oyó un aullido espeluznante. Tres dedos habían quedado atrapados en la robusta puerta corredera de acero inoxidable. Yoshino huyó en calcetines.

Tuvo que darse a la fuga porque temía por su vida y, de hecho, el cuñado llegó a denunciarlo a la policía. No podía ir a la Residencia Y porque ya le había dicho a su mujer dónde estaba, así que se refugió en la ciudad de Ome. Allí, en un almacén donde guardaba los muebles y la mercancía que compraba, y donde había metido también los muebles y el menaje de la casa de Tabata, que había tenido que abandonar por si a Aose se le ocurría presentarse, había estado viviendo durante un tiempo para poder ir a casa de sus suegros cada vez que podía. El caso es que su cuñado había ido a buscarlo a Tabata, probablemente llevando en el bolsillo los papeles del divorcio, que Yoshino aún no había firmado.

—Los firmé hace un mes. No quería problemas con mi cuñado, así que contraté a un abogado para que se encargara del trámite y luego me presenté en la comisaría. Me interrogaron durante toda una mañana y me dijeron que probablemente enviarían la causa a la fiscalía, pero me salvó que mi cuñado... Bueno, en realidad ya no es mi cuñado, y el caso es que la policía ya lo tenía fichado.

Una vez zanjado el asunto del divorcio, Yoshino se había sentido de nuevo con fuerzas para encender el móvil y al fin pudo ponerse en contacto con él.

Aose apoyó el codo en la barandilla y Yoshino hizo otro tanto. El viento hacía ondular la superficie del agua.

—¿Qué piensas hacer con la Residencia Y? —Le había preguntado por el pasado de la casa y ahora quería saber cuál sería su futuro. Yoshino parecía incómodo, así que agregó—: Creo que no tienes más remedio que venderla.

—Sí... aunque... —Yoshino buscó su mirada—. Quizá sea un poco tarde, pero me gustaría que te la quedaras tú.

Él negó con la cabeza y respondió:

—Véndemela. Pediré una hipoteca.

—¿Quieres comprarla?

—Sí, lo he decidido antes de venir.

—Pero mi padre... ¡mi padre se pondría hecho una furia!

Había estado esperando el momento adecuado y por fin podía decirlo:

—Siento lástima por tu padre, sufrió durante mucho tiempo.

—¡Aose...!

Siguió un momento de silencio. Yoshino parpadeó y se le humedecieron los ojos.

—Allí... —Se enjugó las lágrimas y señaló con el dedo el extremo de la barrera de flotadores— había un cobertizo de madera que mi padre había construido para guardar la leña y a veces también para trabajar. Le anunciaron que se inundaría cuando la presa estuviera construida y le pagaron una indemnización. El dinero nos hacía mucha falta porque éramos muy pobres, pero él no tocó ni un céntimo: nos lo dejó todo a Karie y a mí, tal cual. —Suspiró antes de continuar—. Utilicé ese dinero para pagar la Residencia Y. Karie me cedió su parte; dijo que nuestro padre habría estado contento, teniendo en cuenta lo desesperado que estaba por compensarte. Por eso no puedo venderla; no puedo aceptar el dinero.

—¿Has olvidado que me pedisteis que construyera una casa donde yo mismo quisiera vivir? —preguntó él en tono apasionado—. Pues con eso basta. Habéis cumplido con creces la voluntad de vuestro padre. Díselo a tu hermana, por favor.

Yoshino lo miró fijamente a los ojos y luego se irguió de nuevo e inclinó la cabeza.

—¿Volvemos? —propuso él, que estaba un poco preocupado por Karie. Echó a andar y Yoshino lo siguió.

—Aquel día recordé el momento de la entrega de las llaves —dijo Yoshino sin rodeos.

¿De qué día estaba hablando?

—Karie y yo estábamos muy emocionados porque habíamos cumplido la promesa que le habíamos hecho a nuestro padre, pero lo cierto es que también me fascinaba la Residencia Y. Y aquel día recordé todo lo que había sentido.

—¿A qué día te refieres?

—Yukari se quedó tres horas.

Él se detuvo bruscamente y Yoshino continuó hablando sin mirarlo.

—Fue el día en que fuimos juntos a la Residencia Y. La estuvo observando desde fuera durante mucho rato y luego empezó a alejarse cada vez más, hasta casi perderse en la lejanía, contemplándola. Una vez dentro, no dejaba de mirar hacia arriba. La suave luz le envolvía el rostro y realzaba su belleza. Puso la mano sobre la mesa redonda y se quedó quieta mucho rato, tanto que me sentí como un intruso y salí para esperarla fuera. Pasaron dos horas más. No sé qué hizo durante ese tiempo: me quedé dormido en el coche y no me desperté hasta que ella golpeó la ventanilla con los nudillos. «Muchas gracias. Ya podemos irnos», dijo. Sin embargo, volvió a darse la vuelta y se quedó contemplando la casa un buen rato más.

Él imaginó la escena nítidamente, como si también hubiera estado ahí.

«Menos mal que no nos hicimos la casa.»

Él y Yukari se habían quedado atascados en un mismo lugar, separados por aquellas palabras. Ninguno de los dos había podido irse: ambos seguían allí.

Reemprendió la marcha.

—Yo no lo he conseguido, pero tú aún estás a tiempo —dijo Yoshino con entusiasmo.

—¿Qué harás con la silla de Taut?

—¿Cómo?

—¿La llevarás al almacén de Ome? Me preocupa que entren a robar en la Residencia Y.

—Ah, sí. Me la llevaré. Si me deshiciera de ella, Taut y mi padre me matarían...

—Esto me recuerda una cosa —dijo él, y juntó las manos—. Me di cuenta al ver vuestros nombres escritos en el sobre.

Yoshino sonrió.

—¿Te diste cuenta? ¡Qué vergüenza!

—E-RI-CA al revés es KA-RI-E, y tu nombre de pila, Touta, es una adaptación fonética de Taut. Yo sé que, cuando tu padre era pequeño, se burlaban de él porque Isaku, al revés, significa «apestoso».

—¡Sí, señor! Por eso lo hizo.

—No creo que sólo por eso. Me parece que a tu padre le causó una gran impresión conocer a Taut en Sendai.

—«Soy el discípulo de Taut», decía cada vez que construía una silla o una mesa que le gustaba. Supongo que se consideraba su aprendiz porque Taut le había dado el plano de la silla. Lo decía con tanta alegría que a nosotros también nos hacía felices. Y a menudo hablaba también de Erica. Se ve que le daba caramelos: se los ponía en la palma de la mano y le cerraba los dedos en torno a ellos. Decía que eran deliciosos. —Volvían a brillarle los ojos—. Mi padre era un buen carpintero. No sé si llegó a conocer bien a Taut, pues coincidieron muy poco tiempo, pero después siguió construyendo muebles durante el resto de su vida. Creo que quería mejorar y ganarse la admiración y los elogios de Taut, y que por eso se entregó a su oficio en cuerpo y alma.

—Sí, yo también lo pienso.

Setenta años atrás, un maestro arquitecto se había visto obligado a tomarse unas vacaciones, y eso había obrado un pequeño milagro. En el Senshin-tei, Taut debió de convertirse en un demonio que despotricaba contra sí mismo para desahogarse, para que la rabia que ardía en su interior no arruinara sus vacaciones forzosas: necesitaba creer que gente como Isaku Yoshino continuaría su labor.

Divisaron a Karie a lo lejos. Estaba fuera del coche, de nuevo con la cabeza gacha, pero parecía haber recuperado el control de sí misma. Las palabras que él le había susurrado al oído debían de haber sido un bálsamo que le había recorrido el cuerpo lentamente, como administrado a través de un gota a gota.

—Oye, Yoshino. Sé que es muy pronto para decirlo y quizá te parezca una broma pesada, pero ten por seguro que os invitaré: me gustaría que algún día tú y Karie vinierais a visitarme a la Residencia Y.

Extendió la mano y Yoshino la estrechó con fuerza entre las suyas.

—Gracias... aceptaremos con mucho gusto. Ojalá olvidemos pronto todos los problemas que te hemos causado.

Él asintió y levantó la vista al cielo. Pensó que le debía una llamada a Ikezono, del periódico *J*. Le diría que había encontrado a Yoshino gracias a su ayuda, pero que, por desgracia, se había esfumado de nuevo sin haberle dicho ni una palabra sobre la silla de Taut.

56

¡Ojalá el sol brille todo el día!

¿Cuándo fue la última vez que lo deseó?

Era temprano por la mañana, pero Aose ya llevaba un buen rato dando vueltas por Akasaka en el Citroën, buscando aparcamiento. Después, cuando al fin consiguió aparcar, se perdió y tardó bastante en encontrar la oficina.

—¿Quién te crees que eres? Me obligas a madrugar en mi día libre y luego te presentas tarde a la reunión...

Takumi Nose parecía realmente enfadado.

La oficina era tan grande que él no pudo evitar mirar a todos lados. Las mesas de dibujo ocupaban mucho espacio, como si se pudiera medir el éxito de un despacho de arquitectura por su tamaño, pese a que, a estas alturas, casi todo el mundo utiliza ordenadores.

—Supongo que lo que me contaste por teléfono era una milonga, ¿no?

—Guárdate las quejas y el sarcasmo para después, cuando lo hayas visto.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Si no lo estuviera no habría venido a verte.

Sacó los planos y los renders del estuche con forma de tubo. Primero, el alzado del museo memorial; después, la galería de azulejos pintados...

—Déjame ver.

—Quiero ordenarlos primero.

El tercero, el cuarto, el quinto... fue colocando todos los planos y dibujos en el ángulo adecuado, apoyados contra las pantallas de los ordenadores.

—Eh, ¡ten cuidado!

Él hizo caso omiso y continuó. Los planos octavo, noveno y décimo

eran de la sala principal de exposiciones.

Detrás de él, Nose enmudeció. A esas alturas ya se habría dado cuenta de que no iba de farol ni estaba borracho. Finalmente se inclinó hacia delante. Luego empezó a desplazarse a un lado y otro, tomándose su tiempo para examinar cada uno de los planos. Estaba absorto hasta el punto de olvidar de dónde había salido aquel proyecto y quién lo había llevado: aquellos planos y renders habían captado toda su atención.

Pasó un cuarto de hora.

—Jo.

A él no se le escapó aquel único comentario.

Nose regresó al sofá y lo invitó a sentarse a su lado. Después entrelazó nerviosamente los dedos sobre la mesa.

—¿Cuál es el precio por metro cuadrado?

—497.000.

—¡No fastidies!

Se metió la mano en la bolsa y dejó sobre la mesa un fajo de hojas de cálculo tan grueso como la *Selección de doscientas casas de la era Heisei*.

—Compruébalo tú mismo.

Ambos intercambiaron miradas. La luz que entraba en la oficina se intensificó un poco.

Nose acabó rompiendo el silencio.

—Lo siento, pero tendrás que llevarte todo esto.

—Pero...

—No tiene ningún sentido, ¿cómo iba a explicárselo a Hatoyama?

—Fíchame.

—¿Cómo dices?

—Dijiste que querías contratarme: contrátame temporalmente. Así, Hatoyama y yo estaremos en el mismo equipo.

—Verás, Aose...

—No he venido solo. Vuelve a mirar el material que he traído. ¿De verdad vas a permitir que esos dibujos y renders se pierdan sin haber tenido la oportunidad de competir?

Esta vez el silencio fue aún más largo que antes. Finalmente Nose

exhaló un suspiro que parecía salir directamente de sus entrañas.

—¿Quién asumirá la responsabilidad si Hatoyama presenta su dimisión? —dijo con seriedad.

—Déjalo que se vaya —respondió él en el mismo tono—: los que renuncian a su empleo por razones ajenas a la arquitectura no merecen dedicarse a esta profesión. Tú has conocido a muchos de ellos.

Nose soltó un bufido.

—Interesante. Será una forma de poner a prueba el altruismo de Hatoyama. ¿Y cuáles son tus condiciones para cederme tu proyecto?

—No hay condiciones: te lo regalo a cambio de nada. No quiero ninguna mención por la cesión de la idea original ni por colaboración, sólo te pido un favor.

—¿Un favor? Miedo me das. ¿De qué se trata?

—Si nuestro proyecto supera esta ronda preliminar, pasa a la final y conseguimos que el edificio se construya...

—Suéltalo de una vez.

—Quiero poder decirle al hijo de Okajima que fue su padre quien lo ideó.

Nose no respondió. Parecía estar lidiando con algún tipo de emoción. Quizá estuviera rememorando la imagen de Issō el día del funeral.

Se volvió para mirarlo y parpadeó lentamente. Era un sí.

El móvil de Aose vibró en su bolsillo y él se levantó y pulsó el botón de contestar mientras caminaba hacia la ventana.

—¡Hola, papá! Me dijiste que llevara sólo trapos, ¿verdad? ¿Seguro que no necesitamos nada más?

—No, yo llevaré una escoba y una fregona.

—¡Me muero de ganas de ir a la Residencia Y!

—Habrá que hacer limpieza a fondo.

La noche anterior había ido solo, para borrar las huellas de las botas de los intrusos.

—Mamá dice que hoy no podrá ir: tiene una reunión de trabajo.

A él le dio un vuelco el corazón. ¿Hinako había invitado a Yukari?

—¿No se supone que hoy íbamos a...?

—Dice que hoy no podrá ir, pero que otro día...

Entiendo.

—¡Chao! ¡No tardes en pasar a recogerme!

La llamada se cortó.

Hinako estaba exultante: quería aprovechar la situación para poner en práctica el plan que había estado tramando.

Él negó con la cabeza sonriendo. No le importaba: estaba bien así. Lo que más deseaba era caer en la trampa de su hija.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y se dio la vuelta. Nose volvía a estar delante de los dibujos. Ante el perfil ligeramente envejecido de su antiguo compañero, él murmuró mentalmente un «gracias» y, sin decir nada más, salió de la oficina.

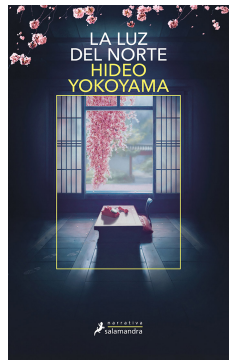
El barrio de Akasaka aún dormía. Regresó al coche a paso rápido: antes de pasar a recoger a Hinako, quería llamar a los clientes de Osaka para decirles que iba a diseñar una casa sólo para ellos y pedirles que le contaran su historia.

Oyó el canto de un pájaro y levantó la vista: una golondrina atravesaba el cielo azul. Llevaba en el pico una ramita para construirse un nido.

Personajes

Miquite Aose
Arquitecto
Yukari Aose
Ex esposa de Aose, diseñadora de interiores
Hijo de Yukari y Aose
Jefe de Aose, dueño y director de la Agencia de Diseño Okajima
Yaeko Okajima
Esposa de Okajima
Hijo de Yaeko y Okajima
Arquitecto Ishimaki
Arquitecto moderno y especialista en accesibilidad de la Agencia de Diseño Okajima
Jorge Takeuchi
Joven arquitecto especialista en viviendas de bajo coste y ecológicas
Mayumi Tsuma
Contable de la Agencia de Diseño Okajima
Hijo de Mayumi
Hijo de Mayumi
Especialista en renders y perspectivista freelance
Cliente de Aose
Cliente de Aose, dueño de la Residencia Y
Esposa de Tsuma
Esposa de Tsuma, dueña de la Residencia Y
Pintora Fujimiya
Pintora Fujimiya recientemente fallecida a quien se planea construir un museo memorial
Bruno Taut
(1880-1938), arquitecto alemán
Erica Wirtsch
(1893-1975), pareja de Bruno Taut
Dueño y director de Nose Arquitectos, antiguo colega de Aose y antiguo pretendiente de Yukari
Arquitecto
Arquitecto especialista en diseño de museos de Nose Arquitectos
Reportero del periódico local *J* de Takasaki, Gunma
Reportero
Reportero del periódico local *A* de Atami
Reporter Shigeta
Reporter del *Toyo Shimbun*
Kusano Yamashita
Kusano, antiguo empleado del Instituto de las Artes Aplicadas de Sendai
Hijo de Yamashita
Hijo de Yamashita
Kōji Yanagiya
Kōji Yanagiya
Pintora Haruko Fujimiya

Vuelve el autor de *Seis Cuatro* con una novela de enigma escurridiza, tentadora y sorprendente



Minoru Aose es un arquitecto que un día recibe el encargo de construir una casa a su antojo. Su cliente, Yoshino Tota, quiere una mansión en una localidad residencial en las montañas, rodeada de una naturaleza esplendorosa. Aose se asocia con un ex compañero de la universidad y el resultado final no solo despierta el entusiasmo de su cliente, sino que termina por situarlo a la vanguardia de los arquitectos. No obstante, al cabo de un año comprueba que la casa está vacía y nadie vive en ella. En el interior, sin embargo, hay huellas de intrusos. Alguien ha forzado la puerta, y tan solo quedan un teléfono y una silla. Ni rastro de la familia Yoshino. ¿Qué ha sido de ellos? Aose decide buscarlos e inicia su propia investigación para resolver el misterio.

La crítica ha dicho:
«El maestro japonés del misterio y uno de los novelistas más atractivos y brillantes del país.»
David Peace

«Una novela fascinante sobre la culpa, la vergüenza y la redención, que ofrece información sobre las sutilezas y frustraciones de la creatividad, así como sobre muchos tipos diferentes de relaciones.»
Literary Review

«Una meditación multifacética, poco convencional, agridulce y absolutamente fascinante sobre la ambición, la creatividad, la culpa y las relaciones laborales y familiares.»
The Guardian

Hideo Yokoyama (Tokio, 1957) trabajó doce años como reportero de investigación para un periódico regional del norte de la capital. En 2003 fue hospitalizado a causa de un infarto que le sobrevino después de trabajar setenta y dos horas sin descanso. Escritor prolífico y de enorme proyección internacional, sus libros han permanecido inéditos hasta ahora en español. En Japón, *Seis Cuatro*, su sexta obra, vendió más de un millón de ejemplares en una semana, obtuvo el premio a la mejor novela negra del año y se llevó a la gran pantalla. Un éxito de público y crítica que también ha cosechado en países como Inglaterra (donde fue seleccionada para el premio CWA International Dagger en 2016), Estados Unidos (donde fue elegida en 2017 por *The New York Times* como uno de los cien mejores libros del año), Alemania (donde obtuvo el Deutscher Krimipreis internacional en 2019), Francia e Italia.

Título original: *North Light*
Primera edición: marzo de 2024

© 2019, Hideo Yokoyama
All rights reserved
Edición original japonesa publicada en 2019 por
SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd. (Tokio)
Publicado en español por acuerdo con SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd.,
a través de The English Agency (Japan) Ltd.
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Marina Bornas, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Vero Navarro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19456-43-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La luz del norte

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Sobre este libro
Sobre Hideo Yokoyama
Créditos